Raiza Revelles
EL REFLEJO DE LA BRUJA
Planeta

Raiza Revelles

EL REFLEJO DE LA BRUJA

Planeta

Índice

Prólogo

Capítulo 1
Mariposas en el estómago

Capítulo 2
Mal augurio

Capítulo 3
Metatesiofobia

Capítulo 4
Ars longa, vita brevis

Capítulo 5
Istig

Capítulo 6
Insidias

Capítulo 7
El periodo azul

Capítulo 8
Epinefrina

Capítulo 9
Lupus in Fabula

Capítulo 10
Saturno devorando a su hijo

Capítulo 11
Corona de flores

Capítulo 12

Rumor

Capítulo 13
El sabio se sabe tonto

Capítulo 14
Feuerbach

Capítulo 15
Cuando canta una sirena

Capítulo 16
Enamoramiento

Capítulo 17
Aquello que se evapora

Capítulo 18
Cicatrices y gusanos

Capítulo 19
Suturas

Capítulo 20
Infierno, llama, infierno

Capítulo 21
Cúspide

Capítulo 22
Medias verdades y mentiras

Capítulo 23
Verosimilitud

Capítulo 24
Sikke

Capítulo 25
El corazón delator

Capítulo 26
Antigüedad tardía

Capítulo 27
Claridad mental

Capítulo 28
La villa de Yggdrasil

Capítulo 29
Hojas secas

Capítulo 30
La Danza de los Tres Rostros

Capítulo 31
Todo aquello que hemos construido

Capítulo 32
Como es arriba, es abajo

Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

No es necesario ser un cuarto para estar embrujado.
El cerebro tiene corredores que superan los lugares materiales.
Vale más encontrar a la medianoche
un fantasma visible
que afrontar en el interior
ese huésped más helado.

EMILY DICKINSON

Prólogo

Había un olor desagradable en el aire.

Podía distinguir el incienso claramente, pero había algo más, algo que se mezclaba con el pesado olor a quemado que llegaba a sus fosas nasales. Su mente se sentía lenta y abrumada, como si estuviera llena de algodón. Le estaba costando mucho trabajo distinguir ese olor. Era metálico, fuerte, familiar...

Sangre.

Olía a sangre.

Abrió la boca y, con un grito ahogado, llenó sus pulmones en un intento desesperado por respirar. Su garganta estaba irritada, tosía incontrolablemente, dejando algo de saliva y vómito sobre el suelo en el que estaba recostado, y manchaba su nariz y mejilla izquierda en el proceso.

¿Por qué estaba en el suelo?

Pudo abrir los ojos con dificultad, pero su vista estaba borrosa. Podía distinguir algo de luz anaranjada frente a él y todo lo demás era un revoltijo de colores y figuras amorfas. Intentó moverse, pero su cuerpo no respondía. Sus manos estaban pegadas a sus costados y su cuello, torcido en una posición incómoda. Intentó hablar, gritar, decir algo, pero su lengua adormecida solo le permitía balbucear.

¿Dónde estaba?

¿Qué había ocurrido?

Una pequeña araña de ansiedad pasaba por debajo de su piel mientras seguía intentando, en vano, moverse u obligar a su visión a enfocarse para ver lo que estaba ocurriendo. Nada. Sus extremidades parecían llenas de plomo, la piel le ardía al punto de sentir la ropa mojada de lo profuso que estaba sudando; cada nervio del cuerpo le punzaba con las llamas del fuego invisible que lo envolvía.

Su mente intentaba encontrar una explicación rápido. No recordaba nada que lo hubiera llevado a este punto y presionar su memoria solo aumentaba la jaqueca que comenzaba a morderle la cabeza. Entonces notó algo de lo que antes no se había percatado. Unos murmullos ininteligibles le cosquilleaban los oídos. Abrió los ojos y buscó la fuente. Las palabras llegaban rápidas, unas tras otras, muchas en una lengua con la que él no conocía.

—UNGH…

Concentró toda su energía en tratar de soltar un sonido, el que fuese, para que la persona que estaba con él lo ayudara. Su mensaje comenzó con una vibración en el pecho, luego en su garganta y, finalmente, salió en forma de gemido. Eso era todo lo que podía hacer.

—UNGH…

No podía ver bien, pero pudo escuchar el crujir de la madera del piso y los pasos de alguien que se acercaba. Los murmullos continuaban, más aprisa ahora. Había alguien junto a él, podía sentir los vellos de su cuerpo erizarse, sus ojos se movían de un lado a otro, tratando inútilmente de enfocar algo.

Una mano sobre su espalda. Un dolor agonizante en el hombro. Alguien lo había herido con algo filoso.

—Caleb.

Su vista siguió borrosa por tres latidos más. Tenía la sensación de que alguien lo inmovilizaba entre brazos gigantescos y luego lo dejaba ir al fin. Sus ojos recuperaron la visión y su lengua de nuevo lo obedecía. Se levantó tan rápido como pudo, de rodillas, jadeaba por el tremendo esfuerzo que le había costado moverse.

Alzó la mirada, se topó con la imagen de algunos pentagramas, velas y un venado eviscerado que manchaba la madera del piso con sangre oscura. La palabra brujería se escribió de inmediato en su mente, podía sentirse en cada elemento de la atmósfera. Colocó la mano en su hombro herido, echó un rápido vistazo al resto del lugar e intentó descifrar en dónde estaba o quién lo había llevado hasta ahí. Todo lo que pudo ver era que estaba en un cuarto sin ventanas, en donde solo había un enorme espejo.

—Caleb. —Volvió a escuchar su nombre, esta vez detrás de él, y su corazón comenzó a golpear su caja torácica. Se giró para toparse con un par de ojos índigo a centímetros de los suyos, enmarcados por mechones cobrizos que caían por su cara en un revoltijo de cabello. Traía parte de la cabeza del venado muerto como si fuera un sombrero.

Caleb intentó hacerse hacia atrás, pero le sujetaron la barbilla con fuerza.

—No tengas miedo —dijo la otra persona con una voz tranquila y pausada—. No voy a matarte hoy.

—Por favor —pidió Caleb, sintiéndose tonto y débil por tener que suplicar.

—Shhh. —Sintió uñas filosas enterrándose en su carne—. Necesito que estés quieto y en silencio o voy a tener que lastimarte.

—*Tengo que regresar* —desafió él.

Una fuerza invisible lo propulsó contra el enorme espejo y le sacó el aire.

—Dije que estuvieras quieto y en silencio —repitió la persona. Su voz comenzó a hacerse más grave, como si hubiera más individuos que hablaran al mismo tiempo.

La misma fuerza incorpórea lo presionó más hacia el cristal. Caleb cerró los ojos mientras esperaba morir al explotar por la presión. Podía escucharlo hablar en lenguas extrañas. Poco a poco, el espejo comenzó a cambiar de forma. Su textura ya no era sólida ni tampoco líquida, se había transformado en algo viscoso y frío. El espejo comenzó a absorberlo y Caleb trató de gritar y luchar contra la fuerza que lo tragaba hacia el abismo. La viscosidad invadió su boca y fosas nasales, y la voz se escuchaba cada vez más lejana.

La falta de aire hizo que sus pulmones comenzaran a dolerle y, sin poder hacer nada más, dejó que la oscuridad lo devorara.

1
Mariposas en el estómago

Era un día ocupado en el mercado. El sol finalmente había salido después de una semana entera de lluvias y brillaba con fuerza. Había un globo aerostático que flotaba despacio en el cielo. La brisa le llevaba los olores de diferentes puestos de comida directo a la nariz, haciendo que su estómago gruñera. Lena pasó rápidamente la mirada por su mercancía, sintió la tentación de tomar una o dos galletas, el color amarillo del betún con el que las decoró la incitaba a tan solo estirar la mano y aplacar su hambre. Pero no podía. Ese día había tenido bastantes clientes, algunos de los regulares que eran fieles a sus creaciones y otros tantos que eran turistas de visita por el pueblo. Ya se le había terminado el pastel de la buena fortuna, el cual vendía por rebanadas, y de los caramelos de menta para atraer el dinero solo le quedaban tres. En definitiva, había sido un buen día para su negocio, más ventas significaban más futuros compradores, por lo que no podía acabar con su inventario.

—¿Qué son estas? —Se acercó una chica joven de cabello en tonos rosas extravagantes. Acercó su mano y tomó uno de los postres para inspeccionarlo con cuidado. Sus manos estaban llenas de anillos dorados.

—Son tartaletas de mariposa. —Se levantó de su asiento y le sonrió a la chica—. Es un hechizo de amor. Si una persona está enamorada de ti,

vas a sentirlo. —Lena puso su mano por encima del encaje de su vestido blanco, justo sobre su abdomen—. Aquí.

La chica del cabello rosa alzó las cejas con sorpresa y miró la tartaleta en su mano con curiosidad.

—Dicen que es una sensación muy cálida y agradable, con una pizca de emoción. —Esperaba que la comprara, las tartaletas de mariposa eran las que más tiempo le llevaba cocinar porque todos los ingredientes debían estar en perfecto balance. Dulces, pero no demasiado. Frescas y ligeras, pero capaces de dejarte satisfecho—. Tienen sabor a vainilla y canela —agregó al final.

—Me llevo dos —dijo la chica emocionada mientras acercaba la mano con los anillos a una segunda tartaleta.

—Oh, lo siento mucho. —Alejó la charola plateada con sus postres. La clienta frunció el ceño—. La venta se limita a una tartaleta por cliente. Si comes demasiadas, te puede dar mal de amores.

La comisura de los labios de la chica se alzó en una pequeña sonrisa. Esperaba que eso no la disuadiera de comprar, todavía le quedaban varias y eran tan frágiles que se echarían a perder antes de poder regresar con ellas a casa.

—Me llevo una entonces. —Dio una pequeña mordida—. Espero que sí funcionen.

Dejó el dinero sobre la mesa y partió con un ligero salto en su caminar. Lena lo guardó y volvió a sentarse frente a su puesto. Había mucho ruido ese día en el mercado, todo vibraba con energía, conversaciones animadas y planes para las vacaciones. Comenzaba el verano y todos estaban listos para relajarse con sus personas favoritas.

A veces se preguntaba cómo sería tener ese tipo de permisos, poder recorrer el mundo y visitar todos esos lugares de los que leía en clase de historia y probar los platillos locales de cada ciudad. De solo pensar en eso, su estómago volvió a retorcerse. Fue una terrible idea haberse saltado el desayuno esa mañana. Su madre se lo dijo, pero, como ya iba tarde, prefirió ir directo a trabajar, pensando que podría aguantar sin problema hasta el almuerzo. Error. No solo tuvo hambre toda la mañana, sino que, por las prisas, olvidó el emparedado que había dejado listo en el refrigerador la noche anterior.

Miró de nuevo su mesa. Las galletas se veían cada vez más tentadoras. Se estiró en la silla y apretó los dedos de los pies dentro de sus botas negras Dr. Martens. Lena amaba esas botas, las tenía desde hacía varios años y, a pesar de no ser cuidadosa con ellas, seguían en muy buenas condiciones.

Se preguntaba si tal vez debía intentar aplaudir y animar a los

compradores a acercarse, así podría terminar con la venta del día mucho más rápido y regresar a casa a almorzar. Había un puesto de joyería junto a ella y los dos encargados atrapaban a los clientes sin problema alguno, incluso varias personas parecían no querer comprar, pero aun así terminaban llevándose algo. Lo consideró por unos momentos, antes de distraerse con la llegada de un nuevo cliente frente a su mesa.

La luz del sol hacía que los ojos le ardieran y le impedía ver el rostro de esa persona. Solo atinó a ver cómo tomaba con confianza la galleta que Lena veía unos segundos antes y, sin preguntar, se la llevó directo a la boca.

—Oye —la regañó Lena—. Tienes que pagar por eso. —Puso las manos sobre sus cejas, intentando cubrirse del sol, y se levantó para verla a la cara.

—Tal vez podamos hacer un intercambio. —Le sonrió con unos dientes perfectos y blancos. Era una chica de su edad, muy bajita y de tez oscura. Tenía cejas perfectamente arqueadas y sus largas pestañas adornaban un par de ojos ambarinos. Traía un vestido muy parecido al de ella, con un cinturón que acentuaba su estrecha cintura.

—Manon —saludó Lena al reconocerla. Manon estiró el brazo con su palma derecha extendida hacia arriba. Al entender lo que buscaba, acercó su mano y permitió que Manon la tomara de la muñeca.

—Mmmm. —La escuchó musitar al torcer los labios—. Veo que se aproximan tiempos complicados. Grandes cambios y turbulencias se avecinan.

Lena puso los ojos en blanco. La postura relajada de Manon le dejaba ver que no se estaba tomando la lectura en serio.

—Siempre se avecinan cambios y turbulencia —le respondió mientras quitaba la mano.

Manon soltó una pequeña risa y se encogió de hombros antes de darle otra mordida a la galleta que había robado.

—Todavía tienes que pagar por eso. —Se veía molesta. El sol parecía estarse poniendo más brillante. Seguro su cara se veía roja y desagradable.

—Mis lecturas se cotizan muy bien. Yo diría que estamos a mano. —Manon tomó la mochila que llevaba puesta y colocó el dinero sobre la mesa antes de reacomodarse la mochila.

—Gracias. —Lena sonrió y guardó las monedas.

—¿Para qué quieres el dinero esta vez? —El perfecto delineado en los ojos de Manon le daba una apariencia felina muy linda.

Mordió el interior de sus mejillas pensando en su respuesta. Quería el dinero para unos libros sobre demonología que no solo eran sumamente difíciles de encontrar, también eran bastante costosos. No era algo que podría decirle a Manon. Eran amigas, sí, pero ese tipo de cosas eran

consideradas tan peligrosas que no había garantía alguna de que no le comentara sus planes al aquelarre para intentar protegerla.

—Quiero pagarme clases de baile —mintió. A Lena le gustaba bailar. A veces. Sobre todo en cumpleaños o fiestas de la rueda del año. Así que sonaba creíble. O eso esperaba.

—Sabes que no te van a dejar mezclarte con mortales. —Manon arqueó una ceja.

Lena se humedeció los labios y se apartó algunos mechones que se habían escapado de sus trenzas.

—No se pierde nada con intentar.

De hecho, Lena contaba con que fuera algo que en definitiva no le permitirían hacer. Su abuela era una suma sacerdotisa muy estricta. Desconfiaba profundamente de los mortales y se aseguraba de que las brujas de su aquelarre se mantuvieran al margen de las vidas humanas. No se escondían de ellos, al contrario, se hacían notar, hacían intercambios y negocios, pero vivían vidas paralelas, nunca entrelazadas. Pedirle permiso para formar parte de un grupo de danza era algo que su abuela ni siquiera iba a considerar, tan solo iba a prohibírselo. Justamente eso quería, porque, de ese modo, nadie iba a preguntarse por qué no vieron el fruto de su dinero ahorrado.

—Como sea —dijo Manon y terminó de comerse la galleta. Los aros en sus orejas se sacudieron—. Cerré mi puesto por el día de hoy. La tormenta va a estar muy fuerte y ninguna de las dos trajo botas de lluvia. —Señaló las botas que Lena traía puestas.

—Esperaba poder vender un par de productos más. —Echó una mirada rápida a la gente que caminaba sin preocupación alguna. Un chico de cabello corto iba de la mano de una rubia de vestido azul. Tal vez podría venderles algo; sus hechizos para hacer durar el amor eran populares.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que empiece a llover? —El sol seguía brillando y el reporte meteorológico había dicho que la racha de mal clima había terminado. Pero Manon era una bruja prodigio y nunca había fallado en sus predicciones. Ni una sola vez.

—Si no partimos ya, la lluvia nos alcanzará a la mitad del camino. —Apretó los labios y se reacomodó la enorme mochila que llevaba en la espalda.

—En verdad necesitaba el dinero —dijo Lena con un suspiro, sintiéndose derrotada. Empezó a colocar lo que le sobraba en una sola caja de madera. Eso la retrasaría mucho. Sus últimos intentos por hacer contacto con un demonio habían resultado completamente desastrosos y cada día que pasaba parecía alejarla más de sus objetivos.

Cuando su puesto quedó limpio, quitó el letrero de «La cocina de la bruja» en color rosa y lo arrugó en una pequeña bola de papel. Tomó la caja con lo restante y se encaminó a casa con los ánimos por los suelos.

—No pongas esa cara —dijo Manon—. Seguro hay algún hechizo que te ayude a preservar las cosas. Puedes intentarlo de nuevo mañana.

Lena negó con la cabeza.

—Este tipo de magia solo funciona fresca —respondió con un hilo de voz. Vio una pequeña piedra en su camino y la pateó lejos con saña. Últimamente, su abuela les estaba poniendo horarios cada vez más estrictos en su entrenamiento, en especial a Lena por ser su nieta. Los mejores días para salir a vender eran los fines de semana, pero no siempre eran los días que le dejaban libre, así que perder esa venta le pesaba.

—Tal vez podamos intentar ofrecerlo a los viajeros del camino —le dijo a Manon mientras reacomodaba el peso de la caja. Algunas galletas se deslizaron de un lado al otro.

Manon asintió. Debían caminar por una carretera larga hasta llegar a casa, así que era probable que se toparan con unos cuantos autos con clientes potenciales. Fueron avanzando hasta el final del mercado, pasando por puestos de juguetes, libros usados, ropa y, sobre todo, comida. El aire estaba tan cargado del aroma a ajo y mantequilla que Lena casi podía probarlo.

Las personas las miraban al caminar y algunas se acercaban a sus acompañantes y murmuraban.

—Ahí van las brujas. —Un niño pequeño de cabello revuelto las señaló con el dedo, jalando la falda de su madre—. Mira, mamá, ahí van —repitió.

Lena le sonrió e inclinó la cabeza ligeramente en un saludo.

—Shhh. —La madre del niño le dio una palmada en la muñeca y lo movió para darles la espalda—. No las mires a los ojos —lo regañó.

Lena se mordió el interior de las mejillas. No había nada que hacer, así debían ser las cosas. Algunos les temían profundamente y eso era bueno para ellas. De esa manera se aseguraban de que nadie intentara interferir en sus vidas por el miedo a la promesa de una repercusión tan profunda que podría echar raíces hasta sus bisnietos. Le hubiera gustado poder decir que le era indiferente, pero estaría mintiendo. No todos los mortales eran así, claro está, de lo contrario no tendría clientes, o conversaciones amables con el dueño de su cafetería favorita, o momentos con las niñas que se acercaban a pedirle consejos para ayudar a sus padres a limpiar sus casas de malas energías. Aun así, los que les temían, o las rechazaban, lo hacían con tanto ardor que no podía evitar sentir ese pequeño pinchazo en el estómago.

—Deberíamos aprovechar que todavía hay muchos turistas por aquí e

intentar venderles algo de lo que traes mientras caminamos —comentó Manon, sin darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Manon era mitad mortal y había crecido en su mundo, pero le eran casi indiferentes.

—¿Qué opinas? —La miró. Lena escaneó rápidamente la multitud. Ya estaban de lleno en la zona de comida, incluso había unas cuantas mesas y sillas instaladas junto a los puestos. Seguramente había alguien en busca de un postre, y qué mejor que uno que te ayude a atraer cosas buenas… y además libre de gluten.

—Pastelillos mágicos —gritó Lena, tratando de llamar la atención de clientes potenciales mientras caminaban.

—Galletas antiestrés, budín para atraer el dinero —exclamó Manon, usando sus manos como megáfono—. La magia más efectiva de este lado del mundo.

Ambas se pararon con mejor postura y caminaron ligeramente más lento para darle oportunidad a la gente de alcanzarlas. Unas cuantas personas se acercaron con curiosidad. Manon trataba de atenderlas rápidamente, encargándose de tomar el dinero mientras Lena tenía las manos ocupadas con la mercancía.

—¿Tienes algo para que mi novio me pida matrimonio? —preguntó una chica de ojos cerúleos. Lena le vendió un pudín color rosa.

—Yo quiero algo para proteger mi tienda. —Manon le acercó un par de bizcochos envueltos en celofán.

Poco a poco se fue reuniendo un grupo de personas con curiosidad por ver qué estaba llamando tanto la atención. Los ánimos de Lena iban en aumento, tal vez sí lograría venderlo todo antes de que cayera la lluvia. Sonreía mientras explicaba uno de sus hechizos cuando un movimiento entre la gente captó su atención.

Era una señora de edad avanzada, con arrugas pronunciadas enmarcando sus ojos y el cabello cubierto de canas. Su ropa no encajaba con el clima caliente y soleado. Estaba vestida con un suéter de lana grueso, una bufanda y un par de mitones color gris. Caminaba arrastrando los pies y su rostro estaba fruncido de preocupación. A pesar de su vestimenta, Lena hubiera pensado que se trataba de una persona normal de no ser por su mirada. Sus ojos eran completamente blancos y brillaban como si fueran un par de luces de noche. Lena sintió los vellos de su nuca erizarse, como le pasaba en ocasiones similares. Podrán ser comunes o cotidianos, pero los ojos siempre delatan. No cabía duda. Estaba frente a un espectro. La mujer que se movía entre la multitud estaba muerta.

Sin pensarlo, comenzó a caminar hacia la anciana. Todo a su alrededor

se volvió difuso; al fondo, podía escuchar a Manon ofrecer disculpas a las clientas con las que estaban tratando. Su visión se oscureció; el alma de la pobre mujer sufría mucho, podía sentirlo. Su dolor la llamaba con tanta fuerza que le hacía rechinar los dientes. Por lo regular, los fantasmas que emitían fuertes emociones negativas habían sufrido una muerte de lo más lamentable y su cuerpo lucía herido o incompleto. Pero la anciana se veía bien, no parecía haber sufrido una muerte que ameritara ese nivel de sufrimiento. Quizá se trataba de algo que estaba ocurriendo en ese momento, en vez de algo que ya había pasado.

—Fíjate por dónde vas —escuchó a alguien gruñir.

—Cuidado —dijo otra persona.

Lena no se detenía, seguía avanzando tras el espectro mientras se acercaba a las afueras del pueblo, cerca de los basureros temporales para los visitantes. Cuando recibían muchos turistas, era común que el piso se llenara de latas y todo tipo de porquerías, por lo que trataban de ser precavidos y dejar contenedores a su alcance.

El olor a fruta descomponiéndose atacó sus fosas nasales y fue cuando por fin la anciana se detuvo. Sus ojos brillantes se fijaron en los basureros. Lena siguió su mirada y se topó con una escena que hizo que su pecho se comprimiera. Frente a ella, hurgando entre la basura, había un hombre bastante mayor, con ropa agujerada y la cara sucia. Sacó un puñado de algo que parecía una mezcla entre arroz y queso y se lo metió a la boca sin pensarlo mucho.

Giró la cabeza y ahora la anciana la miraba fijamente.

—Él es —dijo ella con dificultad. No todos los espectros tienen la capacidad de comunicarse con los vivos. Les resulta muy complicado dar una señal, y todavía más decir algo coherente. Eso claramente era muy importante para ella.

»*Él es* —repitió con más fuerza. Con manos temblorosas, la anciana señaló la sortija en su dedo anular izquierdo. Un anillo modesto de color dorado. Lo entendió perfectamente. Ese hombre era su esposo y la anciana no podía descansar en paz porque estaba preocupada por él. La escena quebraba las fibras de su corazón. Se acercó al hombre, quien pareció alarmarse al verla.

—No hice nada —alcanzó a decir. Parpadeaba rápidamente y sus ojos se enfocaban en todo menos en Lena. Una tos seca lo hizo cubrirse la cara con las manos.

—No se preocupe —dijo Lena de manera pausada, tratando de calmarlo. Pensó en cuántos debían haberle golpeado la moral para que estuviera tan nervioso.

—¿Tiene hambre?

El hombre asintió, antes de que otro arranque de tos lo hiciera encorvarse. Ella le dio un rápido vistazo a la caja con los productos que le sobraban y, tras un ligero titubeo, la extendió hacia él.

—Tome. Todo lo preparé yo misma. Creo que le gustará. —Sonrió.

El hombre la miró con desconfianza. Sus manos tenían pequeños espasmos, quería tomar lo que le ofrecía, pero, al mismo tiempo, se contenía.

—Por favor, tome. Prometo que no le hará daño.

Con movimientos lentos, tomó la caja que Lena le ofrecía.

—Gracias —dijo con un tartamudeo—. Gracias, jovencita —repitió, parpadeando a gran velocidad. Lena alzó las manos y con delicadeza las puso sobre las del hombre, que ahora sostenían la caja.

—Esto se lo envía su esposa. —La reacción fue inmediata. El hombre se encogió de hombros y cerró los ojos con fuerza—. Ella lo ama mucho. Sigue aquí con usted. —El hombre no abrió los ojos y Lena volvió a mirar a la anciana para verla asentir con la cabeza.

Para cuando Manon la alcanzó, el hombre y su esposa ya se habían perdido entre los árboles. Rápidamente se limpió los ojos con la manga de su vestido. No importaba cuántas veces viviera ese tipo de cosas, el mundo de los espíritus siempre tomaba retazos de ella.

—¿Le regalaste todo?

Lena asintió.

—Pero dijiste que en verdad necesitabas el dinero.

Lena se encogió de hombros.

—Él lo necesitaba más.

Manon miró hacia el cielo por unos momentos.

—Él está muy enfermo. Morirá en seis días.

Lena exhaló.

—Lo sé, me dio la sensación de que ella lo estaba esperando.

Manon entrecerró los ojos.

—¿Quién?

Lena reacomodó el pañuelo sobre su cabeza y le sonrió a Manon, sacudiéndose algo del sentimiento de pesadez que le había dado la escena. Cuando menos, en el otro lado se volverían a encontrar y él ya no sufriría. Ninguno de los dos.

—Vi al fantasma de su esposa en el mercado. Creo que quería que alguien lo encontrara.

Manon sonrió y negó con la cabeza.

—Deberías cobrarles a los espectros. —Le dio una palmada en la espalda—. Deja de ayudarlos sin pedir un intercambio equivalente.

Manon se reacomodó su mochila y se encaminaron de regreso a casa. El cielo ya estaba perdiendo algo de color y Lena esperaba que la buena fortuna estuviera de su lado y no cayera la tormenta a mitad de camino.

—Pero ¿qué podría pedirles? Están muertos.

—Información, guía, la ubicación de sus joyas familiares. Hay muchas posibilidades.

—Mmmm —musitó Lena—. No lo sé. No se siente correcto.

—Si no les cobras algo, la energía que inviertes va a cobrarte a ti. Debe haber un balance.

Manon tenía razón. Los espíritus tenían muchos recursos que podrían serle útiles. No podría hacer esto con frecuencia porque en verdad las sensaciones que experimentaba al tener contacto con los muertos eran de lo más desagradables y variaban en intensidad según el caso del que se tratara. Incluso, por una larga temporada de su vida, había estado pidiéndole a su abuela que le ayudara con pociones y tés que mantuvieran callado su don.

Recordaba a la perfección ese día, cuando recién cumplió quince años. Había acompañado a la señora Berterry, una bruja bastante respetada en el aquelarre, a realizarle una limpia al director de la escuela local. Berterry llevaba su mejor vestido negro y hasta se había puesto algo de perfume y maquillaje.

El director era un hombre de cuarenta y tantos años con mechones grises asomándose en su cabello negro. Al parecer, se quejaba de que su exesposa le había lanzado una maldición y por eso había tenido problemas para dormir últimamente, llegando incluso a sufrir de horribles pesadillas y terrores nocturnos. Agendaron la cita para un viernes por la noche. Lena llevaba una cubeta llena de ruda, salvia y distintos inciensos. Desde que entraron, el aire se sentía pesado, denso y tenía olor a azufre.

Le pidieron al director que se parara en el centro de la sala y empezaron con la limpia. Lena estaba nerviosa. La señora Berterry embarraba salvia en los brazos del director mientras murmuraba distintos hechizos de protección.

Y fue ahí cuando la vio. La criatura más horrible que Lena había visto hasta ese momento. El fantasma de una mujer se arrastraba desde la entrada de la cocina. La lengua le colgaba libremente a falta de una mandíbula. Tenía las piernas torcidas en ángulos poco naturales y su cabeza estaba expuesta, como si le hubieran arrancado el cuero cabelludo con todo y cráneo. Se acercaba con la mirada fija en Berterry. Cuando los alcanzó, Lena no pudo evitar soltar un grito al ver al espectro lamerle los pies al director mientras hacía horribles chillidos.

El fantasma desapareció con la limpia; al parecer, la casa solía ser una

clínica y algunos pacientes todavía deambulaban por ahí. Sin embargo, esa imagen jamás se fue de la cabeza de Lena. Cuando regresaron a casa, corrió a rogarle a su abuela que le diera algo, lo que fuera, para poder dejar de ver el mundo de los muertos.

Fueron tres años de paz y silencio para ella, hasta que el año anterior el aquelarre decidió que, al ser una habilidad rara, debía entrenarla y dominarla para ponerla al servicio de sus hermanas brujas cuando heredara el título de suma sacerdotisa. Y eso la traía de vuelta a este momento, en el que de nuevo los fantasmas y entes caminaban junto a ella en contra de su voluntad.

—Lo voy a pensar —respondió por fin.

Tal vez Manon tenía razón y era hora de darle un buen uso a esa habilidad. Tal vez era hora de abandonar el papel de sirviente y transformarse en amo.

Y, siendo completamente honesta, Manon por lo general tenía razón.

2
Mal augurio

Llegaron a casa justo cuando el aire ya comenzaba a oler a tierra mojada y algunas gotas de lluvia empezaban a sentirse. El viento las golpeaba con fuerza y Lena tuvo que tallarse los ojos varias veces por tanta tierra que chocaba contra su cara. El portón de hierro estaba abierto. A pesar de la lluvia, esa noche esperaban la visita de todo el aquelarre por la luna llena, así que la entrada permanecía abierta. Era una tradición que celebraban cada mes sin falta, desde antes de que Lena naciera.

—Parece que la tormenta será más fuerte de lo que anticipé —comentó Manon y de inmediato las nubes retumbaron con ira.

Lena sabía que a su amiga no le gustaba la lluvia, decía que la afectaba en sus visiones. A Lena le encantaba justamente por la misma razón. Todo se ponía lodoso, más fresco, y los fantasmas son difíciles de distinguir con el agua cayendo, cuando menos los que deambulaban fuera de la casa. Los que estaban dentro, bueno, podría decirse que Lena incluso había logrado entablar una especie de amistad con ellos.

Había cierta energía en el ambiente, la percibía en la punta de los dedos, un abrazo de magia poderosa en el entorno. Por lo regular, en las noches de luna llena, aprovechaban para hacer todo tipo de rituales y hechizos, lo que significaba concentrar la magia de todas las brujas

presentes, pero hoy había algo diferente. Ese tipo de magia, ese *nivel* de magia, mejor dicho, no era uno al que Lena estuviera acostumbrada.

—¿Percibes eso? —preguntó Lena y se frotó la yema de sus pulgares contra sus otros dedos. Chispas diminutas parecían salir de ellos, era como si la electricidad la besara de cabeza a pies. Incluso estaba comenzando a costarle trabajo concentrarse. Su cuerpo quería detenerse y desatar algo de su magia para liberar la carga. El jardín frontal que conducía a la entrada comenzaba a verse eterno.

La puerta de la casa se abrió por sí sola justo cuando estaban subiendo los pequeños escalones del pórtico. El olor a lavanda y eucalipto que tanto le gustaba a su abuela invadió sus fosas nasales. La casa de su familia era una gigantesca mansión tipo victoriana en tonos marrones y verde olivo. No podría decir que fueran descuidadas con la casa, pero definitivamente le faltaba una capa de pintura aquí y allá, y algunas renovaciones. Antes de asentarse en ese lugar, su abuela solía tener casas en diferentes partes del mundo; nunca estaba mucho tiempo en el mismo sitio debido a las cacerías de brujas que realizaban los mortales. Reclamó esa casa como suya hacía más de un siglo y desde entonces no salía de la propiedad.

Dejaron sus botas en la entrada para no ensuciar el piso. Lena dobló y estiró los dedos de los pies un par de veces, dejándolos relajarse después de pasar todo el día enclaustrados. No le vendría mal comprarse un par de botas nuevas; era increíble cómo todavía seguía creciendo a pesar de que ya era más alta que la mayoría de las chicas de su edad.

—Ustedes dos. —Una voz llamó desde el pasillo. Manon se enderezó a tiempo para ver a la asistente de su abuela, Nessa, caminar hacia ellas con el ceño fruncido y la cara como si hubiera probado leche agria.

»¿Por qué tardaron tanto? —Incluso enfadada, la voz de Nessa sonaba bajita y contenida. Cuando era pequeña, Lena solía decirle que su voz sonaba como un suspiro. Tenía un rostro verdaderamente hermoso, con sus labios gruesos, ojos almendrados y bellos pómulos. Tenía la piel clara y cabello rubio que, en ocasiones, bajo la luz, se veía casi blanco. Era alta como Lena y, si no la conociera, podría pensar que tenían la misma edad.

—No sabíamos que nos esperaban. Todavía es temprano para…

—Vayan a alistarse —dijo con urgencia, sus ojos chocolate brillaban con desespero.

Lena tenía la intención de preguntar por qué había prisa si la luna ni siquiera había salido todavía, pero la dureza en el rostro de Nessa y la forma en que la mano que sostenía el crucifijo de su rosario temblaba hicieron que se tragara cualquier pregunta. La lluvia empezaba a sonar con fuerza y el recibidor se iluminó con luz blanca antes de que el rugir de un trueno hiciera

que su corazón saltara.

—No tardaremos —anunció Lena y se dirigió hacia las escaleras que daban a su habitación.

Algo estaba mal. Todo se sentía raro, desencajado, como si lo hubieran puesto al revés. Empezó a enterrarse las uñas en la palma de las manos, en un gesto nervioso. Podía sentir una capa de sudor caer por su espalda. Trataba de recordar sus ejercicios para mantenerse enfocada. Empezó a contar las fotografías en la pared mientras subía a su habitación junto a Manon. Tres eran del aquelarre en diferentes años, la última de cuando Lena era una niña, con sus trenzas pelirrojas de siempre y el mismo pañuelo que traía ahora amarrado en la cabeza. La grande era del invernadero de la casa. Había dos pinturas de flores coloridas regaladas por una artista que solicitó su ayuda y solo pudo pagarles con eso. Seis marcos colgados en total, veinte escalones para llegar a su piso, cuatro runas de protección dibujadas en la pared. Sabía esas cantidades de memoria, pero contarlas le daba una ligera paz a su mente.

Había un par de ventanas frente a las puertas de sus respectivas habitaciones y un golpeteo insistente la hizo mirar. Afuera de la casa había un cuervo con las plumas negras alborotadas. Golpeaba el cristal con su pico e intentaba entrar. Lena torció los labios, era un claro mal presagio. No había sentido su estómago revolverse de esa manera desde hacía nueve años y tres meses. Recordaba la fecha exacta de cuándo sucedió y, si hubiera tenido un reloj con ella en ese momento, estaba segura de que su memoria hubiera impreso hasta los minutos exactos. Cómo no hacerlo, si ese día una terrible premonición de su abuela se había cumplido, trayendo consigo un torbellino a la vida de su familia. Una sensación fría resbaló por su esófago hasta caerle en la boca del estómago.

—Sé lo que estás pensando. —Manon le tomó el antebrazo y le dio un leve apretón antes de volver a soltarla.

—Lo dudo. —Lena se mordió los labios.

—Yo no creo que esto tenga relación con… —Una pausa. Un breve respiro. El cuervo se rindió. Manon parecía buscar las palabras correctas—, lo que pasó aquella vez.

Hicieron contacto visual por unos momentos. Los ojos de Manon estaban entrecerrados, como si algo le doliera. Tal vez así era.

—Tú no estuviste ahí —la acusó, como si fuera su culpa haber estado en Francia durante ese tiempo en vez de estar en la mansión. Tal vez su don para ver el futuro pudiera haberse complementado con el de su abuela y hubiera podido evitar lo que ocurrió. Era ridículo, Manon ni siquiera sabía hablar el mismo idioma que ella en esos días de sus vidas, mucho menos

tenía noción de la existencia del aquelarre. No importaba a cuántas personas quisiera culpar, la responsabilidad era suya y el remordimiento ya estaba cosido entre los filamentos de su carne.

—Pero sé que fue un accidente —concluyó Manon.

No se dijeron más. No hacía falta porque ya habían tenido borradores de esa conversación varias veces en el pasado. Sabían bien que no llegarían a ninguna parte porque la otra no iba a ceder. Entró a su habitación y la recibió de inmediato su erizo, Patricia, que estaba gritando con toda la fuerza que su pequeño cuerpo le permitía desde la cama destendida. Lena corrió hacia ella y enseguida subió a su mano.

—Tú eres quien por lo regular me dice que todo va a estar bien —le aseguró al erizo—. ¿Cómo se supone que me sienta ahora? —Se rio con un tono amargo y le acarició su diminuta frente. Patricia era su familiar y acompañante desde que Lena tenía seis años. Había sido un regalo de cumpleaños para protegerla de maleficios y ayudarla con su magia. No todas las brujas en su aquelarre tenían un familiar, pero Lena agradecía tener a Patricia con ella, no solo por la ayuda que le brindaba a la hora de hacer magia, sino por la compañía.

—La reunión de hoy va a empezar más temprano —comentó, mientras caminaba para dejar a Patricia en su cama de lana sobre el escritorio. Su cuarto era un desastre. Se había quedado toda la noche trabajando en un nuevo método de invocación, el cual no estaba dando resultados y solo hacía que Lena diera vueltas y vueltas, y terminara chocando con muros de piedra. El suelo estaba tapizado de pergaminos y libros abiertos con montones de marcas hechas con lápiz. Tendría que sacar pronto los frascos con carne de res y sangre de cerdo que planeaba usar como ofrendas porque ya estaban empezando a darle al aroma de la habitación un tinte agrio. Hizo una mueca al ver burbujas y una especie de lama en la carne de uno de los frascos.

Se quitó los calcetines y los lanzó al cesto de ropa sucia antes de caminar hacia el baño y refrescarse para bajar. Se deshizo las trenzas y pasó los dedos rápidamente por su cabello. Cada vez estaba más largo, las puntas le llegaban a la cadera. Suspiró mientras aprovechaba para pasar las uñas por su cuero cabelludo. Tomó el cepillo y lo pasó con cuidado recitando unas cuantas palabras para alisarlo y darle brillo. Abrió la llave del lavabo y se salpicó la cara. Aprovechó para tomar el jabón y quitarse toda la mugre acumulada a lo largo del día. Se puso uno de sus vestidos negros y su mejor par de zapatos antes de darle color a su cara con rubor.

Cuando salió, Manon la esperaba afuera de su habitación con un terrible aspecto. Su cabello estaba escurriendo, su cara tenía líneas marcadas de preocupación e incluso el vestido negro se le pegaba al cuerpo.

—Mikael —dijo Manon al tiempo que Lena ponía las manos en los hombros de su amiga y se agachaba para poder verla a los ojos.

»Mikael no está —volvió a decir Manon y Lena pudo notar cómo un par de lágrimas caían por su cara y se mezclaban con agua. Lena intentó limpiarla un poco con las mangas de su vestido y le apartó el cabello de la frente.

—Seguro se escondió en alguna parte de la casa. —La lluvia le había arruinado el delineador a Manon—. A los gatos no les gusta el agua. — Lena no sabía nada de gatos, pero ¿qué no era eso lo que siempre decían de ellos?

—Mikael no es así. Nunca hace esto. —Movió la cabeza—. Si algo lo asustó, no fue la tormenta.

—¿Quieres que te ayude a buscarlo? —Pasó la lengua por la parte trasera de sus dientes. Las ventanas dejaron entrar otro destello de luz antes de que otro trueno las hiciera retumbar.

—Ya lo intenté. —Manon pasó las manos por sus ojos e intentó limpiarse, pero solo logró que el maquillaje se arruinara todavía más—. La tormenta no me dejó hacer nada. Apenas pude dar unos pasos fuera de la casa.

—Mañana entonces. —Le sonrió y Manon asintió. Los papeles de hacía unos momentos se habían intercambiado. Manon lucía derrotada, con los hombros caídos y cabizbaja. Muy distinta a la actitud de confianza que la hacía ser siempre el sol en cualquier habitación. Lena deseaba poder ayudarla, sus manos le cosquilleaban por el deseo de llevarla a la cocina y prepararle algo de sopa para hacerla sentir mejor. Escuchó a Manon murmurar lo que parecían ser insultos en francés.

—Es un gato astuto —le dijo a su amiga—. Lo viste destrozar esa serpiente la semana pasada. No quedó nada de ella ni para usar en hechizos.

Y era verdad. Mikael era un gato viejo pero fuerte, con aires de jaguar, a juzgar por todas las veces que había salido para ahuyentar a los lobos que trataban de entrar a la propiedad o por aquella ocasión en la que las acompañó al pueblo y arañó al rottweiler del alcalde sin miedo a la pelea. Incluso había tenido que salvar a Patricia varias veces de sus garras. Ese gato no estaba indefenso.

—Pero…

—Además de esa vez que te salvó del hombre que quería robarte dinero cuando estabas con tu familia.

Esperaba ver a Manon sonreír, amaba contar esa historia de cómo Mikael había mordido la mano del ladrón y se había abrazado a él, enterrándole las garras en la piel, dándole a su dueña el tiempo suficiente para conjurar un hechizo de fuego que destrozó los pantalones del hombre.

Sin embargo, la cara de Manon seguía viéndose compungida y sin vida.

—No es solo que no esté. —Pasó sus manos por su frente—. Tuve una horrible visión cuando llegamos hoy y estoy segura de que algo muy malo le sucedió.

—Tú misma me has dicho que el futuro puede cambiar. Tus visiones no siempre se cumplen tal cual llegan a ti. El futuro está en cambio constante. Tú siempre me lo dices. —Entrelazó los dedos de sus manos y cayó en cuenta de que la piel de Manon estaba helada. Sus manos se sentían chiquitas y frágiles entre las suyas. Estaban tan ridículamente frías que Lena temía que Manon en realidad estuviera bajo un embrujo en ese momento.

—¿Por qué no vas a cambiarte? No podemos salir a buscar a Mikael si te enfermas.

—Nos están esperando. —Negó con la cabeza y soltó sus manos de las de Lena—. Ya estamos retrasadas. Esta noche es importante.

Lena bajó las escaleras con decisión y sin mirar atrás; la teoría del embrujo o de que esa noche el mundo estaba al revés se cimentó en su cabeza porque todo se sentía incómodo. Caminó tras Manon y se resbaló un par de veces al bajar las escaleras con el agua que su amiga había metido por accidente.

Había dos jarrones anaranjados de camino a la sala. También un candil enorme, dos macetas grandes con plantas y quince fotografías acomodadas a lo largo del pasillo principal que daba hacia la casa. Lena iba contando una por una en su mente mientras caminaba. Las luces del techo le daban una pinta amarillenta a todo en su camino.

Podía escuchar la voz de su madre a pesar de que todavía estaban a ocho fotografías de llegar a la puerta de la sala. No podía distinguir lo que estaba diciendo, podría ser cualquier cosa. Anfisa gritaba más de lo que hablaba, era sorprendente cómo no tenía la garganta completamente destrozada.

—Escucho a mi madre hasta acá —comentó Lena cuando alcanzó a Manon, pero ella no respondió nada. Definitivo, un embrujo, deberían discutirlo en la reunión de ese día sin falta.

Empujaron la puerta de la sala para abrirla y el rechinido hizo que las brujas voltearan a verlas. Todas callaron y Lena sintió el peso de sus miradas siguiendo cada movimiento que hacía con suma atención.

Los asientos estaban acomodados en una media luna, frente a ellas había una hermosa silla jacobina, la cual estaba reservada para su abuela, como suma sacerdotisa. Justo ahí se encontraba sentada, usando su vestido negro favorito, con la espalda perfectamente derecha, su cabello plateado arreglado en una trenza y sus ojos azules fijos en ella. Manon tomó un

asiento libre y Lena hizo lo mismo.

La madre de Lena estaba en uno de los asientos más cercanos a su abuela y se mordía las uñas, seguramente hasta hacer sus dedos sangrar. Iba vestida con uno de sus trajes sastres y movía el pie derecho con nerviosismo. Todos le decían a Lena que era la viva imagen de su madre: el mismo cabello pelirrojo, cara con forma de corazón, ojos grises y pecas en toda la cara. Lena de pequeña solía tomarlo como un cumplido, pero ahora era lo peor que podían decirle. Había crecido lo suficiente como para darse cuenta de que uno de sus mayores miedos era ser igual a su madre.

—No te veo ningún amuleto de protección, niña —le murmuró la señorita Berterry a su lado. Tenía las uñas limadas en pico y con ellas revolvía un mazo de cartas. Lena prestaba atención a las pulseras que sonaban como campanas mientras chocaban unas con otras. Su nariz era ancha como todo su cuerpo y tenía el cabello negro más largo y bello que Lena hubiera visto en su vida.

—Se rompió hace poco en un trabajo. —Mejor dicho, en un intento casi exitoso por establecer un trato con un demonio. Esa información era algo que nadie debía saber. Batallaba mucho ya de por sí para lograr hacer ese tipo de cosas sin que las visiones de su abuela o de Manon la encontraran.

—Te haré uno nuevo. Voy a hacerte una buena pulsera de hilo rojo y te la mandaré con mi nieta esta semana. —Sus manos siguieron barajando.

—Gracias —asintió.

—¿Qué ocurre, Imogen? —Escuchó gruñir a la señora Frida desde el otro extremo de la habitación—. Llevamos horas esperando. —Sus manos arrugadas aferraban su bastón de madera. La señora Frida tenía los ojos lechosos y completamente borrados desde que perdió la vista. Era una bruja muy respetada en el aquelarre, quizá la más vieja de ellas después de su abuela y quizá la única que se atrevería a hablarle así.

—Hermanas —dijo su abuela desde su asiento—. Como probablemente la mayoría de ustedes puede sentirlo, la magia se está moviendo. Mi querida Cora en el Este falleció esta mañana.

Un suspiro ahogado.

La señora Berterry abandonó sus cartas.

Su madre puso la cara entre las manos.

El latir del corazón de Lena empezó a golpearle los oídos. Se sintió mareada y la lluvia del exterior parecía haberse filtrado a la sala. De pronto, todo parecía estar sumergido.

Hace cientos de años, su abuela Imogen había hecho un vínculo de ánima junto a otras tres sumas sacerdotisas del mundo antiguo. Aquellos

unidos por ese vínculo aceptan entrelazar su esencia y comparten su magia. Cora era la última suma sacerdotisa del mundo antiguo, además de su abuela, que quedaba con vida. Todas sabían lo que esto significaba.

Lena miró a Manon en su asiento. ¿Lo sabía? ¿Esto era lo que ella había visto?

—Y mientras nuestra hermana avanza al Summerland, como todas lo haremos en algún momento, su magia se va con ella también. —Las arrugas en la cara de su abuela lucían más pronunciadas y la luz de la sala la hacía verse más pálida que nunca. Lena no podía evitar sentir su estómago hacerse un nudo al saber lo que vendría después.

»El vínculo de ánima que formé hace tanto tiempo hoy queda cerrado finalmente, concluyendo mi ciclo en esta tierra también.

—Mamá, por favor.

—Anfisa. —Su abuela alzó la mano e hizo callar a su madre—. No interrumpas, no es el momento. —La cara de su madre se puso roja, pero no dijo nada más.

—Esta es una realidad, ustedes mismas lo sienten. Mis días de vida a partir de hoy son limitados.

—¿No hay nada que podamos hacer? —preguntó la señorita Ekaterina desde su lugar. Había cortado su cabello castaño hasta un poco abajo de su mandíbula.

—Esta es magia muerta —explicó su abuela—. No puede revertirse ni alterarse.

Varias brujas del aquelarre comenzaron a murmurar.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó la señora Frida y golpeó con su bastón un par de veces para hacerse escuchar por encima de las voces de las demás.

—Tres lunas llenas —dijo su abuela y Anfisa soltó un chillido.

Nueve brujas en el aquelarre, diez con su abuela. Treinta libros de color verde en las repisas, quince de color azul, cincuenta y siete de color marrón…

Respiró profundo y exhaló tres veces.

Inhaló.

Exhaló.

Inhaló.

Exhaló.

—Pero se quedarán en buenas manos, mis amadas hermanas, pues llevo tiempo entrenando a mi sucesora. Me brinda un gran orgullo poder decir que será una Hanavan quien las siga liderando.

La marca en el hombro de Lena pareció arder en cuanto su abuela dijo eso. Sentía que le quemaba la piel y le dejaba una herida expuesta. Su abuela

estaba por dejarlas, su abuela que era tan poderosa, que había dejado a altos demonios de rodillas, tan fuerte que su magia alimentaba al aquelarre completo y a la tierra en la que cultivaban. Tan necesaria que temía que, al partir, la casa misma se derrumbara.

—Nuestra Lena.

Casi pudo sentir cómo sus ojos se iban hacia la parte trasera de su cabeza, su cráneo chocó con la alfombra y todo se volvió negro para Lena.

3
Metatesiofobia

Lena flotaba en la nada. Sentía cómo su cuerpo se mecía en un vórtice donde estaba completamente sola. Era como el cielo nocturno, pero sin estrellas. Era la primera vez que se sentía tan relajada desde hacía tiempo.

—¿Creen que alguien le lanzó un maleficio?

Una voz se infiltró a su burbuja de la gran nada.

—Le dije que necesitaba un amuleto de protección, se lo dije.

Frunció el ceño. ¿Por qué había voces aquí? ¿Por qué interrumpían su paz?

—Ella está bien, solo fue la sorpresa.

Empezó a sentir algo de brisa sobre su piel. Eso le gustaba, eso estaba bien. No importaba entonces que las otras voces molestas estuvieran interrumpiendo.

—Ella no está lista para esto. Eres una egoísta. —Esa voz la conocía bien. Era su madre—. Siempre has sido una egoísta. Debiste dejarme el trabajo a mí.

—No digas sandeces. —La voz de su abuela—. Sabes que no tienes la mirada de la estrella en tu piel. No puedes ser tú.

La burbuja se reventó. Lena se incorporó de golpe, lo que sorprendió a la señora Berterry, con su enorme abanico, y a Nessa, que traía una taza con algo humeante en la mano.

—Discúlpenme —dijo Lena arrastrando las palabras, su cabeza se sentía ligera y como si estuviera hecha de gelatina—. No he comido hoy y creo que eso me afectó.

Su abuela no se veía feliz.

—Bebe esto. —Nessa le acercó la taza a los labios y Lena apenas tuvo tiempo de abrir la boca cuando ya estaba inclinando el contenido hacia ella. La sensación cálida que bajaba por su garganta era reconfortante. No sabía qué era con exactitud, pero olía a té de canela y tal vez un poco a manzanilla. Tomó la taza con ambas manos y Nessa se incorporó.

—Apesta a demonio aquí. —La señora Frida escupió. Se puso de pie con ayuda de su bastón; sus movimientos eran lentos y su espalda estaba encorvada—. ¿Qué hace un demonio aquí adentro? —Sus ojos estaban puestos directamente sobre Nessa, como si pudiera verla.

—Señora Frida —dijo su madre con voz azucarada—. Usted la conoce. —Le hablaba con cuidado, como si se tratara de una niña pequeña—. Nessa lleva trabajando para la familia desde hace un siglo. Confiamos en ella con nuestras vidas.

—No me importa si ustedes las Hanavan parten el pan con cerdos. Este es un espacio sagrado —refunfuñó. Marcaba las palabras con tal dureza que podía ver sus dientes amarillos y sus encías manchadas. La señora Frida se había especializado en magia de muerte. Existían pocos necromantes aún y casi todos eran sus alumnos. Su magia era poderosa, pero cobraba un precio alto a juzgar por su aspecto tan deteriorado.

—Aquí tenemos nuestro grimorio. —Alzó su bastón con dificultad y golpeó a Nessa justo en la espinilla, quien hizo una mueca de dolor, pero no se movió—. Sal de aquí antes de que te arranque los ojos y los use para mí, demonio.

Su abuela tenía la cara tensa, pero no dijo nada. Era cierto que esa sala estaba reservada para el aquelarre; pocas veces había visto entrar a Nessa a ese lugar y siempre había sido en compañía de Imogen. Nunca había puesto un pie dentro cuando estaban las otras brujas en una reunión. Siempre esperaba pacientemente afuera de la puerta en caso de ser necesitada o para protegerlas.

—Le pido disculpas, venerable bruja. —Nessa hizo una reverencia—. Escuché la conmoción y quise ayudar. Lamento mucho haberle faltado al respeto. Me retiraré enseguida.

—Gracias, Nessa. —Lena alzó la taza y asintió.

—¿Por qué no tenemos protecciones aquí? ¿Cómo puede ser que nada le impida a un demonio entrar? Deberíamos tener runas y hechizos activados. —Las otras brujas asintieron. Vio a Manon morderse los labios,

pero no dijo nada. Sí tenían protecciones que les impedían la entrada a demonios y espíritus malignos, por eso Nessa solo podía entrar con su abuela. El hecho de que las protecciones hubieran dejado de funcionar solo indicaba que la magia de su abuela iba a empezar a decaer antes de lo que pensaban.

Nessa se disculpó de nuevo y salió de ahí, cerrando la puerta tras ella.

—Les aseguro que el entrenamiento de mi nieta será completado en el tiempo de vida que me queda. —Imogen entrelazó las manos encima de su regazo—. Ella es la última bruja con la mirada de la estrella en ella y debemos agradecer que tal poder permanezca en nuestro aquelarre.

Lena puso se llevó la mano al hombro izquierdo, en donde la pequeña marca rojiza de una estrella de cinco picos descansaba. La última suma sacerdotisa con la mirada de la estrella. Sus adentros se enredaron y desenredaron. Movió los dedos de los pies dentro de sus zapatos y se mordió la lengua.

—Sin embargo, estoy consciente de que hay poderes que desgraciadamente no se pueden heredar. —Un suspiro—. Por lo que pido su apoyo, hermanas mías, una última vez.

Todas se reacomodaron en sus asientos. Lena tenía la cabeza agachada, sin querer mirar a Imogen. Si hubiera podido, se habría tapado los oídos también. No sabía qué les pediría, pero Lena sabía que a partir de ese día su libertad había sido revocada. Le habían puesto una piedra metafórica para empujarla eternamente cuesta arriba. Su abuela había buscado ser suma sacerdotisa, su abuela había fundado ese aquelarre, su abuela había tenido *opción.*

—Con el tiempo que me queda y con el poder que aún permanece en mis huesos, pienso cerrar la puerta que está en nuestro bosque al infierno.

No.

Su visión se volvió roja. Era como si el zumbido de una colmena enfurecida retumbara dentro de su cráneo. Había pasado años tratando de tumbar o burlar los sigilos de su abuela en el bosque para poder llegar a esa puerta. Años de trabajo para poder cumplir su objetivo, meses intentando invocar diferentes demonios que pudieran ayudarla. Empezó a raspar sus dientes superiores con los inferiores. Un gruñido de furia pura se le atoró en el cuello y estaba usando toda su fuerza para contenerse y no correr hacia su abuela.

—Mientras esa puerta permanezca abierta, esta casa no estará segura. Es momento de cerrarla de una vez por todas.

—Es un suicidio —dijo Anfisa—. Va a tomar todo tu poder, podría llegar a consumir incluso tu alma y nunca llegarás al Summerland.

—Lo único que ha podido mantener contenida esa puerta es la magia del mundo antiguo. Cuando yo parta, no podrán controlar lo que se encuentra detrás de ella.

—¿Y entonces vamos a abandonar a Quinn? —La voz de Lena se desbordó desde su pecho—. ¿Vamos a dejarla ahí para siempre?

Anfisa hizo un ruido como si se estuviera asfixiando. La expresión en la cara de su abuela era tranquila, estaba en paz con su decisión y eso hizo que un sabor ácido cubriera la lengua de Lena. La habitación empezó a vibrar, los libros volaron de sus estantes. Un jarrón explotó.

—Lena… —Manon la llamó, pero no iba a escucharla. Ya se había callado por suficiente tiempo. Estaba harta de que Quinn no apareciera en las fotografías colgadas en la casa, las únicas que existían estaban guardadas en un álbum en su habitación. La enfermaba que hubieran pasado años sin poder decir su nombre en voz alta, saltaba con cuidado por encima de los recuerdos que tenían con ella, olvidaba celebrar sus cumpleaños, hacían todo para borrar su existencia del registro del aquelarre.

—No voy a permitir que hagas esto. Si cierras esa puerta, Quinn se quedará ahí para siempre. —El fuego de las velas creció y la cera negra empezó a derretirse como mantequilla. No recordaba la última vez que había sentido una emoción tan cruda, fea y visceral. Tal vez era el resultado de años de resentimiento llenos de pus e infección en su interior.

—Basta. —Imogen alzó la mano con la palma extendida por unos instantes antes de cerrarla en un puño, como director de orquesta pidiendo silencio. Lena cerró la boca con fuerza. Intentó reprochar, pero sus labios estaban sellados con magia. Por más que intentaba separarlos no lograba hacerlo, su propia voz retumbaba dentro de su cráneo.

—Tu hermana no volverá. No hubo nada que pudiéramos hacer por ella aquel día y no hay nada que podamos hacer por ella ahora.

Los ojos de Lena se abrieron tanto que temía que se salieran de sus cuencas y rodaran por el suelo. Esas palabras le rompieron el esternón y parecieron tomarla de los pulmones, ya no podía respirar. Cómo se atrevía a decirle que no pudieron hacer nada si, cuando todo ocurrió, Imogen salvó a Lena y no a su hermana. Cómo no le importaba decir semejante mentira cuando ese terrible día arrastró a Lena por la cintura de regreso a casa, diciéndole que dejara ir a su hermana.

—Una líder debe ver por la mayoría y eso es algo que vas a tener que aprender cuando seas nuestra suma sacerdotisa. —Un movimiento de su mano y una fuerza invisible dejó a Lena con las manos pegadas a los costados. Todas las brujas fueron testigos de que su abuela todavía la trataba como a una niña pequeña; se sentía completamente humillada.

»Hace tiempo tuve una perturbadora visión en la que un demonio que caminaba por nuestras tierras traía un desbalance terrible. Pude ver el fin del tiempo como lo conocemos. —Tomó aire—. He hecho todo lo que está en mis manos para frenar a los hijos del caos y evitar que esa profecía se cumpla, así que esto no está a discusión. —Miró a Lena directamente a los ojos.

»Antes de que pasen las siguientes tres lunas, esa puerta al infierno quedará sellada. Será mi último acto como su suma sacerdotisa.

Las brujas murmuraron en acuerdo con su abuela. Ninguna de ellas podía entender lo que Lena estaba sintiendo. Su hermana iba a quedarse encerrada para siempre. Su hermana, a quien Lena había jurado rescatar sin importar lo que le costara. ¿Estaría asustada? ¿Perdida? ¿Estaba esperándola? ¿Seguía con esperanza de volver? Era el peor destino que podría sucederle a una bruja: vagar en el infierno por la eternidad.

El hechizo de su abuela finalmente la soltó y la reunión se dio por terminada antes de que las brujas pasaran al comedor para el festín de esa noche. Lena no las acompañó y se fue directo a su habitación con pasos pesados y la moral aplastada. Cerró la puerta con fuerza y vio a Patricia dar un pequeño saltito de sorpresa. La lluvia afuera seguía azotando las ventanas y todo en su cuarto olía a humedad y miseria. Tomó una bolsa de basura y con ira metió todas las cosas en las que había estado trabajando. Las notas, las ofrendas, los mapas, iba a tirar absolutamente todo. Ya nada importaba.

Patricia emitió silbidos desde donde estaba.

—La abuela va a cerrar la puerta en el lago —le respondió Lena. Tomó una pequeña escultura de Baphomet que adornaba su escritorio, la lanzó contra la pared y se hizo añicos—. Me quedan menos de tres meses para encontrar la manera de salvarla.

Patricia bajó del escritorio y caminó hacia ella.

—Ni siquiera nos hemos acercado en todos estos años, Patricia, ¿cómo piensas que voy a poder en tan solo tres lunas?

Patricia la miró y movió la nariz. Lena sintió cómo estaba concentrando su poder para ofrecérselo a su bruja, así que sacudió la cabeza.

—Necesitamos más —fue todo lo que le dijo antes de tomar la bolsa y salir a tirarla.

Caminó hacia la parte trasera de la casa. La madera de las paredes crujía al reacomodarse. Se detuvo en la puerta de espejo que daba al invernadero y vio a alguien reflejado frente a ella.

Se detuvo con sorpresa y giró hacia la puerta para asegurarse de estar viendo correctamente. Los fantasmas no se acercaban al invernadero, estaba lleno de salvia. ¿Qué clase de espíritu era más fuerte que sus plantas?

Lena soltó un grito ahogado. En efecto, ahí en la puerta había un chico alto de tez morena y ojos como esmeraldas. Él se veía tan sorprendido como ella, pero en un parpadeo desapareció y Lena estaba frente a su propio reflejo una vez más. Su corazón comenzó a bombear sangre más rápido. Todo estaba mal. La casa ya estaba cayéndose y su abuela aún no se iba. No quería imaginarse las cosas que estaban por venir.

Salió de la casa y tiró la bolsa en el contenedor de metal. Frente a ella estaban los árboles que conducían a la puerta del infierno que había visto tantas veces en sus recuerdos. Un lazo rojo amarrado en uno de los troncos marcaba el lugar, aunque, incluso sin la marca, se sabía el camino de memoria. Sus pesadillas no le permitirían confundirse. Veía las hojas sacudirse con el viento y una vez más fue abofeteada por la desesperación. Pronto no necesitarían esa marca, puesto que la puerta quedaría sellada, junto con su hermana. Rugió como un animal herido y se abalanzó hacia el bosque con intención de cruzar a como diera lugar. Sintió la tensión del campo protector, los sigilos hacían que le doliera la piel. No podía dejar a su hermana sola. Había sido su culpa. Lena era la culpable de todo y ni siquiera era capaz de enmendar lo que hizo, ni siquiera era capaz de recuperar a su hermana. Le debía su vida por quitarle la suya, estaba dispuesta a balancear todo. Ella era la futura suma sacerdotisa, su poder debía ser superior al de las otras brujas. ¿Por qué no podía romper esa barrera?

Estiró las manos con toda la fuerza que tenía, apretó la mandíbula para no gritar al sentir que sus brazos ardían como si estuvieran en llamas.

—¡Lena!

Las protecciones ganaron y salió disparada con fuerza.

—¿Qué crees que haces? —Nessa la ayudó a incorporarse y la regresó con ella a la casa como si fuera una muñeca rota. Y tal vez lo era—. Mírate, debería darte vergüenza. Sabes que no debes intentar cruzar.

Lena se sentó en el pequeño comedor de la cocina. El reloj marcaba las tres de la mañana. ¿Cómo pasó el tiempo tan rápido? Nessa se movía rápidamente, tomando cosas de aquí y allá. Su cabello rubio estaba recogido en una cola alta y llevaba un camisón que la cubría hasta los tobillos. Se sentó junto a ella y dejó varias cosas sobre la mesa. Lena sentía que todo ocurría, pero a la vez no, como si fuera una alucinación.

—Dime si te lastimo. —Le tomó el brazo con delicadeza y lo inspeccionó. Lena bajó la mirada y también notó la piel de sus brazos roja por las quemaduras. Nessa colocó unas hierbas en un tarro de ungüento y las mezcló.

—Me estoy convirtiendo en mi madre. —Lena se rio.

—No. —le aseguró Nessa. La conocía bien, sabía que a Lena no le

gustaba tener cosas en común con Anfisa. Pasó el ungüento por encima de la piel de sus brazos y de inmediato sintió una reconfortante sensación fresca.

—Hoy la energía se está moviendo por el cambio tan grande. —Tomó unas vendas y poco a poco fue cubriendo sus brazos—. Todos lo podemos sentir. Pero a ustedes las brujas jóvenes les afecta más. Seguro Manon tampoco se siente bien.

—Mmmm. —Lena asintió. El tictac de las manecillas del reloj llenaba la cocina. Una falsa viuda negra caminaba por la pared.

—Si te hace sentir mejor —Nessa terminó de vendarle el otro brazo y colocó un pequeño broche para que no se deshiciera—, yo creo que vas a ser una gran suma sacerdotisa. Del mismo calibre que tu abuela.

—Gracias.

Sus brazos ahora olían a eucalipto y sus mejillas se sentían calientes. Nessa no era una persona que mostrara afecto con frecuencia. Saber que la tenía en tan alta estima le daba un sentimiento cálido en su interior, igual que comer brownies de chocolate recién horneados. Al pensar en comida, su estómago se quejó.

Nessa caminó hacia el refrigerador y sacó un bowl de pasta. Sirvió una porción en un plato y lo metió al microondas.

—No puedes seguir comiendo poco y estar sin dormir. Si sigues así, me veré obligada a decirle a la señora Imogen y estoy segura de que ella no va a dudar en hechizarte para que cuides tu salud. —Sacó la pasta del microondas y se la puso en frente a Lena, junto con un tenedor. Inmediatamente, Lena se abalanzó y trató de meterse a la boca cuanto pudiera. No se había dado cuenta de qué tan hambrienta estaba hasta que tuvo la comida enfrente.

—Prometo comer mejor —dijo con la boca llena.

—Despacio —suspiró Nessa.

—Además —se pasó el bocado golpeando su pecho para no atragantarse—, hoy me afectó más de lo que pensé. Hace un rato creí ver un espíritu en el invernadero.

—¿Ah sí? —Nessa colocó un codo sobre la mesa y recargó su barbilla sobre la mano—. Tal vez fue solo un efecto de la luz.

—No. —Lena se puso de pie para servirse de beber—. Lo vi claramente. Era un muchacho. —Abrió la llave del fregadero y se sirvió agua en un vaso de vidrio.

—Pero las plantas del invernadero están bien. Hoy las regué yo misma. —La frente de Nessa se arrugó por la confusión. Lena le dio un trago a su agua y se sirvió más.

—Me pareció muy extraño, solo lo vi por segundos antes de que

desapareciera. —Se sentó de regreso en la mesa y entrecerró los ojos mientras recordaba lo que vio—. Tal vez no estaba muerto.

Nessa levantó una de sus cejas rubias.

—Sus ojos se veían normales. —Se sirvió un poco más de pasta—. Eso es lo que uso para guiarme con los fantasmas. Los ojos no mienten.

—Lena, si no era un espectro, estamos hablando de alguien que está aprovechando que la energía se debilitó para entrar a la casa. Esto es muy peligroso. —Su rostro se endureció y sus ojos se oscurecieron hasta volverse negros—. ¿Qué fue exactamente lo que viste?

—Solo era un chico como de mi edad. —Frunció el ceño mientras forzaba a su cerebro a recordar tantos detalles como se pudiera—. Usaba ropa antigua. —Tocó su propio vestido al decir esto—. Llevaba una camisa blanca y holgada de botones. No logro recordar el color exacto del resto de su ropa. —Se quedó pensando unos momentos—. No lo sé, había algo en él que se veía como de otro tiempo. Por eso pensé que se trataba de un espíritu.

Nessa asintió con la cabeza y la dejó continuar.

—Tenía cabello castaño y creo que una cicatriz cerca del ojo. Pero no lo pude ver bien.

—Una cicatriz… —Nessa se veía extraña. Su cara perdió el color e hizo los hombros hacia atrás—. Lena, ¿ese muchacho tenía ojos verdes? —La tomó de la muñeca, lo que la hizo encogerse en una mueca de dolor.

Ella asintió.

—¿Dónde fue exactamente que lo viste? Llévame ahora. —Se pusieron de pie y fueron hacia el invernadero. Todo estaba apagado y caminaban casi a oscuras.

—Aquí —dijo Lena y señaló la puerta del invernadero. Nessa se acercó para inspeccionarla a detalle. Abrió la puerta y observó el otro lado.

—¿Estás completamente segura de que lo viste aquí?

—Sí, pero solo por un momento.

—¿Te dijo algo? ¿Te pidió alguna cosa?

—Nada. Él también pareció sorprenderse al verme y después desapareció.

Nessa se cruzó de brazos y se quedó en silencio unos instantes. Afuera la tormenta estaba comenzando a ceder.

—No debería decirte esto. —Se le acercó y la tomó del hombro—. Pero lo que viste fue un demonio.

Lena se sorprendió.

—No es un demonio cualquiera, es uno muy peligroso. Tu abuela lo venció hace tiempo y lleva ocultándose desde entonces.

Prestó atención a esas palabras. Su abuela había logrado vencerlo,

pero no matarlo. Tal vez se trataba de un demonio poderoso. Alguien con quien valía la pena hacer un trato…

—Escúchame bien. —Humedeció sus labios—. Ese demonio se llama Caleb. Si lo vuelves a ver, tienes que informarme de inmediato, ¿entiendes?

—Sí. —Asintió un par de veces.

—No dejes que se acerque ni a ti ni a la señora Imogen. Ven directo conmigo, no tienes idea de lo que ese demonio puede llegar a hacerles.

Lena sintió un escalofrío que le recorría la espalda. Eso sonaba bastante prometedor.

—Ahora ve a dormir. Yo me quedaré a revisar la casa y los alrededores.

Lena se despidió y caminó de regreso a su habitación con una nueva idea burbujeando en su mente. Si ese demonio apareció en su casa, eso debía significar que estaba cerca de ella.

—Y Lena…

Se detuvo antes de dar vuelta en el pasillo. Giró para ver a Nessa, todavía frente al invernadero.

—Prométeme que no harás nada estúpido. Te estaré vigilando.

—Lo prometo. —Sonrió y siguió su camino.

Podía prometerlo sin culpa alguna porque lo más estúpido que podría hacer sería quedarse sin hacer nada.

4
Ars longa, vita brevis

La tormenta había dejado un desastre. Todo estaba lleno de hojas, tierra y suciedad. Lena barría con fuerza el pórtico, tratando de quitar todo. Una escoba hechizada trabajaba junto a ella para terminar más rápido. El clima se sentía fresco y agradable, el cielo estaba gris todavía, pero Manon había dicho que no volvería a llover. Traía puesto un vestido rojo manzana y un delantal marrón para no ensuciarse. Había unos cuantos pájaros cantando desde un árbol cercano.

—Esto nos va a tomar dos días enteros —comentó Manon, con una cubeta de agua en una mano y una esponja en la otra. Llevaba el cabello peinado en una media cola y un bonito overol mostaza.

—Dime por favor que esa no es una visión. —Tendría que hechizar más escobas para no estar atrapada en aquello tanto tiempo.

—Ojalá no. —Manon sonrió y tocó un par de veces la madera de la puerta.

El aire se sentía ligero ese día y ella estaba mucho mejor después de una buena noche de descanso. No recordaba la última vez que su madre la había dejado dormir después de las ocho de la mañana.

—No sé por qué no nos dejan limpiar todo con magia. —Manon dejó la cubeta en el suelo y se puso un par de guantes de hule.

—Ya sabes lo que dice la abuela —tomó el recogedor—: limpiar uno mismo hace que cuente como limpia energética.

—Sí, bueno. —Manon pasó la esponja por una de las ventanas de la entrada—. También podemos usar sahumerios para eso. No tiene por qué torturarnos.

—Estoy contigo.

Por más que barría y barría, la tierra y el polvo no parecían terminar. Llevaba cuarenta minutos solamente en el pórtico y todavía ni siquiera llegaba a las hojas secas del jardín.

—¿Sabes qué me recuerda esto? —comentó Manon. Lena hizo un sonido para dejarle saber que la estaba escuchando—. Una vez mi familia rentó una casa en Italia. Nos fuimos en las vacaciones de primavera. —La escoba hechizada pasó junto a ella, limpiando cerca de sus pies—. Y una noche mis primos rompieron una tubería, pero no le dijeron a nadie. Al día siguiente la casa estaba inundada y tardamos muchísimo en limpiar todo. El dueño nos cobró una fortuna por los daños. —Soltó una risita.

—¿No se molestaron tus papás? —preguntó mientras hacía otra montañita de tierra. Si eso hubiera pasado en esa casa, su abuela la habría colgado boca bajo de un árbol.

—Muchísimo. —Manon se rio con más fuerza y volvió a meter la esponja en la cubeta—. Mis primos están vetados de cualquier otro viaje familiar. Ya están en la universidad y todavía no les levantan el castigo.

Las comisuras de los labios de Lena se alzaron casi por cuenta propia. A Manon siempre se le iluminaba la mirada cuando hablaba de su familia y de sus viajes.

—Ojalá aquí tuviéramos viajes familiares. Pero *no*. Solo nos tienen limpiando tierra interminable —comentó Lena con humor.

—¿Nunca han salido de vacaciones? —preguntó Manon. No sabía por qué le causaba tanta sorpresa si, en los dos años que llevaba estudiando ahí, Lena nunca le había contado de viajes.

—No. —Un recuerdo le vino a la mente—. Bueno, hubo algo parecido una vez. Habían operado a la señora Berterry del corazón y no podía salir de la cama. Así que fuimos a visitarla en su casa cerca de Galway. — Imogen no había ido, por supuesto, pero su madre y el resto del aquelarre sí; era lo más parecido a unas vacaciones familiares que podía recordar. Incluso habían decidido irse en el viejo auto de su madre, un pedazo de chatarra afuera de la propiedad—. La abuela le preparó una poción para ayudarla a sanar más rápido y yo le llevé un pastel con un hechizo para subirle el ánimo. Ella vive en una casa muy linda en la playa y pareció animarse mucho cuando nos vio llegar. —Hizo una pausa y se sonrojó al recordar lo siguiente que pasó—.

Pero terminé con una terrible insolación.

Barrió con más fuerza, sintiéndose avergonzada.

—Le pedí a la señora Berterry consejos para ver el futuro e intentar tener el don de la clarividencia como mi abuela. Y me dijo que girara hasta marearme. Según ella, cuando me tirara a la arena con los ojos cerrados, iba a poder ver algo. —Bufó al acordarse.

Manon se empezó a reír.

—¿Y funcionó?

—¡Claro que no! —Manon se rio con más fuerza—. Todos se rieron de mí. Hasta el nieto guapo de Berterry.

Lena terminó con la piel inflamada e irritada por más de una semana al quedarse tirada bajo el sol esperando una visión de cualquier tipo. No solo regresó sin poder ver el futuro, sino también sin dignidad.

—¿Berterry tiene un nieto guapo? —preguntó su amiga con interés.

—Sí, pero es mayor que nosotras.

—Mejor aún.

—Ya está casado. —Lena puso los ojos en blanco. Manon hizo un ruido de decepción y siguió quitando el lodo de la ventana.

—Siempre creí que solo tenía una nieta, a él nunca lo menciona. —Hizo un movimiento y la esponja siguió su trabajo sola. Manon tomó la cubeta y se movió a otra ventana.

—Creo que la nieta es su favorita, pero a ella nunca la he visto. Siempre habla de ella y nunca viene.

—¿También es bruja? —Tomó una esponja nueva y la pasó por el cristal—. ¿O es mortal?

Lena bajó los escalones del pórtico para seguir barriendo. Los brazos se le comenzaban a cansar.

—Es bruja, pero creo que no piensa unirse a un aquelarre. Escuché que Berterry le comentó algo parecido a mi madre. Tal vez por eso no viene. —Se encogió de hombros—. Aunque anoche dijo que me mandaría un amuleto de protección con ella, así que puede que la conozcamos pronto.

—Me pregunto si es bonita como su hermano. —Movió las cejas de arriba abajo un par de veces.

Manon era muy popular y tenía varios admiradores. Siempre había regalos en el correo esperando impresionarla de alguna u otra forma. En temporadas como San Valentín llevaba tantos chocolates a casa que incluso Lena lograba quedarse con dos o tres cajas.

—Deberíamos salir más tarde a tomar un café y ver si conocemos a alguien —comentó Manon mientras alzaba las manos y se estiraba—. Hace falta *romance* en nuestras vidas. —Lena sonrió.

—Podemos ponernos algo de canela tras las orejas y ver si nos funciona —sugirió antes de bajar al último escalón con la escoba.

—Suena a que tenemos un plan.

Por más que se apresuraron para terminar, cuando se encaminaron al pueblo, el cielo ya estaba en los tonos rosados y naranjas característicos del atardecer. Manon le había prestado su perfume y ambas iban acompañadas de una nube con aroma a peras, rosas e iris. Caminaban con los brazos entrelazados mientras conversaban. Manon sacó su teléfono del bolso y le enseñó a Lena fotografías que sus amigos le mandaban desde Toulouse. Su abuela estaba en contra de ese tipo de tecnología. Manon tenía estrictamente prohibido tenerlo encendido cuando estaba en la casa, pero a Lena le gustaban los momentos en que aprovechaban sus visitas al pueblo y su amiga le mostraba un poco más del mundo de los mortales.

Las casitas de colores ya estaban a la vista y el arco de piedra que marcaba la entrada quedaba justo frente a ellas. Todavía no oscurecía por completo, pero ya se encontraban encendidas las luces de la calle. Aún había turistas, aunque los puestos del mercado ya no estaban.

Un par de hombres ebrios discutían afuera de la taberna. La puerta estaba abierta y podían escuchar el bajo de la música que retumbaba.

—Creo que ya es un poco tarde para un café —comentó Lena y Manon asintió.

—Igual deberíamos sentarnos a comer algo por aquí. —Se decidieron por un restaurante al aire libre que quedaba cerca del centro. Se detuvieron un par de veces: en la única tienda de ropa y en la tienda de regalos. Aunque estaban cerradas, se conformaron con ver las cosas a través del cristal.

—Hace mucho que no cenamos fuera de casa —dijo Lena emocionada una vez que llegaron al restaurante. Las mesas y sillas eran de metal y todo estaba adornado con flores y plantas.

—Veo que agregaron cosas al menú.

El corazón de Lena revoloteó al escuchar eso. La comida en casa era buena, pero no había tanta variedad.

El mesero se acercó con una pluma y una libreta. Tenía ojos pequeños y piel clara.

—¿Qué podemos ofrecerles esta noche, señoritas? —preguntó sonriéndoles. Tenía el cabello perfectamente peinado con lo que parecía ser cera.

—Agua mineral para mí —dijo Manon.

—Dos, por favor —asintió Lena.

Pasó los ojos por los diferentes platillos, tratando de decidirse por alguno. Pensaba en comer algo ligero para poder pedir uno o dos postres.

—Olvidé preguntarte —dijo Lena, mordiéndose los labios—, ¿lograste encontrar a Mikael?

Manon negó con la cabeza.

—Aún no. Estoy tratando de no pensar en eso.

—Lo siento. —Pellizcó su nariz—. No quise…

—¿Tú cómo estás? Anoche te golpeaste la cabeza muy fuerte.

—No duele nada. —Pasó su mano a la parte trasera de su cráneo y presionó en distintos puntos. Los brazos sí le dolían, pero eso era algo que no quería mencionarle a Manon.

Se quedaron calladas y se miraron por unos momentos. Ambas parecían estar pensando en qué decirse y qué no. Una cuchara se le cayó a uno de los comensales junto a ellas y a lo lejos se seguía escuchando la música de la taberna.

—Hay algo que no sé cómo decirte, así que solo lo diré. — Manon tomó aire—. Volví a tener la misma visión de ayer y creo que estás en peligro. Nunca había tenido la misma visión dos veces.

Lena se quedó callada, esperando a que Manon continuara. El mesero regresó con sus bebidas y le pidieron la comida rápido para que se fuera.

—En mi visión había un gato sin piel que arrastraba un carruaje repleto de huesos humanos y, en la cima, un dragón de humo comiendo. —Golpeó sus uñas contra el cristal del vaso—. La primera vez no logré ver qué comía, pero hoy fue claro. —Una pausa—. Te estaba devorando.

Su piel se erizó. Sintió un cosquilleo a lo largo de todo el cuerpo. Una visión tan importante, tan certera que incluso se le presentó dos veces a su amiga.

—Creo que debemos decirle a la suma sacerdotisa. —Se rascó el brazo —. Tal vez ella sepa lo que significa. No es una visión clara.

Lena asintió.

—Tal vez es una visión más parecida a un sueño —sugirió Lena—. Como que el dragón representa la responsabilidad que me impusieron o algo así.

—Puede ser. —Su amiga sonrió, aunque la sonrisa lucía apretada—. Pero es mejor que estemos alerta, no sabemos quién quiera hacerte daño ahora que estás por convertirte en la líder del clan.

—Manon. —Lena suspiró—. Sé que viniste para estudiar con mi abuela y ella pronto ya no va a estar. No creo que en estas tres lunas pueda darte un buen entrenamiento. —Pasó saliva—. Tal vez es más seguro que regreses a casa. Si algo en verdad va a venir tras la familia, no me gustaría ponerte en peligro.

Manon se veía como si Lena le hubiera dado una bofetada. Sus ojos se

humedecieron y parpadeó unas cuantas veces para recobrar la compostura.

—¿Quieres que me vaya? —acusó.

—No —dijo con sinceridad—, pero no te culparía si lo hicieras.

—Somos parte del mismo aquelarre. —Su frente se arrugó y sus cejas casi se tocaban—. Somos *amigas*. ¿Por qué clase de persona me tomas? —dijo unas cuantas palabras en francés que Lena no entendió antes de darle un trago grande a su agua mineral.

—No quise ofenderte. —Lena alzó las manos y trató de apaciguarla—. Me importas mucho y no quiero que te pase nada malo.

Los ojos de Manon se suavizaron. El mesero regresó con sus platillos y les advirtió que no tocaran los platos porque estaban calientes.

—Y tú me importas a mí. —Atravesó una aceituna con el tenedor—. De eso se trata la amistad. De cuidarse mutuamente.

Lena se sintió aliviada. Había algo en el hecho de contar con la ayuda de Manon que la hacía sentirse más tranquila. Se quedaron un rato en un cómodo silencio mientras cenaban. Había pedido una hamburguesa con queso extra; pensó que, si la ambrosía de los dioses fuera real, sería justamente esa hamburguesa.

—Disculpen —las llamó una mujer—. Perdón por interrumpirlas. —Se veía nerviosa y pasaba su peso de un pie a otro—. Ustedes son brujas, ¿verdad? —preguntó. Era una chica joven con la cara redonda y mirada amable.

—Depende de quién lo pregunta —respondió Manon sin mirarla.

—¿En qué podemos ayudarte? —corrigió Lena.

La chica miró a Manon, que siguió comiendo, y después se dirigió a Lena.

—Verán, mi padre desapareció ayer. Trabaja como recolector de basura junto con un par de compañeros. Los tres salieron al amanecer, pero no regresaron a casa.

—¿Ya informaste a la policía? —interrumpió Manon.

—Sí —dijo con voz queda. Su confianza parecía estarse evaporando—. Encontraron el camión de basura estacionado con las puertas abiertas y las llaves puestas. —Su labio inferior temblaba—. Ya lo están investigando, pero —un sorbido— solo quiero *saber*. —Les acercó un monedero de cuero—. Puedo pagarles. No tengo mucho ahora, pero puedo juntar la cantidad que me pidan.

Lena negó con la cabeza.

—No te preocupes. —Le regresó el pequeño bolso a la mujer—. ¿Tienes alguna fotografía de él?

—Sí, por supuesto —La chica sacó de su cartera una polaroid de

algunos años atrás, a juzgar por lo distinta que se veía. Junto a ella, sosteniendo una caña de pescar, estaba un hombre rubio de bigote y anteojos.

—Muy bien. —Le devolvió la fotografía y la chica la guardó con cuidado—. Si llegamos a enterarnos de algo o si lo vemos, te lo diremos. Si está en nuestras manos, te ayudaremos. Pero no puedo prometerte nada, ¿de acuerdo?

—Sí. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Se los agradezco mucho. —Bajó la cabeza—. En verdad gracias. Perdón otra vez por molestarlas.

—Lena —Manon exhaló cuando la chica se fue—, deja de regalar tu trabajo —dijo, acentuando cada palabra—. Vas a empezar a debilitarte. —Torció los labios—. Además, no podemos meternos en estos temas de mortales. Tenemos suficientes problemas en nuestra propia casa.

Era cierto. Lena ya tenía una larga lista de pendientes de momento, como para agregar ese tipo de cosas.

—Le dije que no le podemos prometer nada. —Se encogió de hombros —. No nos quita tiempo estar al pendiente. Si veo su espíritu por aquí, le diré que falleció. Si tienes una visión en algún momento, le decimos lo que viste. No haremos nada que nos saque de las cosas que ya hacemos.

Manon revolvió la comida en su plato.

—Está bien. Solo protege tu energía.

—No más ayuda gratis, anotado.

Y no es que tuviera especial afecto por los mortales, vivos o muertos, era la vulnerabilidad lo que la hacía actuar de manera instintiva. Era el hecho de que alguien necesitaba ayuda y ella estaba *justo ahí*. Para Manon, Lena lo hacía sin cobrar por sus servicios y eso podría crear un desbalance. Para ella era todo lo contrario, estaba tratando de enderezar las cosas porque, cuando la persona que más quería la necesitó y le pidió ayuda, ella no hizo nada. No sentía que estuviera trabajando sin recibir compensación, al contrario, sentía que estaba pagando por algo que pasó. Y como se trataba de la persona más importante de todas, no sabía cuánto tiempo tardaría en pagar su deuda por completo. Tal vez nunca lo lograría sino hasta salvarla.

Se pusieron mutuamente un hechizo de protección antes de caminar de regreso a casa. Lena miraba de un lado a otro, tratando de encontrar un espíritu que encajara con la fotografía. Durante la noche era más común ver espectros. Pocos caminaban de día, la mayoría esperaba que cayera la noche.

—¿Lo ves? —preguntó Manon.

—Creo que no.

—Tal vez cruzó al siguiente plano y ya no está aquí.

Lena entrecerró los ojos.

—No lo creo. Si su hija lo está buscando, esa tristeza lo va a anclar. Va a sentir que tiene asuntos pendientes aquí.

—Tal vez no está muerto —sugirió su amiga. Lena seguía prestando atención a los alrededores mientras caminaba.

—Tal vez.

Había muchos espíritus de pie junto a la carretera que llevaba a casa. Estaban tiesos, con las cabezas hacia la luna y las bocas abiertas como si hubieran sido congelados en un alarido. Eran decenas acomodados en fila, todos en esa misma posición. Era aterrador, nunca había visto algo como eso.

—Manon —dijo—. Los espíritus están actuando extraño.

A mitad de camino, uno de ellos bajó la cabeza y las miró. Luego el siguiente, y el que seguía, y poco a poco todos fueron bajando la cabeza mientras ellas iban acercándose a la casa.

—Bruja —dijo uno con voz grave.

—Bruja —repitió otro.

Lena los empezó a mirar con desconfianza, tomó la mano de su amiga y comenzó a caminar más rápido.

Bruja.

Bruja.

Bruja.

—¿Qué pasa?

Uno se movió hacia ellas y los demás hicieron lo mismo. Algo dentro de ella se encendió.

—Manon, corre. —Sin soltarle la mano, movió las piernas tan rápido como pudo. Manon trataba de seguirle el paso.

Los espíritus corrían tras ellas y, al no estar limitados por cuerpos humanos, se acercaban cada vez más. Podía ver el portón de la casa, ya casi estaban ahí. Su corazón saltó a su garganta.

—¿Por qué corremos? —preguntó Manon.

La garganta de Lena se sentía como si se incendiara. La sensación fría de los fantasmas estaba ya en su nuca, podía verlos con el rabillo de los ojos, pero el portón también estaba a unos metros. Sintió unas manos frías en su cuello y Lena gritó con fuerza antes de lanzar a Manon dentro de la casa y cerrar el portón tras ellas. Los espíritus se quedaron quietos, viéndolas con sus ojos brillantes.

Las dos se quedaron ahí, jadeando. Manon tenía una mano sobre su pecho mientras trataba de recuperarse.

—Hay… —unos cuantos respiros—, hay cientos de espíritus ahí

afuera. Nos están mirando.

—*¿¡Qué!?*

—Alguien los envió. —Se alejó del portón y caminó hacia atrás sin querer darles la espalda—. Nos perseguían.

—¿Estamos seguras de que no pueden entrar?

No.

—Sí. —Se mordió la lengua—. La casa tiene protecciones para esto. Nada puede tocarnos aquí.

Sin embargo, no podía evitar recordar los ojos verdes que había visto en la puerta del invernadero.

5
Istig

Partieron un par de limones por la mitad y les pusieron sal encima. El piso se sentía fresco bajo las plantas descalzas de sus pies. Era una lástima, pero probablemente tendrían que quemar sus zapatos al día siguiente. No estaba segura de cuánta tierra de cementerio habían pisado.

—Entonces, ¿no hay otra explicación? —preguntó Manon. Lena pasó el limón con sal por el largo de sus brazos tan rápido como podía. El agrio olor llenaba su nariz. Esa era una forma rápida de quitarse un maleficio, pero, si en verdad alguien las había hecho pisar tierra robada de tumbas, tal vez no sería suficiente.

—No lo sé —dijo finalmente con un suspiro—. Esto no se ve como el trabajo de un principiante. —Se pasó el limón con sal por la cara y sintió la piel de su cutis arder en reclamo. Manon se enrolló el pantalón para levantarlo hasta sus rodillas antes de pasárselo por las pantorrillas. Tenía un pequeño raspón cerca del tobillo y soltó un leve quejido cuando el limón tocó la carne herida.

—No pensé que tu abuela tuviera enemigos. Pero supongo que tiene sentido.

Lena le lanzó una mirada antes de meter los limones usados en una olla y encender unos fósforos para quemar las cáscaras. Un chasquido

de dedos y el fuego creció. Su abuela no tenía enemigos, no realmente. Si alguien estaba en su contra, no se había atrevido a pronunciarse en todo el tiempo que Lena llevaba con vida.

—Creo que esto es sobre mí —Sus ojos estaban puestos en las llamas mientras veía las cáscaras de limón oscurecerse y ser consumidas por el fuego.

—Cuánto narcicismo. —Manon se rio y puso su mano sobre el hombro de Lena antes de darle un ligero apretón.

—Es más fácil deshacerse de mí antes de que ascienda.

Sintió la garganta apretada. Había algo burbujeando debajo de su piel. Un sentimiento confuso entre querer ocultarse bajo las mantas en su habitación y querer salir corriendo para demostrar que no era una completa inepta. Sí, su abuela tenía un poder con el que tal vez Lena solo podría soñar, pero eso no significaba que fuera una presa fácil. Cuando menos no tenía opción de serlo, de lo contrario, no podría regresar a Quinn a casa. Manon se quedó pensativa. Torció los labios unas cuantas veces y parecía querer comentar algo, pero al final no dijo nada.

Se despidieron y Lena caminó hacia el invernadero con la excusa de que iría a buscar un gusano para Patricia. Dado que se trataba de un ente sobrenatural, podía comer la cantidad de insectos que quisiera, pero Lena procuraba darle solo uno o dos a la semana, como si fuera un erizo común.

La casa estaba quieta y tenía un fuerte olor a incienso esa noche. Caminaba sin zapatos, de puntillas, tratando de avanzar sin hacer mucho ruido. Esa noche no quería ser interrumpida por Nessa. Con el rabillo del ojo, distinguió una de las almas que se escondía detrás de una puerta. Esperaba que nadie la siguiera, había visto suficientes espectros por una noche. Una de las luces del techo parpadeó un par de veces, un crujido se escuchó en las paredes mientras la casa se reacomodaba. Normalmente podía sentir la magia abrazarla ahí adentro, pero poco a poco el agarre de su abuela iba cediendo y la casa comenzaba a resentirlo.

Lena pasó saliva y sintió como si estuviera tragando una bola de algodón. Caminó por el pasillo que conectaba la casa con el invernadero y ahí estaba otra vez. La puerta de cristal en la que la noche anterior había visto al demonio del que Nessa le había advertido. Pero esa noche la puerta estaba como siempre. Había huellas que dejaban ver que alguien había tocado la puerta durante el día, por lo que probablemente al día siguiente tendrían que limpiar el cristal, pero fuera de eso no había nada raro. Pasó un mechón de cabello hacia atrás de su oreja y abrió la puerta.

Hacía mucho calor. Recorrió con la mirada las macetas de tomillo y romero, inspeccionando todo cuidadosamente. ¿Por qué un demonio querría

entrar ahí? Tal vez quería burlarse de cómo la magia de su abuela estaba muriendo. De acuerdo con lo que dijo Nessa, su abuela se había enfrentado a él antes. Si había logrado sobrevivir a Imogen, seguramente se trataba de un demonio de rango alto. Paseó por el invernadero, tratando de hacer tiempo. Pasó sus dedos por las hojas de menta y observó las verduras que Anfisa cuidaba en su pequeño huerto personal.

Nada.

No parecía que Caleb fuera a aparecer esa noche de nuevo, cuando menos no en el mismo lugar que la vez anterior. Decepcionada, tomó uno de los gusanos que guardaban en uno de los terrarios y regresó a la casa. Una gota de sudor comenzó a resbalar por su frente y la limpió con el dorso de su mano. Su estómago se retorció de manera inesperada. Apretó los labios y subió a su habitación.

—Creo que me estoy enfermando —le comentó a Patricia y le lanzó el gusano al piso. Ella se abalanzó sobre él de inmediato. El sonido del cuerpo del gusano crujiendo hizo que su estómago diera otra voltereta. Caminó al baño para lavarse antes de tirarse en la cama, abrazando una almohada contra su abdomen. Podía sentir el sudor empapando su espalda. Aquello parecía haber empezado de la nada, tal vez la cena en el restaurante del pueblo no se había asentado bien en su estómago. Patricia acurrucó su cabeza en la almohada y su respiración tranquila comenzó a arrullarla. A pesar de sus planes de no quedarse dormida y usar la noche para trabajar, ahí estaba, en la misma pesadilla de siempre. En ese día de octubre cuando todo cambió. El aire olía a canela y césped recién podado, y sabía que estaba soñando porque los colores de todo estaban mal y el suelo se veía como si fuera de gelatina. Pero lo que ocurría era exactamente lo que se había quedado en su memoria desde que sucedió. Ese día su madre tenía un horrible dolor de cabeza y no quería escucharlas hacer ruido. Ya que afuera el clima se sentía agradable y no estaba haciendo ni frío ni calor, mandó a sus hijas a jugar al jardín trasero. Quinn estaba tirada sobre su estómago, dibujando en una libreta.

Lena, de diez años, estaba sentada cerca de la puerta, con el ceño fruncido y su barbilla sobre las rodillas. Llevaba puesto un vestido tejido de color lila y su hermana usaba uno casi igual, pero en blanco. Su madre casi siempre las vestía iguales.

Seguía con los ojos una pequeña hormiga negra que movía una hoja igual de pequeña con su cabeza. En un día diferente estaría jugando con su hermana o inventando una rutina de baile, pero ese día no se sentía con ánimos para nada.

Anfisa la castigó cancelando la visita al bosque para ver a las hadas.

Lena nunca había visto una y estaba muy emocionada por ir, pero ya nunca ocurriría.

Bufó.

—¿Estás enojada? —Escuchó. Alzó la mirada y se topó con su hermana. Traía puesto el mismo par de zapatos rojos que usaba todos los días. Últimamente, por más que lo intentaban, no lograban convencer a Quinn de usar otros zapatos.

Lena observó a su hermana con los ojos entrecerrados y las mejillas infladas. Iba a responderle, pero su boca se sentía seca y no quería hablar, así que solo negó con la cabeza.

—Pero sí te ves enojada —dijo Quinn. Su rostro tenía tantas pecas como el de su hermana, pero ella tenía ojos oscuros y cabello negro.

Lena no dijo nada.

—*Dime* —Quinn se sentó junto a su hermana.

—No estoy enojada.

—Claro que *sí*.

—Claro que *no*.

Se quedaron calladas unos momentos. Vieron un avión pasar por encima de la casa.

—¿Y qué pasó? —preguntó Quinn.

No dijo nada, solo estiró la mano y aplastó a la pobre hormiga con su dedo pulgar.

—¡No hagas eso! —la regañó Quinn—. Ella no tiene la culpa.

Silencio.

—¿Por qué no me quieres decir qué te pasa?

¿Qué le pasaba? Lo mismo de siempre. Lena podía ver personas que los demás no y les respondía con voces que otros no podían escuchar. Normalmente no era un problema, pero cuando Anfisa estaba de mal humor, culpaba a su hija de las cosas sin creerle que habían sido los espíritus de la casa.

Arrancó hierba del piso y empezó a romperla en pedacitos.

—Ya encontraron los collares que mamá había perdido. Estaban rotos en el ático. —Arrancó más hierba.

—Te dijo que no los tocaras.

—Yo no fui. —Hizo un puchero—. Fue el señor que no tiene un ojo. A él le gustan las cosas que brillan y vive en el ático. Fue él.

—No me habías contado que había un señor sin un ojo en la casa.

Lena se encogió de hombros. No hablaba mucho con su hermana de los fantasmas que vivían en la mansión. A Quinn la asustaban y no podía dormir cuando Lena le comentaba que había visto a alguien merodeando por

los pasillos.

—Es un señor muy viejo y no tiene este ojo. —Lena se cubrió el ojo izquierdo para mostrarle—. Habla mucho en irlandés. A veces no le entiendo, pero siempre trata de robarse cosas.

—¿Y le dijiste que fue él?

Lena asintió.

—Pero no me creyó de todos modos.

—Yo sí te creo—Sonrió y le mostró todos los dientes.

—Gracias.

Quinn se puso de pie y se sacudió el vestido.

—Mejor juguemos a algo para que se te olvide.

Lena la miró. Ese día no tenían tarea, entonces no había nada más que hacer, pero la verdad era que seguía molesta y sin ánimos. Negó con la cabeza.

—Podemos jugar a las transformaciones.

Negó con la cabeza.

—¿Escondidas?

—No quiero hacer nada, Quinn —se quejó—. Déjame en paz.

—Pero estás triste.

Se le quedó viendo fijamente. Se tenía que rendir en algún punto.

—*Ya déjame.* —Arrancó otro trozo de hierba—. Ve y juega tú sola.

—Está bien —dijo Quinn, con las cejas juntas y un plan en la mirada —. Voy a explorar al bosque y tú te lo pierdes.

Sin esperar a su hermana, se dio media vuelta y marchó hacia los árboles que tenían el lazo rojo atado en el tronco. Sintió que su corazón se detenía. Les habían dicho muchas veces que no entraran sin supervisión por lo peligroso que era. Pero no iba a fingir que eso no había despertado su curiosidad.

Esperó sentada, sintiéndose como un resorte a punto de saltar. En cuanto vio a su hermana tocar el roble con el lazo, corrió tras ella.

—¡Espérame!

Lena despertó con el corazón martillándole el pecho. No quería continuar reviviendo ese día. No quería llegar al momento más terrible. Se rascó brazos y piernas con vehemencia, tratando de quitarse la horrible sensación de ansiedad que comenzaba a cubrirla. Su estómago se quejó, así que bajó de la cama y caminó hacia el baño sin despertar a Patricia. Se salpicó agua en la cara, buscando refrescarse. Su cepillo y pasta dental llegaron a ella flotando. Bebió agua para enjuagarse y escupió en el lavabo.

—¡Dioses!

Se echó hacia atrás y, horrorizada, se vio al espejo. Su lengua parecía

estar cubierta de un cabello largo y negro. Una corriente gélida le acarició la columna vertebral. Su mano temblorosa se acercó hacia su boca, intentó no pensar demasiado y simplemente quitar lo que estaba ahí. Tocó el cabello y sus ojos se llenaron de lágrimas de desesperación. Quería volver a dormir, o despertar si aquello era todavía una pesadilla. Tomó un trozo del cabello y jaló.

Sintió un golpe de asco y rápidamente se inclinó sobre el inodoro para vomitar. El cabello no estaba adherido a su lengua, parecía venir de dentro de ella. Volvió a jalar un mechón largo de cabello y lo sintió cual si estuviera sacándose los adentros. Las lágrimas finalmente resbalaron al darse cuenta de que el mechón no parecía terminar. Empezó a jalar de él con ambas manos, dejando que lo que iba saliendo cayera dentro del inodoro. Otra ola de asco se apoderó de ella, pero solo salía mucosidad y pelo de sus entrañas. Se convulsionó con fuerza y empezó a tirar cada vez más rápido, hasta que por fin logró sacar el enorme mechón de cabello de su interior. Se quedó temblando, abrazada a la taza de baño, derrotada. No se había dado cuenta de que siguió gritando entre todo el caos hasta que sintió una mano en su hombro.

Nessa se inclinó sobre su cuerpo e hizo sus trenzas hacia atrás.

—Shhh… —Suavemente le pasó una mano por la espalda.

—Perdón —intentó decirle antes de que otro golpe de arcadas la hiciera vomitar.

Lena terminó sentada contra la pared. El baño olía a bilis, pero trataba de no pensar en eso para no volver a vomitar. Tenía los ojos cerrados y respiraba con dificultad. Le rechazó a Nessa un vaso con agua y la escuchó jalar la cadena antes de sentarse a su lado.

—Todo está mal —dijo Lena jadeando—. Hoy, de regreso a casa, nos persiguieron unos espíritus que parecían querer hacernos daño. Eran montones de ellos, Nessa. Nunca había visto algo así.

—Mmmm —Nessa musitó—. ¿Cenaron fuera de casa? Eso pudo haberte enfermado. Tal vez la comida estaba pasada y confundiste las cosas. Tu salud y tus dones se conectan.

—No. —Lena abrió los ojos y la miró, sintiéndose ofendida—. Nessa, esto claramente es magia oscura. Viste *los cabellos* —Otra ola de asco. Se tapó la boca para contenerse.

—¿Cuáles cabellos?

Lena se quedó helada.

—¿Lena? —insistió Nessa mientras la veía con suma atención, como siempre lo hacía. Lista para protegerla o para informarle a Imogen de la situación. Lena asomó la cabeza al retrete. Sabía que ya no había nada ahí,

pero se quedó mirando. Se sentía aterrada. ¿Había sido una alucinación? No. Estaba segura de lo que vio. Aquello definitivamente era magia oscura. Alguien estaba tras ella. Recordó las palabras de Manon en el restaurante y se le puso la piel de gallina.

—Creo que fue una pesadilla —mintió. Sentía como si la hubieran abierto por la mitad y le hubieran sacado toda la pulpa—. Otra vez estaba soñando con el accidente.

Nessa la acompañó de regreso a la cama y puso el dorso de su mano sobre la frente de Lena cuando ya estaba bajo las cobijas. Patricia las veía desde la mesita de noche.

—No tienes fiebre.

—Ya me siento mejor.

Nessa la miró sin estar convencida, pero no dijo nada más. Apagó las luces de la habitación y caminó hacia la salida. Todo se cubrió de luz de luna.

—Llámame si necesitas algo. Estaré despierta cuidando la casa.

Sintió su quijada tensarse.

—Gracias, lo haré.

—Descansa.

Tomó las cobijas y se cubrió hasta la cabeza con ellas.

6
Insidias

Después de un largo baño con agua y sal rosa, y tres días de descanso, Lena se sentía mucho mejor. Bajó al amanecer a la cocina y tomó algunos ingredientes antes de dejar una nota en el refrigerador en la que avisaba que saldría a meditar y regresaría al anochecer. Acomodó todo con cuidado en su mochila y se ató sus Dr. Martens. Patricia había insistido en ir, así que dejó todo entreabierto para que se ventilara. Ese día había cambiado sus dos trenzas por un peinado recogido para evitar que su cabello se ensuciara. Llevaba un vestido liso negro y se amarró un delantal viejo que tenía para ese tipo de cosas. Se colocó su pulsera roja para la protección en la muñeca izquierda y un collar que había hechizado la luna llena anterior, y salió de la casa tratando de mantenerse centrada.

El pasto estaba besado por el rocío y el aire olía a lima y naranja. Arrastró su bicicleta por el jardín con dificultad. Las ruedas no avanzaban tan bien, tendría que darles mantenimiento. Hubiera preferido irse caminando para no tener que cargar con tantas cosas en caso de que tuviera que hacer una huida rápida, pero el lugar al que planeaba ir estaba algo retirado de la casa y tardaría mucho más en llegar si no se iba en algo con ruedas. El cielo comenzaba a iluminarse con un tono rosa. Patricia estaba preocupada, pero no parecía querer disuadirla.

El camino estaba lleno de ramas que hacían que Lena perdiera el balance de vez en vez. Contó ciento dos árboles en el camino, tres viajeros con miradas cansadas avanzando lentamente y tan solo dos camionetas. Poco a poco, el camino se acabó, dejando solo terracería y piedras. Lena sabía que hasta ahí podría llegar con su bicicleta, así que la dejó recargada contra un árbol. Puso su mano sobre el asiento y concentró su energía antes de pronunciar:

—Aquel que intente llevarte sin mi permiso perderá todos los dedos de las manos y los pies. —Tres toquecitos rápidos—. Y así será.

Abrió la mochila y Patricia saltó de mala gana.

—Lo siento, pero necesito que prestes atención al camino.

Ahí los árboles estaban sin vida, torcidos y molestos. Un grupo de perros flacos estaban sentados mostrándoles los dientes y gruñendo como advertencia. Lena apretó el pentagrama en su collar y caminó con cuidado. Diez pasos, quince pasos, cincuenta pasos. Había una estructura rota, pero con los ladrillos de la base aún en pie. Un chico de cabello rubio despeinado y rasgos atractivos estaba sentado sobre lo que quedaba de la estructura. Usaba ropa deportiva y fumaba una pipa, la cual contrastaba con su apariencia tan joven. El chico la miró de pies a cabeza con una expresión traviesa en sus ojos rasgados.

—¿Otra vez por aquí, bruja?

Las cejas de Lena se acercaron hasta su coronilla. Reconoció la voz, pero la última vez que lo había visto se veía como un hombre anciano, con la espalda encorvada y las manos engarrotadas.

—Ulf —saludó Lena. Por supuesto, ese no era su verdadero nombre, si Lena supiera cómo se llamaba, tendría poder y control sobre él.

—Qué honor saber que la suma sacerdotisa me reconoció —Hizo una reverencia sin quitar esa expresión entre sonrisa y burla.

Lena se mordió la lengua. ¿Cuántas personas se habían enterado ya? Aquello podría ser muy peligroso para el aquelarre.

—La suma sacerdotisa es Imogen Hanavan. —Se encogió de hombros y trató de mantener su rostro neutral.

—Por ahora. —Volvió a pegarse la pipa a la boca. Sus labios eran gruesos y se veían suaves. Lena inmediatamente se avergonzó de haber notado algo como eso.

—¿Y de quién es este cuerpo que estás usando? —preguntó, cruzándose de brazos.

Ulf caminó hacia ella. Sus ojos le recordaban vagamente a los de un zorro evaluando su cena. Tenía una perforación en la ceja izquierda y Lena se quedó observando el arete dorado.

—Yo lo comí, entonces soy el dueño —se carcajeó.

Lena se había topado con Ulf muchas veces y sabía que no tenía un cuerpo humano, por lo que debía tomarlos prestados, pero el cuerpo se veía tan joven, a inicios de sus veinte cuando mucho, que le daba cierta pesadez en el pecho saber que alguien tan joven murió solo para que un demonio cambiara de apariencia.

—¿Por qué? —Se relamió los labios—. ¿Te gusta? —Patricia se abalanzó a su tobillo y lo mordió. Ulf hizo una mueca y exclamó del dolor.

—No vine de visita, vine a hacer negocios.

—Por supuesto. —Se enderezó una vez que Patricia lo soltó y regresó al lado de su bruja—. Pero ya sabes que eso tiene un precio.

Lena buscó dentro de la mochila y sacó un frasco lleno de dientes, algunos todavía con trozos de encía. Los ojos de Ulf se iluminaron y aceptó la ofrenda.

—Vamos entonces, bruja.

Comenzaron a subir una colina. La temperatura estaba empezando a bajar. Otro perro negro caminaba cerca de ellos. Sus ojos eran rojos y en su hocico llevaba un quinqué.

—No mires mucho a ese —dijo Ulf—. Casi parte a la mitad a un visitante que tuvimos hace poco.

—No lo había visto antes —notó Lena. Patricia caminaba tras ellos, asegurándose de que nadie los atacara por sorpresa.

—Han llegado más últimamente.

Unos cuantos pasos más y llegaron por fin a la iglesia abandonada que buscaban. Era pequeñita y se veía casi como una casa, excepto por la campana colocada encima de ella. Plantas cubrían lo que en algún tiempo fueron paredes blancas. Una de las ventanas estaba rota, pero el par de puertas que protegían la entrada se veía firme. No había nada que diferenciara esa iglesia de otras. No pareció haber sido importante en su tiempo, sin embargo, por razones desconocidas, se había convertido en un espacio especialmente rondado por demonios. No podían entrar a la iglesia, claro, incluso si lo intentaban, los perros los atacarían, pero eso no los detenía de infestar los alrededores.

—Henos aquí. —Ulf le hizo otra reverencia exagerada—. Ya sabes qué hacer.

Los demonios, por lo regular, no confesaban dónde encontrarlos, pero Ulf no parecía tener alianza alguna y hacía negocio al vender a sus compatriotas. El terreno estaba hecho para que los ojos humanos se confundieran y nunca lograran encontrar la iglesia, incluso si creían recordar el camino. La primera vez que Lena intentó llegar, creyó que podía disponer

del demonio, pero se quedó atrapada dos horas caminando en círculos, antes de regresar a donde empezó para ver al entonces anciano reírse de ella.

Su corazón empezó a latir al saber lo que estaba por ocurrir. Dejó la mochila en el suelo y comenzó a sacar sus herramientas. Colocó seis velas en un círculo amplio, el cual delineó con sal. Utilizó tiza en polvo para hacer un pentagrama en el centro. Patricia estaba junto a ella, completamente quieta. Podía sentir los ojos de Ulf viéndola con atención. Se mordió el interior de las mejillas y pensó que le gustaría que él no estuviera ahí. No quería que nadie se enterara de la información que le había dado Nessa. No había nada que hacer: si Ulf la dejaba sola, no podría encontrar la salida por su cuenta. Para ese momento, el sol ya debería estar despierto, pero en aquel lugar todo seguía en ese punto entre la noche y el día.

Tomó su *athame* y pasó el filo a lo largo de la palma de su mano hasta hacerse sangrar. Acercó su mano hacia el centro del pentagrama, dejando que algo de su sangre se mezclara con la tiza. El olor metálico hacía que su cabeza se revolviera un poco. No le gustaba verse a sí misma sangrar. Lanzó seis barras de chocolate como ofrenda antes de encender las velas una por una con un fósforo.

—¿Chocolate comprado? —bufó Ulf —. ¿Qué pasó con las ofrendas hechas en casa?

Lena le lanzó una mirada, pero no le respondió. No había tenido tiempo de preparar algo especial, pero no importaba. Ese día no estaba buscando hacer un trato con un demonio poderoso, así que las barras de chocolate serían suficientes.

Inspeccionó cuidadosamente su trabajo y Patricia le confirmó que todo parecía estar en orden. El ambiente ya comenzaba a vibrar con la magia que empezaba a concentrarse en ella y su ritual. Una brisa ligera estaba meciendo la falda de su vestido.

Extendió ambas manos con las palmas abiertas. La herida le ardía, pero no podía curarla en ese momento; entre más olor a sangre, mucho mejor.

—*Nitimur in vetitum* —empezó. La flama de las velas creció—. *Nitimur in vetitum* —repitió.

Una silueta comenzaba a materializarse frente a ella. Alguien estaba escuchando su llamado.

—*Veni huc*. —Cerró los ojos y sintió como su energía salía de su cuerpo hacia el viento, buscando traerle lo que estaba pidiendo. Repitió tres veces esas palabras. Todo se quedó en silencio por varios latidos.

—¿En qué puedo servirle, señorita?

Abrió los ojos y frente a ella vio una figura humanoide con la piel gris

y los brazos largos. Su abdomen estaba cubierto de ojos y sobre su cabeza descansaban tres cuernos.

—Mi nombre es Lena Hanavan. —Trató de hacer su voz un poco más grave—. ¿Cómo debo llamarte, demonio?

Los ojos sobre su estómago parpadearon.

—Bak —respondió. Lena estaba tentada a cubrirse la nariz con las manos, el demonio apestaba. Era un olor pútrido y asqueroso. Como una mezcla de queso maloliente y azufre.

Bak se agachó para tomar el chocolate, comenzó a comerlo con todo y envoltura, dejando escurrir saliva libremente por su barbilla.

—Estoy buscando información, Bak.

—¿Qué tipo de información?

Escuchó los pasos de Ulf mientras se acercaba un poco. Seguramente eso despertó su curiosidad. Era la primera vez que Lena invocaba a un demonio con el propósito para pedirle ese tipo de favor.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas acerca del demonio llamado Caleb.

Algo se rompió. Podía sentirlo. El ambiente se tensó en tan solo un instante. Los adentros de Lena se anudaron. Tal vez aquello no había sido tan buena idea. Los ojos en el rostro de Bak rápidamente se movieron hacia un lado, buscando un breve contacto visual con Ulf antes de mirarla de nuevo.

Lena frunció el entrecejo.

—No podría decir que esa información es una que tenga conmigo en este momento y existe la posibilidad de que yo no conozca a un demonio con ese nombre.

Entrecerró los ojos. En el círculo de invocación no podía mentirle, así que eso explicaba su manera tan extraña y calculada de acomodar las palabras. Si el demonio le mentía en medio de aquel intercambio, la magia que lo ataba lo lastimaría.

—Yo creo que sí. —Se agachó y alzó del suelo un frasco lleno de agua con sal. Movió la muñeca y el agua cayó sobre un par de ojos en el pecho de Bak. Inmediatamente los ojos se cerraron y empezó a salir humo de ellos. El demonio soltó un quejido.

»Te lo voy a preguntar de forma más directa. —Lena apretó la mandíbula—. ¿Conoces al demonio llamado Caleb?

No dijo nada.

—Lena. —Ulf intentó decirle algo, pero ella alzó la mano para hacerlo callar.

—Bak, te ordeno que me respondas. —Tomó aire—. ¿Quién es el

demonio llamado Caleb?

—No lo sé.

Cerró los ojos de su cara, claramente estaba adolorido.

—Ya veo —respondió Lena.

El sentimiento de culpa empezaba a darle mordidas a su pecho, pero eso era algo que debía hacer. No iba a ser una buena suma sacerdotisa si no estaba dispuesta a hacer lo que se tenía que hacer. No podía seguir como espectadora de lo que pasaba a su alrededor. Ella no era débil. Ella era fuerza, poder, huracán y terremoto.

—Sé que estás mintiendo. —Sonrió—. Y tú sabes que mientras estés sobre el pentagrama serás lastimado por cada mentira que digas. Pero déjame decirte algo más. —Alzó su palma herida por el *athame* y la cerró en un puño. Dos de los ojos en el abdomen de Bak explotaron. Sangre oscura y un líquido amarillento saltaron directo hacia la cara y el delantal de Lena.

»No importa lo que pienses, yo soy quien puede herirte más. —Tomó el frasco de nuevo y lo lanzó directo a la cara del demonio.

—El Incendiario, Caleb es el Incendiario —dijo Bak, temblando. Alzó ambas manos en sumisión.

—¿Eso qué significa?

—Caleb debía ser el futuro rey de los pilares del infierno. —Otra mirada rápida a Ulf. Lena giró también, pero él solo los veía con los brazos cruzados.

—No puedo decir más, por favor, tenga piedad.

Otra mordida de culpa. Atrapó su labio inferior entre sus dientes.

—¿Dónde está Caleb ahora?

Bak movió la cabeza.

—No lo sé.

—Respuesta equivocada. —Volvió a cerrar su mano herida en un puño y otro par de ojos explotaron cual globos llenos de agua a los que pincharon con una aguja. El hedor que las heridas estaban despidiendo hacía que sus ojos se humedecieran por el asco.

Ese tipo de magia no era natural para ella. Requería mucho poder y temía que después de ello no le restaran energías para regresar a casa.

—Nadie lo sabe, señorita. —Se arrodilló—. Por favor, piedad.

Lena alzó el frasco con agua salada y Bak empezó a escupir cuanto podía.

—Le digo la verdad. Caleb desapareció hace casi dos siglos. Huyó al mundo humano y jamás volvió. Nadie sabe dónde se encuentra, solo sabemos que está vivo porque…

—Suficiente. —Ulf juntó las manos en un aplauso y Bak fue cubierto

por llamas azules. Sus gritos de dolor hicieron que Patricia se escondiera en la mochila de nuevo para proteger sus oídos sensibles.

—¡No! —Lena tomó su antebrazo—. Todavía no termino con él. —Ulf era fuerte y no logró moverlo. Bak se consumió en el fuego hasta que solo quedaron sus cenizas.

»Pagué por esto, vine hasta acá para conseguir esta información. —Sintió su rostro lleno de enojo y pateó una de las velas en el círculo.

—¿Cómo sabes sobre Caleb?

Lena se pellizcó el tabique de la nariz y apretó los ojos con fuerza. Justamente por eso no quería que nadie estuviera presente: no solo habían interrumpido su sesión, sino que ahora iba a tener que darle explicaciones a Ulf, porque hacerlo enojar significaba no volver a entrar a ese terreno e invocar demonios desde casa era mucho más difícil.

—Lo vi hace unos días. —Inhaló profundo y exhaló por la boca. Había cinco velas encendidas todavía, una mochila en el suelo, cuatro perros rondando, diez árboles sin ramas.

—¿Qué?

—No importa ya —dijo Lena y empezó a recoger sus materiales y meter lo que podía reusar en la mochila, teniendo cuidado de no aplastar a Patricia.

—Lena. —Ella alzó la mirada para hacer contacto visual con él. Ulf siempre se veía relajado y divertido. Constantemente parecía estarse riendo de ella. Esa era la primera vez que lo veía con esa expresión de miedo, o tal vez era sorpresa. No lo sabía con exactitud, pero era la misma expresión que había visto en la cara de Nessa aquella noche.

—¿Estás segura de que era Caleb?

—Sí, estoy segura. —Los vellos en su nuca se erizaron. ¿Qué estaba ocurriendo?—. Tenía una cicatriz aquí. —Alzó una de sus manos para deslizar su dedo índice desde arriba de su ceja hacia la comisura de su ojo derecho.

El color en la cara de Ulf se esfumó.

—¿Alguien más sabe de esto?

Nessa.

—Solo yo.

Ulf asintió. Esa respuesta le había gustado.

—Tal vez podamos ayudarnos mutuamente.

—¿Qué propones? —Se colgó la mochila lentamente, parecía que cualquier movimiento brusco podría alterar las cosas. No sabía bien cómo interpretar aquella actitud del demonio.

—Dime dónde lo viste y yo puedo ayudarte para volver a encontrarlo.

Lena cambió su peso de un pie a otro. Él era un demonio bien conectado, no había duda. No acostumbraba ayudarla, pero, las veces que lo hacía, su ayuda era bastante valiosa y acertada. Pero, por otro lado, no sabía si su intento de hacer un pacto con Caleb iba a terminar como lo que acababa de ocurrir con Bak. Ahora que sabía el rango tan alto que tenía Caleb, definitivamente esperaba lograr persuadirlo para que le compartiera su poder. No había duda alguna en su interior de que con ese poder podría rescatar a su hermana.

—¿Y en qué te beneficia a ti saber dónde está?

Ulf se encogió de hombros y trató de verse despreocupado. Pero la intención quedó falsa y vacía. Se notaba que aquel tema lo había dejado bastante sacudido.

—Digamos que está en mis intereses encontrarlo antes de que otros lo hagan.

Lena arqueó una ceja.

—¿Para qué?

—¿Para qué quieres encontrarlo tú?

Lena hizo una mueca.

—Exactamente. Todos tenemos nuestros secretos. —Pasó un brazo por su hombro, abrazándola. Olía a madera y tabaco. Era un olor agradable y Lena se dio cuenta de que, si ella podía olerlo, él podía olerla también, y seguramente apestaba.

—Lo pensaré.

Ulf sonrió.

—Excelente. Es todo lo que pido.

El regreso se sintió corto. Lena esperaba que Ulf se despidiera al inicio del camino, como siempre, pero la acompañó hasta su bicicleta.

—¿Cómo puedo contactarte en caso de que acepte tu propuesta? —preguntó con un pie sobre el pedal y ambas manos en el manubrio—. ¿Tengo que volver hasta este lugar?

Él negó.

—No te preocupes, bruja, todos sabemos dónde está tu aquelarre. Estaré en contacto.

Una idea repentina le invadió la cabeza.

—Tal vez puedas convencerme ayudándome con algo.

Una reverencia.

—Solo pídemelo.

—Ha habido unas desapariciones extrañas en el pueblo que queda cerca de la casa de mi abuela. Tal vez podrías ayudarme a conseguir información sobre esto.

—Déjamelo a mí.

Lena regresó a casa esperando no toparse con nadie antes de que pudiera darse un baño.

7
El periodo azul

No tuvo suerte.

—¿En dónde estabas?

Lena se congeló al ver a su abuela en la puerta de la entrada de su casa. Llevaba un caftán morado y sandalias marrones. No sabía qué decir. Su nota decía que había salido a meditar, pero ahí estaba, con sangre en el delantal y la cara sucia. Frotó sus mejillas con las manos, tratando inútilmente de limpiarse.

—Apestas a demonio. —Sus ojos azules la miraron de arriba abajo—. ¿Qué estabas haciendo?

Lena pasó saliva. Su estómago ardía de nerviosismo y miedo.

—¿Para eso has estado insistiendo en trabajar con los mortales? ¿Para usar ese dinero en hacer tratos con los hijos del caos?

La cara de Imogen estaba roja, se veía agitada y, por la forma en que levantaba y baja la mano, Lena temía que fuera a abofetearla. No sabía qué podía decirle a su abuela para calmarla. Cualquier cosa sonaría como una mentira. Abría y cerraba la boca como un pez fuera del agua.

—Respóndeme. —Las venas en los costados de la cabeza de su abuela estaban inflamadas.

Lena agachó la cabeza. Hubo una pausa larga. El perfume talcoso de Imogen le llenaba la nariz.

—Lo siento mucho, abuela. —Fue todo lo que atinó a decir.

Escuchó a su abuela liberar un suspiro. La mano izquierda de Imogen empezó a tronar los nudillos de su mano derecha.

—Pareciera que no estás consciente de la responsabilidad que te corresponde. Padeces del síndrome de la juventud, creer que lo sabes todo.

Ella quería responderle que bien podría ser que eso fuera cierto, pero no le importaba, porque la madurez sufría del mismo padecimiento de todos modos.

—Sí soy consciente, abuela.

—Si lo fueras, no estarías allá afuera buscando vender tu alma al mejor postor. —Lo último lo dijo con tanto asco que Lena se ruborizó.

—Estás castigada.

—Soy una adulta.

—La tierra me obedece y el viento me va a oír. Por trece noches se establece que no te puedes ir. —Dio tres chasquidos—. Y así será.

Lena sintió el encantamiento recorrerle los huesos. Rechinó los dientes.

—Esto no va a hacer que cambie de opinión. —La retó.

—No, pero cuando menos va a obligarte a estar en casa para tu entrenamiento. El aquelarre es importante, Lena. Nuestras brujas nos necesitan para guiarlas y protegerlas. Tú debes ser la antorcha que no se doblega ante la ventisca.

Lena iba a responderle. Quería reclamarle que Imogen no había estado ahí para guiar y proteger a Quinn cuando ella la necesitó y ahora la estaba dejando morir. Pero no quería que el castigo empeorara. Cuando menos, la propiedad de la casa era espaciosa y no quería que le diera una sentencia peor y la limitara a su habitación o algo parecido.

—Ve a buscar a Nessa en el patio trasero. Hay algo con lo que le debes ayudar.

Lena bufó. Cuando menos era una excusa para no seguir con su abuela.

—Está bien —asintió y se encaminó hacia el interior de la casa para tomar el camino corto al patio trasero.

—Y te espero mañana al mediodía en mi estudio para tu entrenamiento. —Escuchó que le dijo Imogen, pero Lena no volteó ni dio respuesta alguna. Solo siguió caminando.

Cuando se encontró con Nessa, un grito quedó atorado en su garganta.

No era porque Nessa estuviera inspeccionando un animal muerto con

guantes de hule. No. Había visto montones en los alrededores de su casa o arrollados por los autos en el camino al pueblo. Ni siquiera era el hecho de que el animal estuviera desollado porque, al estar rodeadas por el bosque, las brujas ya estaban acostumbradas a encontrar de vez en vez animales a medio comer por lobos y aprovechaban las partes que podían rescatar para sus hechizos.

Era el hecho de que se trataba de un gato. Lena de inmediato supo que no era un gato cualquiera. Era Mikael. Lo peor de todo es que el pobre gato olía a magia oscura. Apestaba a una advertencia. El hedor que estaba adherido a él era el de tortura, sufrimiento y un terrible porvenir.

—Padre, protégenos —murmuró Nessa antes de empezar a decir palabras en voz baja que Lena no lograba discernir. La visión que Manon había tenido vino a su memoria. Ella había comentado que un gato sin piel llegaría arrastrando un carruaje de muerte. Nunca esperó que el gato fuera un elemento literal, mucho menos que se tratara del gato de la misma Manon.

—Manon quedará devastada. —Lena se acercó a Nessa, quien inmediatamente alzó la nariz al verla.

—¿Qué estabas haciendo con demonios? —Escupió hacia el césped y la miró de pies a cabeza.

—Solo buscaba información. —Lena tomó la bolsa plástica para basura que estaba junto a Nessa y la abrió para dejarla meter a Mikael. Le hubiera gustado enterrarlo y darle una despedida más apropiada junto a Manon, pero, al tratarse de magia oscura, lo que debían hacer era quemarlo junto con la bolsa de basura.

—El aquelarre está vulnerable en este momento y tú estás abriendo más puertas a los enemigos. Quienquiera que hizo esto se está burlando. Quiere que sepan que puede entrar y salir de la casa.

Lena le hizo un nudo a la bolsa. Se sentía como si el gato pesara una tonelada.

—Las protecciones se están cayendo —continuó Nessa, pero parecía que no se lo decía a Lena, sino a sí misma.

Lena apretó los dedos dentro de sus botas. Tal vez si unía su magia con la de su madre podrían intentar reparar algunas de las protecciones, pero seguramente esa conversación sería un dolor de muelas. Era obvio que Anfisa podía percibir que las protecciones se esfumaban, pero hablar con ella en voz alta del tema con seguridad iba a detonar otro episodio en el que quizá su madre no solo explotaría, sino que se encerraría sin querer ver a nadie por el resto de la semana.

—No sé cómo voy a decirle esto a Manon —le comentó a Nessa.

—Estoy segura de que ya lo sabe. Se aclaró la garganta—. Hoy despertó con una jaqueca terrible por una visión cargada de magia oscura. Estoy segura de que la visión era sobre esto.

Lena se arrancó la piel muerta del labio inferior. Sentía mucha comezón, como si su piel no fuera suya. Sus pulmones se sentían obstruidos y su lengua, seca y rasposa. Todo se estaba cayendo. Desde el día en que su abuela dio la noticia, todas las cuerdas estaban empezando a ser cortadas. Sabía por qué Imogen la había mandado con Nessa, quería que viera de primera mano a Mikael muerto. Quería mostrarle uno de los tantos eslabones en la cadena que en un futuro ella tendría que mantener unida.

—¿Tú cómo te sientes? —La voz de Nessa siempre era suave, pero lo preguntó en un susurro.

—Preocupada.

Las cejas de Nessa intentaron tocarse sobre su frente.

—Está bien apoyarse en otros de vez en cuando. Esta es una situación difícil para todos, pero no significa que todo debe recaer sobre tu espalda.

—Creo que sí. —Se encogió de hombros—. Es el trabajo que voy a heredar.

El cielo se veía de color gris acero y estaba lleno de nubes alborotadas. Se preguntaba si volverían a tener una tormenta como la última vez. Había dejado a Patricia en la sala junto con su mochila para no tardar en llegar con Nessa y esperaba que ya estuviera en su habitación, a salvo del ruido en caso de que una vez más hubiera truenos.

—La suma sacerdotisa no trabaja sola. Ningún líder lo hace. —Se peinó el cabello rubio con los dedos, empezó a recogerlo en una cola y lo ató con una liga elástica que llevaba en la muñeca—. Tu abuela cuida del aquelarre, pero el aquelarre la cuida a ella también.

No era la responsabilidad en sí, era el cuándo. Esperaba que su abuela estuviera viva por lo menos cien años más. Durante esos cien años, Lena lograría traer de vuelta a Quinn y toda la familia estaría reunida para celebrar su ascenso. Pero no había sido así, su familia estaba fracturada, su casa se estaba cayendo y ella estaba por perder la brisa fresca de la juventud sin ataduras.

—¿Quieres que te prepare un té de agua de luna? —Nadie lo preparaba como Nessa.

Lena podía recordar un día especialmente malo en el que, junto con Quinn, había acompañado a su madre a bendecir a un bebé de la familia que acababa de contratar sus servicios. La hermana del padre estaba en contra de la brujería y, en cuanto llegaron, las recibió con piedras y agua hirviendo para ahuyentarlas. Anfisa no se quedó de brazos cruzados. Después de una

acalorada e incómoda discusión llena de gritos e insultos, le cortó la lengua a la mujer y la metió en uno de los baldes de agua hirviendo. Lena y Quinn regresaron sacudidas y tristes. La taza de té que Nessa les sirvió ese día fue lo único que las hizo sentirse abrazadas y seguras. Desde ese día, Lena tomaba té de agua de luna cuando en verdad lo necesitaba y para no perder esa chispa que lo hacía especial.

—Veré si Manon quiere también.

Nessa apretó los labios, algunos mechones rubios se habían escapado del agarre de la liga.

—Tal vez debas darle espacio el día de hoy. —Le quitó la bolsa de basura de la mano y se sacudió la falda que traía puesta. Tenía un estampado de tartán y la cubría hasta los tobillos. El material se veía demasiado grueso para el clima.

»Yo me encargaré de quemar esto —le aseguró—. No me has comentado nada más sobre el demonio del que hablamos. ¿No lo has vuelto a ver, cierto?

Lena negó con la cabeza.

—Muy bien.

La expresión en el rostro de Nessa no se veía completamente complacida y Lena se preguntaba si le causaba incomodidad saber que bien podría estar ocultándose en algún lugar cercano.

—He estado haciendo rondines nocturnos, pero no he encontrado indicios de que estuviera en la casa. —Su voz sonaba como si le contara un secreto—. Como sea que lo haya hecho, entró y salió sin siquiera dejar rastro de su aroma.

—¿Es un demonio feral?

Nessa pareció considerarlo. Se tomó unos momentos antes de responder.

—No lo sé. —Exhaló—. Han pasado muchos años y nadie lo ha visto. Puede que para este punto se haya perdido por completo.

No había considerado el hecho de que tal vez se tratara de un demonio poderoso, pero enloquecido. La herida en la palma de su mano le dolió por lo mucho que estaba apretando los puños.

—No importa qué te diga o qué haga, no le creas. —La miró fijamente a los ojos, casi parecía tratar de hipnotizarla con la vista. Lena esquivó la mirada y se enfocó en una peca que Nessa tenía en la quijada—. No te metas con cosas que están fuera de tu liga.

Su estómago se sentía como si lo hubieran metido a una licuadora. Sacudió la cabeza casi en automático. ¿Nessa sabía que estaba buscando a Caleb? No era posible. La noche en que fue a buscarlo al invernadero ella no

estaba ahí. Tampoco ese día, en su camino a la iglesia abandonada. Una pequeña araña de incomodidad le caminaba desde la nuca hasta la planta de los pies. ¿La había estado siguiendo?

No. No era posible, Nessa no haría algo así.

—Yo… —su voz salió débil y empolvada; se aclaró la garganta—, te avisaré si vuelve a aparecer.

Nessa asintió.

—Espero que así sea.

Y se fue caminando para deshacerse del cuerpo de Mikael. Lena podía escuchar sus propios dientes rechinar. Estaba cansada. Cansada de que todo el mundo tratara de decirle qué no hacer y qué sí estaba bien que hiciera. Cansada de tener que guardar secretos y mentir solo para seguir en un punto medio sin concretar sus objetivos. Especialmente ahora que sentía que el tiempo estaba junto a ella, burlándose de lo que quería hacer.

Entró a la casa y fue directo a darse un baño. Trató de destensar sus hombros con el agua caliente y se frotó con jabón todo el cuerpo, intentando quitarse la peste de demonio. Se puso su camisón para dormir y se sentó junto a su escritorio para cepillarse el cabello. Su cepillo estaba lleno de cabellos anaranjados que se le caían. Sus notas sobre magia lunar estaban abiertas frente a ella y había algunos clavos oxidados que había olvidado guardar en un frasco para usarlos después. Su libro de recetas para hacer macarons estaba relegado y con cristales encima. Sintió un toque de culpa porque había gastado dinero en él y no se había dado la oportunidad de ojearlo.

Toc, toc.

Lena hizo su silla hacia atrás y se frotó los ojos. No quería recibir a nadie, solo quería estar sola y pensar.

—¿Quién es? —preguntó, sin intención de abrir—. Estoy ocupada.

Nada.

Toc, toc.

—¿Pasa algo? —preguntó.

Ninguna respuesta.

Lena refunfuñó y dejó el cepillo en el escritorio antes de levantarse para abrir. Ni siquiera en eso podían darle la oportunidad de elegir. No podía decidir cuándo iba a dejar su puerta cerrada y no ser molestada.

Toc, toc.

—Ya voy, ya voy. —Abrió la puerta.

Su corazón dio un pequeño salto.

Esperaba ver a su madre o incluso a Nessa. En vez de eso, se topó con el pasillo completamente vacío.

—¿Alguien tocó? —Salió de la habitación y miró a ambos lados del pasillo. No había absolutamente nadie.

Confundida, arrugó la frente. Estaba segura de que había escuchado a alguien tocar la puerta. Los golpes no eran fuertes, pero habían sido claros. Tal vez se lo había imaginado.

Estaba por regresar a su habitación cuando vio a Manon en las escaleras con una taza humeante color naranja. Tenía la cara hinchada y estaba envuelta en una bata de baño color verde. Lena no sabía qué decir; sabía cuánto significaba Mikael para su amiga, pero no tenía palabras para reconfortarla. Manon la miró con sus ojos ámbar tristes e irritados. ¿Qué se dice en esos casos?

—¿Tocaste? —fue todo lo que atinó a preguntar. Se sintió hueca y con el cerebro gomoso. ¿Cómo se le ocurrió decirle eso en vez de empezar con que sentía mucho su pérdida?

Manon movió la cabeza y terminó de subir las escaleras con ambas manos en la taza. Su nariz estaba roja y sus labios apuntaban hacia abajo. Arrastró los pies hacia su habitación, pero, cuando pasó frente a Lena, su cerebro se reinició y la tomó por el hombro.

Ninguna de las dos dijo nada y Lena la abrazó, teniendo cuidado con la taza en sus manos. El té desprendía un olor azucarado y Manon olía a pera. Seguía sin saber qué decir, pero a veces no se necesita palabra alguna. «Estoy aquí, estoy contigo, me duele mucho que te duela». Era lo que trataba de transmitirle a su amiga y parecía que ella lo entendió perfectamente porque recargó su cabeza en su hombro y se deshizo en llanto.

8
Epinefrina

Patricia no había llegado a dormir.

La buscó en su cama, en el baño, en su librero, en el armario y básicamente en toda su habitación.

Nada.

Eso le parecía muy extraño porque, incluso las veces en que Patricia salía a cazar duendes para cenar, siempre se aseguraba de regresar a la hora de dormir. Lena se fue a dormir sin que Patricia apareciera y en la mañana tampoco la encontró. Se vistió rápidamente con un conjunto de blusa y falda larga color cereza. Se arregló el cabello en dos trenzas y bajó para comer algo antes de tener que ver a su abuela.

Algo andaba mal.

Las plantas que vio en el camino se habían marchitado, pero únicamente las que ella había puesto en la casa. Eso era un muy mal augurio. Estaba por entrar a la cocina cuando pisó las agujetas de sus botas y se tropezó. Sus brazos se movieron, tratando de balancearse, y buscó aferrarse a lo que fuera para no caer, pero chocó con una pared. Lena se mantuvo de pie, pero el espejo que estaba empotrado cayó al suelo y se hizo añicos.

Inhaló con fuerza. Otro terrible presagio.

—¿Qué ocurre? —Anfisa salió de la cocina con preocupación. Llevaba un par de pantalones beige y una blusa de botones. Su cabello pelirrojo estaba suelto.

—No pasó nada —dijo Lena en automático, ya sabía cómo se ponía su madre. A la más mínima indicación de un problema, estallaba en histeria—. Solo me tropecé.

Sin decir más, Lena fue a buscar una escoba, pero su madre iba caminando tras ella, con los ojos grises llenos de sospecha. Regresó para encargarse del desastre. Una vez que terminó de poner todos los trozos en el recogedor, la escoba se quebró en su mano. Lena pensó que se le saldrían los ojos y rodarían por el suelo de tanto que los abrió por la sorpresa.

—No puede ser —gruñó Anfisa—. Te maldijeron. —Empezó a masajearse las sienes con ambas manos.

Genial. Lo que faltaba. Que su madre se diera cuenta.

Anfisa chasqueó los dedos tres veces y la escoba y el recogedor flotaron lejos. Prácticamente arrastró a su hija a la cocina y la obligó a sentarse sin tomar en cuenta sus protestas. Lena quería quitarse el maleficio por cuenta propia; si iba a ser tratada por otra bruja, hubiera preferido pedírselo a la señora Berterry, pero su madre no le iba a dar opción.

—Hay que asegurarse —le dijo mientras le entregaba una caja de fósforos y ponía un plato con agua sobre la mesa. Lena sacó dos y comenzó a frotarlos entre sus manos. Cerró los ojos, tratando de concentrar toda su energía en los fósforos. Los soltó sobre el agua y Anfisa se asomó para ver el resultado. Poco a poco fueron acercándose sobre el agua, hasta que se unieron en una perfecta cruz.

—Voy por el incienso.

El estómago de Lena se quejó.

—¿Hay algo para desayunar? —Se puso la mano sobre el abdomen. En la mesa había pan tostado y, sin pensarlo mucho, tomó una rebanada y le dio un mordisco.

—Solo lo que ves —le contestó Anfisa cuando sacó un huevo del refrigerador. Caminó hacia su hija mientras le daba vueltas al huevo con una varita de incienso y recitaba algunas palabras en voz baja. Lena tomó otra rebanada de pan y la comió tan rápido como pudo, antes de que su madre comenzara.

Anfisa le puso el huevo en la frente, sobre su tercer ojo, y Lena respiró lento y profundo. El cascarón se sentía frío contra su piel.

—Por eso no debían darte la responsabilidad tan joven. Seguro alguien del mismo clan quiere el puesto y piensa quitártelo.

Movió el huevo y se lo puso sobre el pecho, encima de su corazón.

Lena arqueó una ceja. No le gustaba cuando su madre desconfiaba del aquelarre. Ese era el punto de que existiera. Cuidarse mutuamente y apoyarse. Pero cuando algo malo ocurría, Anfisa podía inventarse historias de lo más inverosímiles.

Lena abrió la boca para responder, pero su madre aprovechó la oportunidad para meterle el huevo. Era el método que menos le gustaba para curar maleficios, pero era el preferido de su madre.

—Esperemos que su magia no sea tan fuerte y esto sea suficiente. —Anfisa caminó de un lado a otro dentro de la cocina mientras pellizcaba sus pestañas tratando de arrancarlas. Lena visualizaba todas las malas energías saliendo de ella y entrando en el huevo. Pensó en las pesadillas, en los cabellos en el baño, en el espejo roto…

»Listo, ya puedes enterrarlo.

Lena escupió el huevo. Estaba viscoso y lleno de saliva. Hizo una mueca y alcanzó una servilleta para limpiarse.

—No vayas a romperlo —dijo Anfisa, alzando la voz—. Ten cuidado cuando lo entierres.

—Lo sé —respondió Lena y trató de mantener la voz baja para que Anfisa bajara su tono de voz también—. No es la primera vez que me haces una limpia.

—Y espero que sea la última. —Levantó el dedo índice en modo de acusación—. ¿Dónde están tus protecciones?

Lena alzó la mano izquierda, en donde descansaba un anillo de plata.

—Sí las he estado usando.

Su madre se veía como si le hubieran dado a probar una cucharada de jugo de limón. Lena creía saber lo que estaba pensando. Si, a pesar de estar usando protecciones y de estar bajo lo que quedaba de magia en la casa para resguardarlas, alguien había logrado maldecirla, se trataba de una persona de gran magia.

Lena se puso de pie y salió al patio para enterrar el huevo. Con los dedos hizo un pequeño agujero en el suelo y sintió cómo la tierra se metía bajo sus uñas. Tomó el huevo y notó una pequeña línea sobre el cascarón. Frunció el ceño. Había tenido cuidado y no había sentido que el huevo se rompiera. Lo tomó y miró con atención.

Dejó de respirar.

El cascarón empezó a resquebrajarse, a pesar de que casi no lo estaba tocando. Enterró su otra mano en la tierra, tratando de que la ayudara a que el mundo dejara de dar vueltas. El cascarón se rompió y por su palma escurrió un líquido espeso y rojo. Su cerebro estaba apagándose y encendiéndose, sus ojos parecían estar fallando porque no podían dejar de

parpadear. En su mano estaba el embrión de un pollo mal formado, con el pellejo lleno de venas moradas. El pollo abrió los ojos y empezó a retorcerse entre quejidos de dolor.

—Madre. —Se oyó gritar, pero no había sentido que su boca se abriera. No podía moverse—. Madre, por favor ayúdame.

El pollo seguía moviéndose como si se tratara de un gusano, la sangre no dejaba de escurrir. El terror crudo y puro se despertó desde el centro de su ser y apretó sus pulmones antes de subir por su garganta. ¿Cómo era posible? Ese tipo de huevo no estaba fertilizado y, encima de todo, no había manera de que el embrión pudiera estar vivo. Era magia oscura. Su madre no pudo quitársela, tal vez nadie podría, y aquello terminaría devorándola.

Estaba petrificada. Su mirada se desenfocó. Un diente de león en el pasto, dos hormigas, un embrión vivo retorciéndose en su mano. Estaba vagamente consciente de que alguien llegó, probablemente su madre, y la levantó del suelo. Sintió agua en sus manos, pero su visión seguía borrosa.

Quien fuera que la estuviera ayudando prácticamente la arrastró por la casa. Lena se tropezó con sus propios pies unas cuantas veces, pero la persona resistía. Sintió alivio cuando la dejaron sentarse.

Le acercaron un algodón húmedo a la nariz y el aroma a alcohol con algunas hierbas fue un disparo directo para despertar su cerebro algodonoso. Su vista comenzó a aclararse y pudo ver que estaba en el estudio de su abuela. Le llamaba «estudio», pero era más similar a una mazmorra con paredes de piedra, mesas de madera y varios calderos. Era tal vez el cuarto más antiguo dentro de la casa. Imogen estaba justo frente a ella, con el rostro endurecido.

—Dime cómo se ha estado manifestando este maleficio —dijo todo de forma lenta y con excelente dicción. Levantó dos dedos y los presionó contra la frente de Lena. El malestar empezó a bajar, pero todavía se sentía débil y sin huesos. Le contó todo. La pesadilla, lo que vio en el baño esa noche, la visión de Manon, absolutamente todo. No tenía la fuerza para ocultárselo y las palabras de Nessa sobre no meterse con cosas fuera de su liga flotaban encima de ella.

—¿Tú tocaste el huevo? —Imogen miró a Anfisa, quien atacaba sus uñas con sus dientes con vehemencia. Su madre negó rápidamente con la cabeza. Estaba cambiando su peso de un pie a otro; se veía incómoda.

—Quemé todo. No supe qué más hacer para quitárselo rápido.

Imogen asintió con la cabeza. Un pensamiento al azar llegó como un intruso a su mente, planteándole que el entrenamiento que tenía programado para ese día con su abuela estaba cancelado.

—Hiciste bien. —Colocó sus manos detrás de su espalda. Ese día se

veía cansada y como si hubiera envejecido unos cuantos años desde el día anterior. Olía a eucalipto y té de *oolong*—. Pero me hubiera gustado tener el huevo para poder regresar la maldición más fácilmente a quien sea que la mandó.

Había muy poca luz en el estudio. Cuando Lena era pequeña, su abuela insistía en mantenerlo iluminado únicamente con la luz de las velas, una manera de preservar su pasado y sus recuerdos. Hace unos años, la señora Berterry logró convencerla de ponerle unas cuantas luces artificiales y darle la bienvenida a la electricidad. Aun así, no era tan fácil ver. Imogen decía que los ingredientes de las miles de botellas en las repisas se conservaban mejor de esa forma. Ella se acercó a su caldero personal, el que estaba acomodado frente a una estatuilla de Hécate, y ya se encontraba burbujeando, listo para ser usado. Abrió su libro de las sombras, el cual tenía una cubierta de cuero y un pentagrama en la portada. Se colocó un par de anteojos y empezó a ojearlo. En el grimorio del aquelarre había todo tipo de embrujos, pero en el libro de las sombras estaban las prácticas personales de su abuela. Alguna vez, Quinn entró al estudio a escondidas y abrió el libro de su abuela, a pesar de que jamás se debe abrir un libro de las sombras sin el permiso de su bruja. Quinn regresó con Lena para contarle sobre los inusuales hechizos de su abuela, como la receta para crear un bebé solo con estambre y algodón, o la maldición terrible para infestar a una persona con cucarachas dentro de su cuerpo. Lena nunca se atrevió a ver qué había dentro del libro de su abuela, pero sabía que lo heredaría cuando ascendiera.

—Acércame una vela de siete días —pidió Imogen.

Anfisa corrió a uno de los estantes y le llevó una vela alta y blanca. La encendió con fósforos, para tener presente cuantos elementos pudiera en el hechizo.

—Sangre de dragón para ahuyentar y desterrar —continuó en voz alta. El caldero comenzaba a burbujear—. Sal negra para proteger. —Lanzó un puñado de sal de bruja al caldero y una burbuja de humo explotó—. Aceite de diablo volador y nueve hojas de laurel al caldero van.

La habitación comenzaba a vibrar con magia, su abuela estaba concentrando mucho de su poder en ello. Su piel se sentía electrificada y despierta al sentir toda la energía que las envolvía a las tres.

—Te falta usar jugo de limón —dijo Anfisa mientras movía la mano y hacía que uno de los frascos en los estantes flotara hacia ella—. Para que sus ojos ardan esta noche.

El líquido cayó en el caldero y hubo otra pequeña explosión. Todo empezaba a oler a humo y magia.

La abuela tomó una cuchara de madera y empezó a mezclar

lentamente. Su mirada estaba puesta en el hechizo, sus ojos azules se veían de un tono tan oscuro que eran casi negros.

—Todavía falta algo —le comentó Imogen a Anfisa—. Este maleficio es más poderoso de lo que pensé.

—La bruja que hizo esto es de gran poder. —Anfisa se frotaba y se frotaba la frente con las manos—. ¿Cómo pudo hacerle esto a Lena sin tenerla cerca? —Era una pregunta que lanzaba al aire e Imogen lo sabía, así que no respondió.

—Siempre traigo las uñas limadas y casi nunca tengo el cabello suelto cuando voy al pueblo —dijo Lena, mostrando las manos para probar que no era fácil tomar uñas de ella o algún mechón para poder maldecirla.

Imogen apretó los labios. Casi se podían ver los engranes en su mente que empezaban a moverse mientras pensaba en quién podría ser. Qué bruja había logrado salir de su radar. Lena se puso de pie y buscó por los estantes repletos de ingredientes. Había polvos para la buena suerte, huesos de muerto, dedos de sapo y bichos muertos. Encontró lo que buscaba y regresó al caldero.

—Pongamos cristal roto —dijo al abrir el frasco—. Para que rebote lo que esta persona me hizo.

Lo puso en el caldero y las tres se tomaron de las manos mientras veían todo hervir. Madre, anciana y doncella concentraron su poder. Imogen empezó a hablar.

—Deshaz su creación y rompe el lanzamiento. —Hizo una pausa para que Anfisa y Lena pudieran repetirlo.

—Detén su acción y dale un escarmiento. Nada me daña ni a mi sangre ni a mí. —Hizo contacto visual con Lena—. Rompo este maleficio ahora y aquí.

Seguían repitiendo cada palabra que Imogen decía sin soltarse las manos. El caldero burbujeaba como si estuviera por estallar.

—Te regreso así tu mal trabajo porque como es arriba es abajo — repitieron el hechizo tres veces y se soltaron.

Lena lo escuchó antes de sentirlo. Un chillido salió de su garganta sin que ella lo pudiera controlar y entonces, lo que sea que tenía dentro, salió. Se sintió como si fuera un caramelo y le hubieran quitado la envoltura, como si le estuvieran removiendo un parche de la piel.

—No se muevan —dijo Imogen. Todo parecía haberla obedecido. Se quedaron en completo silencio. Se le erizó la piel, algo estaba por pasar.

»Ahí está. —Imogen se dio la vuelta y vio cómo las velas que tenía acomodadas sobre una mesa se encendieron por cuenta propia. La flama era gigantesca y pronto la mesa entera se estaba incendiando.

Una voz sin cuerpo se reía. Se escuchaba aguda y terrible, como si se arrastrara un tenedor de acero sobre porcelana.

—La bruja está trabajando con el caos —dijo Imogen. Alzó una de sus manos y la escuchó repetir el canto.

—Deshago tu creación y detengo el lanzamiento. Detengo tu acción y te doy un escarmiento. Nada me daña ni a mi sangre ni a mí. Rompo este maleficio ahora y aquí. —Puso la vela de siete días encendida dentro del caldero. Era lo suficientemente alta como para no apagarse con el líquido viscoso.

Los ojos de Imogen se pusieron en blanco y se empezaron a sentir chispas en la habitación. Pequeños cabellos de la cabeza de Lena se pararon por la estática. Alzó la mano en dirección al fuego, el cual seguía comiendo lo que se topaba dentro del estudio.

—Te regresamos tu mal trabajo —dijo Anfisa mientras concentraba su magia—. Como es arriba es abajo.

Lena tomó el hombro de su madre, ofreciendo su magia también al hechizo.

—En el nombre de Imogen Hanavan y de todo mi clan, yo te destierro de esta casa.

El fuego siguió avanzando hacia ellas. Lena temía que chocara con ellas. Cada vez se acercaba más y Lena podía sentir cómo la temperatura iba subiendo. La voz seguía escuchándose, pero ahora en forma de lamentos similares a los de las almas en pena.

—Y así será —gritó Imogen con todas sus fuerzas. La última vez que Lena la vio así fue el día del accidente. Nunca antes y nunca después.

El fuego se detuvo.

Lena contuvo la respiración, en espera de lo que sucedería.

La voz dejó de escucharse y finalmente el fuego se apagó.

Fue como si la habitación entera hubiera exhalado en alivio. Anfisa se arrodilló y puso su cara entre sus manos mientras gimoteaba.

—Todo está bien, ya pasó —dijo Lena en voz baja, colocando su mano sobre la espalda de su madre, intentando reconfortarla. Anfisa le hizo una seña para que la dejara sola y Lena se alejó para ver a su abuela. Sus ojos regresaron a la normalidad, pero su expresión preocupada seguía manchando su rostro.

—¿Estás bien? —Algo había ocurrido. Imogen no lucía bien, con su cara pálida y su postura encorvada. Parecía que algo la había lastimado.

Imogen empezó a toser. Era una tos seca que se escuchaba como si le estuviera arrancando trozos de su pecho, y tal vez así era porque su mano quedó manchada de sangre.

—Abuela —empezó a decir Lena, con las cejas alzadas y sin saber qué hacer con sus manos. No sabía si tocarla o no. Anfisa solo lloró con más fuerza.

—Se me está acabando el tiempo —dijo Imogen y empezó a moverse, con el cuerpo tembloroso. Otro ataque de tos. Lena se puso a su lado y la sostuvo del brazo para ayudarla a caminar hacia la puerta. Se percató de lo delgada que estaba, su piel se sentía frágil como papel.

La casa se sacudió.

Lena no lo esperaba y apretó el brazo de su abuela con fuerza para evitar que se cayera. Las repisas con ingredientes comenzaron a tambalearse, algunos frascos cayeron al piso y se hicieron añicos. El suelo bajo sus pies se movía como si gusanos gigantes estuvieran pasando por debajo. ¿Un terremoto? ¿Cómo podía ser?

Anfisa se incorporó y junto con su hija ayudaron a Imogen a subir las escaleras hacia el resto de la casa. Las paredes se movían y todos los cuadros y adornos estaban cayendo. Imogen seguía tosiendo y afuera empezaba otra tormenta.

—¿Qué está pasando? —Manon corrió hacia a ellas. Traía su cabello rizado suelto y pantalones de mezclilla.

—No lo sé —dijo Lena honestamente. No se atrevía a soltar a su abuela. Anfisa se veía fuera de sí, no dejaba de gritar y llorar y arrancarse las pestañas con fuerza.

—Es mi magia —intervino Imogen—. Mi magia sostiene la casa y estamos muriendo.

—Señora. —Nessa corrió hacia ellas y cargó a Imogen, levantando sus piernas con un brazo y su espalda con el otro. La llevaba como si su abuela no pesara nada.

»Vayan a sus habitaciones. —Nessa ya estaba caminando hacia las escaleras que llevaban al cuarto de su abuela—. Usen hechizos de protección y por favor no salgan de ahí hasta que la casa se asiente. —Imogen seguía tosiendo sin poder controlarse.

Lena y Manon subieron las escaleras hacia su cuarto. La preocupación de no saber dónde estaba Patricia carcomía a Lena.

—Patricia no está.

—¿Cómo?

—Patricia. No sé en dónde está. Debo ir a buscarla.

Manon le tomó la muñeca y luego la soltó.

—Lena, no. Debemos entrar a nuestras habitaciones y poner protecciones. No sabemos cuánto va a tardar la casa en volver a la normalidad.

—Pero ¿y si algo la aplasta? ¿Y si se lastima? —Su mirada se desvió hacia las escaleras. Ahí, de pie, con la ropa andrajosa y barba tupida, estaba el señor sin un ojo. Lena se tensó. No había salido del ático desde hacía años; la última vez que lo vio Lena era una niña. Estaba mirándola con su único ojo mientras decía rápidamente cosas en irlandés. Sintió que sus manos se pusieron frías. Todo se estaba deshilachando dentro de su hogar.

—Patricia es fuerte e inteligente. Va a estar bien, pero no sabemos qué te pase a ti si no entras a tu habitación. —Manon le dio un breve empujón y Lena obedeció, entrando a su cuarto. Cerró la puerta con llave, hizo una línea de sal frente a ella y colgó sus amuletos en la perilla. Empezaron a azotar la puerta y miles de voces la llamaban desde el otro lado. Los fantasmas eran libres para rondar.

Como si fuera una pequeña otra vez, corrió a su cama y se tapó la cabeza con las sábanas, esperando que todo pasara pronto.

9
Lupus in Fabula

La lluvia paró, pero el viento seguía golpeando las ventanas con fuerza. La casa había dejado de moverse, aunque Lena seguía sin atreverse a salir de su habitación en caso de que el señor sin un ojo la estuviera esperando.

Toc, toc.

Dos golpecitos lentos pero claros en la puerta. Lena se incorporó y, con los puños llenos de la tela de la sobrecama, se quedó observando la entrada a su habitación. Los espectros llevaban ya un par de horas en silencio.

Toc, toc.

La perilla giró lentamente hacia la izquierda, pero quien estuviera del otro lado no parecía tener intenciones de entrar, puesto que no ponía fuerza para empujar. Lena se levantó y se acercó de puntillas para asegurarse de que seguía cerrada con llave.

Toc, toc.

Pegó su oreja a la madera y trató de escuchar algo del otro lado. El señor sin un ojo hablaba mucho, así que, si era él quien estaba intentando entrar, seguro estaría diciendo algo.

Nada.

La perilla giró de nuevo. Lena estaba por regresar a la cama, pero había algo que no le permitía irse. Una energía que le decía que abriera la

puerta, que viera lo que estaba del otro lado. Estaba aterrada. No quería ver a las almas que vivían en la casa, que nunca salían. Lena estaba acostumbrada a los espectros que vivían con ellas, pero las almas en pena estaban atrapadas entre las paredes. Rara vez se topaba con ellas, la magia de su abuela las asustaba. Su estómago se hizo un nudo al recordar a su abuela frágil y débil en los brazos de Nessa.

Toc, toc.

Tomó aire.

Quitó el seguro.

Puso la mano sobre la perilla.

Y abrió la puerta.

—¿Dónde estabas?

Frente a ella se encontraba Patricia. Estaba llena de lodo, pero no se veía herida. Movía la nariz rápidamente. La mirada de Lena se desvió y detrás de Patricia notó la figura blanquecina y translúcida de un hombre. Dio un paso hacia atrás y pensó en tomar a Patricia y volverse a encerrar, pero pudo reconocerlo. Estaba vestido diferente. Se veía cambiado, entero y en paz, aunque sus rasgos aún eran los mismos y Lena pudo reconocer en él al anciano que había ayudado en el mercado. El hombre enfermo a quien su esposa quería auxiliar. Tal como Manon lo había dicho, había muerto poco tiempo después de su encuentro. Sus ojos eran brillantes, dos bombillas que iluminaban el pasillo oscuro, y Lena se preguntaba qué tipo de asunto pendiente lo había llevado hasta allá.

Patricia caminó hacia él, el hombre miró a Lena y le hizo una ligera reverencia. Lena le devolvió el saludo. Empezó a bajar lentamente las escaleras, Patricia lo siguió sin titubear. Lena dudó en ponerse los zapatos e ir tras ellos también.

La casa estaba quieta. Podía sentir las miradas de varios espectros sobre ella, pero todos se mantenían escondidos. Pasaron por la sala y el pasillo principal, en donde la mayoría de los cuadros se había caído. Había tan solo un jarrón en pie, cuatro cuadros todavía colgados, una estatuilla de Venus seguía entera, tres libros rojos sobre una silla.

Siguió al anciano hasta el pórtico y su cabello se alzó con el viento. Algunas pequeñas gotas golpearon su rostro, indicando que probablemente volvería a llover. Su falda se levantaba y la tierra que se elevaba la hacía cerrar los ojos. Patricia no se detenía y seguía caminando frente a ella con seguridad. La luna estaba oculta entre las nubes. Lena hubiera querido verla para poder conjurar su poder y pedirle ayuda de manera más directa. Un aullido se escuchó a lo lejos, seis cuervos estaban en un árbol cerca de ella, viéndola fijamente. Todo olía a lluvia. Se adentraron en el bosque, por el

lado que no tenía los sigilos de su abuela. Ese camino no llevaba a ningún lugar, era solo un bosque infinito. ¿A dónde podría querer ir ese hombre?

Había algunos susurros aquí y allá, pero no lograba distinguir lo que las voces decían. Notó algunos platos de leche y miel cerca de los árboles. Le preocupaba que estuvieran acercándose mucho a las hadas. Lena vio un puñado de piedras de color blanco y se agachó para recogerlas. Empezó a soltar una por una mientras seguía caminando, para asegurarse de no perder el camino y poder regresar. Una silueta oscura se asomó detrás de un árbol. El suelo se estaba cubriendo de neblina y Lena soltó otra piedra tras ella.

El espectro se detuvo, Patricia también. Unas pequeñas escaleras de madera cubiertas de hojas secas estaban ahí, en medio del bosque. No eran muy largas, no llevaban a ningún lado, solo estaban ahí sin más.

—¿En dónde estamos? — le preguntó Lena al hombre, queriendo saber cómo debía ayudarlo para que pudiera descansar. El hombre solo alzó la mano y señaló las escaleras. Patricia subió las pequeñas escaleras escalón por escalón. El espectro se quedó callado, simplemente seguía apuntando. Lena subió las escaleras, teniendo cuidado con Patricia. En el vacío frente a ella se materializó una puertita de madera. No era diminuta, como casa de duende, pero tendría que agacharse para poder pasar. Giró la perilla y la puerta se abrió hacia adentro con un rechinido. Se asomó al interior y pudo ver una bodega con montones de cajas y equipo de jardinería. Todo estaba cubierto de polvo y telarañas, y se percibía un olor a armario viejo. Lena volteó hacia el anciano, quien le sonrió.

—Gracias —dijo él.

El espectro de la mujer de bufanda que había visto en el mercado salió de entre los árboles y caminó hacia él. Le tomó la mano y ambos la miraron unos instantes, sin decir nada, antes de caminar juntos lentamente por el camino para volver a casa. Desaparecieron entre la niebla y Lena supo que podrían irse a descansar juntos al fin.

Patricia entró a la bodega y caminó hacia unas cajas llenas de cachivaches hasta el fondo. Lena agachó la cabeza para no chocar con el marco de la puerta y entró también.

—No pienso tocar las cosas que están en la caja —le dijo a su erizo—. Si quieres que busque algo, tengo que volver a la casa por guantes.

Patricia lanzó unos chillidos y Lena arqueó una ceja.

—Está bien, está bien —le respondió y con cuidado movió las cajas. Eran pesadas y sus dedos se estaban manchando de todo tipo de cosas, pero finalmente logró quitarlas del camino. Bajo sus pies había una trampilla. Lena tomó la manija de hierro y jaló con fuerza. Asomó la cabeza y se topó con unas escaleras que descendían a la oscuridad. Miró a Patricia, pero ella

se quedó quieta. ¿Qué podría haber ahí abajo que Lena debía ver?

Estaba hincada frente al vacío y, por más que trataba de ver algo, no lograba conseguirlo. Se humedeció los labios y finalmente se decidió a bajar. Las escaleras se quejaban con cada paso que daba, el rechinido rebotaba por las paredes. Chasqueó los dedos y logró producir una pequeña flama que danzaba sobre la palma de su mano, sin embargo, solo era suficiente para iluminar el escalón que estaba frente a ella. Este tipo de hechizos no eran fáciles de mantener, así que no sabía cuánto tiempo podría conservar la flama viva. Entre más bajaba, más frío se sentía el ambiente. Pensó que tal vez debería regresar después con una linterna, pero, cuando miró hacia atrás, ya no logró ver la salida, solo oscuridad por todas partes, como si estuviera bajando por la garganta del mismo Fenrir. Su piel se erizó ante ese pensamiento y se concentró en bajar los escalones.

—Uno —murmuró para sí, para escuchar algo en el espeso vacío—. Dos. —Bajó al siguiente escalón—. Tres —continuó.

Después de contar diez escalones más, finalmente vio frente a ella un piso de madera. Se sintió aliviada de haber llegado al final y, en cuanto sus botas tocaron el suelo, montones de antorchas se encendieron iluminando todo con una luz de fuego verdoso y azulado. Se veía como un sótano viejo de muros hechos con barro y piedra. Miró de un lado a otro, pero el lugar estaba completamente vacío. En el centro de todo, recargado en una de las paredes, se encontraba un espejo. Era muy grande y tenía un marco hermoso con detalles de rosas y espinas alrededor. Todo en color negro. Lena apagó la flama en su mano y se acercó con curiosidad. Su reflejo la mostraba a ella con su falda cereza empolvada y sus dos trenzas pelirrojas despeinadas. Vio que una pestaña se le había caído entre sus pecas y descansaba sobre uno de sus pómulos. Intentó sacudirse lo más que pudo las manos para poder pellizcarla y quitársela. Su reflejo comenzó a distorsionase, como si el cristal fuera de agua y lo hubieran agitado con un guijarro. Lena se hizo hacia atrás. Su reflejo desapareció por completo y entonces, frente a ella, apareció un muchacho de ojos esmeralda y una cicatriz sobre el ojo derecho.

Sintió sus rodillas flaquear, su corazón golpeaba contra su pecho como nunca antes. Su garganta se sentía obstruida y pasó saliva, tratando de quitarse esa sensación sin lograrlo. Su cerebro se había vuelto de paja y no sabía qué decir o qué hacer, lo único que escuchaba era la sangre recorriéndole el cuerpo a gran velocidad. Esperaba que, cuando lo volviera a ver, tuviera un plan o unas palabras listas.

—¿Caleb? —preguntó con labios temblorosos. Su voz había sonado más aguda y patética de lo que esperaba, así que se aclaró la garganta y rápidamente volvió a hablar—. ¿Eres tú el demonio llamado Caleb?

Él se quedó callado y la miró de pies a cabeza. Lena sintió sus mejillas calentarse a pesar del frío en la habitación. Era exactamente el demonio que vio en el invernadero. Tal como le dijo a Nessa la noche en que hablaron, algo en él y en su vestimenta, camisa holgada de botones y pantalones negros fajados en un par botas para cabalgar del mismo color, era el eco de una época lejana.

—Te hice una pregunta —repitió Lena, enderezando su postura. No debía mostrarse como una presa fácil al tratar con demonios, mucho menos si quería contratar su ayuda. En la parte trasera de su mente resonaban las palabras de Nessa sobre cómo podría ser un demonio peligroso. Su mano se acercó hacia el anillo de protección que había decidido usar ese día y lo apretó con fuerza, esperando que fuera suficiente para ayudarla contra el demonio frente a ella.

Él se rio. Una risa burlona y poco genuina.

—Ustedes creen que son dueñas y amas de la creación. —Una media sonrisa—. No tengo por qué responderte, hechicera. Regresa por donde viniste. —Su voz era grave y los ojos le brillaban como el fuego verde de las antorchas. Tenía cierto aire de elegancia con su mandíbula atractiva y nariz recta, pero eso no lo hacía verse menos peligroso.

Temiendo que estuviera perdiendo su oportunidad, Lena alzó ambas manos en sumisión.

—Por favor —dijo suavizando la voz—. Por favor, escúchame. Quiero proponerte un trato.

Caleb mostró los dientes como un animal salvaje.

—¿Y por qué habría yo de ayudarte?

Lena estaba tratando de encontrar las palabras correctas. En su imaginación, ella encontraría a Caleb llevándole ofrendas y le daría un discurso ensayado y perfeccionado con el que obtendría su ayuda. No estaba preparada en ese momento, habían pasado demasiadas cosas, su mente aún no se reponía por completo. Después de retirar una maldición, lo más aconsejable era descansar un día o dos para que el cuerpo recuperara energía; ella estaba ahí sin ese descanso.

—Dile a Imogen que, si quiere hablar conmigo, venga en persona. —La miró con disgusto, como si Lena fuera un objeto ofensivo o un platillo que le asqueaba—. Ella sabe perfectamente lo que yo quiero. Dile que no mande a sus lacayas como mensajeras.

Lena estaba asustada. Esa era su última oportunidad para lograr lo que necesitaba. Caleb era el primer demonio de clase alta que había logrado encontrar, se trataba de alguien que debía ser *rey*. No iba a tener otra oportunidad como aquella, al menos no en el tiempo que le quedaba. Si

lograba conseguir su poder, no solo lograría salvar a Quinn antes de que la puerta al infierno fuera cerrada, sino que también sería suficiente para cuidar del aquelarre.

—Imogen no me envió. Vine por mi cuenta.

Aquello pareció intrigar al demonio, quien se quedó observándola con los brazos cruzados. Ahora que se había parado con la espalda derecha, Lena notó lo alto que era. Ella tenía que levantar bastante la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Su cabello era castaño oscuro y despeinado, y le llegaba al cuello. Su piel morena se pintaba de un ligero tono azulado por las antorchas.

—¿Qué es lo que quieres? —la cuestionó de manera más calmada, pero la desconfianza en sus ojos seguía ahí.

—Dime por favor en dónde encontrarte —dijo Lena, aprovechando aquella diminuta abertura—. Quisiera poder darte una ofrenda apropiada para hacerte mi propuesta.

—¿De qué hablas? —Caleb la interrumpió, confundido—. Ya sabes dónde estoy.

Lena pasó su lengua por encima de sus dientes. Estaba nerviosa y no quería echar a perder su oportunidad, quería verse como una bruja digna de un trato con un rey demoniaco.

—Sé que te transportas por los espejos, pero…

—No —Caleb la interrumpió de nuevo. Lena se sentía completamente perdida, como si cada una de sus flechas se estuviera perdiendo y no lograran alcanzar la diana.

—¿No? —repitió Lena, sintiéndose estúpida. Caleb insistió.

—Estoy aquí. —Colocó una de sus manos sobre el cristal—. En este espejo.

—Estás adentro del espejo —dijo Lena. Intentó decirlo como pregunta, pero sonó como afirmación. Caleb asintió.

—Llevo aquí mucho tiempo. —Entrecerró los ojos—. Me encantaría aceptar tu ofrenda, pero, como seguro entenderás, no hay nada que puedas darme para comer o usar que yo pueda recibir. —Se encogió de hombros.

—Oh. —Lena sintió como si hubiera sido un globo al que acababan de darle un pinchazo y le sacaran todo el aire. Creyó que encontrar a ese demonio sería la respuesta y solución a todo. Pero ahí estaba de nuevo, con otro obstáculo más en su andar. Respiró hondo y exhaló.

»No importa. —Miró a Caleb, tratando de imitar la seguridad y presencia de su abuela—. Yo puedo sacarte del espejo.

Caleb le echó una mirada. No se veía convencido.

—Voy a serte honesta —dijo Lena—. No sé cómo, pero puedo hacerlo.

No importa qué se requiera. —Se relamió los labios—. Quiero hacerlo, puedo hacerlo y lo haré. —Pasó un mechón de cabello detrás de su oreja—. Si me das tu palabra de que trabajarás conmigo, yo prometo sacarte de ahí.

Una pausa. El fuego de las antorchas seguía vivo y hambriento. El sótano olía a algo similar a la goma de mascar de canela. Cada vez se sentía más frío el lugar y Lena se frotó la piel de los brazos tratando de darse calor.

—Me parece bien —dijo finalmente Caleb. Volvió a poner su mano sobre el cristal del espejo—. Yo, Caleb el Incendiario, te doy mi palabra.

Lena se acercó y puso su mano contra la de Caleb sobre el cristal. Era como tocar un cubo de hielo y una parte irracional de su mente le dijo que tal vez el frío de la habitación provenía del mismo espejo.

—Y yo, Lena Hanavan, prometo sacarte de aquí.

Se miraron a los ojos por unos momentos y nuevamente esa parte irracional de su cerebro hizo que su pecho revoloteara sin razón.

»Y así será —dijo por último antes de quitar la mano del espejo. Nuevamente, Nessa vino a ella y la advertencia de lo peligroso que podía ser Caleb besó su nuca. El demonio se veía resentido y enojado, pero no feral. Y, después de todo, ¿qué otra opción tenía en ese momento? Ninguna en realidad. Por lo que iba a tomar ese riesgo. A fin de cuentas, los fracasos llegan a cobardes y fuertes por igual, pero las victorias solo son de los valientes.

10
Saturno devorando a su hijo

Salió de la bodega y cerró la puerta tras de sí. Hubo un momento breve en el que la magia parpadeó y pudo ver la pequeña casita de madera oculta bajo un hechizo. Sin embargo, en tan solo un instante volvió a desaparecer junto con la puerta, dejando atrás solo las escaleras.

Lena se sentía completamente drenada de vida. Patricia caminó junto a ella mientras regresaban por el bosque siguiendo el camino de piedras que había dejado para no perderse. Estaba empezando a llover otra vez y corrió para entrar a la casa antes de que la lluvia la empapara.

—Tú te bañas primero —le dijo a su erizo.

Patricia movió la nariz.

—No me importa, *madame*, no vas a irte a dormir así.

Patricia intentó huir, pero Lena la atrapó y la metió a la habitación. Preparó el lavabo como una pequeña bañera y la sumergió en el agua jabonosa. Su cara estaba molesta pero resignada.

—Gracias por ayudarme —le dijo suavemente mientras pasaba un cepillo de dientes nuevo por las púas de la erizo—. Sé que no fue fácil encontrarlo.

Con ella tenía una relación clara y libre de nudos. La conocía bien y siempre la procuraba. Cuando Berterry se la dio como regalo, no parecía

que a Patricia le agradara. Era la primera vez que trabajaba con una bruja y no le gustaba la idea de que le asignaran una niña tan pequeña. Lena se esforzó mucho para poder ganarse su confianza; estudió a diario para mejorar en su práctica. Patricia estuvo ahí cuando, a los ocho años, Lena preparó rollos de canela antiestrés para Anfisa y, cuando vio que funcionaron, eligió la magia de cocina como su inclinación personal. Lena regresó a la cocina feliz de que lo que horneó hubiera funcionado, con un rollo extra escondido en el delantal. Pellizcó un pequeño trozo para su familiar y se felicitaron mutuamente por lograr seguir la receta sin equivocarse. Patricia la obligó todos los días a levantarse de la cama para darse un baño después del accidente, cuando ella se sentía como una vela cuya cera se había consumido por completo.

—No pensaremos en eso. —El agua estaba poniéndose cobriza con toda lo que caía del cuerpo de Patricia—. La bruja que me maldijo es muy poderosa. Incluso la abuela quedó muy afectada después de curarme.

Patricia no estaba convencida de que Lena estuviera tranquila, pero no sabía qué más decirle para que no se sintiera culpable. Enjuagó a Patricia y la llevó hacia su cama. Ahora que había cumplido con eso, no podía esperar para bañarse también. Su cara se sentía como si trajera una pasta encima por toda la suciedad en su piel. Esperaba que las manchas se pudieran quitar de la ropa, porque le gustaba mucho ese conjunto.

Cuando regresó a la cama con su camisón puesto, los dientes limpios y el cabello envuelto en una toalla, encontró a su familiar frente a la puerta haciendo guardia. Sabía que no era un erizo real, pero verla tan pequeña y dispuesta a enfrentarse a los espectros hizo que su corazón se apretujara.

—Las protecciones que usé funcionaron hace rato. —Terminó de secarse el cabello y dejó la toalla extendida sobre una silla. Patricia no se movió y Lena se metió a la cama mientras sentía cómo su cuerpo se destensaba. Movió los dedos de los pies en lo que se permitía relajarse después de todo lo que había ocurrido.

»No quiero que mañana tengas el cuerpo entumecido, ven a dormir. —Lena hizo un último intento de llamar a Patricia, pero fue en vano. Liberó un suspiro y se dejó caer en las almohadas. Se sentía demasiado cansada como para hacer otra cosa que no fuera dormir. Sus ojos se estaban cerrando por cuenta propia y finalmente se rindió.

Regresar con Caleb durante el día fue imposible. Debido al castigo de su

abuela, no tenía excusa para desparecer fingiendo que había salido a vender al pueblo. Fuera de buscar una excusa, eso sí la retrasaría en sus finanzas. Los dientes con los que sobornaba a Ulf, libros con rituales que su aquelarre no aprobaba y ciertos ingredientes que no podía tomar de la cocina sin que sospecharan eran bastante costosos. Tenía un ahorro, pero, sin poder trabajar, pronto se quedaría sin dinero. Por suerte, Manon aceptó ayudarla y así Lena pudo preparar sus tartaletas de mariposa.

—Les digo que si comen muchas les dará mal de amores, ¿cierto? —Manon estaba junto a ella, viéndola trabajar. Ese día lucía mucho mejor, de nuevo traía su delineado en los ojos y estaba usando un vestido blanco de lino con muchas pulseras doradas en las muñecas.

—Sí —asintió Lena y se limpió algo de crema pastelera en el delantal —. Normalmente limito la venta a solo una por cliente, pero creo que con la advertencia está bien. Que compren las que quieran.

Ya era responsabilidad de los clientes si seguían las instrucciones o no, pero en ese momento le daría prioridad al dinero. Empezó a mezclar unas fresas picadas con glaseado del mismo sabor para adornar las tartaletas.

—Intentaré venderlas un poco más caras al inicio para que se compensen. Si veo que no se venden, regreso al precio original. —Se recargó sobre la barra en la que Lena estaba trabajando—. Les diré que veo en su futuro una pareja nueva, pero que solo llegará si compran las tartaletas.

Las dos se rieron. Naturalmente eso era algo que nunca debía hacerse por ética, pero la idea resultaba graciosa porque era probable que funcionara. Una palita encantada se estaba encargando de mezclar el relleno y la cocina ya estaba empezando a oler a fruta y azúcar.

—Te ves linda —comentó Manon—. ¿Es un vestido nuevo?

Lena estaba usando un vestido de encaje color durazno. Tenía un bonito moño en el cuello y olanes aquí y allá.

—No. —Se mordió el labio—. No exactamente. Era de mi madre. Me lo regaló hace tiempo, pero es la primera vez que lo uso.

Anfisa quería conservar algunos de los vestidos de su juventud que ya no usaba y se los dio a Lena en un baúl hacía un par de años. En ese entonces a Lena no le quedaban y tampoco quería vestir ropa que Anfisa hubiera usado porque no quería recordar lo parecida que era a ella. Pero ese día se sintió distinta al despertar y quiso probárselo; le había quedado perfecto. Justo a su medida.

—Te queda bien. —Su amiga le sonrió. Se acercó un poco y le acomodó el camafeo que descansaba al centro del moño de su vestido.

Lena terminó de decorar las tartaletas y las acomodó con cuidado dentro de la caja que Manon se llevaría al mercado. Quizá sería la última vez

que podría hacerlas, por lo menos hasta que su castigo terminara. Se le estaban terminando los corazones de mariposa y conseguirlos no era tan fácil. Mientras no pudiera salir de la casa, no podría ir por ese ingrediente.

—Listo. Terminé. —Se limpio las manos y dejó su delantal cerca de la puerta de la entrada. Manon hizo una pausa y algo en la forma en que estaba evitando el contacto visual la hacía verse aprensiva. Lena se preguntaba si tal vez era pedirle demasiado. Su amiga tenía su propio negocio que atender y aquel era un gran favor que estaría haciéndole. Por momentos, todo se sentía como siempre…

—¿Todo bien? —Intentó hacer contacto visual, pero no lo logró.

—Quiero hablar contigo. —Manon cerró los ojos con fuerza. Se veía incómoda y se rascó la frente.

—Está bien. —Su voz sonaba débil a sus oídos. Pensó que se ahogaría con su propia saliva y las manos se le pusieron frías. ¿Lo sabía? ¿Descubrió lo que estaba haciendo en alguna visión? No puede ser que fuera tan descuidada últimamente.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Manon.

Sería una charla larga. Lena miró el reloj de la cocina.

—¿No tienes que irte ya?

—Tenemos tiempo. —Y caminó sin más a la mesa mientras tomaba una silla con cuidado. Lena estaba tratando desesperadamente de leerla. Se veía incómoda, sí, pero no sabía con exactitud si se veía molesta, triste, preocupada… Trataba de adivinar de qué se trataba aquello para poder preparar su reacción.

Se sentaron una frente a la otra y Manon golpeaba sus uñas contra la mesa mientras daba respiros lentos. La mente de Lena trabajaba tan rápido como podía.

—¿Debería prepararnos té para esto? —Se rio, tratando de aligerar el ambiente. Manon sonrió también sin mostrar los dientes. Un último respiro y por fin la miró a los ojos.

—Ya le comenté esto a Imogen, pero quería que lo supieras por mí antes de que lo escuches en la junta de hoy del aquelarre.

Todo su cuerpo se puso en alerta en automático. Lo sabía, la había visto encontrar a Caleb. Justo como lo temía, se lo dijo a su abuela y ahora el aquelarre entero iba a enterarse en la junta de emergencia que habían pactado para esa noche.

—¿De qué hablas? —Su sonrisa se veía demasiado tiesa, pero su cara se sentía como si estuviera repentinamente hecha de madera y no pudiera moverla. Debía tranquilizarse, no podía verse sospechosa o no habría lugar para negar las cosas de las que Manon la acusaría.

No se dijeron nada por unos momentos. Lena estaba contando las veces que su pie chocaba con las patas de la silla cada vez que se reacomodaba.

—Quiero ser la siguiente suma sacerdotisa.

Casi se cae de su asiento. Aquello no era para nada lo que estaba esperando.

—¿Qué? —fue todo lo que atinó a decir. Su cerebro todavía se sentía como si se estuviera recuperando de un golpe contra la pared.

—Estuve investigando y hay una tradición en la que puedo retarte para ganarte el puesto.

Lena empalideció y sintió que su corazón se le resbalaba hasta las botas. Eso definitivamente no era lo que esperaba.

—Pero yo tengo la mirada de la estrella. —Se estremeció.

—Por supuesto, y ese es el más alto honor. Fuiste elegida por sangre.

Manon se estiró para tocarle la muñeca, pero Lena se alejó. Sentía que le estaba hablando con condescendencia, como si fuera una pequeña.

—Esto no significa que quiero que dejemos de ser amigas.

—Mi madre dijo que ella quería tomar mi lugar. —Su voz se estaba saliendo de control. Estaba casi gritando—. Yo la escuché y mi abuela dijo que no. ¿Cómo vas tú a robármelo?

—No. —Manon agitó la cabeza—. Por favor, tranquilízate un poco.

—No me digas que me tranquilice, ni siquiera quería esto y ahora vienes a hacerme la vida más complicada. —Sus ojos se pusieron llorosos. Manon era su amiga, habían tenido una plática hacía poco en la que comentaron que querían quedarse juntas y ella le dijo que la apoyaba. ¿Qué fue lo que pasó?

—Justamente por eso quiero tomar el puesto. —Sus palabras eran lentas, miraba a Lena como si fuera un animal que en cualquier momento la atacaría. Tal vez así era—. Sé que no quieres ser suma sacerdotisa y no es tu prioridad. Sé que salvar a tu hermana es lo más importante para ti. Déjame quitarte esta responsabilidad y así puedes enfocarte en lo que sí quieres hacer.

Lena se limpió las lágrimas con los dedos.

—No quiero esta responsabilidad en este momento, pero sí quiero tomar el rol que me corresponde en un futuro.

¿Por qué nadie podía entenderla? ¿Por qué se les hacía tan fácil ver líneas y dibujar sobre ellas a su antojo?

—Pero no hay un futuro, Lena —respondió Manon—. Esto es algo que debe pasar en dos lunas y tuvieron que hechizarte para obligarte a quedarte en casa y entrenar. —Entrelazó sus manos por encima de la mesa y se quedó

viéndolas un rato antes de seguir—. Eres mi mejor amiga y una de las personas que más significan en mi vida. Eso no lo dudes, por favor. Yo quiero verte feliz y sé que en algún punto serás la mejor bruja que este plano ha visto.

Lena bufó y puso los ojos en blanco.

—Lo digo de verdad —recalcó Manon—. Conocerte ha sido una de las mejores cosas que pudieron pasarme. No esperaba hacer una amiga como tú cuando vine a estudiar y quisiera que siguiéramos siendo amigas.

—Entonces, ¿por qué me haces esto? —Su labio inferior tembló. Trató de calmarse, pero estaba asustada. Asustada porque nada era seguro en su vida y todo cambiaba constantemente.

—No te lo estoy haciendo a ti, de verdad que no lo hago para lastimarte. —Manon también estaba llorando—. Solo quiero lo mejor para el aquelarre, y después de lo de Mikael…

—Eso no fue mi culpa.

—Lo sé.

—A mí me pusieron un maleficio bastante fuerte, pude morir también.

—Lena, lo sé —interrumpió a su amiga antes de que pudiera decir más. Lena cerró la mandíbula con fuerza.

—No estoy haciéndolo porque te culpe de algo. Mi familia también espera cosas grandes de mí. Están creyendo en mí, aunque sean mortales, y quiero pagarles eso. La muerte de Mikael los afectó mucho también y no pienso quedarme de brazos cruzados.

Lena se quedó callada. No quería gritarle a Manon, le dolía mucho hacerlo.

—Alcancé ya el tercer grado de mis estudios y, aunque aún no estoy cerca del cuarto grado, creo que tengo la capacidad de aprender rápido y liderear el aquelarre.

—Cualquier otra bruja del aquelarre tiene más experiencia que nosotras, Manon —dijo Lena, con la cara pellizcada—. Si alguien más asume el puesto, debería ser una bruja más sabia.

—Lo sé, estoy de acuerdo. —Pudo ver la tensión esparciéndose por todo el cuerpo de su amiga. Sus hombros estaban alzados y se rascaba mucho la cara—. Pero nadie va a atreverse a hacerlo.

«Y yo sí». Quedó implícito, pero Manon no se atrevió a decirlo.

—En nuestro aquelarre no querrán ir en contra de la tradición. Los aquelarres actuales han empezado a implementar esto para elegir a la bruja líder. Nadie nace ya con la mirada de la estrella y eso te pertenecerá siempre, pero quiero una oportunidad de probar que tengo valor.

Una parte de Lena no podía evitar encontrarle sentido a lo que Manon

decía y sabía bien que no era algo que hiciera con malicia. Pasaba los dedos por sus trenzas, tratando de tranquilizarse. Tal vez sí debió preparar té después de todo.

—¿Y cómo me vas a retar? No quiero pelear contigo.

Manon se veía un poco más animada al escuchar su pregunta. Se enderezó casi de manera imperceptible en su silla.

—No, en absoluto. No pelearía contigo nunca. —Sonrió, pero Lena no le sonrió de vuelta—. Se llama la Danza de los Tres Rostros. Es una demostración frente a nuestro clan de tres fases importantes. Magia práctica en honor a Hécate, magia lunar en honor a Selene y magia de muertos en honor al viaje de Perséfone.

Lena estaba boquiabierta.

—La magia de muertos es peligrosa, Manon. Tomará mucho de ti si lo intentas.

Justamente dar y recibir era parte de las reglas, y, en el caso de la magia de muertos, por cualquier cosa que se recibía había que sacrificar partes de ti. Los ojos de la señora Frida le vinieron a la mente. No quería que algo así le pasara a su amiga.

—Tú tienes ventaja sobre mí en eso. —Se encogió de hombros—. La diosa te bendijo con el don de ver espíritus, pero estoy segura de que puedo ingeniármelas. Según la decisión del aquelarre, quien haya dado una mejor demostración de control de estas tres caras puede quedarse con el puesto.

Sonaba sencillo, pero sabía bien que no lo era. Lena tenía confianza en sus habilidades, pero Manon era una bruja de bastante poder.

—¿Y la abuela está de acuerdo con esto? —No sonaba como algo que Imogen aceptaría. Cuando anunció su partida al aquelarre, dijo que se sentía muy orgullosa de que la futura suma sacerdotisa fuera una Hanavan.

—Sí, claro, si no lo estuviera, no podría hacerse.

No sabía qué era peor. Si el hecho de que su amiga quisiera quitarle lo que le pertenecía por legado o saber que su abuela había perdido la confianza en ella, al punto de permitir que alguien fuera de la familia se quedara con el cargo.

—Está bien. —No parecía que pudiera hacer nada más al respecto.

La cara de Manon se relajó mientras registraba lo que acababa de decir. Lena pudo ver el alivio en su rostro, empezando por sus cejas y pasando por su mirada. No pudo evitar corresponderle cuando se puso de pie y la abrazó.

—Muchas gracias. —La voz de Manon era amortiguada por el cabello de Lena—. En verdad no quiero que esto afecte nuestra amistad. Significas mucho para mí.

Seguía sintiendo un pellizco de enojo por ello, pero tampoco quería que dejaran de ser amigas.

—Yo tampoco quiero perder tu amistad —comentó Lena de forma honesta.

—¿Me prometes que no estarás incómoda conmigo?

—Lo prometo.

Además, Lena comenzaría a trabajar con Caleb una vez que lograra sacarlo del espejo, así que, en realidad, nada de eso importaba. Lograría salvar a su hermana antes de que se terminara el plazo que su abuela había impuesto y todo estaría bien.

11
Corona de flores

Anochecía, pero, según lo que escuchó, la reunión no empezaría sino hasta la medianoche, antes estarían haciendo unos preparativos para intentar sanar a Imogen tanto como fuera posible. Como ese iba a ser trabajo de las brujas más experimentadas y Lena solo sería requerida cuando comenzara todo, tenía un par de horas libres para trabajar en su misión personal mientras Manon seguía en el pueblo.

—Se ven muy parecidas —dijo Caleb, que la veía trabajar como un gato atento. Lena se notó confundida—. Imogen y tú, quiero decir —aclaró.

—Oh. —Lena se sintió alagada, casi siempre la comparaban con su madre—. Supongo que sí, somos familia después de todo.

Sonrió y se limpió las manos en el delantal. Había llevado casi todos los grimorios y libros que tenía para encontrar algo que funcionara para romper el hechizo. Frente a ella había un caldero humeante y botellas y frascos tirados por doquier. Tendría que regresar muchos de esos ingredientes a la mañana siguiente, antes de que alguien notara que faltaban. Estaba sentada en el piso de madera tratando de hacer un hechizo de cuerdas que rompiera la magia de su abuela. Aquel iba a ser el segundo intento del día, pero esperaba que funcionara esa vez. Tenía una vela cubierta de su sangre, que representaría el conjuro que su abuela había

hecho para encerrar a Caleb, y una segunda vela que iba a representarlo a él. Esperaba que, al ser su nieta, la sangre funcionara como si usara la de su abuela. Así fue como dio inicio la conversación con el demonio.

Caleb estaba al otro lado del espejo, sentado con la espalda perfectamente recta. En un acuerdo silencioso, habían decidido limar asperezas para poder colaborar. Lena no tenía nada contra él, pero Caleb sí contra su abuela y era entendible para ella. Quiso hablarle al respecto, pero no fue necesario; después de unas horas empezaron a entablar conversaciones acartonadas que no fluían en realidad, pero cuando menos lo estaban intentando.

Tomó su cuchillo de trabajo y con cuidado empezó a tallar el nombre de Caleb en la cera de la vela negra. Podía escuchar el burbujeo del caldero y el sonido de las llamas en las antorchas. Se mordió el interior de las mejillas. ¿Aquello estaba bien? ¿Debía decir algo? Nunca había entablado un trato con un demonio y los libros solo daban instrucciones sobre el área de trabajo, no mencionaban nada del relleno.

—¿Tienes un apellido? —Señaló la vela—. Es para tallarlo junto a tu nombre. —La última parte fue perdiendo fuerza y aspiró sus propias palabras al darse cuenta de lo tonta que era la pregunta. Claro que no tenía apellido, era un demonio.

Caleb inclinó ligeramente la cabeza. Por un momento no dijo nada, solo se quedó observando. Lena pasó saliva y la sintió como si fuera arena que bajaba por su garganta. Estaba por enmendar lo que hizo y decirle que solo era una broma cuando Caleb por fin habló.

—¿A qué viene la pregunta? —Su rostro estaba impasible, lo cual volvía difícil leerlo.

Curioso. No esperaba esa respuesta.

—¿Sí tienes uno? —No ocultó la sorpresa en su voz y sus cejas se alzaron.

Pareció que iba a responder, pero después se arrepintió de hacerlo. Lena decidió no presionar y bajó la mirada a la vela para terminar de tallar el nombre.

—No tienes que decírmelo, tu primer nombre es suficiente. —Después de todo, era su nombre real. Saber el verdadero nombre de un demonio le daba a ella poder sobre él y le permitía aumentar la efectividad del hechizo. Amarró un cordón desde la vela ungida con su sangre hasta la que tenía el nombre de Caleb—. Solo me sorprendí porque creí que los demonios no tenían nombres de familia.

Colocó las velas encima de un pequeño plato y con un fósforo las encendió, junto con la cuerda que las unía, esperando que todo se deshiciera.

Su mirada estaba posada en el fuego, que empezaba a esparcirse por toda la cuerda, tornándola de un tono negro. Tenía que quedarse para supervisar el hechizo, siempre hay que estar presente para que no se apague la flama antes de que todo se consuma.

—No los tenemos —dijo Caleb, bajó la mirada y pareció quitar una diminuta pelusa de su pantalón—. Pero yo tuve uno alguna vez.

Lena esperó a que le dijera algo más, pero no lo hizo, se quedó callado y volvió a mirarla. Ella quedó aún más confundida con ese comentario y no parecía que él fuera a extenderse en lo que dijo. La curiosidad le cosquilleaba la lengua y la hacía querer seguir preguntando, aunque se contuvo.

Sus ojos eran tan verdes que Lena se preguntaba si, cuando fue creado en el infierno, utilizaron pintura de algún artista humano para colorearlos. La comisura de sus labios se alzó en una sonrisa petulante y ella se preguntó si de alguna forma podía leerle la mente. Una burbuja de enojo la envolvió, no le gustaba sentirse fácil de leer, en especial cuando él era una puerta con candado.

Bien, si él no decía nada, ella tampoco. Quedaban a mano.

—¿Te ofendió lo que dije? —preguntó Caleb.

—Para nada. —Relajó el rostro y negó con la cabeza. Maldita sea, sí estaba volviéndose fácil de leer.

Las velas no se consumían y, aunque la flama era alta y de apetito saludable, no lograba deshacer la cuerda tampoco. Nunca había visto algo igual.

—¿Tu padre también es practicante?

El cerebro de Lena se agitó tanto por la confusión que pudo sentir aquel latigazo.

—¿Eh? —Fue lo único que salió de ella.

—El hijo de Imogen es tu padre. —Sus ojos se entrecerraron y sus cejas buscaron tocarse—. ¿No es así?

Lena no conocía a su padre. La historia que le había contado Anfisa es que, cuando decidió que quería ser madre, salió en la noche del tercer Festival del Fuego del año con una corona de flores. Se reunió con las brujas de distintos aquelarres que también deseaban serlo y juntas hicieron una celebración. Encendieron una enorme fogata y Anfisa saltó tres veces sobre ella para la buena fortuna. En el bosque se encontró con un joven marinero que había conocido cerca de la casa de Berterry. Desde la primera vez que se vieron, él había quedado profundamente enamorado y le escribía cartas sin cesar, hasta que por fin Anfisa accedió y le dijo dónde encontrarla esa noche. Siguiendo la tradición, se unieron por un año y un día, antes de que Anfisa

regresara a casa de Imogen embarazada. Sin importar cuántas cartas le escribió el marinero, no respondió ninguna. Una vez, él se envalentonó y llegó al portón de la casa con un anillo de plata y un ramo de rosas, rogando que lo recibiera. Su madre se molestó tanto que le regaló un amuleto encantado para atraer sirenas como si fuera un collar común y corriente. Le pidió entonces que se fuera a trabajar, porque él tenía que partir a Alaska en unos días y se quedaría trabajando ahí por dos semanas. Si al regresar seguía pensando en ella, aceptaría casarse con él. El marinero trabajaba en un barco pesquero y aceptó sin saber lo que ella le había entregado.

Después de eso, nunca volvió a saber de él.

—En mi familia no nacen hombres. Tengo el mismo apellido que mi madre y mi abuela —le explicó.

Caleb asintió.

—Lo siento, no debí asumir.

—No hay problema.

Silencio.

El hechizo seguía sin funcionar porque nada se deshacía, aunque la llama estuviera viva.

Si tan solo en su aquelarre fueran más receptivas a la magia del caos, tendría mejor noción sobre cómo trabajar con demonios. No sabía si era mejor hablar o no, si debía tener una especie de amistad con él o no. Se sentía perdida. Y no solo no conocía a ninguna bruja que trabajara con demonios, sino que no tendría la confianza de comentarle a nadie lo que estaba haciendo de todas formas.

—Disculpa que te lo pregunte, pero ¿te causo miedo? —Quiso saber Caleb mientras se quitaba algo de su cabello desaliñado de la frente.

—¿Cómo? —Lena parpadeó.

La conversación era como querer andar en bicicleta, pero con los pedales atascados y se le dificultaba mantenerse andando.

—¿Te causo miedo? Sé que no todas las brujas tienen en un buen concepto a los hijos del caos.

—Sí te encuentro intimidante, pero… —No, eso no sonaba bien. Se sintió sonrojar y quiso golpearse las mejillas para sacarse de ese penoso episodio, aunque no lo hizo—. Quiero decir que sí puedo notar que eres un demonio de gran poder por tu… —Se detuvo para considerar sus palabras—. Tu presencia —dijo finalmente.

Caleb asintió lentamente, considerando lo que ella acababa de decir. Lena lo estaba haciendo sentir incómodo, estaba echando a perder su oportunidad de trabajar con un demonio de alto rango. No aceptaría ayudarla y todo eso sería en vano.

—Lo siento, no me estoy expresando como me gustaría. Siendo honesta, no sé por qué estoy teniendo tantos problemas para hacerlo.

—Puedo escuchar a tu corazón latir muy rápido. —Suspiró—. No quiero asustarte, es obvio que llevo tanto tiempo encerrado que me volví incivilizado.

Lena negó con la cabeza, tocó una de sus trenzas y empezó a jugar con ella con sus dedos.

—Es mi culpa. —Se mordió el labio y tomó valor—. No me asustas, no es eso. Llevo mucho tiempo buscando la ayuda de un demonio, pero soy nueva en esto y eso me pone nerviosa. No quiero arruinarlo antes de siquiera empezar —respondió tan honestamente como pudo—. No sé cómo han sido tus tratos con otras brujas.

—Nunca he trabajado con una bruja. —Después de la sonrisa que él le dio, Lena estaba segura de que iba a darse cuenta de lo mucho que se aceleró su palpitar.

—También estoy algo nervioso, lo admito.

Lena bufó.

—No lo parece.

—¿Para qué quieres mi ayuda? —Se miraron una vez más y ella trató de ponerle nombre al tono tan bonito de sus ojos, pero fracasó. Hasta parecía inútil querer encontrarlo entre los colores «mortales». Tal vez no existía y era un matiz único.

—Quiero bajar al infierno.

—¿Y para qué querría una bruja joven como tú descender a nuestro reino? Dicen que los vivos envejecen décadas tan pronto osan entrar. La piel se vuelve delgada y arrugada, y el cabello se hace gris. A algunos incluso se les cae por completo.

Lena sabía que solo trataba de asustarla. Todos sabían que eso no les ocurría a las brujas que lograban descender. No podían evitar ser atrapadas por los demonios o consumidas por el caos mismo, pero al menos no se desgastaban hasta quedar en los huesos, como le podía pasar a un mortal.

—Quiero salvar a alguien que cayó por accidente. —Se relamió los labios. Él debía saberlo, no podía ocultarselo porque era la raíz de su acuerdo. El centro de su trabajo juntos—. Mi hermana, Quinn.

Caleb se quedó callado, observándola.

—Es la persona más importante para mí. —No pudo evitar que su voz se quebrara—. Y lo que más deseo es que regrese a casa. Lo he intentado por años, pero mi poder no es suficiente para llegar a ella. —No quería llorar frente a un demonio y no lo haría. Apretó la mandíbula para contenerse—. Lo que más deseo con todo mi corazón es que regrese sana y salva, y que

todo vuelva a ser como era antes.

Sonrió con melancolía y encajó una de sus uñas en la cutícula de otro de sus dedos.

—Gracias por contarme esto —dijo Caleb. Su rostro se suavizó, incluso relajó su postura—. Y por elegirme.

—Gracias a ti por aceptar. —Sintió cómo la comisura de sus ojos se arrugaba y las esquinas de sus labios se alzaron casi por cuenta propia.

Algo cambió. No sabía bien qué o por qué, pero podía sentirlo en la forma en que la habitación vibraba con el cambio de energía y la flama del hechizo crecía.

—Y ya que somos francos, tú también me intimidas un poco —comentó con una media sonrisa.

Lena se alejó un poco del plato con las velas, esa debía ser la razón por la cual la piel de su cara se sentía más caliente.

12
Rumor

—¡Bruja! —Escuchó un grito desde afuera del portón. Se giró hacia cualquiera que fuera mientras apretaba su *athame* con la mano izquierda.

El sol ya se había ocultado y, si no se apresuraba, llegaría tarde a la reunión con el aquelarre. El pasto bajo sus pies se veía seco y amarillento. Patricia lo vio primero que ella y no parecía contenta.

—¡Bruja, por aquí! —Ulf saludaba desde afuera de la propiedad. Vestía otro conjunto deportivo y llevaba unos papeles en la mano que agitaba en el aire para llamar su atención. Estaba en puntitas, sonriente, y ella temía que empezara a dar pequeños saltitos para que lo viera, como si fuera un niño pequeño.

—Shhh. —Corrió hacia él, pendiente de que ninguna de las brujas lo viera. Si la señora Frida lo escuchaba, seguro azotaría a Lena con su bastón hasta hacerla sangrar.

»¿Qué haces aquí? —le preguntó Lena con evidente molestia.

Patricia estaba dando resoplidos y se veía fuera de sí. Seguro quería morderlo otra vez. Entendía que él dijo que iría a buscarla, pero imaginó que mandaría un gato o un sapo con un mensaje antes.

—Es bueno verte a ti también. Estoy bien, gracias por preguntar.

Sus dientes se veían especialmente afilados esa noche. Lena se acercó tanto como pudo y movió la mano para indicarle que se agachara. Él la obedeció, divertido. Era ridículo porque, si alguien se asomaba por una de las ventanas, igual lo vería, pero con lo alto que era llamaba más la atención al estar de pie.

—¿No vas a salir para que podamos hablar?

Lena torció los labios. No quería decirle que le era físicamente imposible hacerlo durante unos cuantos días más. Si lo intentaba, quizá sería lanzada hasta la entrada de la casa, pero lo peor sería que su abuela se daría cuenta. Ulf pegó su frente contra el metal y cubrió uno de los barrotes con su mano libre.

—O también podrías invitarme a pasar.

De ninguna manera. No cuando todo el aquelarre estaba a unos metros de ellos.

—No hay tiempo. —Le reiteró y se puso en cuclillas también—. Ya debería estar en una reunión con mi aquelarre.

—Seré breve entonces. —Le acercó los papeles que traía en la mano y Lena los tomó mientras él abría un bolso tipo mensajero en el que buscaba algo.

Los examinó y se topó con múltiples certificados de defunción, algunos nombres los reconocía como trabajadores del pueblo. A su nariz llegó el golpe de un olor fuerte, húmedo, amaderado y como de medicina amarga. Se cubrió la cara de inmediato y se hizo ligeramente hacia atrás.

—Ciérralo — le ordenó, mirando el pequeño frasco de pomada negruzca.

Patricia se colgó con los dientes a la manga de la sudadera de Ulf y él solo se reía con sus ojos de zorro.

—Cómo se te ocurre acercarme *unguentum pharelis* a la cara sin advertirme nada. Eres un irresponsable.

Había algo resplandeciendo en los ojos oscuros de Ulf. Si tuviera tiempo suficiente, lo interrogaría para saber qué estaba horneándose entre sus neuronas.

—No creí que fueras tan sensible al ungüento volador.

—No uso nada que esté hecho con magia oscura. —Vio a Ulf cerrar bien el frasco y sus hombros de destensaron.

Se decía que la receta original fue entregada por Lucifer a una bruja que pasó seis días y seis noches invocándolo con pasteles hechos con la carne de otras brujas. Lena se estremeció. No sabía si la leyenda era cierta, pero los ingredientes para preparar la pomada constaban de diferentes hierbas, como acónito, beleño negro, mandrágora, entre varias otras. Pero el ingrediente

principal era difícil de conseguir, ya que se trataba de la grasa de niños sacados de sus tumbas.

—¿Dónde lo conseguiste? —Lena siguió con la mirada a Patricia, que estaba oliendo los zapatos del demonio frente a ellas. Las hojas en su mano le pesaban con sus dudas—. ¿Y esto qué es?

—Son las muertes recientes en el pueblo. —Ulf se revisó las uñas despreocupadamente, como si no estuviera diciéndole que nueve personas acababan de fallecer en el último mes. Personas jóvenes y sanas.

Uno de los nombres en la lista era el de la chica que organizaba los espacios para los días de mercado. Lena la había visto tan solo unas semanas atrás, con la noticia de que acababa de comprometerse con su novio de cuatro años. ¿Cómo era posible que ahora estuviera en esas páginas?

—Eso sin mencionar a los que siguen buscando, pero que nadie va a encontrar. —Por su cara parecía que estuviera guardando un secreto. Tenía más información, pero disfrutaba jugar con ella y hacerla preguntar. Quería golpearlo y quitarle esa expresión del rostro.

—Esto no me sirve. Ya sabía que había desaparecidos. —Le regresó los certificados con expresión molesta, pero otra vez notaba ese brillo en los ojos de Ulf.

—Ah, claro. —Sonrió y le mostró los dientes—. Pero no me dijiste que había testigos de estas muertes y desapariciones. —Golpeó su dedo índice contra sus labios dos veces, fingiendo pensar—. ¿O sí?

Un suspiro ahogado.

Ulf se veía complacido con su reacción, maldición.

—Tuve que invitar a salir a Polina la loca para conseguir esa información y después fui a comprobarla por mí mismo.

Polina era una hechicera nómada que siempre estaba enterada de todo, en especial de la vida personal de otros. Tenía un diario mágico encuadernado con pelo de mantícora, en el cual anotaba todos los rumores del momento: quién tendría un rito de unión de manos, quién había abandonado el camino de la magia, quién había salido a beber con mortales… todo lo podías encontrar en su diario. Ninguna bruja sabía cuándo o dónde aparecería el libro de rumores, pero, cuando se topaban con el libro acomodado en lugares tan cotidianos como mesas de cafés o bajo pilas de revistas en salas de espera, no debían mover el diario de su lugar, solo podían leerlo en donde lo encontraran, con la promesa de regresarlo una vez que terminaran. Polina nunca había confesado cómo sabía tantas cosas. Nadie sabía si tenía clarividencia, oídos hechizados o si se transformaba en ave y estaba en todas partes, ni siquiera tenían idea de cómo se veía físicamente. Pero lo que sí sabían era que en el pasado solía

usar su información para ayudar a mortales. No le creían nada de lo que decía y así fue como le apodaron Polina la loca. Conservó el título, pero decidió alejarse del mundo humano.

—Al parecer se ha reportado que una mujer cuervo es quien llega a robarse a las personas. Pero, por supuesto, las autoridades no van a aceptar eso como algo verídico, así que no han sacado estos informes a la luz. Pero ya hay cinco casos de mortales que reportaron haber visto una mujer cuervo antes de que sus parientes desaparecieran.

—¿Una bestia mágica los está comiendo? —Su intuición no quería tomar esa respuesta como cierta. Sentía ese cosquilleo que le decía que aquello no parecía una criatura en busca de comida—. Tal vez es un cambiapieles. Pero hace mucho que no vemos uno por aquí. —Ella personalmente nunca había visto uno, pero las brujas mayores le habían contado de ellos.

Ulf hizo un sonido para indicarle que estaba de acuerdo, abrió su mochila nuevamente y sacó su pipa y tabaco.

—Eso pensé también en un inicio, pero entonces me topé con el ungüento volador en una casa que había sido atacada. Al parecer, una familia trató de defenderse con una escopeta y, aunque no lo lograron, consiguieron el frasco que te mostré. —Terminó de acomodar el tabaco—. ¿Me ayudas con algo de fuego? —dijo con la pipa entre los labios. Lena acercó sus dedos y una pequeña flama comenzó a calentar la parte superior de la pipa e hizo que saliera humo.

—Entonces, alguien está usando el ungüento para transformarse.

—Así es. —Una nube de humo empezaba a cubrir la cara de Ulf—. Una bruja se está transformando en cuervo y es quien está robando mortales de sus casas o cortándoles trozos y dejando atrás el cuerpo.

Probablemente era la misma bruja que le puso esa maldición que tomó tanto de su abuela y quien desolló a Mikael. La energía de Patricia se puso tensa, no le gustaban los cuervos.

La pipa soltó más humo.

—Son demasiados mortales para cualquier ritual —afirmó Lena. Incluso con la magia de muerte, no se necesitarían tantos cadáveres. Ulf se veía complacido. El maldito seguía estirando la conversación en vez de decirle todo directamente.

—Me parece que tienes una pregunta para mí.

Ella puso los ojos en blanco y se frotó la frente.

—¿Sabes para qué está usando a estos mortales?

—*Tsk*, *tsk*, *tsk*. —Negó con la cabeza y se sacó la pipa de la boca—. No tan rápido, Hanavan. Creo que ya te compartí bastante de mi investigación,

ahora tú me debes algo.

Se le revolvió el estómago. Era cierto. Había olvidado por completo que Ulf se había ofrecido a ayudarla a cambio de que ella le dijera en dónde había visto a Caleb. Supuestamente iba a ayudarla a encontrarlo, pero eso ya no era necesario. Consideró no decirle nada y tan solo tomar lo que ya le había dado. Él era un demonio sin lealtad alguna después de todo, ¿qué tan malo sería no cumplir con él?

—No lo he vuelto a ver, si es lo que quieres saber. —Sonrió y trató de verse tan inocente como fuera posible, pero sabía que él no estaría contento con esa respuesta.

—Ese no era el acuerdo. —Su voz sonaba relajada y él también sonrió, pero con la nariz arrugada por el disgusto—. Te recuerdo que dijiste que me dirías en dónde habías visto a Caleb si yo te ayudaba con información de las desapariciones del pueblo. —Salió más humo de la pipa—. Un trato es un trato, ¿no?

—Decidí que ya no tengo interés en encontrarlo. Nuestro aquelarre está pasando por muchas cosas y esa va a ser mi prioridad de ahora en adelante, así que, si me disculpas. —Estaba por levantarse e irse.

—Qué lástima que no sabrás para qué está usando a estos mortales. —Su voz sonaba ligeramente como si estuviera cantando—. Yo me preocuparía si fuera tú, porque es probable que vuelva a entrar a tu casa. Pero entiendo. —Se puso de pie y sacudió sus pantalones.

Lena se quedó inmóvil. Ulf sabía que alguien se había metido a la propiedad y acababa de darle una clara advertencia. Sintió su pecho contraerse y cómo la preocupación empezaba a comerle el estómago a mordiscos grandes.

—Lo vi adentro de la casa. —confesó Lena. Su voz se escuchaba derrotada. Se abrazó a sí misma de vergüenza—. Era una noche de tormenta y pasé por el invernadero. Lo vi reflejado en la puerta, pero después de unos segundos desapareció. —Se rascó el brazo—. No me dijo nada, todo fue muy rápido —añadió antes de que se lo preguntara.

Ulf se veía pensativo mientras fumaba la pipa.

—¿Y no ha vuelto a aparecer?

Sí.

—No.

Él se rascó la cabeza, con cara de fastidio.

—Bien, entonces presta atención a lo que te diré. —Se agachó un poco para verla a los ojos y se hizo hacia atrás unos mechones de cabello rubio con un movimiento de cabeza—. Esta bruja está trabajando con demonios. Los mortales son usados no solo como comida, sino como cuerpos. De

momento están manteniendo un perfil bajo para no levantar sospechas, pero sé que vienen hacia acá.

—¿Cómo lo sabes? —Lena se mordió la lengua. Sentía sus adentros sacudirse al recordar a los espectros que la habían perseguido junto a Manon.

—Porque hay sacos de Lilith enterrados alrededor de toda la propiedad.

Lena se cubrió la cara con las manos. Exhaló con un aliento frío y sus manos estaban temblando. Un saco de Lilith era preocupante, funcionaba con los demonios como la luz para los insectos.

—Dime cuántos hay. —Estaba mordiéndose la piel muerta de su labio inferior, intentando arrancarla. Ulf seguía sonriendo, como si no le hubiera comentado que por toda su propiedad había sacos llenos de dientes humanos, intestinos de doncella, lengua de perro negro, miel y chocolate. Esa era una invitación para que el caos tocara a su puerta y, sin las protecciones correctas, no había mucho que pudieran hacer para detenerlo.

—Cien, aproximadamente.

Cien. Sintió un mareo. Patricia chocó su pequeña nariz en el tobillo de su bruja e intentó consolarla. Tenía que explicarle aquello al aquelarre de inmediato. La persona detrás de esto se estaba preparando para atacar y no sabía en cuánto tiempo.

—Ahora, hablemos de negocios. —Escuchaba a Ulf hablar, pero no lo veía, solo estaban sus botas, que tenía que volver a atar porque las agujetas se habían desatado. Las cigarras ya estaban cantando, podía oírlas al fondo de esa burbuja en la que estaba. Ya debería entrar a la reunión. Sí, debería moverse. Si tan solo pudiera atarse las agujetas, podría moverse y entrar a la casa. Qué desafortunado que no tuviera brazos o cuerpo para hacerlo, porque solo estaban esas botas que quería atar bien y no lograba moverse.

—Bruja, oye. —Unos chasquidos frente a sus ojos y finalmente tenía cuerpo otra vez—. Creo que mi información te fue más que útil. —Sonrió con orgullo.

Lena nuevamente consideró la opción de darle cuando menos una bofetada. ¿Cómo podía hablarle de esas cosas y seguir con esa actitud de niño en una dulcería?

—Me parece que probé mi valor y recuerdo que comentaste que eso te podría persuadir para que trabajemos juntos en el tema de cierto demonio que estás buscando.

Si hubiera llegado un poco antes, hubiera considerado su propuesta, pero ya no lo necesitaba. Era verdad que Ulf tenía todo tipo de información y podía serle útil después, pero ella ya no tenía nada para ofrecerle. No iba a

tomar el riesgo de decirle en dónde estaba Caleb y por ahora no podía salir a conseguir más dientes, ni siquiera estaba segura de si tendría el dinero suficiente para costearlos.

—Ya no tengo interés en encontrarlo. —Su voz sonaba pesada y sin vida a sus oídos.

Una risa aireada.

—No puedes pensar que me voy a creer eso, ¿o sí? —Se cruzó de brazos y se pasó la lengua por los labios.

—Es la verdad. —Lena se sintió incómoda—. Y en verdad se me está haciendo tarde. Te agradezco mucho que vinieras, pero no tengo más para canjear.

—Espera, espera. —Agarró con fuerza los barrotes—. No te vayas todavía. —Su rostro se veía relajado, pero la sonrisa estaba demasiado tiesa.

—Somos amigos, ¿no?

—No —dijo con honestidad.

Él presionó su labio inferior con el superior hasta que su boca se transformó en una línea.

—Bien, pero sentimos… —una pausa— aprecio por el otro.

Lena torció el rostro. ¿Qué estaba tratando de hacer ese demonio? La tenía muy confundida.

—De verdad creo que podemos ayudarnos mutuamente, Lena, no me mandes a volar tan rápido. —Otra risita.

Se quedaron mirándose uno al otro. Lena se sentía mal por él, pero no sabía si era por la influencia del rostro que Ulf había elegido como suyo. Se preguntaba si tendría la misma reacción con el cuerpo desgastado y de manos arrugadas con el que lo conoció.

—¿Qué dices? —insistió al ver que ella permanecía en silencio.

Patricia empezó a caminar hacia la casa. Para ella, la conversación ya había terminado y tomó aquello como el empujón que necesitaba para moverse.

—Buenas noches, Ulf. Te agradezco mucho que me ayudaras. —Él la observó, entrecerrando los ojos.

Ella mantuvo su rostro sereno.

—Lena, ¿qué fue lo que te dijo? —Parecía que quería traspasar los barrotes—. ¿En dónde está?

Lena ya había dicho lo que tenía que decir y solo movió la cabeza antes de dirigirse hacia la casa.

—¡Bruja! ¡Espera! —Ulf empezó a azotar las manos contra el portón. Ella apresuró el paso. Le aterraba que las brujas del aquelarre pudieran oírlo.

»¡Escúchame! Yo te puedo ayudar. —La voz estaba comenzando a

quedarse atrás.

El corazón de Lena se detuvo un momento. La puerta de la casa se abrió.

—Nessa —dijo Lena—. Te lo puedo explicar.

Se veía como una guerrera con el cabello rubio suelto, pantalones negros y fuego en la mirada. Caminó en línea recta directo hacia el portón.

—No es peligroso. Se va a cansar después de un rato. —Lena iba tras ella, tratando de seguirle el paso—. Regresemos a la casa, por favor.

Nessa no le respondió nada y caminó hasta el portón. El pasto crujía bajo sus zapatos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Nessa le preguntó a Ulf. Él se hizo hacia a atrás y dio unos cuantos respiros antes de recuperar su pipa y ponerla en sus labios; se veía despreocupado.

—No sabía que este territorio ya estaba tomado. —Hizo una pequeña reverencia—. Mil disculpas. Me retiraré de inmediato.

—Sé perfectamente bien quién eres. —Nunca había escuchado a Nessa hablar tan alto. No reconocía esa voz.

—Me alaga, pero creo que me confunde con alguien más. —Empezó a salir humo de su pipa—. Soy un simple demonio tratando de ganarme la vida.

—No te hagas el tonto —escupió Nessa.

Lena no sabía qué hacer, temía que Ulf le dijera a Nessa que ya sabía lo de Caleb.

—Soy un simple demonio tratando de ganarse la vida. No puede sorprenderse de mi presencia aquí con tantos sacos de Lilith alrededor. —Una media sonrisa.

Eso hizo que Nessa se tensara antes de recuperar la compostura. Lena se preguntaba cómo se lo tomaría su abuela, estaba tan frágil en ese momento que no podría destruirlos todos y Nessa tampoco podría pelear contra la cantidad tan grande de demonios que seguramente se avecinaba.

—Si vuelves a acercarte por aquí, voy a dejar tu forma demoniaca tan destruida que rogarás por la muerte eterna.

Ulf se carcajeó.

—No lo dudo. —Se encogió de hombros—. Pero, como le comento, solo estaba tratando de llevar pan a mi mesa. Ahora paso a retirarme, disculpe por haber entrado en su territorio.

Ulf huyó sin decir más y Nessa se quedó viendo el portón por un momento.

—Yo no esperaba que viniera —dijo Lena. Cuando menos no esa noche y no en ese momento.

—Le dijiste sobre Caleb. —La voz de Nessa de nuevo sonaba como un suspiro.

—No fue mi intención —añadió Lena, desairada.

Nessa cerró los ojos con fuerza y se pellizcó el tabique de la nariz.

—Esto nos va a traer muchos problemas.

—Ulf no es peligroso. —Apretaba y relajaba los dedos de los pies al hablar.

—Solo entra a la casa. Empezaron la reunión sin ti. —Nessa no la miraba y Lena sintió la saliva de su boca volverse limón amargo.

—Está bien, solo quiero disculparme otra vez porque sé que te decepcioné.

Nessa hizo un sonido de burla.

—Por desgracia no me decepcionaste. Me pesa mucho decirte que hiciste justamente lo que esperaba que hicieras. —Seguía sin mirarla. Su voz era serena—. Solo entra y trata de no humillar más a tu abuela.

Lena se hizo hacia atrás, como si Nessa la hubiera empujado. Era una vergüenza, estaba avergonzándolas a todas. Nadie esperaba nada de ella, incluso Manon sabía que no tenía madera de suma sacerdotisa y había ofrecido relevarla de su responsabilidad.

No intentó defenderse más y solo regresó a la casa.

Si tan solo hubiera un hechizo que pudiera retroceder el tiempo, lo probaría sin dudarlo.

13
El sabio se sabe tonto

Nunca había escuchado tanto ruido en una reunión, ni siquiera el día en que su abuela anunció su partida.

Anfisa estaba discutiendo con la señora Luda, con la cara completamente roja de furia. Era muy poco común verla discutir; por lo regular, evitaba cualquier tipo de conflicto, pero ahí estaba, con su cabello negro perfectamente peinado y maquillaje delicado sobre su piel oscura, usando un vestido de encaje negro y a punto de estrangular a su madre.

—Te recibimos en nuestra casa, te alimentamos con nuestra comida. —Anfisa ignoraba a la señora Luda por completo y le gritaba a Manon sin el menor remordimiento. Las luces estaban parpadeando.

—Es una jovencita, cálmate. —La señora Luda la tomó del brazo.

Manon estaba sentada en una de las sillas, con el cabello peinado hacia atrás y usando un suéter de cuello de tortuga color negro. Su expresión era seria pero decidida. Mantenía contacto visual con su madre sin vergüenza o temor. Lena caminó hacia ella y se sentó a su lado.

—Aléjate de ella, Lena. —Un libro voló de un extremo de la sala al otro—. Estoy segura de que ella fue la que te maldijo. Te lo advertí. —Anfisa rechinaba los dientes al hablar y sus ojos grises eran una tormenta—. Desde que llegó, te dije que no me daba confianza.

—Jamás le haría daño a Lena. —La voz de Manon era pausada. Sus manos estaban acomodadas sobre su regazo—. Quiero lo mejor para ella y para todo el aquelarre.

—¿No me permitiste a mí tomar el cargo y vas a dejar que esta niña lo haga? —Anfisa marchó hasta Imogen y se puso justo frente a su cara, gritando con todo lo que le permitían los pulmones. Al día siguiente, su garganta estaría irritada y tendría que tomar té de miel con limón.

—Respira, Anfisa. —Imogen se hizo hacia atrás y Lena notó cómo no usó su poder para obligar a su madre a tomar asiento. Su abuela empezó a toser y cubrió su boca con un pañuelo.

—Anfisa, por favor —intentó de nuevo la señora Luda.

Su madre estaba completamente fuera de sí. La abrumaba, pero no le sorprendía. Ese era el menor de los problemas en ese momento. Solo esperaba que todo terminara pronto para que pudiera comentar la información que acababa de recibir.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó, molesta, Manon.

Lena se encogió, sintiéndose culpable.

—Es una larga historia. —Manon iba a decir algo más, pero Anfisa regresó con la ira de Cerbero.

—Te abrimos la puerta de nuestra casa, tú no eras nada antes de nosotras. En vez de valorar la oportunidad de estudiar bajo la instrucción de la última suma sacerdotisa, nos haces esto.

Manon tenía un temple admirable. No se veía ofendida en absoluto por lo que Anfisa decía, por el contrario, asentía con respeto mientras la escuchaba. «Una verdadera cualidad de líder», vino a la mente de Lena.

La señora Ekaterina empezó a discutir con su madre y todo se empezó a volver ruido de fondo. Lena se sorprendió al verla ahí porque había enviado una carta días antes en la que informaba que iría a visitar a sus padres en Indonesia.

Berterry se movió de su asiento y tomó la silla libre junto a Lena. Esa noche, tenía las uñas pintadas de azul oscuro y su cabello estaba recogido.

—Te traje el amuleto que te había prometido. —Le entregó una pulsera gruesa hecha con hilo rojo.

Lena se animó al verla y la tomó con cuidado. Nadie hacía esas pulseras como Berterry, pero a Lena le daba algo de vergüenza pedirle otras cuando cumplían su función y se rompían.

—Tardé más de lo que pensaba en hacerla porque no tenía el hilo que me gusta usar y ya sabes que ese solo lo vende el elfo mercante con el que siempre voy. —Intentaba susurrar para no interrumpir la discusión, aunque no estaba haciendo el mejor trabajo bajando la voz—. Pero mudó la tienda

hacia el norte y tardé en encontrarla.

—No se preocupe, se lo agradezco mucho. —Lena se puso la pulsera y sonrió—. Creí que había dicho que su nieta me la traería.

Berterry hizo una mueca.

—Esa niña anda de aquí para allá. No he podido encontrarla en semanas.

—Me gustaría conocerla algún día. Se ve que la quiere mucho.

Su nieta era todo un misterio. Sabía mucho de ella por todo lo que Berterry contaba, como que se había graduado de una universidad mortal a pesar de las protestas de su familia o que había estado saliendo con una mujer licántropa por varios años, pero habían terminado la primavera pasada. Sin embargo, jamás había visto siquiera una fotografía de ella.

—Se llevarían excelente, adora los postres. —La comisura de los ojos se le arrugó—. Seguro sería tu clienta número uno. —Berterry siempre tenía una expresión cálida cuando hablaba de su familia. A Lena le gustaba sentarse a escucharla simplemente para poder recibir algo de esa calidez que emanaba cuando contaba sus historias.

—Anfisa. —El sonido del bastón de la señora Frida golpeando el piso retumbó—. Si tu madre no te hace comportarte como se debe, lo haré yo.

La habitación guardó silencio.

—Las visiones de la suma sacerdotisa son sagradas y veneradas. —Movía los ojos como si pudiera verlas, a pesar de que Lena sabía bien que no era así—. Vienen directamente de la diosa y no podemos faltarle al respeto a lo que ella nos quiere mostrar.

Su madre cayó con pesadez en su silla, viéndose resignada. Lena se sorprendió de lo que acababa de escuchar. No esperaba que su abuela hubiera visto a Manon retarla en una visión. Por lo regular, si su amiga decía que haría algo, lo cumplía. Pero una parte de ella, la parte que aún sintió sal en la lengua cuando le recordaron el tema, esperaba que no ocurriera.

—Pero le falta experiencia para tomar el cargo —dijo Klaudine desde su silla, acomodándose los anteojos sobre sus ojos verdes. Había unas cuantas plumas de color marrón escondidas entre su despeinado cabello rubio oscuro. Probablemente había estado probando algún hechizo antes de acudir a la reunión—. Si no será la señorita Lena, debería tomar el cargo una bruja más sabia.

Las otras brujas asintieron y murmuraron su acuerdo.

—No somos quién para cuestionar los deseos de la diosa. —Imogen habló desde la silla frente a la media luna de brujas. Su cara estaba pálida y, cada vez que Lena la veía, su piel se llenaba de más pliegues y manchas—. Pero yo vi que esto ocurría y por ende hecho está.

Manon sonrió con sus dientes perfectos y Lena estaba tratando de quitarse esa sal de la boca solo para poder demostrar que se sentía orgullosa por ella. Porque lo estaba, sí, sin duda alguna. Requería mucho valor anunciar aquella intención ante el aquelarre, pero, aun así, ese pellizco de molestia estaba ahí.

—¿Aceptas este desafío, Lena? —le preguntó su abuela. Manon la miró y le extendió la mano. Ella la tomó y asintió.

—Acepto.

Anfisa hizo un sonido como si se estuviera ahogando y solo la vio torcer los labios y mirar al techo.

—Está decidido. La Danza de los Tres Rostros se llevará a cabo en trece noches.

Más murmullos, pero nadie se opuso. Ni siquiera su madre.

—Hay algo que quiero comentar. —Lena alzó la mano desde su lugar —. Es urgente.

Imogen le dio la palabra.

—La casa está rodeada de sacos de Lilith. —Se puso de pie. No había una manera correcta de dar la noticia o de hacer que la medicina bajara de forma más sencilla, así que decidió decir directamente lo que ocurría—. Cuando menos cien sacos están enterrados a lo largo de la propiedad.

Un respiro colectivo. La señora Mildred, con sus ojos azules y labial negro, se tocó el corazón. Acababa de convertirse en madre hacía tan solo unos meses y no tenía familia que la ayudara a cuidar de su bebé si algo llegaba a ocurrirle.

—Una bruja está usando *unguentum pharelis* para transformarse en cuervo y tomar mortales de los pueblos cercanos para alimentar demonios. —Se frotó las manos y entrelazó y separó los dedos mientras hablaba.

—No es posible, yo no lo sentí, yo… —Imogen se detuvo, se estaba acariciando la barbilla, con el rostro pesaroso.

Esperaba que no le preguntara cómo se había enterado de aquello, pero sabía que no tendrían por qué dudar de la información. Después de todas las cosas que habían ocurrido en la casa, eso solo confirmaba que algo maligno se avecinaba.

—Nos tomará días encontrarlos todos —comentó Anfisa—. Incluso con el olfato de Nessa.

—Sería un esfuerzo en vano —refunfuñó la señora Frida—. No sabemos cuánto tiempo llevan ahí y la peste va a durar semanas. Lo que queda es poner protecciones para contrarrestar.

—Y cerrar la puerta al infierno —dijo Imogen en un suspiro. A Lena se le erizó la piel.

—Es momento de intentarlo con todas nuestras fuerzas, hermanas mías. —Tosió de nuevo, con la boca contra su pañuelo—. En la siguiente luna llena, hermanas, daremos nuestra respuesta a este atrevimiento.

La siguiente luna llena era muy pronto, demasiado. Lena no tendría siquiera un mes para lograr sacar a Quinn del inframundo antes de perderla.

La señora Frida se puso de pie y caminó hacia Imogen con un cuenco lleno de líquido pastoso en una mano; usaba su bastón para guiarse y no chocar con nadie. Mildred iba tras ella y la ayudaba a cargar su bolso de tela en el que llevaba más de sus herramientas.

—Para sanar el espíritu —le dijo y con uno de sus dedos puso la crema magenta en la frente de Imogen. Su abuela cerró los ojos y un círculo de fuego se encendió alrededor de ella. De su bolso produjo una pequeña muñeca con forma humana hecha de tela anaranjada. La jalaba del cuello con el cordón que tenía amarrado. La sacudió e hizo que sonara como un cascabel. Seguramente la había rellenado de huesos, como era común en su magia de muerte. Alzó una daga y la puso contra el cuello de su abuela. Energía de color gris comenzó a acumularse en el filo y la señora Frida sacudió la daga, lo que hizo que la energía gris cayera al suelo y se acumulara como si fuera jarabe.

—*Evigilate* —dijo con fuerza y la muñeca en su mano comenzó a vibrar. La señora Frida la lanzó con fuerza dentro del círculo de fuego y, tal cual le ordenaron, se puso de pie con pasos temblorosos. Primero miró a Frida con sus ojos de botón y después hacia el resto de la habitación. Sus ojos encontraron la puerta de salida y se lanzó hacia ella sin pensarlo. El fuego creció y la muñeca cayó hacia atrás. Dio varias vueltas dentro del círculo, gritando como si de una *banshee* se tratara. Se sentó sin moverse más y siguió mirando a su alrededor. Cuando finalmente notó el jarabe gris, abrió la boca y empezó a tragarlo mientras crecía en automático, como si estuvieran inflando un globo. Tragó y tragó hasta que quedó del tamaño de una sandía. La señora Frida la tomó de nuevo con el cordón y la jaló fuera del círculo. La muñeca pataleó y chilló hasta que fue lanzada dentro del bolso y todos sus sonidos cesaron.

El fuego se apagó y Lena pudo notar cómo la punta de algunos dedos de la señora Frida se habían puesto de un tono entre negro y morado, como si se hubieran podrido y marchitado. La magia de muerte había cobrado nuevamente por su ayuda.

—Te lo agradezco mucho, Frida.

Para cuando la sesión terminó, estaba casi amaneciendo. Lena observó a Nessa por uno de los ventanales escarbar en la tierra del jardín con las manos desnudas, seguramente intentaba encontrar los sacos de Lilith para

quemarlos. Llevaba sirviendo a la abuela cuando menos un siglo. Se había alimentado de una joven con un alma tan fuerte, tan creyente, que inesperadamente no pudo consumirla por completo y sus esencias se fusionaron, dando vida a quien ahora era Nessa. Por lo menos eso es lo que le habían contado desde pequeña. Un día llegó a la puerta de Imogen con un chal en los hombros y un crucifijo en la mano, diciendo que en un pueblo cercano le habían comentado que ahí vivía una bruja de bien, y le ofreció sus servicios.

Imogen no le había contado nada más y las veces que Nessa hablaba de esa historia también terminaba su relato ahí. Pero Anfisa les había contado a Quinn y a Lena, cuando eran pequeñas, que Imogen no le permitió entrar por un largo tiempo mientras le decía que los demonios no eran bienvenidos en su hogar. Nessa dormía afuera todos los días, tratando de ayudar con mandados pequeños, hasta que al final se ganó su oportunidad cuando Imogen estaba lidiando con una quimera bastante necia y de garras largas. Nessa salvó la vida de Imogen esa noche y, según lo poco que le contó Anfisa, desde ese día trabajaba para la abuela.

Lena se preguntaba si Nessa decidiría quedarse aun después de que Imogen partiera.

Ya había intentado varios hechizos y todos habían fallado abismalmente. De nuevo tenía su caldero encendido frente a ella y estaba consultando uno de los grimorios.

Un hechizo requería la fantasía embotellada de un artista y otro tres pelos ofrecidos de forma voluntaria por un gato negro. Constantemente se estaba topando con cosas que sabía dónde conseguir, pero que en definitiva no tenía en casa. Cerró el libro con un gruñido.

—Disculpa que me entrometa, pero creo que deberías descansar. —La voz de Caleb la hizo mirar hacia el espejo—. No sé mucho de brujería, pero sé que esto debe estar tomando mucho de tu fuerza vital.

Lena se limpió algo de sudor con el dorso de su mano. Se puso de pie para estirarse. Movió las piernas y sintió el cosquilleo de pequeñas hormigas recorrerlas mientras su sangre empezaba a fluir. Ese día se había puesto un overol viejo de color rosa que hacía mucho que no usaba y no le molestaba ensuciar.

—El problema es que no tenemos tiempo. —Puso su mano en su hombro y presionó, tratando de darse un masaje—. Mi abuela va a cerrar la

puerta al infierno en menos de un mes. Esto es antes de lo que esperaba.

—¿Por qué cambió la fecha? —Se pasó la mano por el cabello castaño —. Si puedo saberlo, claro.

Lena se sorprendió al escucharlo preguntar. Esa noche, Caleb había hablado más que de costumbre. Sintió un nuevo hormigueo, pero esa vez en el estómago, al darse cuenta de que estaba tratando, aunque dudoso, de llevar una conversación con ella.

—Puedes preguntarme las cosas abiertamente. —Se acercó al espejo y sonrió—. Si vamos a trabajar juntos, deberíamos tenernos confianza.

Caleb inclinó la cabeza ligeramente hacia un lado, su cabello se movió de forma que la cicatriz sobre su ceja quedó más descubierta. Lena sentía ganas de preguntarle cómo ocurrió, pero no se atrevió a hacerlo.

—Si quieres, claro, no es necesario. —Empezó a balbucear al darse cuenta de que no le respondió y también empezó a torcer una de sus trenzas entre sus dedos—. Podemos seguir así, no hay problema. Solo era una sugerencia.

—Sí me gustaría. —Sus labios se movieron en una pequeña sonrisa.

—Estamos de acuerdo entonces.

Caleb asintió.

—Bien —dijo ella.

—Bien —repitió él.

Se quedaron mirándose por unos momentos. ¿Cómo se supone que empezara a tenerle confianza? ¿Solo le debería contar sobre su vida y ya? Se sentía como si algo estuviera burbujeando, pero ninguno de los dos tenía idea de cómo permitirle salir, y se estaba volviendo incómodo.

Siguieron mirándose. El sonido del caldero era lo único que escuchaban; el sótano olía a polvo y tierra.

Repentinamente, Caleb empezó a reír. Era una pequeña carcajada, la cual trató de apagar cubriendo su boca con su mano, pero sin lograrlo con éxito. Lena se sintió contagiada y también empezó a reír. Las burbujas por fin encontraron su salida.

—Lo siento, en verdad estoy oxidado en esto.

—Creo que estamos sobrepensando las cosas. —Lena se rascó la nuca.

Dio un pequeño aplauso y regresó a sentarse frente a su caldero.

—Tal vez podemos empezar si respondo tu pregunta.

Caleb se sentó también y se acomodó un poco su camisa blanca. Tenía los primeros botones desabrochados, por lo que se veía su piel bronceada.

Lena tomó aire y se dispuso a explicarle tan bien como pudiera.

14
Feuerbach

—Hablando con completa honestidad, no creo que funcione. —Caleb fijó los ojos en el caldero de Lena y se arremangó la camisa, con lo que dejó ver los tatuajes en sus brazos. Tenía una serpiente en el izquierdo, una pequeña daga en el derecho y diferentes figuras aquí y allá—. Dices que Imogen está desvaneciéndose poco a poco y su fuerza no es la misma.

—Ese es el problema —respondió ella—. Está dispuesta a morir antes de tiempo y arriesgarse a destruir su alma y no cruzar al más allá con tal de lograrlo.

Lena se recostó en el piso y se quedó mirando el techo. Se extendía hacia arriba en una masa de color negro que no dejaba ver absolutamente nada, era como si estuvieran sumergidos en lo más profundo del mar. Las antorchas solo se encendían cuando ella llegaba, así que se preguntaba si Caleb siempre vivía en esa noche sin estrellas o si tenía otra fuente de iluminación.

—Tratándose de Imogen, me suena a un acto de vanidad —bufó.

Ella sintió un pinchazo en el pecho. Sabía que a Caleb no le agradaba su abuela por haberlo encerrado, pero ella era su nieta y sintió la necesidad de defenderla.

—No es vanidad. —Alzó la cabeza, con la frente arrugada—. Ella no es así. Lo hace por el bien del aquelarre.

—No voy a pensar positivamente de alguien que me maldijo con esto. —Señaló a su alrededor con las manos y la miró con la barbilla ligeramente alzada—. Tú no estás de acuerdo con su decisión tampoco.

Lena se desplomó de nuevo en el suelo.

—Cierto. —Cerró los ojos porque no había realmente diferencia entre eso y ver el vacío del techo—. Aun así, a mi abuela lo que más le importa es el bien del aquelarre, no lo hace por dar una buena impresión, si es lo que piensas.

—Tal vez por legado —repuso Caleb.

Con los ojos cerrados, podía enfocarse en la voz de Caleb. Era pausada, ligeramente rasposa pero clara. Enunciaba bien cada palabra.

—Algunos de mis compañeros valoran mucho eso, pero aún es en parte vanidad.

Eso le llamó la atención a Lena.

—No sabía que a los demonios les importaba su legado.

—Por supuesto que sí, las leyendas e historias que cuentan sobre ti es lo que verdaderamente te otorga la inmortalidad.

Lena se incorporó.

—Pero si ustedes ya son inmortales.

—Ustedes también.

Ella negó con la cabeza y avanzó con movimientos perezosos hasta quedar sentada justo frente al espejo, con sus piernas debajo de ella.

—Vivimos más tiempo que los mortales, pero tenemos un límite en este plano.

—Pero tienen un alma que después de estar en este reino trasciende. Si su cuerpo terrenal se desgasta, su alma persevera. Ahí está la verdadera vida eterna. —Una media sonrisa—. Por eso nos encanta devorarlas.

Lena sintió su pulso acelerarse y presionó sus dedos sobre su pecho. Su alma. Hace meses, años incluso, se decía a sí misma que estaba dispuesta a cualquier cosa para lograr sacar a Quinn del infierno. El plan siempre fue entregar su alma, pero sus conversaciones recientes con Manon y su abuela la estaban haciendo dudar. No sabía qué venía después de entregar su alma, no sabía si Caleb le permitiría quedarse para ser la suma sacerdotisa o si decidiría llevársela una vez que cumpliera con su parte del trato. Empezó a dudar. Era cierto que no tenía que entregar su alma; cuando hablaron al momento de conocerse, no habían dado ninguna especificación de lo que intercambiarían por la ayuda del otro. Ella podría dar lo que fuera, incluso alguna de sus habilidades. Sin embargo, sabía que, entre más estuviera dispuesta a dar, Caleb sería más efectivo a la hora de servirle. Las palabras de Manon le pesaban como un saco lleno de monedas: no le gustaba pensar

que estaba dejando de lado y desprotegido al aquelarre, que no le interesaba su responsabilidad. No le gustaba pensar que tal vez su amiga tenía razón y debía ceder su patrimonio. No le gustaba descubrir que no se sentía capaz de cumplir con la tarea y que debajo de su piel sentía alivio de que alguien más la tomara de sus manos.

—De nuevo escucho tu corazón. —Caleb le dirigió una mirada—. ¿Qué te preocupa?

—Todo —respondió Lena honestamente y se rascó la frente, sintiéndose tonta, incapaz y frustrada. Bajó la mirada, casi sin darse cuenta, al pecho de Caleb.

—¿Qué significan los tatuajes?

Caleb alzó el antebrazo y delineó la silueta de una serpiente con el dedo pulgar.

—Son mis contratos. Cada vez que inicio una transacción con un mortal, ambos recibimos uno. Es una forma de recordarnos que tenemos un adeudo pendiente.

La boca de Lena se sintió seca.

—¿Todos han dado su alma a cambio?

—Todos han sido pactos faustianos, sí.

Caleb abrió su camisa y permitió que se resbalara por sus hombros, dejando más piel al descubierto. Lena tomó aire. Eso significaba que había comido montones de almas. Sus brazos eran los que tenían más tinta, diferentes tatuajes pequeños aquí y allá, desde sus antebrazos hasta sus hombros. Su abdomen tenía menos. Una inicial cerca del hombro, una rosa en los abdominales, un cráneo en las costillas. Se torció por momentos y le permitió a Lena notar que tenía incluso más en la espalda, antes de volverse a poner la camisa, perezosamente, sin abotonar. Si no estuviera sentada, era muy probable que sintiera sus piernas flaquear. Aquello era real, no era solo un plan en su mente con el que fantaseaba. Ese era un verdadero demonio y tenía las marcas de aquellas personas de las que había devorado su alma.

—Algunos querían fama —Caleb miró hacia sus marcas—, otros querían fortuna, otros más deseaban juventud eterna. Lo típico. —Se encogió de hombros.

—¿Es lo único que estás dispuesto a aceptar? —Se mordió el labio.

Caleb pareció dudar. Sus cejas se alzaron con sorpresa. Hubo unos segundos en los que solo la miró sin decir nada.

—Imaginé que con eso querías hacer el trueque. —Pasó su mano por la piel de su antebrazo—. Un pacto de sangre entre tú y yo nos daría un poder inimaginable.

Lena se abrazó a sí misma. Era cierto, el trato de una bruja con un

demonio era algo distinto al trato con un mortal. Ambos alimentarían el poder del otro, lo que les permitiría lograr cosas que jamás lograrían por sí solos. Sin embargo, la magia de Lena se mancharía con tintes de magia oscura, de caos incluso, y le estaría otorgando a Caleb el poder de una suma sacerdotisa. Algo que ningún demonio había conseguido en siglos.

—Tranquila. —Caleb puso su mano contra el espejo—. Podemos decidirlo juntos. —Una sonrisa.

Sintió un revoloteo dentro de ella y puso su mano contra la de Caleb en el cristal. La de él era mucho más grande, podía ver la punta de sus dedos extenderse frente a los suyos. Lena estuvo de acuerdo.

—Primero debo salir de aquí. —Exhaló.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevas encerrado?

Él negó saberlo, su cabello castaño se posaba sobre sus ojos antes de que lo hiciera hacia atrás.

—Casi empezaba un nuevo siglo para los mortales. —Miró hacia un lado y sus cejas intentaron juntarse—. Era poco después del año 1890, pero no recuerdo el tiempo exacto.

Lena asintió: justamente como se lo habían mencionado.

—Cien años y varias décadas aquí.

—Se siente como si fuera más tiempo. —Giró los hombros hacia atrás, tratando de relajarlos, los músculos de su cuerpo se flexionaban.

Lena no se había dado cuenta de qué estaba mirando hasta que notó una expresión entretenida en el rostro de Caleb y una sonrisa en sus labios. La piel de su cara se acaloró y sintió un ligero cosquilleo bajando por su espalda.

—¿No sientes hambre? —Buscó hacer cualquier pregunta para intentar romper el momento. Aquella era una relación de trabajo, debía mantenerse enfocada. Se pellizcó la piel de la mejilla.

—Todo el tiempo —bufó—. Llevo años con hambre, sed, frío, pero no podía morir, sin importar cuánto lo deseara. Prefería dejar de existir a estar en este repugnante limbo. Por un largo tiempo estuve dormido, deseando nunca recobrar la conciencia. —Una pausa—. Hasta que me despertaste.

Lena pensó en la primera vez que lo vio en el invernadero, su mente intentó conectar los puntos.

—Yo no hice nada.

—El día que te vi por primera vez fue el día que desperté.

Vino a su mente aquella noche, que fue también la primera vez que ocurría una tormenta. Algo se iluminó en su cabeza.

—Creo que tengo una teoría de cómo podemos romper el hechizo.

—Estoy intrigado. —Arqueó una ceja.

Lena se humedeció los labios.

—Puede que esté completamente equivocada, pero creo que debemos esperar otra tormenta.

Caleb se veía confundido.

—Últimamente hemos tenido movimientos fuertes de magia porque todo en esta tierra está conectado a mi abuela. —Torció una de sus trenzas con los dedos—. Cuando esto pasa, sus hechizos se debilitan. Los cambios energéticos más intensos suceden durante las tormentas.

Caleb asentía mientras la escuchaba. El caldero se escuchaba burbujeando detrás de ella y la flama de una de las antorchas creció un poco más que las otras antes de regresar a la normalidad.

—No puedo asegurar nada, pero creo que, si encuentro un buen hechizo, podemos aprovechar uno de estos movimientos de energía para sacarte. La noche que te encontré ocurrieron cosas horribles en casa, había espíritus que mi abuela había aprisionado desde hacía muchos años rondando libres. —Recordar al hombre sin un ojo tan cerca de su habitación la hizo estremecerse. Sin embargo, justamente ahí estaba la clave de lo que necesitaban hacer.

—¿Hay forma de predecir cuándo ocurrirán? —Se acercó un poco más hacia el cristal y la hizo volver a sentir un revoloteo cerca de la garganta. Lena negó con la cabeza.

—Lo mejor que podemos hacer es tener todo listo para cuando suceda. Es nuestra mejor opción.

—Muy bien —asintió Caleb. La comisura de sus labios se alzó. Sus caninos terminaban en una afilada punta—. Creo que esa es nuestra mejor opción.

Solo debía encontrar el hechizo correcto, los ingredientes adecuados, las palabras exactas, y en una de las noches de tormenta podría lograr sacarlo de ahí para pedirle su ayuda. Lo que usaría para negociar en su contrato con él vendría más adelante.

—No puedo esperar para salir de aquí y jamás volver. —Caleb se abotonó de nuevo la camisa.

—¿Qué es lo primero que quieres hacer cuando salgas? —Se sorprendió a sí misma con la pregunta. Estaba en la punta de su lengua y pensó que no se atrevería a hacerla. No era una pregunta personal, pero no entendía por qué ese día se sentía más tímida con Caleb.

Él se tardó un poco en responder mientras pensaba en su respuesta. Lena se reacomodó en el suelo y cruzó las piernas. Debía recordar traer una manta al sótano para no sentirse como si estuviera adentro de un congelador. Hubo una ocasión, cuando era pequeña, en que estaba jugando

con Manon y Lena decidió esconderse dentro de la hielera que usaban para guardar el helado que había quedado del día de campo anterior. Manon jamás la encontró; cuando Anfisa finalmente la sacó de ahí, Lena tenía los dedos entumecidos y de color rojo. Requirió mucha agua caliente y la ayuda de varias hierbas encantadas para recuperar la sensación en sus manos, aunque ningún tipo de magia logró salvarla del resfriado que la dejó en cama tres días. A veces, el sótano se sentía justo como el interior de esa hielera.

—Hay tantas, tantas cosas. —Caleb pasó la mano por su cabello—. Pero lo primero que quiero hacer es simplemente *sentir*. —Una mirada—. Quiero que el viento toque mi rostro, quiero que el agua baje por mi espalda, quiero enterrar mis manos en la tierra, quiero simplemente sentir. Todo el tiempo solía preguntarme cuánto tiempo pasaría antes de que me secara por completo y dejara de ser. —Exhaló—. Después de tanto tiempo en soledad, estos momentos contigo son lo más cercano a ver el sol.

Lena se pellizcó la piel entre su dedo índice y el pulgar de su mano izquierda. No necesitaba verse reflejada en el espejo para saber que la piel de su cara y cuello se había pintado de rojo. Seguramente incluso hasta la punta de sus orejas. Movió su vista hacia las botas de Caleb cuando ya no se sintió capaz de sostenerle la mirada. Estaba actuando de forma *ridícula*. Hubo personas en el pasado que le habían llamado la atención aquí y allá, naturalmente. Incluso había aceptado unas cuantas citas con un brujo dos veranos atrás. Pero Caleb era diferente, no solo porque se tratara de un demonio y su familia prefiriera caminar sobre cristal roto con los pies desnudos antes de que aquello ocurriera, sino porque esa era una relación de trabajo. Había mucho en qué enfocarse con más peso que ese tipo de cosas y, aunque verlo le provocaba un hormigueo por el torrente sanguíneo, debía mantenerse enfocada. Además, él no estaba pensando lo mismo, con seguridad no decía las cosas de esa manera.

Escuchó a Caleb aclararse la garganta y Lena volvió a mirarlo.

—Y, por supuesto, lo siguiente que quiero hacer es beber y comer por días y noches enteras. —Sonrió y puso su mano sobre el abdomen—. Tengo tanta hambre que estaría dispuesto a comerme las mismas montañas.

—¿Qué te gustaría comer? —Presionó los labios—. ¿Carne de mortales? —Creyó escuchar un temblor en su voz, pero esperaba que no se notara. No quería pensar que iba a liberar a un demonio que después saquearía el pueblo y terminaría alimentándose de todos los habitantes en él. El solo pensarlo la hacía sentir como si el jugo de cien limones bajara por su esófago a la boca de su estómago.

Caleb alzó las cejas.

—No es lo primero que viene a mi mente, pero si es lo que me quieres ofrecer, lo acepto. —Los lados de su boca se inclinaron ligeramente hacia abajo.

—¿No te gusta la carne humana? —Parpadeó un par de veces.

Todo ese tiempo había supuesto que era lo mejor que podía ofrecerle a un demonio. Cada vez que negociaba con Ulf, le daba carne, dientes, ojos o cualquier cosa que pudiera comprarle al encargado de la morgue. A veces aceptaba tarros de sangre cuando no tenía más que ofrecer. Tal vez tenía preferencia por el chocolate, todos saben lo mucho que los hijos del caos disfrutan comerlo.

—Sí disfruto el sabor, pero no necesariamente es lo que más me gusta. —Vio su lengua rozar uno de sus colmillos.

Aquello despertó su curiosidad.

—Entonces, ¿qué es lo que más te gusta comer?

Caleb se cruzó de brazos y Lena pensó que tal vez no se lo diría. Estaban tratando de confiar más en el otro, pero era difícil saber cuándo la puerta estaría abierta en sus conversaciones y cuándo no. Incluso con cosas pequeñas, había momentos en los que Caleb daba respuestas crípticas o simplemente cambiaba el tema de conversación. No era como si Lena pudiera culparlo, ella tampoco le decía todo y Caleb lo sabía, podía leerla sin problema alguno. Tal vez ahí estaba la clave de todo, tal vez si Lena compartía más, Caleb sentiría la confianza de hacerlo también.

«No es necesario porque es una relación de trabajo», la rasguñó la voz dentro de su cabeza. Pero no tenía nada de malo conocerse mejor, incluso podría beneficiarlos para estar en mejor sincronía con su magia. Espantó esos pensamientos como si se trataran de un fastidioso mosquito.

—Gelatina. —Sus ojos tenían cierta chispa y se mordió el labio inferior.

—¿Gelatina? —repitió Lena, tomada por sorpresa. De todos los platillos y comidas jamás se imaginó que Caleb iba a elegir una gelatina. No pudo evitar mostrar una expresión de confusión y apretó los labios para no reírse.

—Es deliciosa. Siempre preferí hacer pactos con nobles por eso. Podían darme toda la gelatina que quisiera mientras trabajábamos en sus peticiones. —Sus ojos se entrecerraron al tiempo que recordaba algo que parecía hacerlo feliz—. En una ocasión llevé un poco conmigo a casa y el rostro de mi padre cuando le dije que estaba hecha de patas de res fue invaluable.

En ese momento, la burbuja se rompió y Caleb se detuvo por un instante antes de mirar un punto detrás de ella. Lena pensó que había

alguien ahí y giró también, pero no había más que la base de las escaleras y la oscuridad.

—Disculpa, creo que estoy hablando mucho. —La puerta se estaba cerrando otra vez y Lena quiso saltar antes de que pasara.

—No, por favor. —Alzó las manos—. Quiero saber más. Es la primera vez que alguien me dice que su comida favorita es la gelatina.

Caleb inclinó la cabeza ligeramente.

—¿No la has probado?

—Claro. Pero es blanda y me recuerda lo que sirven en el asilo que visita el aquelarre durante la temporada de Yule. Solo no diría que me gusta.

—Tal vez los cocineros que la prepararon no tenían tanta experiencia.

—Ahora es muy fácil de conseguir. No se necesitan cocineros con experiencia —le aseguró—. Las puedes comprar ya hechas en tiendas y hacerlas en casa toma solo un par de horas.

Caleb puso las manos sobre sus rodillas y relajó la espalda. Lena sintió algo cálido dentro de su esternón. Sentía que estaba logrando un progreso.

—Me gustaría probar una.

—Yo la preparo para ti —dijo Lena antes de poder detener su lengua y la mordió en castigo hasta casi herirse. Otro pellizco a la piel de sus mejillas —. Lo digo porque soy una bruja de cocina, eso hago.

—¿Haces… comida para demonio? —Una media sonrisa.

—Sí. —Sacudió la cabeza—. Quiero decir, no. Sí podría, pero no es lo que hago. —Su lengua se hacía mil nudos y era vergonzoso el hecho de saber que Caleb podía escuchar su corazón desde el otro lado del espejo.

—Solo estoy bromeando. —Soltó una carcajada—. Me encantaría probar lo que sea que prepares, bruja de cocina.

—*Lena.* —Soltó su nombre—. No sé por qué ustedes los demonios rara vez me llaman por mi nombre, pero me gustaría que tú lo hicieras.

—Mil perdones. —Cerró los ojos y agachó un poco la cabeza, aún con una sonrisa en su cara—. Lena —dijo finalmente, y la forma suave y con intención como pronunció su nombre hizo que su piel fuera besada por escalofríos. Dioses, por qué la afectaba tanto. Era ridículo.

—Gracias —respondió complacida.

Una pausa. El reloj que llevaba le indicó que debía regresar a casa y descansar. Estaba por ponerse de pie y recoger sus cosas cuando Caleb volvió a hablar.

—¿Conoces a muchos demonios?

—He intentado trabajar con algunos, sí. Pero podría decirse que solo conozco a dos. —Se rascó la nariz. Pensar en Nessa la hacía recordar la conversación de la otra noche y eso la hizo torcer los labios—. Una de ellos

trabaja con mi abuela y me ha cuidado toda la vida.

—¿Imogen aceptando hijos del caos en su territorio? —Arqueó una ceja—. No puedo decir que lo esperaba.

—Nessa no es una demonio cualquiera. Ella incluso es devota del orden. Siempre carga con todo tipo de crucifijos y va a la iglesia cada semana. Su brújula moral es bastante estricta —dijo con orgullo.

Vio el rostro de Caleb fruncirse como si acabara de probar leche pasada.

—¿Es una demonio fanática del orden? —Su espalda se tensó y no sabía si lo que dijo lo intrigó o lo ofendió.

—Devota, sí.

—¿Puede siquiera entrar a la iglesia?

—En realidad no, pero sé que trata de escuchar desde afuera. — Lena nunca había asistido a un templo del orden, así que no sabía qué era lo que discutieran ahí cada semana, pero Nessa nunca faltaba.

—Qué curioso. —El rostro de Caleb se relajó, pero sus ojos verdes se mantuvieron entrecerrados—. Solo he conocido a otro demonio con un gusto por el reino del orden. Tal vez hubieran congeniado. —Una sonrisa amarga. Lena quería preguntar, pero no sabía si debía hacerlo, así que solo se quedó callada.

»Era mi mejor amigo. —Exhaló con pesadez—. Pero ya no está.

Lena pasó saliva y le dio tiempo de continuar. Tenía miedo incluso de respirar demasiado fuerte porque sentía que ese momento se esfumaría.

—Fue hace mucho tiempo, no es importante. —Se encogió de hombros y sonrió, pero la sonrisa lucía acartonada.

—Sí importa. —Estiró la mano como si quisiera tocarlo para reconfortarlo y sus dedos chocaron con el cristal.

Caleb la miró por debajo de sus mechones castaños. Sus ojos buscaban los de ella como si le preguntaran algo.

—Fue hace mucho tiempo.

—Eso no hace que deje de importar. —Lena se mordió los labios.

Caleb respiró profundo por la nariz, guardó el aire en su pecho por unos latidos y exhaló por la boca.

Inhaló.

Exhaló.

Inhaló.

Exhaló.

—Su nombre era Habari. —Su voz era queda, como si estuviera murmurando—. Era mi mejor amigo, pero lo dejé morir.

Lena sentía su corazón martillar con fuerza contra su pecho,

amenazando con estrellarse contra el cristal del espejo. Caleb había compartido algo personal con ella. Directamente y sin dejar las cosas a la mitad. No sabía cómo responderle.

—¿Podemos continuar esto después? —Caleb suplicó y se frotó la cara con fuerza. Lena despertó y saltó como si fuera un resorte que llevaba rato enroscado. Quería presionar por más información, pero no quería empujarlo demasiado. No sabía si después la puerta se cerraría por completo y no quería faltarle al respeto curioseando demasiado. A juzgar por su expresión, necesitaba un poco de tiempo para procesar sus emociones, tal vez era la primera vez que le mencionaba esto a alguien más.

—Claro. —Se movió hacia su caldero y empezó a apilar sus libros e ingredientes para mantenerlos ordenados. Un frasco de tomillo se le resbaló de las manos, pero logró atraparlo antes de que cayera al suelo—. Ya tengo que irme de igual manera, mi madre se despierta muy temprano y no quisiera que descubriera que no estoy en casa.

—¿Cuándo volveré a verte?

Lena se detuvo en la base de las escaleras.

—Mañana por la noche. —Apretó contra su pecho uno de los libros que debía regresar a la biblioteca de la casa—. A menos que necesites más tiempo. Puedo regresar después con un hechizo ya concreto.

—No. —Sacudió la cabeza—. *Por favor.* —Su tono se volvió más azucarado. Pudo ver su manzana de Adán moverse mientras la miraba—. Por favor no dejes de venir.

—Mañana estaré aquí, cuenta con ello.

—Te estaré esperando. —Caleb sonrió sin mostrar los dientes.

Lena subió las escaleras con cuidado mientras sentía algo burbujear por debajo de su carne.

15
Cuando canta una sirena

No había visto a Berterry en ropa de trabajo desde el otoño anterior, cuando les enseñaba a Lena y a Manon cómo preparar una tintura para la adivinación. Lena no podía decir que lo ver qué deparaba el mañana era una de sus fortalezas. No tenía el poder de las premoniciones como Manon y sus interpretaciones al leer las cartas por lo regular eran bastante erradas, lo cual hacía que Berterry azotara sus muñecas en señal de castigo y frunciera el ceño hasta que sus cejas se tocaran. Aunque Manon era excelente en cada tarea de leer la fortuna que les asignaban, también fue arrastrada al invernadero para recoger lavanda, hojas de albahaca sagrada y más hierbas que tendrían que secar usando el horno antes de preparar la tintura con lo que quedaba de vinagre en la cocina. Berterry estaba convencida de que había algo que curar dentro de Lena para que pudiera enfocarse mejor en sus habilidades psíquicas, pero, a pesar de que Lena puso la cantidad correcta de plantas y vinagre en el frasco, y de que esperó cuatro semanas enteras agitando el frasco a diario para que la tintura quedara tan perfecta como se pudiera, no surtió ningún efecto. Cada día tomaba cucharadas enteras, soportando el terrible sabor, pero sus habilidades no mejoraban. Simplemente era una bruja terrible en el arte de la adivinación. Ese día veía otra vez a

Berterry con pantalones, botas y guantes mientras estaba de rodillas en la tierra, cavando con una pala.

—¿Cuántos llevamos? —preguntó Lena, con la cara manchada de lodo y sus faldas llenas de pequeñas ramitas y hojas secas. Había un agujero en la punta del dedo meñique de su guante y podía sentir la mugre bajo su uña mientras escarbaba.

—Veintitrés —respondió Berterry—. Pero, aunque logremos quitarlos todos, el mensaje ya se envió. —Encontró otro saco de Lilith y lo desenterró.

—No hemos visto a ningún demonio cerca de la propiedad. Las protecciones no deben estar tan débiles como pensábamos. —Manon le acercó a Berterry la caja de madera en la que estaban colocando los sacos para después quemarlos. Estaban hechos con bastante cuidado, en bolsas color vino atadas con un listón negro y pequeñas flores secas como adorno. Lo más preocupante es que la mayoría estaba en el patio trasero, muy cerca de la entrada al bosque que llevaba al lago. Manon hizo contacto visual con Lena y le lanzó una mirada que no supo cómo interpretar. Parecía molesta, pero no tendría razón para estarlo. Fuera del tema de la Danza de los Tres Rostros, no había ocurrido nada entre ellas que pudiera haberla hecho enojar.

—No es así. —Berterry se limpió el sudor de la frente usando un pañuelo amarillento—. No ver al enemigo es más preocupante que tenerlo a la vista, harán bien en recordarlo.

—Lena —le habló Manon.

Levantó la cabeza para verla mientras esperaba a que le dijera algo más, pero no lo hizo. Arqueó una ceja y la miró a los ojos.

—¿Qué pasa?—preguntó Manon.

Lena apretó los labios.

—Me hablaste.

—No dije nada —contestó Manon con una mueca.

—¿Qué fue lo que escuchaste, niña? —Berterry se veía preocupada. Se quitó uno de los guantes y le tomó la barbilla para después examinarle los ojos.

—Mi nombre, solo eso.

—¿Un *fleshgait*? —preguntó Manon mientras miraba a Berterry.

—No, nosotras también lo hubiéramos escuchando. —Le soltó la barbilla—. ¿Te duele algo?

Lena negó con la cabeza.

—¿Has seguido teniendo pesadillas?

—No.

—Un espectro, entonces —declaró Berterry—. Tal vez está pidiéndote

ayuda.

Lena.

Lena miró a los alrededores, pero no había señal alguna de fantasmas.

—Entraré a la casa un momento a beber agua. Creo que me está afectando el sol. —Se levantó y se sacudió la falda—. ¿Quieren algo de la cocina?

—Yo también quiero agua, por favor —dijo Manon.

Berterry solo hizo un movimiento con la mano y siguió trabajando. Lena dejó sus guantes sobre el pasto y entró a la casa. La cocina estaba vacía, su abuela había tenido una recaída y Nessa estaba acompañándola en su habitación junto con Anfisa, que le aplicaba aceites medicinales.

Abrió un gabinete para alcanzar un vaso de cristal y caminó hacia el fregadero para abrir la llave del agua.

Lena, por aquí.

Se quedó paralizada, el agua corría libremente y se desbordó del vaso, mojando su mano. La voz casi parecía acariciarle el rostro y la hizo girar su cuerpo hacia la dirección desde la que la llamaba.

Lena.

Su cuerpo se sentía ligero, sus pies podrían no estar tocando el piso con lo fácil que se estaba moviendo. La voz se había transformado en una cuerda que la tenía atada por la cintura y quien fuera que la estuviera llamando la arrastraba desde el otro extremo. Las paredes de la casa se veían grises, el aire era pesado, grueso, casi tangible, y le costaba respirar. Lo único que tenía color era el camino frente a ella que le indicaba hacia dónde avanzar. Paso a paso, llegó al frente de la casa. No sabía si la puerta se había abierto por su cuenta o si ella lo había hecho. Entre todo el lúgubre color asfalto, lograba distinguir una figura vibrante en el portón de la casa. Su capa de terciopelo era de un azul profundo y se dejaba mecer por el viento con suavidad.

Lena, ven aquí.

La persona frente al portón bajó la capucha de su capa y su cabello cayó libremente por sus hombros en una hermosa cascada como algodón de azúcar rosa. El cuerpo de Lena empezó a vibrar. Iba por el camino correcto y se estaba volviendo más fácil respirar. Los colores en esa persona eran tan bellos que la llenaban de una sensación cálida y de seguridad, como una frazada limpia y suave en una tarde de invierno. La cuerda volvió a jalar y Lena se deslizó hacia a ella sin resistirse. Poco a poco, el mundo fue recuperando su color, la persona abrió las puertas del portón con un movimiento de su mano. Ahora que la tenía frente a ella, podía notar que era una chica tal vez unos cuantos años mayor que ella. Era la persona más

bella que había visto en toda su vida y se preguntaba si tal vez era un hada que había decidido visitarla para entretenerse. Su cabello estaba adornado con cristales que atrapaban la luz del sol y sus ojos eran del mismo color que la dumortierita, enmarcados por gruesas pestañas oscuras. Llevaba collares de distintos tamaños y, cuando estiró su mano hacia ella, pudo ver que sus dedos también estaban adornados con oro. Su vestido era del mismo color que su capa, con un escote pronunciado y ceñido a la cintura que hacía lucir su figura. Lena se sintió apenada al recordar que estaba llena de tierra, sudor y todo tipo de suciedad. Tal vez frente a ella estaba alguien de la realeza *fae* y ella se veía como una salvaje. La chica sonrió y Lena se limpió las manos con su falda, olvidando por completo cómo hablar.

—Lena. —Era la voz que la había estado llamando—. Mi nombre es Almedha. Es un placer poder conocerte formalmente. —Tomó su mano izquierda entre las suyas. La miró con los ojos llenos de una felicidad honesta y con las mejillas sonrosadas. De repente, dio un paso más y la envolvió en un abrazo. Olía delicioso, a clementina y camelia.

»Me encanta tu cabello. —Se apartó y tocó las trenzas de Lena—. Es un color muy bonito. ¿Has pensado en trenzarlo con lazos verdes? Creo que complementaría muy bien tu tono natural. —Otra sonrisa.

Lena no podía hablar. Su cabeza estaba llena de paja y la voz de Almedha le provocaba un cosquilleo relajante en el cráneo. Quería acurrucarse y seguirla escuchando con los ojos cerrados.

—Si me dejas, yo podría hacerlo para ti. Podemos encantar los lazos con runas para la buena fortuna.

Lena asintió con la cabeza y sonrió cuando vio a Almedha sonreír.

—Come esto, amiga. —Hurgó en su bolso y sacó una manzana de color rojo brillante—. El hechizo es fuerte, pero te va a ayudar. Probablemente hoy te sentirás extraña, pero mañana tu mente estará fresca y tu magia radiante. —Lena tomó la manzana entre sus manos y algo en la parte trasera de su cabeza le advirtió sobre aceptar comida de las hadas, pero no hizo caso y la mordió con fuerza. Su cara se frunció cuando el sabor tocó su lengua.

—El sabor es malo, pero te va a ayudar. —Antes de que Lena pudiera soltarla, Almedha volvió a empujar la manzana hacia sus labios y Lena le dio otro mordisco.

—He escuchado a tu amiga decírtelo y tiene razón. Debes cuidar tu energía y no lo has estado haciendo. Por eso fue tan fácil para mí maldecirte.

Lena soltó la manzana, que chocó con sus botas al caer. De pronto, Patricia estaba ahí, abalanzándose hacia la mano de Almedha. Ella soltó un chillido de dolor.

El hechizo se rompió y la claridad regresó a su mente justo cuando el mundo recuperó su color. Patricia se apartó de la mano de la hechicera para ponerse de pie en alerta junto a Lena.

—¿Quién eres? —demandó Lena.

Almedha acercó su mano herida a su boca y lamió la sangre que escurría.

—No vengo a hacerte daño. —La vio sacar de su bolso una varita envuelta en un hilo rojo con un cristal en la punta. No sabía si siempre había estado ahí, pero unos pasos detrás de Almedha había una cabra negra de ojos amarillos que las miraba fijamente.

—Te hice una pregunta. —Lena alzó la barbilla—. ¿Quién eres?

—Soy la bruja que te ha estado dejando todas las advertencias.

Un suspiro ahogado. A su mente vino Mikael en el patio trasero y los rostros de los espectros mirando hacia el cielo nocturno.

—No has escuchado ninguno de mis mensajes. —La comisura de sus labios se hizo hacia abajo—. Te he pedido que te vayas de aquí de todas las formas posibles, pero no lo haces.

—¿De qué estás hablando? —Lena sintió que la ira se le enroscaba por el tobillo hasta subir por todo su cuerpo. Quitarle el maleficio le había costado mucho a su abuela y casi destruye su casa—. Yo soy parte de mi aquelarre, no abandonaría a mis hermanas.

Almedha se cubrió la boca con su mano, sorprendida. Lena no sabía si estaba actuando o si era una reacción natural. ¿Por qué se sorprendería de que no quisiera abandonar a su familia?

—Te juzgué mal —dijo Almedha—. Te he estado observando desde hace tiempo y pensé que compartíamos la misma ideología. Creí que considerarías ir a vivir con mi abuela y podríamos caminar juntas en esto.

—Nada de lo que dices tiene sentido. —Patricia caminó hacia Almedha de forma cautelosa. Parecía tener el mismo plan que Lena.

—No es necesario que intentes acorralarme, amiga. —Suspiró—. Vine a hablar contigo con buenas intenciones. Incluso traje sorpresas.

Su rostro se iluminó y dio un pequeño salto hacia la cabra. Junto a ella había una canasta, que Almedha tomó con cuidado.

—No fue fácil de conseguir. Incluso con todos los corazones mortales y extremidades que utilicé, no pude conseguir más. Pero creo que te gustará. —Le entregó la canasta y Lena levantó la toalla que la cubría. No sabía si su corazón se había paralizado o si, por el contrario, saltó a su boca. Un par de zapatos rojos, pequeños, con lazos del mismo color. Los zapatos que una pequeña bruja usaba todos los días sin importar el atuendo que llevara puesto o cuánto la regañara su madre. Los zapatos de una niña que antes de

los diez años fue arrastrada al infierno por culpa de su hermana.

—Dioses. —Fue todo lo que salió de su boca. Eran los zapatos de Quinn. No quería tocarlos por miedo a que desaparecieran—. Pero ¿cómo? —le preguntó a la bruja frente a ella. ¿Cómo era posible que esa mujer hubiera logrado conseguirlos?

—Es magia del caos. —Se lo dijo y se inclinó hacia a ella como si le estuviera contando un secreto que nadie más podía escuchar.

—Yo he… —Pasó saliva—. Yo he estado buscando por todas partes.

—Lo sé. —Almedha sonrió —. Has estado buscando comprador para tu alma y yo tengo al demonio indicado.

La mirada de Caleb vino a su mente y cerró los ojos tratando de sacudirla de sus neuronas. Un comprador, un demonio que podía llevarla a su hermana y salvarla de una vez por todas. Enmendar su error y regresarle la vida que perdió. Pero también estaba su abuela, el aquelarre, su labor, Manon, todo seguía ahí esperándola y no podía dejarlos a la deriva. La voz de Caleb le pedía que no olvidara volver; la voz de su abuela, que le hablaba sobre su responsabilidad, daba vueltas y vueltas en sus oídos.

—¿Qué tiene de malo pensar en ti, corazón? —preguntó con voz azucarada—. Todos quieren decirnos qué hacer y qué no hacer. Cómo vivir, cómo disfrutar, qué decir y qué callar. Pero ¿tú les haces eso a los otros? ¿Tú les dices cómo vivir?

—Nunca —respondió Lena de forma automática. Podía escuchar a Patricia quejarse, pero la ignoró.

—¿Por qué acomodar tanto a los otros? Tu vida depende solo de ti. —Ese cosquilleo en su cráneo estaba de regreso—. Los demás no deberían dar consejo ni opinión si no se los pides, es simple cortesía. ¿Qué más les da si tú quieres ofrecer tu alma al caos? Es tuya.

—¿Cómo conseguiste esto?

—Bajé por ellos —dijo ella, encogiéndose de hombros, como si fuera lo más simple del mundo.

—Pasaste a través de los sigilos de mi abuela. —Las cejas de Lena se alzaron.

—Tú también puedes hacerlo, hermosa —le dijo sonriendo—. Podemos ayudarte a conseguir absolutamente todo lo que tu corazón desee. Incluso podemos quitar esa estúpida Danza de los Tres Rostros del camino.

Lena se sentía sofocada, había algo atascado en su tráquea.

—¿Qué hay para ti? —le preguntó—. ¿Qué ganas tú con esto?

Almedha se rio.

—Absolutamente todo. —Dio un pequeño giro—. Mírame, tengo la belleza que no logré conseguir con ningún tipo de hechizo antes de esto.

Tengo poder, riqueza y todos los placeres terrenales que mi carne puede desear.

—¿Y entonces qué ganas con ayudarme? ¿Qué puedo ofrecerte que no tengas ya?

Exhaló y acercó su mano hacia el cabello de Lena, tocando la punta de una de sus trenzas.

—En verdad te verías preciosa con los listones. —Su tono tenía un toque de melancolía y Lena apartó la cabeza.

—Dicen que el color de la magia no significa nada en cuanto a temas de moral. No importa si la magia es verde o blanca o de cualquier tipo, la intención de la bruja es lo que verdaderamente pesa. —Se abrazó a sí misma —. Pero la magia oscura siempre cobra con sangre.

Era cierto. Las brujas que se dedicaban a las artes oscuras por lo regular eran inmensamente poderosas, pero hasta entonces Lena no había conocido una que no tuviera que pagar un precio alto a cambio de su poder. La señora Frida tal vez no viviría mucho más que un mero mortal y, si lo hacía, Lena no sabía en qué condiciones sería.

—Para mantenerme en este plano, debo seguir entregando almas a mi contratista y así mantenerlo fuerte para su misión. —Un suspiro—. Si no, mi piel se marchitará y al poco tiempo moriré. Pero es un precio que estoy dispuesta a pagar por vida y juventud eterna. —Su voz era ligera al hablar de ello, como si estuviera quejándose de algo trivial, como cuando escuchaba a los niños de las escuelas quejarse de la tarea extra que les enviaban sus profesores.

—Yo no pienso hacer nada de eso, lo siento si pensaste que sí. No me interesa.

—Oh, no, no. Espera. —La tomó por la muñeca—. Tú tienes la mirada de la estrella. Puedes trabajar con los hijos del caos y no perderte a ti misma. —Su nariz se arrugó de forma adorable al sonreír—. Es por eso que vine hoy.

Lena se mordió el interior de las mejillas y trató de mantener una expresión neutral.

—Mi jefe dijo que no te involucrara más, pero yo creo que podemos hacer un buen equipo. Quiero que te unas a nosotros, así todo esto puede terminar más rápido y tú y yo podemos viajar por el mundo probando todo tipo de platillos deliciosos. ¿Eso te gustaría, cierto? Sé que te gusta la gastronomía. —Sus ojos brillaban al hablar y hacía muchos ademanes al expresarse. En alguna ocasión vio varias campanas pequeñas colgando de las ramas de un árbol durante la primavera. Se mecían suavemente con la brisa y sonaban igual de dulce, incluso cuando el viento se volvía más fuerte. Algo en su ligereza la hacía querer compararla con esas campanas meciéndose

despreocupadamente con la brisa.

»Yo no creo en los aquelarres y sé que tú tampoco.

—Eso no es cierto. —Lena respondió con filo.

Almedha parpadeó.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí. —Apretó la canasta con fuerza y la escuchó crujir bajo sus dedos—. Mi aquelarre es de las cosas más importantes para mí.

—No me lo parece. —Otra risita—. Yo te he visto mentirles, omitir cosas, guardar rencores. —Puso la mano en su pecho—. Cuando estaba contigo durante el maleficio, pude sentir todo lo que guardabas y no me parecía que el aquelarre te importara. Eso no es malo, al contrario, admiré que te pusieras primero a ti misma en todo momento. Sentí que encontré a alguien que me entendía. —Pareció acercarse de nuevo, pero Lena se hizo hacia atrás.

»Solo quiero que abraces esa oscuridad. No tienes por qué avergonzarte de ella, todos en este plano tenemos orden y caos en nosotros.

—No entiendo tu propuesta —respondió Lena honestamente.

—Lo siento, estoy tan emocionada de poder conversar contigo al fin que tengo todas mis ideas enredadas. —Se hizo el cabello hacia atrás—. Mi propuesta es que te unas a nosotros y a cambio encontraremos la forma de rescatar a Quinn de los dominios de Menes.

—Sabes en dónde está. —La voz de Lena era un mero susurro.

—Te dije que podemos hacer un buen equipo. —Un guiño.

—¿Lo que quieren son almas mortales? —Pensó en los certificados de defunción que había conseguido Ulf y en las personas del pueblo con las cuales convivía cuando salía de compras o a vender en el mercado.

—No es necesario. De eso me encargo yo. —Se acercó al oído de Lena y en voz queda le dijo—: Lo que yo quiero es que nos des la vida de tu abuela. —Lena se estremeció.

Se separó de ella y de nuevo empezó a buscar algo dentro de su bolso.

—Puntos extra si te deshaces del aquelarre entero, hermosa. —Sacó un pequeño cofre de plata y lo puso dentro de la canasta—. Extrae su corazón con una *athame* infundido con el poder de la luna llena y entrégamelo dentro de este alhajero. Nosotros nos encargaremos del resto.

Una canasta, una toalla, un cofre de plata, un nido vacío en un árbol cercano, tres margaritas creciendo cerca del portón…

—Esa es mi propuesta y es la más compasiva que puedo darte para tu familia. —Algo en su mirada se veía honesto, como si en verdad le doliera no poder darle una mejor opción a Lena sobre asesinar a su propia abuela—.

Mi contratista tiene otro plan e involucra una muerte lenta y dolorosa para la suma sacerdotisa y todo su clan, así que yo tomaría esta opción si fuera tú.

—¿No hay nada más que deseen? ¿No puedo ofrecer algo más para salvar a mi aquelarre? —Su voz sonaba desesperada y patética, pero, con la cantidad de sacos de Lilith que habían sido enterrados en la propiedad, sabía bien que las superarían en número.

—Shhh. —Almedha puso su mano en el hombro de Lena y le sacudió la tela de la bruja —. Nadie te tocará ni un solo pelo, recuerda que el jefe no quiere que se te involucre. Si te quitas del camino, estás a salvo.

—No me importa. —Y alzó la cabeza—. Quiero hablar con tu contratista, estoy segura de que puedo negociar algo con él.

Almedha cruzó sus manos detrás de ella.

—Qué actitud tan valiente, me encanta. —Unos pequeños aplausos—. Pero la muerte de la suma sacerdotisa es inminente. Lo único que tal vez podría interesarle es información del Incendiario. Es de lo único que habla últimamente. —Puso los ojos en blanco—. Se ha vuelto de lo más fastidioso.

Su boca quedó seca.

—¿Información sobre Caleb?

Almedha asintió varias veces.

—Está buscándolo por todas partes como un completo loco. —La miró y se lamió los labios—. Pero tú no sabes dónde está, ¿o sí? No te he visto hablar con él.

El hechizo que ocultaba a Caleb debía ser sumamente poderoso si estaba resistiendo más que las mismas protecciones de la casa.

—¿Y qué haría con él si lo encuentra?

Almedha se encogió de hombros.

—Yo qué sé. No le pregunto tanto de sus asuntos personales, solo sé que encontrarlo es su prioridad y por eso estamos tardando tanto en… —una sonrisa pícara— visitarlas —dijo finalmente.

Lena evaluó sus opciones. No parecía haber salida alguna. Sin importar qué intentara hacer, aquel ataque por parte de los hijos del caos iba a ocurrir y no sabía si tenían el poder necesario para cuando menos retrasarlos lo suficiente y darse tiempo de huir. Sabían que la energía estaba cambiando por la muerte de su abuela y, hasta que esa energía se asentara de nuevo, las brujas de su hogar estaban expuestas.

—Entonces, ¿qué dices, amiga? —Volvió a colocarse la capucha—. ¿Vienes conmigo?

La energía de Patricia aumentó de golpe y, antes de que Almedha pudiera moverse, Lena tomó rápidamente su mano derecha. Llevó el dorso de su mano a sus labios y le dio un corto beso.

—Sangre roja que ahora es negra y azul tu frágil piel. Que tu carne se desintegre y traiga moscas a la miel. —La bruja intentó apartarse, pero el agarre de Lena era feroz. Su cuerpo vibraba con pequeñas corrientes de electricidad que buscaban salir—. Te maldigo tres veces por tres. Hoy ardes más pronto de lo que crees. —La soltó y la mano de Almedha empezó a perder color antes de empezar a tornarse de un preocupante color a carne putrefacta. Puso su otra mano sobre ella, pero solo consiguió remover la piel de más e hizo que un trozo de ella cayera al pasto. Poco a poco, su mano se lleno de ámpulas que se reventaron en instantes y su carne fue cayendo en trozos gigantescos hasta que finalmente solo quedaron sus huesos ensangrentados.

Almedha empezó a reír. Comenzó como una risita contenida, pero evolucionó a una carcajada, hasta el punto en que se limpió pequeñas lágrimas de los ojos con su mano sana.

—Me encanta —le dijo—. Amaría que aceptaras acompañarme. Nos divertiríamos tanto. —Suspiró—. En verdad tu oscuridad me ha dejado cautivada.

Lena hizo una mueca.

»Es una pena —dijo Almedha.

Escuchó pasos tras ella y Lena giró para ver a Nessa y a Berterry caminando hacia el portón, se veían perdidas.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí, niña? No me dijiste que vendrías. —Berterry puso las manos en las caderas. Su cara se veía asoleada y su nariz comenzaba a descarapelarse.

Almedha escondió su mano herida dentro de su capa y sonrió.

—Solo venía a desearle suerte a Lena en la Danza de los Tres Rostros.

Lena se quedó tiesa.

—Pudiste avisarme de todos modos. —Berterry no parecía estar enterada de nada de lo que estaba pasando, le hablaba a la bruja con familiaridad.

—Quédate a cenar, quiero que conozcas al aquelarre. Les he contado mucho de ti.

Nessa se lanzó hacia ella con la mano engarrotada y las uñas como garras. Almedha logró esquivarla haciéndose hacia atrás.

—Nessa, ¿qué crees que estás haciéndole a mi nieta? —Berterry se puso entre la demonio y Almedha.

Su nieta. De quien Lena siempre escuchaba, la que debía llevarle la pulsera de protección, la que no quería unirse al aquelarre y nunca iba de visita. La nieta que Berterry tanto quería y que le había dicho a Lena que tendría puntos extra si acababa con su vida también.

Sintió su lengua empaparse de bilis.

—Creo que es mejor que me vaya.

Berterry seguía fungiendo de escudo humano, intentando soportar la fuerza de Nessa, quien seguramente ya había olido en Almedha la magia oscura.

—Nos vemos pronto, Lena. —Le lanzó un beso con su mano sana—. Mi oferta sigue en pie en caso de que cambies de opinión.

Y sin más salió de la casa, cerrando el portón tras ella.

16
Enamoramiento

Berterry estaba tan avergonzada que le suplicó a Imogen poder encargarse del resto de los sacos de Lilith sin ayuda. Era demasiado trabajo para una sola persona, bruja o no, y a pesar de que Imogen se rehusó muchas veces, no logró disuadirla. Lena la veía trabajar por la ventana de la sala y sentía su pecho apretarse, con ganas de ayudarla. Nadie culpaba a Berterry, había sido fiel al aquelarre y a su abuela toda su vida. Pero, aun así, insisitía en castigarse para probar sus intenciones.

—Va a regresar. —Manon entró a la sala con dos tazas de té humeantes en la mano—. La nieta de Berterry va a volver para hablar contigo de nuevo.

—Se llama Almedha —contestó Lena, sentándose junto a Manon y aceptando la taza de té de manzanilla. Lo probó y regresó la taza a la mesa de café para hechizar una cuchara y ponerle un poco de azúcar.

—Almedha entonces. —El té de Manon era verde y lo tomaba tal cual, sin ningún tipo de endulzante—. Volverá y te verá en el patio trasero de la casa. Solo no puedo ver exactamente cuándo. —Su mirada estaba posada en el tapete bajo la mesa.

—Me mantendré alerta —comentó y volvió a llevarse la taza a la boca.

Cuando menos esperaba que estar alerta o preparada ayudaría en algo y la bruja no la hechizaría tan fácilmente como ese día. Manon la

estaba mirando extraño otra vez, como si estuviera molesta con ella. Se había lavado la cara y se había puesto un vestido blanco. Su cabello estaba libre y suelto, y algunos mechones oscuros resaltaban sobre el cuello del vestido.

—¿Cómo vas con las técnicas para la Danza de los Tres Rostros? —preguntó Manon—. ¿Ya sabes qué vas a presentar en cada área?

Ah. Tal vez eso era lo que le molestaba. Seguro creía que a Lena no le importaba el desafío y no podía decir que estaba equivocada ni en lo cierto. Había estado invirtiendo su magia mayormente en tratar de sacar a Caleb del espejo.

Caleb. El demonio de ojos verdes y cicatriz que al parecer todos estaban buscando, pero ¿para qué? Nadie le había podido responder eso. Pensar en él la llenaba de una sensación cálida y en un ridículo instante se preguntaba qué clase de té le gustaría tomar a él.

—Aún no me decido —murmuró—. Pero supongo que al fin le sacaré provecho a poder ver espectros.

—Predecible. —Los dientes de Manon brillaban con la luz que entraba por la ventana—. Creo que yo haré algo que te va a impresionar. —Se encogió de hombros, con una gran sonrisa.

—¿Predecible yo? —Se puso la mano en el pecho de forma dramática —. Cómo osas insultarme de tal manera.

Puso los ojos en blanco y llevó la taza nuevamente a su boca para tomar un poco más del té. Su nariz se arrugó, entre más se enfriaba, más fuerte sabía. Movió su mano para tomar más azúcar, pero Manon la detuvo.

—Espera, no uses más azúcar. Quiero leer las hojas cuando termines. —Chocó delicadamente su taza con la de Lena en un brindis.

Lena arqueó una ceja.

—¿Quieres ver qué haré para las pruebas?

—Quiero ver con quién estás hablando mientras te ves al espejo.

Lena se ahogó. La taza en sus manos casi se resbala sobre el tapete.

—¿Perdón?

—Desde hace días he estado teniendo visiones en las que mueres de formas distintas.

El corazón de Lena se hundió y de pronto sus manos se sentían frías.

—Pero todas tienen algo en común. —Entrecerró los ojos—. Siempre el culpable es el mismo dragón que vi la primera vez.

Le tomó un segundo continuar y Lena temió que no fuera a decirle nada más. La taza de té quedó olvidada sobre la mesa.

—Las visiones ahora son más claras, aunque no logro ver con quién estás hablando. —Un suspiro. Sus ojos estaban manchados con preocupación

—. Pero me lo puedo imaginar.

Lena cerró los ojos.

—¿Le vas a decir a mi abuela?

—Debería hacerlo. —Exhaló—. En especial porque te estás poniendo en peligro.

Lena sintió el picor de una ducha helada en su espalda. Justo como temía, sin importar su amistad, Manon querría apegarse a las reglas. Cuando arriesgó una mirada hacia a ella, la vio con una expresión triste y notó una gran distancia entre ellas.

—Pero no le diré nada. No quiero hacerte pasar por más estrés. Solo quiero saber exactamente qué estás haciendo, qué ocurre, con quién te estás comunicado en ese cuarto tan oscuro. Quiero que hables conmigo de esto.

Lena no podía responder.

»Escucha, no soy tu enemiga. —Manon usó unas cuantas muletillas en francés antes de seguir—. No sé si el tema de ser suma sacerdotisa te hace cuestionar mi lealtad, pero no es así. Solo quiero intentarlo, ¿sabes?

Lena sintió que su garganta se cerraba, pero se forzó a hablar.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Lena cerró la boca. Manon estaba esperando una respuesta mientras un silencio incómodo se acomodaba entre ellas. Afuera podía escuchar a Berterry pedirle a Nessa una nueva pala porque la suya se acababa de romper. Por un breve segundo, Lena consideró decirle y liberarse de la carga. Contarle todo su plan, decirle que tal vez no podría siquiera participar en la Danza de los Tres Rostros porque probablemente perdería su alma en unos días para salvar a su hermana, antes de que Imogen cerrara la puerta al infierno.

Simplemente no pudo.

A juzgar por lo que Manon estaba diciendo, no sabía con exactitud qué pasaba con Lena. Seguro sus visiones le mostraban a Lena frente al espejo haciendo hechizos y conversando con alguien más, pero, prestando atención a las palabras que usó, pensaba que el espejo era un portal de comunicación. No parecía saber que, ahí encerrado, estaba el demonio con el que planeaba trabajar. Aunque el tema de venderle su alma o no todavía no estaba completamente cimentado, trabajar con él y manchar su magia con oscuridad y caos no estaba a discusión.

—Lo siento. —Fue lo que pudo responder.

—Si estuviste trabajando con Almedha, por favor dímelo.

Lena retrocedió. Su cerebro se sacudió tanto que sintió un latigazo.

—¿Cómo se te ocurre pensar algo así?

Las mejillas de Manon estaban rojas, pero su expresión se veía desesperada.

—¿Qué quieres que piense? Llevas días escondiéndote en cada oportunidad que tienes. Casi no hablas conmigo ya. ¡No tengo idea de lo que estás haciendo! Un demonio te visitó la otra noche y luego la nieta de Berterry te trae los zapatos de tu hermana que está… —Se detuvo. Sus ojos se movieron mientras parecía buscar las palabras correctas—. Solo digo que sé que rescatar a Quinn es importante para ti. Si tú plantaste los sacos de Lilith a cambio de ayuda del caos, lo entendería. Podemos salir de esto juntas. Estoy segura de que la suma sacerdotisa puede ayudar si le hablamos con honestidad.

Un sabor agrio se apoderó de su boca. Tenía problemas para responderle a Manon.

—Jamás haría algo así.

Manon parecía aliviada, pero aún se veía molesta.

—De todas formas, no me dices qué es lo que sí estás haciendo.

Lena miró hacia la ventana, con la quijada tensa.

—Yo te cuento todo, Lena, eres mi mejor amiga. ¿Por qué no puedes confiar en mí también?

Lena hubiera querido que las cosas fueran más sencillas. Pero, a pesar de todo, sentía su lengua atada y los labios sellados. Llevaba años guardándolo como un secreto para el aquelarre y simplemente abrirse y contarlo a sus compañeras brujas no era fácil.

—No puedo decirte lo que estoy haciendo. —Bajó su tono de voz—. Pero te puedo asegurar que no estoy trabajando con la persona que nos está haciendo daño. Eso puedo jurártelo.

Manon solo la miró. Lena alcanzó su taza de té y la terminó tan rápido como pudo.

—Toma —le dijo y le entregó la taza—. Dime qué es lo que ves.

Manon puso el platito de café sobre la taza y la volteó para verter lo último de agua que quedaba dentro, dejándola descansar sobre la mesa. Lena colocó el asa hacia ella y giró la taza sobre el plato tres veces, en el orden opuesto al de las manecillas del reloj, regresándola hacia su corazón cada vez. Se encogió con el horrible sonido de la porcelana al chocar. Su amiga le pidió que diera tres toquecitos a la parte de arriba de la taza y así lo hizo.

—Ugg —se quejó Manon—. Debí pedirte que no usaras *nada* de azúcar —. Examinó el contenido sosteniendo la taza entre ambas manos. Sus cejas estaban buscándose en su frente.

Lena se quedó observando sus manos mientras dejaba que su amiga se enfocara en las figuras y los patrones de las hojas. Ella sabía que gran parte

de ese tipo de métodos de adivinación dependía del uso de la intuición y tal vez ahí estaba el problema. Tal vez ella simplemente era una persona con grandes ambiciones, pero pésima intuición.

—Esto no es lo que esperaba.

—¿Qué es lo que ves?

Manon la miró con la duda brillando en los ojos antes de volver a observar la taza.

—¿Todo este tiempo has estado escapándote con un enamorado?

¿Qué? Lena se ahogó con su propia saliva.

—¿De qué estás hablando? —dijo y se cubrió la boca con las manos mientras tosía.

—Extrañamente es lo único que me deja ver tu fortuna. No puedo ver si estás en peligro o si has estado haciendo algo peligroso.

Lena se enderezó y miraba a Manon con una expresión entre aterrada y sorprendida.

—Veo que es un hombre y me da energía del signo Escorpio. Es alguien con mucha influencia. —Sus cejas se alzaron—. ¿Te buscaste un novio importante y no me contaste nada?

Lena no sabía qué responder. No tenía idea de lo que hablaba Manon porque no había nadie en su vida con quien estuviera entablando una relación amorosa. El rostro de Caleb le vino a la mente y solo pudo aclararse la garganta y cerró los ojos con fuerza. Estaba actuando como una niña pequeña otra vez; no tenía tiempo para esos temas.

—Veo que tendrás que trabajar en tus límites personales porque estarán atados por algo muy fuerte. —Un suspiro ahogado—. ¿Será que te casarás con esta persona? —Manon se escuchaba emocionada y la comisura de sus labios se alzó en una sonrisa amplia.

El tema de estar trabajando con Almedha parecía enterrado y, a pesar de que Lena no se sentía conforme con esa lectura, cuando menos para Manon aquella explicación parecía tener sentido. Tal vez era su puerta de escape para que dejara de preocuparse por ella sin tener que contarle lo que en realidad estaba ocurriendo.

—Creo que puedo ver la inicial de su nombre. —Entrecerró los ojos—. Veo una «U».

Sintió la sangre bajarle hasta los pies.

—Ah, no. Espera. —Inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado—. En definitiva es una «C».

Su cara se acaloró y estaba teniendo problemas para sostenerle la mirada a su amiga. Parte de ella tenía una idea de quién podría ser, parte de ella quería fingir que no sabía de quién hablaba y parte de ella solo quería

esconderse y ya.

—¿Y bien? —Manon presionó, su cara seguía resplandeciendo con satisfacción y curiosidad.

Con una sonrisa tiesa, Lena apretó su falda y se dispuso a tomar la salida que esa lectura le estaba proporcionando.

—Por favor no le digas a mi abuela.

Manon soltó un gritito de emoción.

—Cuéntamelo todo.

—No puedo, por el momento es privado. Tengo que hablar con él primero.

La sonrisa de Manon se cayó.

—Bueno, pero al menos dime cómo se ve.

—Es, um… —Agachó la cabeza—. Castaño.

—Ajá.

—El cabello le llega hasta aquí. —Señaló la mitad de su cuello—. Más o menos. Lo usa siempre despeinado.

—Ajá.

—Tiene ojos verdes. —Hizo una pausa y Manon se cruzó de brazos.

—¿Voy a tener que exprimirte detalle por detalle?

Maldita sea. Lena suspiró y se resignó a contarle más sobre el demonio con el que en definitiva no estaba teniendo ningún tipo de relación y quien probablemente rechazaría seguir trabajando con ella al escuchar lo que estaba diciendo de él en ese momento.

—No sé qué más decirte. Tiene la piel bronceada, es alto, tiene tatuajes y los hombros anchos. —Pasó un mechón de cabello detrás de su oreja—. Y me gusta mucho su voz.

—Suena atractivo.

—Lo es —dijo con honestidad.

—¿Y a qué se dedica? ¿Qué tipo de persona es? —Se acercó más a Lena—. ¿Es mortal?

—Te dije que no puedo contarte mucho antes de hablarlo con él —respondió de forma impasible—. Pero puedo decirte que es alguien muy reservado y a veces habla de manera muy formal. Pero es bueno escuchando y me hace sentir como si no me juzgara por absolutamente nada.

—Parece que te gusta mucho. —Una media sonrisa.

Sí.

No.

Tal vez un poco.

Lena se rascó la frente mientras sentía muchas cosas a la vez.

En lugar de responderle a Manon, solo sonrió y se encogió de

hombros, dejando que ella lo interpretara como quisiera.

—Espero poder conocerlo pronto.

—Seguro que así será. —Acercó su mano y tomó la de Manon dándole un breve apretón—. Prométeme que no se lo contarás a nadie.

—Lo prometo.

—Ni un alma se puede enterar. Prométemelo.

—Con la cantidad de fantasmas en esta casa, esa parte de «ni un alma» no puedo asegurarla.

—*Manon.*

—Estoy bromeando, tranquila. —Sonrió—. Te lo prometo. No le contaré a nadie sobre tu enamorado secreto con el que te comunicas a través del espejo.

—Shhh.

Manon echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—No hay nadie cerca, todas están en el jardín.

—De todas formas, no digas nada. —Susurró y giró hacia la ventana para corroborar que incluso su abuela estaba charlando con Berterry mientras Nessa les acercaba una charola con una jarra y vasos de cristal.

Sintió una repentina punzada en la boca del estómago y se llevó la mano hacia el abdomen.

—¿Estás bien? —preguntó Manon.

—Me duele el estómago. —Otro golpe de dolor y su cuerpo se dobló hacia adelante.

—No quise ponerte tan nerviosa, discúlpame. Prometo no decir nada más. —Sintió la mano de su amiga en su hombro mientras su cuerpo se cubría de pequeños alfileres de dolor.

—No, no es eso. —Cerró los ojos con fuerza—. Creo que comí algo que no debía. —Recordó la manzana de Almedha y se puso de pie con dificultad.

—Voy a recostarme en mi habitación. —Almedha había dicho que se sentiría extraña ese día, pero que después se sentiría mejor. No sabía si debía creerle o no, pero prefería no contribuir al estrés de la casa.

Subió a su habitación con la nuca empapada por el sudor y lo primero que hizo fue abrir la ventana, tratando de recibir aire fresco. Patricia se le acercó preocupada.

—Me duele el estómago —le explicó antes de tumbarse sobre la cama. Patricia se acomodó en la almohada junto a ella y Lena le acarició su pequeña frente con el dedo índice. Patricia lanzó un pequeño chillido.

»Yo sé, prometo reforzar mis protecciones —le respondió—. He estado enfocando tanto de mi magia en los hechizos que me estoy debilitando.

Patricia la siguió regañando, Lena exhaló y se sentó sobre el cobertor.

Vio el vaso de agua que había dejado en su escritorio la noche anterior y movió la mano para atraerlo hacia ella.

El vaso estalló en miles de fragmentos. Lena saltó sorprendida. No entendía qué acababa de pasar, simplemente había intentado atraer el vaso hacia ella. Parpadeando con confusión, alzó la palma de su mano izquierda y trató de llamar hacia ella uno de sus libros de cocina.

Patricia soltó un pequeño grito cuando el libro se transformó en confeti que llovió sobre sus cabezas libremente. Lena se puso de pie y caminó hacia su escritorio mientras sentía sus adentros trenzarse. Del vaso de cristal no había quedado más que polvo muy fino y pasó sus dedos por la mesa, tratando de tocarlo. Había dejado una vela negra encendida y, cuando sus ojos se posaron sobre ella, dio un paso hacia atrás. La llama se elevó hasta el techo y Lena se quedó tiesa mientras veía la cera derretirse en segundos.

—¡Dioses! —Estaba por correr hacia el baño por agua, pero en un instante todo se apagó, dejando tan solo un pequeño charco oscuro. Se sentía como si hubiera tomado miles de tazas de café o veinte toneladas de azúcar. La ventana se cerró con fuerza al mismo tiempo que las puertas de su armario se azotaron contra la pared al abrirse y toda su ropa saltó por el aire. Patricia corrió a su lado y Lena la tomó entre sus manos. La puerta de su habitación se abrió y rápidamente volvió a cerrarse, con tanta fuerza que Lena pensó que se rompería. Volvió a abrirse y en automático se volvió a cerrar.

—¡Lena!

Todo se detuvo. La puerta de su habitación se abrió una última vez con un rechinido, pero se quedó abierta.

—¿Estás despierta? Ya está la cena.

Salió de su habitación y desde las escaleras vio a Manon recargada en la pared, con la vista en su teléfono. Lena solo se quedó quieta observándola y Manon levantó la mirada antes de guardar el teléfono con una sonrisa avergonzada.

—Emergencia familiar —explicó. Seguro era algo muy importante porque Manon usualmente obedecía la regla de su abuela sobre no tener ese tipo de aparatos funcionando en casa.

—¿Todo bien?

—Cosas triviales de mortales. —Puso los ojos en blanco—. Mis padres están pensando en invertir en una propiedad, pero no se ponen de acuerdo y ahora están peleando. —Suspiró—. Mamá cree que se van a divorciar y lleva todo el día queriendo que le reitere que van a estar casados el resto de su vida.

Lena no sabía qué decir. Sentía todavía corrientes de electricidad recorriéndola y lo único que quería era salir a correr por horas.

—¿Vendrás a cenar? —preguntó Manon—. ¿Quieres que le pida a Nessa que suba algo a tu cuarto para tu estómago?

—No, um… —Se mordió el labio—. No tengo hambre. Creo que saldré a tomar aire.

—Está bien —asintió Manon—. Guardaré un plato para ti en caso de que cambies de opinión.

—Gracias.

El alivio que sintió cuando Manon finalmente se fue casi la hizo caer de rodillas. Bajó las escaleras atenta a cualquier ruido y movimiento, esperando no toparse con nadie del aquelarre. Caminó por uno de los pasillos y entre las sombras escuchó un llanto. Se detuvo cuando un familiar escalofrío le recorrió la piel. En una esquina, con una muñeca en las manos, estaba el espectro de una niña pelirroja con un vestido amarillo. Sus ojos eran agujeros negros y su boca estaba cosida con un hilo grueso de color marrón. Sollozaba y sollozaba, apretando la muñeca contra su pecho. A Lena se le olvidó cómo respirar.

La niña ladeó la cabeza y su cuello se torció de forma antinatural. Miró a Lena y de la muñeca salió una risa. La niña la soltó y con sus manos ahora libres enterró sus uñas en su cara y empezó a separar sus labios. La muñeca empezó a gritar mientras sangre oscura resbalaba por la barbilla de la niña. Eran gritos crudos, dolorosos y primitivos, y Lena se cubrió los oídos tratando de ahogar el sonido. La carne de sus labios se estaba deshaciendo y uno a uno los hilos comenzaron a romperse. El espectro encajó sus uñas aún más profundo y terminó arrancándose un trozo completo de labio mientras la muñeca seguía gritando descontroladamente. Un paso hacia atrás, luego otro y otro más hasta que Lena estaba corriendo en la dirección opuesta.

Salió de su casa y fue recibida por los tonos rosas y anaranjados del crepúsculo. Desde donde estaba podía ver la ventana de su habitación y su estómago dio un salto cuando se dio cuenta de que una figura la estaba observando a través del cristal.

Dioses. Trató de respirar para tranquilizarse, pero era inútil porque se percató de que las protecciones que había colocado en su habitación se habían caído con todo lo que ocurrió momentos antes.

Dentro de su habitación, y mirándola fijamente, estaba el señor sin un ojo.

17
Aquello que se evapora

Los árboles le estaban hablando. Susurraban cosas horribles mientras se burlaban de su cara y su cuerpo sin raíces. Algunos acercaban sus raquíticas ramas hacia ella tratando de atraparla. La energía que llevaba sintiendo desde hacía horas seguía vibrando bajo su piel. Todo se veía claro, como si todo ese tiempo hubiera necesitado anteojos y finalmente los estuviera usando. Ahora lograba distinguir lo que las voces en el bosque murmuraban cuando ella pasaba. Estaban cantando la historia de un pobre niño que había intentado quitarse la vida con venenos que resultaron ser mieles y vino. Ebrio, creyó que la muerte se acercaba y venía por él, así que decidió salir a cavar su propia tumba en el cementerio de la iglesia. Entre risas las voces cantaban que la muerte no estaba cerca y solo era su nublada imaginación.

El pobre niño escuchó música de una boda cercana
y se creyó ya en el paraíso.

Las voces cantaban con el mismo júbilo con el que el aquelarre festejaba en la noche de Samhain.

La iglesia tocó, pues, la campana
y saltó a su tumba con regocijo.

Al final de la funesta historia el niño se acomoda creyéndose ya muerto, y es entonces cuando la muerte realmente va por él y toma su último aliento. Pensar que moriría fue lo que finalmente lo mató, lo cual fue una verdadera desgracia.

—¿Escuchas eso? —le preguntó a Patricia, quien caminaba junto a ella gruñéndoles a las criaturas que se asomaban. Patricia no le respondió y Lena se tensó al ver varios fantasmas de pie observándola entre los árboles. No los notó las otras veces que caminó por aquel sendero, ¿serían almas que murieron recientemente?

Llegó a las escaleras y abrió la puerta con cuidado. Estaba por empujar la caja encima de la trampilla, pero en cuanto la punta de sus dedos la tocó, fue lanzada con fuerza contra una de las paredes. Lena bajó las escaleras con cuidado temiendo destruirlas, como todo lo que estaba tocando ese día. Cuando sus pies llegaron al suelo del sótano, las flamas verduzcas y azuladas de las antorchas crecieron hasta casi parecer una gigantesca hoguera que adornaba el espejo. Lena se sorprendió, pero una parte de ella pensó que era la visión perfecta para un hijo del infierno.

Su reflejo se distorsionó y frente a ella apareció Caleb con una mano contra el cristal y una sonrisa de lado.

—Lena. —Sus ojos se veían como aceite de oliva caliente y Lena quería dejar de mirarlo, pero también quería verlo para siempre.

Se acercó con cuidado, temiendo que el espejo fuera a estallar con solo mirarlo y él quedara atrapado en un punto entre dimensiones para siempre.

—Te estaba esperando —dijo él y el corazón de la bruja retumbó tanto contra sus adentros que no sabía si las nauseas eran por el hechizo de la manzana o por Caleb—. ¿Qué sucedió? —La sonrisa de Caleb se difuminó y puso cara de preocupación.

Su reacción automática era responder que todo estaba bien, como hizo con Manon, pero se recordó que estaban tratando de hacer las cosas de forma diferente entre ellos, y si quería que él confiara en ella, tendría que confiar en él.

—Me hechizaron —confesó.

Caleb palideció.

—¿Qué clase de hechizo es?

—Fue culpa mía, me descuidé. Voy a trabajar en un nuevo amuleto de protección. —Suspiró—. Supuestamente mañana estaré bien, pero por ahora todo está… amplificado.

Caleb puso cara de enojo y su mirada se incendió.

—¿Quién se atrevió?

Lena sintió un hormigueo en la espalda por el tono en que le habló. No

podía evitar comparar a Caleb con un lobo y no quería admitir que se sentía aliviada de que, de momento, estuviera contenido en el cristal. Sin poder detener sus labios comenzó a explicarle lo que sucedió, incluyendo el detalle de los zapatos de Quinn, los cuales tenía guardados en los bolsillos delanteros de su falda.

—Quinn los usaba todo el tiempo, eran sus favoritos. —Sintió que sus ojos se humedecían y deseos de sacar uno de los zapatos para mostrárselo, pero no se atrevía a tocarlos en ese momento. No con sus manos destructoras que podrían transformarlos en diamantina carmesí.

Caleb recargó su frente contra el cristal.

—Si estuviera ahí… —Golpeó el espejo con tal fuerza que Lena creyó que lograría quebrarlo—. Si no estuviera encerrado en esta maldita prisión, esa mujer no tendría absolutamente nada para negociar.

—Ella dijo que la persona para la que trabaja te está buscando. —Caminó hacia él—. No solo él. Cada demonio con el que me he cruzado dice lo mismo.

Caleb hizo una mueca.

—¿Tienes idea de por qué? —preguntó Lena, pero él solo esquivó su mirada y gruñó hacia la oscuridad.

»Caleb —presionó cuando no recibió respuesta. La flama de las antorchas se avivó aún más y Lena se sentía como si estuviera frente a una reconfortante chimenea en medio del helado sótano.

—Quieren tomar mi poder. —Su expresión se contrajo como si acabaran de herirlo—. El poder de mi padre, en realidad. El del incendiario.

—¿Qué significa ser el incendiario?

La mirada de Caleb se movió hacia ella con furia. Sus ojos se transformaron en turmalina verde y ella se sintió temblar dentro de sus botas.

—Es mejor que vayas a descansar, hechicera —respondió—. No tengo nada que decirte hoy.

—Tienes que estar bromeando. —Sintió su mandíbula endurecerse al punto que le dolía hablar.

—Buenas noches, hechicera.

Y desapareció.

El espejo le mostró a Lena su propio reflejo y corrió hacia él golpeándolo con la palma de la mano hasta que sus huesos le dolieron.

—Sé que me escuchas —le gritó sonando más como su madre de lo que le gustaría—. Este no era el trato.

El fuego en el contorno del espejo hizo erupción, transformándose en un verdadero incendio. Le dolían los ojos, pero ver el fuego lamer las

paredes y el suelo frente a ella, sin llegar a consumir nada, era una visión casi hipnótica. Tal vez era un fuego encantado. Pensó en intentar tocarlo, pero prefirió no arriesgarse.

—Debí decirle en dónde estás —escupió con veneno—. Debí entregarte a los que te buscan.

En parte tal vez esto era cierto. Tal vez pudo haber convencido a Almedha y a su misterioso jefe de dejarlas en paz entregando la ubicación de Caleb. Pero, si era honesta consigo misma, no hubiera podido hacerlo. No se hubiera atrevido a intentarlo siquiera.

El cristal se distorsionó y Caleb apareció de nuevo frente a ella. Soltó una carcajada burlona que casi sonó siniestra y dejó ver sus colmillos grandes y afilados.

—Por supuesto, no esperaba menos de una de tu clan —dijo, levantando las cejas.

Un sonido de indignación salió de la boca de Lena.

—Que un *demonio* diga esto. —Torció la boca con repulsión—. Ustedes ahogan a los mortales cuando piden agua y los transforman en el rey Midas si piden riquezas.

—Lo dices como si ustedes ya hubieran superado torturar. Tan solo mira en dónde me encerró Imogen.

—Mi abuela hace todo con razones válidas. Seguramente tuvo sus motivos para dejarte aquí. —Se cruzó de brazos.

—¿Ah sí? —Esbozó una media sonrisa—. Entonces deberías estar ayudándola a cerrar la puerta al infierno en vez de estar aquí conmigo.

Lena cerró la boca tan fuerte que escuchó sus dientes chocar. Caleb se humedeció los labios aún con ese brillo socarrón en la mirada y arqueó ambas cejas, retándola. Lena estaba casi vibrando de furia y lo vio cruzarse de brazos mientras esperaba que ella contestara algo.

—Cuando menos yo no abandoné mi puesto y hui al mundo humano. —Su labio inferior tembló—. Incluso dijiste que dejaste morir a un amigo.

Caleb puso una cara como si acabara de abofetearlo. Lena pasó saliva para tragarse la piedra de culpa que se le atoró en la garganta.

—Lo siento —dijo agachando la mirada. Empezó a jugar con sus dedos —. No quise decir eso.

Caleb chasqueó la lengua.

—No tienes por qué disculparte, hechicera. Después de todo, estoy a tu merced, ¿no? —Se rio con amargura—. ¿Cómo es que dicen ustedes en este plano? Los mendigos no pueden elegir, o algo así. Estar jugando a ser amigos es simplemente pueril e ingenuo.

—No, eso no es verdad.

—Fui descuidado y hablé de más. —Se cruzó de brazos—. Así que no te preocupes, hechicera.

—Para.

La espalda de Caleb se enderezó y sus brazos cayeron para acomodarse a sus costados. Su boca se cerró con fuerza. Lo único que se movía eran sus ojos, los cuales estaban teñidos de angustia.

Un grito se atoró en la garganta de Lena. Solo estaba empeorando todo. Sintió sus ojos humedecerse y rápidamente se contuvo al tiempo que movió la mano para deshacer el encantamiento.

—Lo siento mucho, te lo puedo explicar. —Vio a Caleb caer de rodillas y empezar a toser. Este tipo de hechizos, conjurados de forma descuidada, podían hacer que la persona se tragara su propia lengua y se asfixiara. La piedra de culpa en el estómago de Lena se hacía cada vez más pesada—. Por la manzana que me dio Almedha mis poderes están fuera de control.

—¿Cómo lo hiciste? —La voz de Caleb sonaba rasposa y se frotó la garganta un par de veces poniéndose de pie—. ¿Cómo lograste hechizarme desde el otro lado del espejo?

No se veía molesto. De hecho, toda la ira que manchaba su expresión momentos antes se había derretido para dar paso a un brillo de curiosidad. Incluso una pizca de emoción.

—No lo sé. —Parpadeó—. No tenía intención de hacerlo.

—Imogen jamás pudo tocarme con sus hechizos una vez que me encerró aquí. —Caminaba de un lado a otro mientras pensaba—. Tu magia logró cruzar.

—¿Mi abuela vino después de encerrarte? —Le preguntó con las cejas levantadas por la duda.

—Unas cuantas veces, pero cuando se dio cuenta de que no le daría lo que quería me abandonó. —Se encogió de hombros como si lo que acababa de decir no fuera nada y siguió murmurando cosas apenas inteligibles.

—¿Qué es lo que quería Imogen?

Caleb tardó en responderle. Lena pensó que tal vez la puerta se cerró y no lo haría.

—Lo mismo que tú me pides en este momento.

Lena exhaló. Información, entonces. Y su abuela no logró arrancársela a Caleb de ninguna forma. Lena se acomodó en el suelo con la espalda recargada contra el cristal y abrazó sus piernas a su pecho.

—No tienes que decirme nada que no quieras, entiendo —le dijo sin mirarlo a la cara—. Yo también tengo cosas que no comparto. Es solo que… —Se frotó los ojos—. Estoy asustada. Muchas cosas se nos vienen encima y quería saber a qué nos enfrentamos.

Silencio.

—A veces duele decir las cosas en voz alta porque las hace reales —dijo Lena. Su voz sonaba como si poco a poco se fuera apagando—. Si no las compartes y se quedan contigo parece que no las entregaste al universo y te queda la esperanza de que todo esté en tu mente. Cuando menos eso es lo que ocurre conmigo. Me cuesta trabajo compartir lo que pienso o hago.

Nada.

Lena se preguntaba si era mejor irse y dejar las cosas por el momento. Pero le costaba trabajo simplemente soltar.

—Incluso estoy consciente de que miento mucho. No por gusto, pero a mi familia le costaría entender mi verdad, y decirles lo que quieren escuchar hace que la medicina baje más fácil.

—¿Me mientes a mí también? —No esperaba que respondiera, así que su corazón dio un pequeño salto cuando lo escuchó hablar. Miró sobre su hombro y se topó con la espalda de Caleb, al parecer había decidido imitar su postura y ambos estaban espalda contra espalda en el espejo. Le gustaría poder sentir su respiración, el roce de su ropa, le gustaría poder sentir ese contacto que la haría sentir acompañada en ese momento, pero solo podía sentir el frío del cristal.

—No. —Recargó su barbilla sobre sus rodillas—. No me ayudaría de ninguna forma, solo perjudicaría nuestro trabajo juntos.

—Yo odio mentir.

Lena sintió que su pecho se apretaba, la saliva dentro de su boca le sabía a jugo de lima puro.

—Mentir solo enloda las cosas. La realidad no cambia si mientes, solo tarde en alcanzarte aquello a lo que le temes.

—Me compra tiempo.

—No lo estás comprando, lo estás pidiendo prestado aceptando pagar altos intereses.

Lena hizo un gesto de enojo.

—Estás viendo las cosas en blanco y negro. A veces también es cuestión de estrategia y encontrar el gris.

Una pausa. Lena golpeaba sus rodillas con dedos nerviosos. El fuego alrededor del espejo comenzaba a tranquilizarse y volvía a la normalidad.

Escuchó a Caleb reír.

—Creo que ahí está el inconveniente. Nunca he sido buen estratega, mi padre solía reprenderme por eso.

—¿Él sí lo es? —La pregunta sonaba sosa incluso a sus propios oídos, pero quería mantener la conversación de cualquier forma.

Lo escuchó respirar con fuerza, aclararse la garganta y reacomodarse

varias veces.

—Mi padre falleció.

Oh. Eso podía explicar por qué le resultaba difícil hablar del tema.

—Lo lamento —lo dijo con suavidad esperando que eso fuera lo correcto para responderle a un demonio.

—Te lo agradezco.

Al piso le faltaban tablones aquí y allá, y cerca de ella había un círculo incompleto en un tono oscuro. Desde donde estaba, las escaleras apenas y se notaban, eran abrazadas por las penumbras en las que las paredes estaban envueltas. En ocasiones había considerado bajar más velas para iluminar, pero siempre se regañaba a sí misma por ese tema. Entre más cómodo se volviera el sótano, más se tardaría en poder liberar a Caleb y no podían desperdiciar ni un segundo.

—Sí, era un gran estratega. —La voz de Caleb era tan solo un murmullo—. Mi padre era un gran líder, verdaderamente digno de reinar. Siempre sabía qué hacer.

Lena se dio la vuelta y Caleb lo hizo momentos después, lo más seguro es que al escuchar el movimiento. Su rostro se veía triste y hablaba con tanta melancolía que los músculos de Lena pulsaban queriendo abrazarlo para reconfortarlo.

—¿Cómo se llamaba?

—Talnarr. —Pronunció el nombre de forma pausada y con respeto.

Estaba segura de que la admiración que Caleb sentía por su padre estaba muy enraizada en él.

—No soy un gran orador. —Se rascó la cabeza con frustración—. Tampoco podría decirte que soy particularmente bueno para contar; sin embargo, puedo intentarlo. —Dio un respiro.

—No tienes que hacerlo —respondió Lena.

—¿Prefieres que no lo haga? —Sus ojos verdes la observaban debajo de mechones castaños. Una sonrisa alzaba la comisura de sus labios—. Qué rápido cambias de opinión.

Lena rio y se humedeció los labios.

—Dicen que es de mala suerte dejar a una bruja con la curiosidad. Tu lengua se puede llenar de agujeros.

Caleb la miró con los ojos entrecerrados.

—No puedo negarme en esas condiciones. —Se frotó la barbilla y su mirada se fue lejos de donde se encontraban mientras se tomaba unos momentos para pensar.

—¿Qué tanto sabes del infierno?

—No mucho. En nuestra práctica tenemos estrictamente prohibido

manchar nuestra magia con el caos—. Lena empujó la cutícula de su pulgar izquierdo con sus uñas.

—Bajo la mirada del orden y los miedos humanos estamos nosotros, los del reino del caos. Recibimos a las almas que van a penar, pero también a aquellas que están esperando su juicio o se han perdido. Hay varias entradas a nuestro reino en tu mundo. Están escondidas en cavernas, en sótanos, hasta en lagos cerca del hogar de una bruja. —Inclinó la cabeza hacia un lado y la forma en que la miró hizo que Lena sintiera que la punta de sus orejas se acaloraraba.

En algún momento consideró salir en busca de las otras puertas al infierno, pero nadie sabía su ubicación y podría tardar mil vidas antes de encontrar alguna. Además, tal vez Lena no sabía mucho del caos, pero sí sabía que su interior era el laberinto más complejo. La forma más fácil de llegar a Quinn era seguirla a través del mismo portal. De lo contrario podría vagar por las entrañas del inframundo por toda la eternidad.

—El caos agrega ese toque de impredecibilidad al gran todo, es nuestro aporte y especialidad. Qué valor tendría imaginar algo si sabes con certeza que será una realidad. O incluso, ¿qué valor tiene soñar si sabes justamente cuándo y cómo lo obtendrás?

Lena bufó.

—Lo haces sonar muy bello, pero ustedes también son responsables de mucha energía oscura y malicia.

Caleb carcajeó.

—Sí, bueno, no todo es perfecto.

Muchos de los hijos del caos disfrutaban burlarse de los mortales, incluso engañarlos para que bebieran del río Lithe del olvido y no supieran más quiénes eran o de dónde venían, quedando así atrapados en vida dentro del inframundo. El agua de Lithe era solo para las almas que debían reencarnar, pero eso no detenía a los demonios de querer jugar con los humanos.

—A pesar de nuestro nombre tenemos un sistema de gobierno bastante estructurado. —Caleb se aclaró la garganta—. Existe una nobleza que debería regirnos, pero Lucifer, nuestro supuesto rey, no ha sido visto en años. No sabemos nada de esta realeza, quienes tomaron las riendas son los cinco pilares del infierno. —Levantó la mano izquierda y empezó a bajar un dedo por cada nombre que mencionaba—. Jelle, la bestia del apetito insaciable; Sikke, el de la cabeza de metal; Durkus, el de los cien brazos; Menes, el de los prados asfódelos, y mi padre, Talnarr, el Incendiario.

Lena no pudo evitar enderezarse cuando escuchó el nombre de Menes.

—Almedha dijo que mi hermana se encuentra en los dominios de

Menes.

Caleb arqueó las cejas al escucharla.

—Es lo mejor que pudo pasarle. Dicen que Menes fue un rey humano antes de tomar su puesto, tal vez tenga compasión por ella y nos permita sacarla sin darnos muchos problemas. Aunque no creo que él y yo estemos en los mejores términos de momento… —Se encogió.

—¿Qué fue lo que hiciste? —Lo que faltaba, el demonio que planeaba usar para recuperar a su hermana era enemigo de quien la tenía encerrada.

—No es algo que yo haya hecho, *per se*. Es por la guerra. Ante la ausencia de la realeza del infierno, estalló una insurrección. Yo no vivía en ese tiempo, pero mi padre me contó que los pilares estaban inquietos y empezaron terribles conflictos al no tener un mandato claro. En el infierno se pelearon guerras de miles de días hasta que mi padre, junto con sus simpatizantes y seguidores leales, decidió tomar todo en sus manos e ir en busca de los príncipes para demandar un lugar en el consejo. Lo discutió con los otros pilares, pero se negaron. —Se cruzó de brazos y miró hacia el techo mientras narraba—. Algunos se negaron por ambición y otros por miedo, así que mi padre tomó una decisión sumamente difícil. Reunió a sus tropas y avanzó hacia los dominios de Durkus, el de los cien brazos, logrando vencerlo y asesinarlo. —Pausó y observó a Lena con expresión sombría—. Quiero mostrarte a mi padre.

Metió la mano al bolsillo de su pantalón y sacó lo que parecía ser un guardapelo de oro y madreperla. Cuando lo abrió, Lena se acercó tanto para ver que sintió cómo la punta de su nariz se aplastó contra el cristal del espejo. Adentro había dos imágenes. No eran exactamente fotografías, sino algo similar a una pintura hecha en el mismo guardapelo. De un lado estaba el retrato de un hombre con la cara ancha, cabello oscuro salvaje con algunas trenzas y barba tupida. Su piel era oscura y sus ojos parecían ser de color carmesí. Del otro lado estaba una mujer con cabello rizado de un tono peculiar, parecido al de los pinos. Su tez era bronceada y sus ojos oscuros.

—Ella es mi madre —dijo Caleb con un tono dulce y una sonrisa en los labios—. Bedisa.

—Es muy hermosa —comentó Lena sintiendo su interior burbujeando con calidez al ver a Caleb feliz y hablando de sus padres con tanto cariño.

—La más hermosa —respondió él mirando el retrato con suavidad—. Mi padre siempre decía que había sido muy afortunado al ser él quien pudo conquistarla de entre tantos pretendientes que tenía. —Cerró el guardapelo y lo volvió a guardar.

—¿Dónde está ella ahora? — preguntó Lena reacomodándose con las piernas cruzadas.

—Con mi padre.

Oh.

Una vez que un demonio muere, deja de existir por completo, así que Caleb no podía tener ninguna esperanza de volverlos a encontrar. Lena palideció sin saber qué decir al escucharlo.

—Algo que debes saber es que todo lo que consumimos como demonios se vuelve parte de nosotros. Así es como algunos toman la forma de los humanos que devoran. También así es como absorbemos el poder de nuestros hermanos. Cuando mi padre le quitó la vida a Durkus, recibió todo su poder y regresó a los pilares para advertirles que se mantuvieran al margen o serían asesinados. Mi padre dijo que Menes prometió mantenerse neutral, pero estaba en total desacuerdo con lo que estaba ocurriendo. Así fue como mi padre recibió su título. Existe una profecía en el reino del caos acerca del Incendiario: según se dice, es aquel que cubrirá el inframundo en una llamarada y traerá una nueva era. Aquel que robará el fuego de mil soles y lo traerá a las manos de su pueblo.

Lena sintió que los vellos de sus brazos se erizaban. Un demonio con tanto poder tal vez sonaba como algo bueno para el reino del caos, pero también potencialmente peligroso y espeluznante para este plano.

—Mi padre fue retado por Sikke y avanzó con sus hombres hacia sus dominios. Desde que tengo memoria, nuestros dominios y los de Sikke han estado peleando. Nuestros guerreros eran más fuertes, pero el ejército de Sikke era más numeroso y hasta mi cumpleaños número veintidós es que logramos abrirnos paso. —Masajeó sus sienes—. Pero fue entonces cuando nuestros castillos se desmoronaron como arena. — La tensión se reflejó en su rostro y miró hacia sus manos apoyadas en su regazo.

»Yo nunca quise ser soldado. —Su voz se quebró y Lena pensó que lloraría, pero sus ojos estaban secos—. Nunca fui bueno para eso. Mi padre trataba de entrenarme con toda su paciencia para que yo pudiera heredar su puesto si alguna vez él faltaba, pero no era lo que yo quería ser.

—¿Qué era lo que sí querías ser? —Lena hablaba con cuidado esperando no romper esta esfera en la que se encontraban, en donde Caleb estaba hablando libremente y sin guardarse las cosas.

—Doctor —respondió—. Me interesaba la medicina de todo tipo. Solía cruzar al mundo mortal para robarme libros sobre este tema y aprender por mi cuenta. — Esbozó una sonrisa melancólica—. Mi madre a veces fingía que tenía jaquecas o nauseas solo para darme la oportunidad de curarla con los métodos que estudiaba.

—Pero tu padre no lo aprobaba —dijo Lena sin siquiera preguntar. Tal vez Imogen y Talnarr tenían cosas en común.

El rostro de Caleb lucía confundido.

—No, a mi padre le fascinaba el tema. Incluso en ocasiones me permitía acompañar al doctor de nuestro ejército para practicar y observarlo trabajar. Mi padre quería que yo supiera de absolutamente todo. Me ponía tutores para que me enseñaran a tocar el violín, tomaba clases de latín y de tantas lenguas humanas como fuera posible. Pero lo primordial era nuestra causa y mi entrenamiento militar.

—Es extraño pensar en un demonio culto —comentó Lena con honestidad—. Siempre creí que eran…

—¿Bestias?

—Algo así. —Se encogió de hombros.

—Algunos lo son y otros no. Igual que en todos los planos, supongo. Pero no diría que soy mejor que ningún otro demonio. Después de todo no valoré el tiempo que mi padre invirtió en mi educación —dijo entre dientes —. Mi tutor de combate era mi mejor amigo, Habari. Él era la mano derecha de mi padre y su segundo al mando. Y yo solía escaparme de los entrenamientos para leer, beber con los mortales, comer su comida, danzar con las ninfas… —Exhaló—. Habari nunca me delató, pero debí estar ahí, debí ser mejor, no debí ser tan infantil. Solo que creí que mi padre estaría conmigo para siempre, ¿sabes? Creí que siempre estaría ahí y que yo solo sería su hijo el doctor.

Su voz se quebró de nuevo y su tono estaba cargado de veneno y asco hacia sí mismo. Si Lena supiera cómo volver a hacer que su magia cruzara el espejo, le hubiera gustado poderegarle un hechizo que le brindara paz y lo liberara de su angustia.

—Caleb, eras muy joven, no sabías que algo podía salir mal. Es normal que quisieras disfrutar tu vida. —Se acercó al espejo y puso la punta de sus dedos contra el cristal.

—La juventud no siempre es sinónimo de inmadurez. Yo sufría de la segunda y todos lo pagaron. Estábamos estancados. No había avance en nuestra guerra y estábamos buscando cualquier cosa que pudiera darnos una ventaja, así que empezamos a considerar enfrentarnos antes a Jelle y vencerlo para absorber su poder. Fue entonces cuando mi padre decidió hacer una ceremonia y de manera imprevista me nombró su sucesor en caso de que él cayera en batalla. Mi mundo estalló. No esperaba que mi padre diera ese anuncio, todos confiábamos en que su sucesor sería Habari, ya que él había estado ochocientos años peleando por la causa. Habari lo tenía todo, el temple, el sentido de justicia, la disciplina, la amabilidad, incluso la confianza en sí mismo. Él poseía todas las características que yo carecía, y, aun así, ahí estaba mi padre, sosteniendo mi brazo en lo alto y riendo con un

tarro de licor mientras me anunciaba como su heredero. —Se frotó los ojos y gruñó—. Lo recuerdo casi a la perfección. Las luces, la música, las miradas confundidas por parte de sus seguidores. Todo sigue aquí. —Golpeó su dedo índice contra su frente de forma brusca—. Incluso el abrazo de felicitación que me dio Habari con la gracia que solo él podía poseer, aunque seguramente él también esperaba ser el siguiente en la línea.

Lena no pudo evitar notar los paralelos en sus situaciones. Tal vez no venían del mismo plano y sus historias no eran exactamente iguales, pero sus condiciones eran lo bastante similares como para que resonaran en Lena tan profundo que lo sentía hasta en los huesos. «Como es arriba, es abajo», pensó.

—Yo no era un soldado con el nivel de Habari, pero tampoco me consideraba terrible. Comía almas humanas de vez en vez y trataba de mantenerme en forma, a pesar de ello yo estaba consciente de que mis habilidades podían mejorar, por eso no puedo decir que me sorprendí cuando las habladurías empezaron a llegar a mis oídos. —Su rostro se contrajo—. Esperaba que hablaran de mí, pero lo que decían distaba de lo que yo pensaba que criticarían.

—¿Qué fue lo que dijeron? —Lena entrecerró los ojos e hizo uno de sus mechones pelirrojos hacia atrás.

—Me llamaban cambión de forma despectiva, incluso… me llamaban humano. No puedo decir que todos, por supuesto. Pero sí muchos.

Lena parpadeó. Llamarle a Caleb cambión era una extraña elección de insulto, porque eran criaturas completamente distintas.

—Esos no son insultos comunes en el reino del caos. Tal vez compararme con un mortal sí hubiera sido una forma de decir que no estaba a la altura, pero… había *algo* en esos rumores. Algo resonaba conmigo, podía sentir que no eran simples insidias. Pero antes de preguntarle directamente a mi padre decidí probarles a nuestros soldados que yo podía serle útil a la causa, que yo podía cambiar el curso de las cosas. Fue así como encontré a Imogen.

Lena inhaló con fuerza, tomó la tela de su falda y empezó a frotarla entre sus dedos con nerviosismo.

—En ese momento tan solo dos sumas sacerdotisas con la mirada de la estrella y la magia del mundo antiguo permanecían con vida. Ese poder seguramente podía hacer la diferencia en la guerra. Si yo conseguía su poder, nada podría detenernos contra Sikke. La estuve vigilando por varios meses, ganando valor para hacer lo que tenía que hacer.

—¿Planeabas enfrentarla? —Arqueó una ceja.

—No exactamente, planeaba engañarla de alguna manera y devorar su

alma, pero si eso no funcionaba, debía estar preparado para pelear contra ella.

Su voz se fue apagando, Caleb apretó los labios hasta que se vieron como una perfecta línea. Se quedaron callados por varios latidos mientras los adentros de Lena gritaban queriendo saber más.

—Sin embargo, esperé demasiado. Debí ser más asertivo como me entrenaron. —Se cubrió la cara con la mano derecha.

»Porque después de una de mis visitas, volví a regresar a casa con las manos vacías y… —Un sonido parecía atascado en su garganta. Su mano se movió hacia su pecho y apretó con fuerza la tela de su camisa.

»Encontré a todos muertos en el vestíbulo.

18
Cicatrices y gusanos

Lena no podía hablar.

Sus labios se sentían adormecidos y su boca estaba rellena de paja. Caleb no la miraba, sus ojos estaban desenfocados y su cabeza estaba agachada. Parecía que su cuerpo se doblaba hacia su interior.

—Sentí el golpe de poder con tanta fuerza que caí de rodillas en el bosque. Creí que era mi fin, me estaba retorciendo como un gusano de tierra. No sabía lo que estaba pasando hasta que poco a poco pude distinguir la corriente de poder puro abrazándose a las fibras de mi ser. Algo le había ocurrido a mi padre. —Vio la manzana de Adán en su garganta moverse—. No tengo idea de qué pudo haber hecho para entregarme su poder, pero lo que sentí aquella noche era la energía del Incendiario que comenzaba a llenarme, no había forma de negarlo. Bajé por la puerta en el lago y corrí a casa tan rápido como pude, pero era muy tarde. —Cerró los ojos y se estremeció—. El vestíbulo se veía como un matadero. Había sangre salpicada en el piso y las paredes. Montones de nuestros soldados estaban despedazados en el suelo y entonces lo vi. Mi padre estaba colgado al revés en el centro de toda la carnicería. Su cuello todavía goteaba sangre oscura hacia el piso que mi madre había tardado tanto en elegir.

—Caleb... —Su nombre salió de los labios de Lena en automático. No podía evitarlo, era lo único que podía ofrecer estando tan lejos de

él. Quería que supiera que lo acompañaba en su dolor porque no podía imaginarse lo que estaba sintiendo. No iba a pretender que lo entendía porque no lo había vivido en su propia piel, pero podía ofrecer compartir el peso del recuerdo.

—Mi madre estaba sentada como una muñeca rota recargada contra una de las columnas en donde acomodábamos los escudos de nuestro dominio. Le habían arrancado una pierna y su abdomen estaba destruido. Sikke había atacado por sorpresa nuestra casa mientras yo estaba perdiendo el tiempo, dudando sobre cumplir con mi deber. —Se enterró las uñas entre el cabello con tal fuerza que Lena creyó que vería sangre resbalar por su rostro—. Pensé que Habari iría tras él para vengarnos, pero entonces lo vi. No, lo escuché antes de verlo. —Sus ojos se entrecerraron con el dolor de años penando—. Escuché quejidos cerca del cadáver de mi padre. Un sonido patético y doloroso que jamás pensé que emitiría la garganta de mi mentor. Fue entonces cuando pude verlo. Con el pecho contra el suelo y sobre un charco inmenso de su propia sangre estaba nuestro mejor soldado, nuestra esperanza. Siempre le dije que su cabello se veía como las flores de plumeria por su color, pero ese día no quedaba nada de él. Sus mechones eran del color del vino, al igual que la piel de su rostro.

Lena sintió que su estómago se estrujaba como una esponja.

—Estaba vivo, pero no sabía cuánto más resistiría. Yo estaba petrificado dentro de mis botas. Quería gritar y correr hacia él, pero no podía hacer absolutamente nada. Habari se arrastró hacia mí como pudo y me confirmó entre sus últimos suspiros que Sikke nos había encontrado después de siglos de batalla. Levantó la mano y me dijo —hizo una pausa—: «Caleb, hermano, ayúdame por favor». Pero yo no podía moverme. Mi cuerpo había dejado de ser mío y se había entregado al espíritu del terror. Su voz todavía me atormenta cuando intento dormir. Me suplicó ayuda una vez más, pero no hice nada. Intercambié mi piel por la de un maldito cobarde. —Respiró por la nariz y exhaló por la boca un par de veces. El fuego verde de sus ojos resplandecía con ira y angustia—. Escuché que más soldados se acercaban a nuestra casa y, a mi izquierda, vi que mi madre recobró la conciencia unos segundos solo para decirme: «Corre». Eso me reactivó y salí huyendo de ahí con tal velocidad que ni el mismo Lucifer podría haberme alcanzado. Habari gritó mi nombre hasta que su garganta se volvió aserrín, pero jamás miré hacia atrás. Mi único pensamiento era que necesitaba ir tras la suma sacerdotisa, que necesitaba hacerme de su poder si quería tener oportunidad contra el ejército de Sikke. Cuando estaba subiendo por los túneles hacia el mundo humano, un sucio demonio de clase baja se abalanzó sobre mí y logró sujetarme contra el piso aprovechando mi estado. Logré

quitármelo de encima. Encontré la casa de Imogen y, para mi buena suerte, esa noche recibía la visita de su prometido.

Lena no pudo ocultar la confusión y sorpresa que seguramente pintaban su rostro ante esas palabras. Nunca había escuchado de un prometido de su abuela. No había foto alguna en la casa e Imogen no parecía creer siquiera en el matrimonio o en el amor. En el aquelarre hubo algunas brujas que decidieron encontrar un esposo, pero Imogen jamás se vio interesada en lo más mínimo en el tema, y a juzgar por la edad de su madre, su abuela había quedado embarazada muchos años después de este misterioso prometido.

—Logré engañar a su prometido creando una ilusión de un niño lloriqueando por sus padres y, cual pez frente a una buena carnada, mordió el anzuelo. Su prometido era un simple mortal, así que fue sencillo deshacerme de él y alimentarme de su alma.

El hecho de que su abuela pensó pasar varios años de su vida compartiendo su hogar con un mortal seguía siendo difícil de digerir. Siempre les había puesto todas estas reglas encima sobre no convivir con ellos más de lo necesario y Lena asumía que esa había sido su filosofía desde siempre.

—Tomé su forma y me dirigí hacia Imogen confiado de haber absorbido hasta el más diminuto detalle de su apariencia. Me pidió que nos encontráramos a medianoche en el bosque y esperé hasta que el reloj marcó la hora acordada. Llegó a mí con los pies descalzos y una sonrisa en el rostro. Tocó mi rostro y me desvanecí. Cuando desperté estaba en este sótano, en donde Imogen me encerró en el espejo usando su magia.

El peso de lo que acababa de contarle estaba asentándose sobre su cabeza. Había muchas incógnitas sin resolver en esa historia, en particular no entendía por qué su abuela estaba buscando *información* sobre Caleb y decidió perdonarle la vida en vez de destruirlo por haber asesinado a su prometido. ¿Para qué? ¿Con qué propósito? Había algo más ahí, Lena podía sentirlo cosquillear en su cerebro.

—Nunca pude preguntarle a mi padre sobre los rumores que se decían de mí y ahora tal vez nunca lo sepa.

Sus ojos se conectaron con los de ella y respiraron juntos. Había algo en esa acción, en esa inesperada y breve conexión, en la que sin decirse nada coordinaron sus respiraciones, que hizo que una pequeña araña de emoción le recorriera a Lena la columna.

—Pero… —Comenzó a morder las uñas, pero al darse cuenta de que eso era algo que haría su madre al sentirse nerviosa, prefirió colocar sus manos en el regazo como si estuvieran regañadas—. No tiene sentido que

seas humano. Los mortales no pueden siquiera sobrevivir en el infierno, tú mismo me lo has dicho. Mucho menos pueden devorar almas y cambiar de forma. —Sintió los músculos de su entrecejo apretarse con fuerza.

—Lo sé. —Asintió con la cabeza—. Puedo asegurarte que la flama del caos está en mi interior y es la que me mantiene andando. Suena ridículo de solo pensarlo.

—¿Pero…?

Caleb rio y la vibración de su risa rebotó por las paredes.

—Vas a exprimirme todo lo que tengo, ¿no es así?

Lena dio un pequeño salto dentro de su piel. Lamió sus labios pensando en qué decir. ¿Debía disculparse? ¿Debía decirle que no le contara? Pero no podía quedarse sin esta pieza de la historia. Tal vez era más similar a su abuela de lo que creyó. Tal vez las mujeres de su casa compartían espíritu y apellido.

—Me gusta cómo te ves así. —Ladeó la cabeza con una mirada casi adormilada—. Perdón por el atrevimiento, pero quería decírtelo.

—¿Cómo?

—Así. —Recargó el codo sobre su rodilla y su barbilla sobre el puño de la mano para observar su rostro—. Con la piel sonrojada. Me hace pensar que te agrado.

Dioses.

Lena sintió que se encendió en llamas y que en su pecho había una familia de colibrís tratando de escapar de un incendio.

—Estás buscando evadir el tema —pronunciaba sus palabras con tartamudeos y endureció su expresión para recobrar algo de dignidad.

—O simplemente te estoy haciendo un cumplido. —Arqueó ambas cejas—. También existe esa posibilidad.

Lena atrapó su labio inferior entre sus dientes, tomó una de sus trenzas y empezó a pasarle sus dedos de arriba abajo.

—Gracias. —Miraba hacia cualquier lugar y cualquier cosa con tal de evitar a Caleb, pero sus ojos la traicionaban regresando a él.

—También me gusta el color de tu cabello. No muchos en ese plano tienen el cabello rojo. —Sus dientes reflejaban la luz de las antorchas.

Ella sintió que se derretía, sus labios se movieron para formar una sonrisa involuntaria y siguió torciendo su trenza con las manos.

—A mí me gustan tus ojos. —Esperaba que eso sonara tan suave y natural como él decía las cosas.

—No me digas cosas así. Ya pienso en ti lo suficiente cuando no estás, no necesito hacerlo aún más.

Una sonrisa y el incendio dentro de ella la consumió.

—Con respecto a lo que dijiste hace rato… —Pasó saliva—. Sí me agradas. Perdón si te hice creer que no.

—Tú también me agradas. —Exhaló—. Lo suficiente como para dejarte saber tanto de mí y de mis dominios. Creí que tal vez nunca relataría todo esto en voz alta.

—Sé que no fue fácil y te agradezco mucho que confiaras en mí, Caleb. Prometo que valdrá la pena.

—Ya lo vale. —Su expresión era gentil y también se notaba un ligero tinte rojizo sobre su piel bronceada—. No importa qué ocurra después, ya lo vale.

Continuaron conversando mientras la flama de las antorchas regresaba por completo a su tamaño habitual. Trataron de mantener la conversación lejos de temas difíciles para darles un descanso a sus conciencias. Hablar de temas inconsecuentes se sentía casi como una indulgencia. Como las temporadas en las que en casa de Lena ayunaban y seguían una dieta estricta de agua y frutos del bosque durante una semana para limpiar sus cuerpos y purificarse para ciertos rituales. Sin embargo, había momentos en los que Lena se escapaba al pueblo y compraba crepas de fresa sin que nadie la descubriera. Justo así se sentían esas pláticas.

Estaban compartiendo un poco más sobre sus cosas preferidas para conocer más del otro. El libro favorito de Caleb era *Frankenstein*, aunque Habari solía fastidiarlo diciéndole que esa no era literatura que valiera la pena. Lena le confesó que, aunque no acostumbraba a leer muchas novelas, su favorita era una que había comprado en una librería mágica. El título era *La gran montaña* y era una historia ficticia sobre la reina de los elfos. Ya había escuchado del libro gracias a Manon, que lo había empezado y terminado el mismo día, pero no tenía planes de leerlo. Sin embargo, cuando llegó a la librería la dueña de la tienda, una gata calicó que usaba los sombreros más bonitos que hubiera visto, le comentó que era la novela más popular entre las brujas de su edad últimamente. Eso despertó su curiosidad y decidió darle una oportunidad a la historia y terminó encantándole. Pasaron después a preguntarse sobre sus colores favoritos y cuando Caleb le dijo que detestaba el color amarillo empezó una discusión.

—Es un color horrible. —Caleb apretó los labios viéndose ofendido.

—Es un color bonito —dijo Lena con cara de disgusto.

—Pero a ti tampoco te gusta tanto, nunca usas ese color cuando vienes.

Touché.

—Aun así, sigue siendo un color bonito, te hace sentir optimista. —Se encogió de hombros—. Además, no siempre me visto de mi color favorito.

En casa normalmente vestimos de negro, pero mi color favorito es el menta.

Caleb sonrió.

—Ese sí es un bonito color, contrario al amarillo, que no puedo mirarlo sin que me duela la cabeza. —Se estremeció de forma dramática.

—Es ridículo. Es un color que está en la naturaleza.

—Lo lamento, pero es horrible. Si hiciera una lista mental de cosas que detesto profundamente, el color amarillo estaría bastante alto en la lista.

—¿Y cuál es un color que sí te gusta?

Caleb lo pensó unos momentos. Se cruzó de brazos y su mirada se dirigió hacia el techo mientras consideraba su respuesta.

—Índigo —dijo finalmente—. El color del cielo nocturno. Al menos creo que ese es su color, si mi memoria no me falla.

—¿Cómo es el cielo en el reino del caos?

—Depende del dominio en el que estés —las esquinas de sus ojos se arrugaron al sonreír—, pero en su mayoría está hecho de bruma y gases violetas. Así se ve el cielo de la mayoría de las regiones que he podido visitar, pero he escuchado rumores de que hay una región en donde el cielo está hecho de escamas de pez.

—¿Escamas de pez? —Parpadeó—. Pero ¿por qué?

—Nadie lo sabe. —Sonrió—. Tal vez no está hecho de escamas, sino que peces gigantescos obstruyen la vista.

Lena puso cara de asombro.

—Creo que prefiero el cielo que tenemos aquí.

—Siendo honesto, yo también. Todo es más hermoso en ese plano.

¿Había un subtexto? El lenguaje corporal de Caleb no le revelaba nada. Solo estaba mirándola con una expresión serena y los antebrazos recargados sobre sus rodillas.

—¿Cruzabas mucho a nuestro reino?

—Sí, bastante. Me daba cierta… —pausó unos segundos— paz. Creo que esa es la palabra que usaría. Me gustaba estar en casa y demás, pero en el mundo humano encontraba balance.

—¿De qué forma? —Bruja o no, Lena era humana y no podía pensar en algo menos pacífico en ese plano que ellos.

—Un buen ejemplo son las fiestas.

Ella bufó y se reacomodó en el suelo.

—Debe ser broma. El infierno es famoso por sus fiestas. —Había aquelarres que seguían prácticas distintas a las de su abuela y buscaban oportunidades para encontrarse con demonios y beber y cantar por días y noches enteras.

—Y me encantan, pero una fiesta puede durar *semanas*. Prefiero los

festejos terrenales en donde puedo descansar un poco entre cada baile. — Su rostro esbozó una sonrisa—. Hay mucho encanto en este plano, a mi padre también le gustaba cruzar hacia acá. Él creía que se le otorgaron grandes bellezas a este mundo porque debido a su naturaleza mixta hay gran belleza en ustedes por su diversidad. Solía decir que le gustaban los humanos porque son los hijos del orden criados con los besos del caos. —Sus ojos se suavizaron—. Y esa es una combinación verdaderamente mística.

Las esquinas de la boca de Lena se alzaron casi sin que ella se diera cuenta.

—Me hubiera gustado conocerlo.

—No lo sé. —Sonrió mostrando todos los dientes—. No sé qué opinaría él de alguien a quien le gusta el color amarillo.

Se escuchó un suspiro ahogado.

—Entonces puedes olvidarte de las gelatinas que te prometí el otro día.

Caleb alzó ambas cejas.

—No tenemos por qué llegar a extremos. Simplemente quiero ayudarte a mejorar.

—No puedes mejorar una opinión.

—Claro que sí, cuando es una opinión equivocada. Y si me permite decírselo, *madame*, ser partidaria de un color tan insulso como el amarillo no va con una dama de su calibre.

Ahora la risa sonó airosa.

—¿Dama de mi calibre? —Movió sus faldas—. Estoy cubierta de tierra. Creo que se confunde de bruja, caballero.

—Incluso en harapos se ve perfecta, *madame*.

Lena sintió sus mejillas encendidas de vergüenza.

—¡No son harapos! ¡Estás exagerando!

Caleb se carcajeó y echó la cabeza hacia atrás. Lena intentaba mantener el ceño fruncido, aunque sus facciones luchaban contra ella queriendo imitar la sonrisa en el rostro de Caleb.

—Retráctate. Eres un grosero.

Caleb seguía riendo. Lena perdió la lucha contra ella misma y empezó a reír también. Por lo general lucía tan recatado que verlo derretirse de esa manera era algo que realmente le encantaba.

—Lo siento —dijo Caleb tranquilizándose y respirando despacio—. Solo bromeo.

—Pues me alegra ver que te divierte mi sentido de la moda. —Se cruzó de brazos y apretó los labios.

La sonrisa de Caleb era tan grande que Lena no sabía si era contagiosa

o aterradora, con esos colmillos filosos, pero si se guiaba por el cosquilleo en sus adentros, podía saber la respuesta.

—¿Sabes? La primera vez que te vi me enervaste —comentó él—. Después de tratar de escapar de mil maneras y rogar por ayuda a quien fuera que me escuchara, creí que el hecho de que quien me encontrara fuera la nieta de mi captora era simplemente una burla cruel del destino. —De nuevo esa expresión adormilada que hacía que su estómago se enroscara—. Pero hoy no está tan mal.

—¿*Tan mal*? —Una media sonrisa.

—Podría ser peor. —Se humedeció los labios y bajó la voz—. Me alegra que seas tú.

—También me alegra que seas tú.

Regresó a casa y abrió la puerta trasera con cuidado. Se quitó las botas para tratar de hacer el menor ruido al caminar. Patricia avanzaba a su lado con pasitos rápidos pero silenciosos.

En la columna de Polina la Loca había leído cientos de chismes sobre escapadas nocturnas y jóvenes rebeldes siendo descubiertos por sus padres o clanes o aquelarres, pero jamás pensó que ella se encontraría en una situación así. No porque fuera fanática de las reglas, sino porque en realidad no pasaba nada interesante ni en su casa ni a su alrededor que ameritara romper el toque de queda.

Hasta ahora.

Se reprendió a sí misma por estos pensamientos. Los chismes en la columna de Ekaterina eran escapadas *amorosas*. Lena estaba simplemente trabajando. Y esa noche había hecho un gran progreso. Habían descubierto que, con suficiente concentración de poder, su magia podía atravesar el espejo. Eso cambiaba las cosas porque podía pasar de intentar deshacer el hechizo a intentar un conjuro de *escape*. Ese tipo de magia era más sencilla y significaría no tener que deshacer lo que su abuela había creado, sino simplemente abrir un hueco. Y si lograba aprovechar los momentos en los que había picos de desestabilidad mágica…

—Buenas noches, Lena.

—Dioses. —Puso su mano contra su pecho para evitar que su corazón se saliera corriendo. Dio un repentino paso hacia atrás y casi aplasta a Patricia por accidente.

—Mejor dicho, buenos días. —Nessa estaba sentada en la base de las escaleras que llevaban a su cuarto. Su cabello se veía más blanco que rubio y lo llevaba en una coleta. Sus ojos estaban entrecerrados y la miraban con tanto enojo que le recordaron a los de un tiburón—. ¿Se puede saber en dónde estabas?

No.

—Estaba…

—Ni siquiera te molestes en inventar algo. —Se puso de pie y con un ademán le indicó que se callara.

Lena trató de pasar la bola de tensión que se atascó en su tráquea.

—No te cambiaste después de trabajar en el jardín. —Exhaló—. Vamos, te acompaño a tu habitación.

La idea de regresar a su cuarto y volver a ver al señor sin un ojo la ponía tensa. Iba contando los pasos que daba para distraer su mente. No sabía cómo reaccionar si abrían la puerta y él seguía ahí, observándola.

Nessa giró la perilla, empujó la puerta, y Lena apretó los dedos de sus pies dentro de sus botas, lista para encontrarse con…

Nada.

La habitación estaba vacía. No solo eso, estaba intacta. Como si el torbellino de hacía unas horas nunca hubiera ocurrido.

Se sintió tan aliviada que por un momento el hecho de que Nessa la descubriera parecía no importar.

—Tu falda está agujerada. Ponte tu camisón para que pueda lavar y remendar esto. —Se veía cansada. Había un tono azulado bajo sus ojos y su piel se veía más pálida que de costumbre. Seguramente no estaba durmiendo para estar al pendiente de Imogen.

—Yo puedo hacerlo. No te preocupes.

—Pero no lo harás. Esta no es la primera vez que noto que esta falda está desgastada. Anda a cambiarte.

Así lo hizo y aprovechó para lavarse la cara y las manos. Se tomó unos momentos para esconder los zapatos de Quinn dentro del baño y, cuando salió, Nessa la estaba esperando junto a su escritorio.

—Tu cabello se ve como un gato erizado. —Alzó el cepillo de Lena e hizo un movimiento para indicarle que se sentara frente a ella.

—¿No has dormido nada? —le preguntó cuando sintió las manos de Nessa acomodar su cabello con cuidado.

—No estamos hechas con la misma arcilla. Unos cuantos días sin dormir no van a matarme.

—Pero de todas maneras te afectan. Podemos turnarnos el cuidado de mi abuela.

—No, está bien. —Nessa pasaba las cerdas del cepillo con tanto cuidado que ni siquiera le dolía cuando deshacía los nudos más tercos. Lena tenía un cabello muy abundante que tendía a enredarse muchísimo, de ahí la decisión personal de acomodar su cabello en dos trenzas para ahorrarse trabajo. Cuando Lena era pequeña Anfisa solía perder la paciencia bastante

rápido al peinar a sus hijas y ella temblaba cuando la llamaba para arreglarle el cabello antes de sus lecciones de hechicería. Nessa lo notó y ofreció ayudarle a su madre con ese tema. Las mañanas con Nessa cepillando su cabello justo como en ese momento eran tal vez lo más relajante de sus días. Era su pequeña burbuja de calma antes de salir a las tensiones de la responsabilidad. Cerró los ojos dejándose llevar por el momento.

—Ya está muy largo —comentó la demonio con su voz queda—. Y pensar que hace poco lo cortaste hasta los hombros.

—No me lo recuerdes, ya no puedo cocinar con miel sin ponerme un gorro. —La expresión en su cara delataba lo desagradable que fue ese terrible accidente de cocina. No había sido tanto su culpa, fueron los niños a quienes les estaba tratando de enseñar a preparar pan de maíz en la escuela cercana, pero aun así debió ser más cuidadosa.

—Has crecido mucho. Los años se fueron más rápido de lo que creí. —Sonaba triste y alejada—. Un día, Imogen llegó con tu madre aun en brazos y pañales y esa bebé creció en un parpadeo y tuvo una hija que ya es una mujer. —Dejó el cepillo sobre el escritorio y empezó a acomodar el cabello en una sola trenza—. Me hubiera gustado ver crecer también a Quinn.

Lena sintió que le atravesaron una espada entre las costillas. Quinn no tuvo oportunidad de crecer y madurar por su culpa. El sentimiento le pegó de manera tan repentina que se quedó sin aire. La visión se le borró por las lágrimas que le mojaban las pestañas.

—A mí también. —Apenas escuchó su propia voz. Sonaba como si la hubieran molido hasta hacerla polvo.

—Era una bruja con una gran promesa en sus manos. —La voz de Nessa estaba cargada con tanta melancolía que una lágrima resbaló por la cara de Lena y cayó sobre el escritorio.

»No quise hacerte llorar, no debemos hablar de eso. —Sus dedos terminaron de hacer la trenza y caminó hacia la cajonera para buscar algo para atarla.

—*No.* —La respuesta vino desde el centro del ser de Lena—. No. Estoy harta de que finjamos que nunca pasó, de que no tengamos fotografías de ella en la casa, de que no intentemos salvarla, de que no podamos hablar de lo que hice.

—Lena, eras tan solo una niña.

—No importa. No importa si era una niña o no. Tú viste lo que hice, tú estabas ahí.

Nessa parpadeó.

—¿A qué te refieres? Yo no estaba ahí. Las recibí en casa cuando la señora Imogen fue por ustedes.

La mente de Lena empezó a revolverse. En su recuerdo había alguien más con ellas, estaba segura. ¿Pero quién? Esta era la primera vez que le daba voz a ese pensamiento y fue tan natural que no logró analizarlo antes de que partiera y que la figura en su recuerdo volviera a desaparecer, dejándolas a Lena y a Quinn solas frente al lago una vez más. ¿Quién era la otra persona si no era Nessa? ¿Quién las había acompañado y por qué había olvidado esa parte?

En ese momento se le escapó un bostezo.

Cuanto más intentaba recordar, más cansada se sentía. Hizo un último intento por rescatar esa imagen antes de que desapareciera y creyó ver a un hombre de cabello rubio cuando sus ojos empezaron a cerrarse.

—¿Lena?

—¿Mmm?

—Al menos debes dormir en tu cama. —La ayudó a levantarse y con cuidado la acomodó bajo el cobertor.

Nessa se despidió y salió de su habitación. Entre sueños Lena pudo formar dos pensamientos que esperaba no olvidar al día siguiente. Lo primero era tratar de recordar quién era el hombre que las acompañó ese día y lo segundo era que acababa de caer en cuenta de que Caleb logró engañarla para no decirle por qué pensaba que era en parte humano.

Se quedó dormida sintiéndose extraña, molesta y confundida.

19
Suturas

Se sentía increíble.

Su magia brillaba de una forma que no había experimentado en meses y su cuerpo se sentía como si hubiera dormido tres días enteros. Justo como Almedha le había dicho, estaba bastante recuperada. Aquel también era un día especial porque el castigo de su abuela había terminado al fin y era libre de salir de casa para trabajar y conseguir materiales.

Tomó los zapatos rojos de Quinn y los envolvió en una pijama, la cual guardó en el último cajón dentro de su guardarropa y lo cerró con llave.

—Siempre me esfuerzo en mi apariencia, no sé de qué estás hablando. —Estaba frente al espejo del baño aplicándose rímel en las pestañas y rubor en las mejillas. Había tomado un largo baño y se había untado aceites con olor a coco y vainilla. Patricia estaba junto a ella acusándola de todo tipo de cosas, pero Lena no iba a ceder.

—Cuando voy al pueblo me arreglo más que cuando estoy en casa.

Y si el vestido de tartán sobre su blusa blanca era de color índigo, bueno, era una verdadera coincidencia. Cubrió su cabello de crema para peinar y lo dejó suelto antes de amarrar una pañoleta blanca sobre su cabeza.

Patricia la miró.

—No tiene nada de raro cambiar de peinado de vez en cuando, estás creando historias en tu cabeza.

Definitivamente no iba a permitirse siquiera *pensar* en que sentía algo por Caleb. Porque no era así. Los demonios sabían cómo ser carismáticos y seducir incautos, no iba a fantasear con la idea de que él podría estar interesado en algo más que una colaboración…

No es que importara. Porque definitivamente Lena solo estaba interesada en trabajar con él.

Bajó a la cocina para desayunar y se topó con Manon, que ya estaba sentada con un libro de cubierta de cuero negro en la mano y un plato de fruta frente a ella.

—Buenos días. —Anunció su llegada con ánimo. Esa mañana sentía que podía lanzar una cuerda a la luna y traerla hacia ella.

—*Bonjour*. —Manon atravesó un trozo de piña del plato con su tenedor sin quitarse el libro de la cara.

La cocina olía a jamón, pan y jugo de naranja. Nessa estaba en la estufa batiendo lo que parecía ser un omelet.

—¿Cómo dormiste? —le preguntó cuando Lena se acercó a ver qué estaba preparando. Su estómago gruñó sin un ápice de vergüenza. Nessa llevaba un vestido gris suelto hasta los tobillos y un delantal con girasoles para no ensuciarse.

—Honestamente, muy bien. Me siento increíble. —Se asomó hacia la sartén en donde todo estaba agarrando forma—. ¿Eso es para mí?

—Era para Anfisa, pero puedes comerlo.

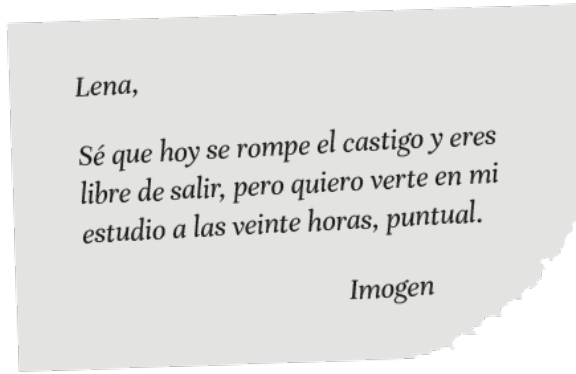
Lena tomó un plato y lo acercó para que Nessa pudiera servir el omelet.

—Se ve delicioso. Muchas gracias. —Llevó su plato a la mesa con un salto al caminar—. ¿Todavía tenemos salsa de tomate?

—En el refrigerador. —Nessa señaló con la cabeza mientras empezaba a batir más huevo.

Estaba por abrir la puerta de metal cuando vio una nota adherida con un imán de un parque de diversiones que Manon había traído de un viaje familiar.

—¿Mi abuela no está en casa? —preguntó tomando el pequeño papel con letra cursiva. Lo que decía era breve y conciso.


Lena,

Sé que hoy se rompe el castigo y eres libre de salir, pero quiero verte en mi estudio a las veinte horas, puntual.

Imogen

—Fue al lago con la señora Frida y Berterry —comentó Nessa.

Lena torció los labios y abrió la puerta del refrigerador. Encontró la botella de vidrio con la salsa detrás de un bowl de ensalada, pero cuando estaba por tomarla, el condimento chilló y saltó hasta el fondo. Lena se sorprendió, pero hizo otro intento. Esa vez estiró el brazo tanto como pudo, pero cuando la punta de sus dedos tocó la botella, volvió a chillar como murciélago y se resbaló hasta acomodarse detrás de una jarra de agua.

—¿Por qué la salsa de tomate está huyendo de mí?

—Anfisa empezó una nueva dieta y hechizó los aderezos para no comerlos —explicó Nessa.

—No puede ser. —Lena puso los ojos en blanco y extendió la palma de su mano para atraer la botella con magia. La salsa gritó y gritó, pero Lena no la soltó y regresó con ella a la mesa.

Manon cerró el libro y se cubrió los oídos con ambas manos.

—Lena, por favor, suéltala.

Los alaridos llegaron a tal punto que Lena pensó que en vez de una botella de salsa tenía una mandrágora en la mano.

—Está bien, está bien. —Dejó la botella sobre la mesa y finalmente se calló. Manon suspiró aliviada—. No puedo creer que mamá hiciera eso. Comer huevo no es lo mismo sin condimentos. —Partió un trozo del omelet y lo metió a su boca. No pudo evitar la sonrisa que iluminó su rostro enseguida—. Está delicioso, Nessa.

—Me alegra que te gustara. —Se acercó con una taza humeante en la mano—. Te preparé té de agua de luna para ayudarte con todo el estrés.

—Que la diosa te bendiga. —Tomó la taza con cuidado y sopló unas cuantas veces tratando de enfriarlo antes de beber y sentir la reconfortante sensación de calidez bajando a su estómago.

—Te ves muy animada hoy —intervino Manon con una sonrisa—. ¿Alguna razón en particular? —Alzó las cejas un par de veces. Hoy traía una sombra dorada que brillaba de forma muy bonita sobre su piel oscura y un vestido color marrón.

—Hoy termina mi castigo y planeo ir al pueblo —dijo con una gran sonrisa.

—¿Solo es eso? —Agarró un trozo de melón de su plato.

—Solo eso. —Se encogió de hombros y siguió devorando el omelet con ímpetu.

—No te creo nada. —Manon entrecerró los ojos y volvió a levantar el libro para seguir con lo que fuera que estuviera estudiando.

—¿Qué lees?

—Es una versión adaptada del *Necronomicón*. Estoy memorizando el hechizo que presentaré para la parte de Perséfone en el reto.

Oh. Entonces estaba preparando algo relacionado con necromancia.

—¿Vendrás conmigo al pueblo hoy?

—Sí, necesito unos materiales para lo que estoy preparando.

Lena terminó de beber su té y se dio unas cuantas palmadas en el pecho para ayudarse a bajar la comida. No debía comer tan rápido, pero no podía evitarlo cuando estaba hambrienta.

—Qué bueno verte en casa, Lena. ¿Cuándo fue la última vez que tuvimos el honor de comer contigo? —Su madre entró con un traje negro, los labios craquelados y las uñas casi sangrando de tanto morderlas. Su rostro había perdido color al grado que sus pecas resaltaban más que de costumbre.

—¿Por qué hechizaste la salsa de tomate? —se quejó Lena—. Sabes que me encanta.

—Si hubieras estado aquí ayer para cenar, habrías escuchado que comenté que quiero comer más sano poco a poco. Empecé por los condimentos que tienen más azúcar. —Nessa le sirvió su omelet—. Te lo agradezco mucho, Nessa.

La demonio normalmente no comía con ellas por la diferencia de dietas. No se alimentaba de humanos por sus creencias, pero sí cazaba su comida en el bosque para que la carne estuviera fresca y la sangre tibia.

—Pero ¿por qué nunca me tomas en cuenta en lo que decides? Yo no quiero dejar de comer lo que me gusta.

—Lena, es muy temprano para que me estreses. —Frunció el rostro y alzó ambas manos con las palmas abiertas en sumisión—. Además, es un hechizo de *banshee*. Esos no duran nada, entonces no exageres.

Lena no dijo más y estiró su tenedor para robar fruta del plato de

Manon.

—Te dejé los ingredientes para los brownies que querías preparar en la alacena. —Nessa colocó su mano sobre la cabeza de Lena de manera afectuosa—. Y si vas al mercado, necesito que traigas esto para tu abuela, por favor.

Lena tomó una lista escrita en un papel amarillento. Quería una hogaza de pan, jengibre, aloe y un listón.

—¿El listón lo quiere de algún color en particular? —le preguntó al tiempo que doblaba la lista para guardarla en uno de los bolsillos de su vestido.

—Me parece que quiere uno amarillo y otro rojo.

Lena asintió.

—No puedes pasar ni un día aquí con nosotras. A la menor oportunidad, te vas. —Anfisa sirvió agua en su vaso.

Manon bajó el libro y le dirigió una mirada a Lena antes de levantarlo otra vez.

—Lena ha estado practicando muy duro para la Danza de los Tres Rostros. Por eso no la vemos tanto.

Lena sonrió.

—Conozco a mi hija, Manon.

Lena puso los ojos en blanco y le robó más fruta a Manon. Su amiga simplemente empujó el plato hacia ella para regalárselo.

—Anfisa, tú también fuiste joven alguna vez y creo que no debo recordarte que estabas en casa mucho menos que Lena. Cuántas veces no tuvimos que regresarte a rastras incluso de otros *países*. —Nessa estaba preparando unos sándwiches de pavo junto a la estufa.

—Precisamente. No quiero que Lena cometa los mismos errores que yo.

—Yo quiero cometer mis propios errores, mamá.

Anfisa bufó.

—Eso dices ahora, pero cuando algo salga mal, vas a estar llorando.

—Lloro por muchas cosas de todos modos. —Se encogió de hombros —. Una más o una menos no hace diferencia. —Sonrió.

—Muy graciosa —dijo su madre con cara impasible.

Lena decidió no seguir presionando. Sabía que su madre se preocupaba por ella, pero la manera en que demostraba su amor y preocupación siempre caía en este toque brusco que la incomodaba.

Se puso de pie y llevó su plato al fregadero.

—¿Ya te vas? —preguntó Manon.

—Casi —respondió Lena y abrió uno de los gabinetes de la cocina.

—¿Qué buscas? —cuestionó Nessa. Los sándwiches ya estaban acomodados en triángulos pequeños y perfectos.

—Esto —dijo Lena con un tazón de cristal en la mano. Caminó hacia la alacena para tomar sal de mar y algo de canela.

—Voy a dejar preparándose un collar para intencionar.

Manon se puso de pie con su libro bajo el brazo.

—Entonces ¿te veo en el portón en unos diez minutos?

—Quince.

—Hecho. —Manon sonrió y se fue.

Lena estaba por salir de la cocina cuando escuchó a Anfisa decirle desde la mesa:

—No olvides llevar un abrigo, la temperatura bajó mucho hoy.

—Así lo haré, mamá. —Y salió de ahí.

Entró al invernadero seguida por Patricia, que estaba muy hambrienta. Dejó el plato sobre una de las mesas y se dirigió hacia el terrario de los gusanos.

—Buen provecho. —Bajó un gusano al suelo y Patricia lo tomó con sus pequeñas patas.

Llenó el tazón de sal y canela. Cortó un poco de salvia y algo de romero. Mezcló todo con las manos mientras concentraba su magia. Sacó de su bolsillo un collar de plata con la rueda de Hécate y lo enterró en el plato. Esto limpiaría el collar de toda energía previa y lo prepararía para hacerlo un amuleto de protección, porque claramente necesitaba ayuda extra.

Algo en una esquina del invernadero llamó su atención. Entre unas macetas vacías y una planta de tomillo estaba su viejo *besom*, lleno de telarañas y polvo, y la pequeña escoba con los dijes de pentagrama y los cuarzos que le había colgado. Lo tomó con ambas manos mientras su mente empezaba a trabajar. Salvo por la gran diferencia de tamaño, su escoba y su *besom* se veían muy similares, pero servían a propósitos completamente diferentes.

Patricia se acercó a ella resoplando.

—Es mi *besom*. Había olvidado que lo dejé aquí. Creo que han pasado como dos años —le respondió.

Lo llevó a la mesa y lo colocó junto al plato en el que estaba trabajando. Patricia le pidió ayuda para subir y Lena la levantó en la palma de su mano.

—Hace mucho que no practico proyección astral —le comentó.

«Escoba de casa para viajar en el plano terrenal, *besom* para visitar el plano astral», era lo que le decía Berterry en sus lecciones.

Patricia lo olfateó unas cuantas veces antes de perder el interés e inspeccionar el plato de sal. Había una idea que comenzaba a darle pequeños mordiscos en la cabeza a Lena intentando hacer un túnel, pero no se concretaba.

Se sintió observada y cuando miró hacia los ventanales, vio un cuervo posado en uno de los árboles frente al invernadero. Sus ojos como cuentas negras estaban posados sobre ella sin la menor vergüenza. ¿Sería Almedha? ¿Había regresado?

Su entrecejo se marcó y le pidió a Patricia que se quedara a cuidar el collar y el *besom* mientras ella estaba en el pueblo.

El cuervo extendió las alas y se alejó.

Lena salió a encontrarse con Manon y vestía un abrigo rojo y una canasta en las manos para los encargos de su abuela. El viento estaba tan frío que apenas saliendo de casa sintió que la punta de su nariz se le congelaba.

Manon se había puesto un suéter de lana color blanco y traía su libro bajo el brazo. Movió la mano para saludarla mientras se acercaba.

—¿Lista?

Lena tomó su bicicleta y se montó sobre ella.

—Lista.

—¿Conoceré al misterioso enamorado en este paseo?

Lena rio.

—No. —Fue todo lo que dijo.

—¿Entonces cuándo?

—No voy a decirte nada. —Pedaleó con fuerza mientras Manon trataba de alcanzarla corriendo.

Ya extrañaba eso. Usar su bicicleta, poder ver algo más que su casa o el cuarto del espejo. Sintió la piel alrededor de sus labios jalarse mientras su sonrisa crecía. Había cierta chispa en la familiaridad de los rumbos que consideraba su hogar. El camino de siempre, los letreros de madera que indicaban tener cuidado con los animales de la zona, la banca que los lugareños nunca repararon. Aunque no era de índole esotérica, ciertamente había verdadera magia en su lugar seguro. Magia que, aunque el frío estuviera en ese momento rasguñando sus pómulos, la hacía sentir por dentro como si acabara de beber una taza de chocolate caliente. No podía

esperar para compartir esa sensación con Quinn, para mostrarle a su hermana cuánto había cambiado todo, pero también cuánto había permanecido igual que siempre. Algo en ese día la hacía sentirse un paso más cerca de su objetivo, aunque fuera un poco. Esa idea que seguía acomodándose dentro de su cabeza la hacía sentir que había avanzado y que pronto sacaría a Caleb del espejo y finalmente salvaría a Quinn.

¿Qué sería lo primero que harían juntas? Conociendo a su hermana, lo más probable es que quisiera organizar toda una celebración. Un festejo con baile y hogueras, y coronas de flores. Lena le prepararía el pastel de zanahoria más grande que se hubiera visto en el reino. Correrían hasta lo más profundo del bosque tras la casa, más allá de lo que jamás hubieran explorado y descubrirían si, en efecto, dormía un dragón en una de las cuevas, como sospechaban cuando eran pequeñas. Se tumbarían a ver las constelaciones mientras Lena la ponía al día con todo lo que se había perdido. Seguramente llamarían a Manon y le pedirían que le leyera la mano a Quinn diez veces al día, esperando que su fortuna cambiara de forma radical con cada pequeña decisión que estuviera tomando. Esperaba que también le agradara Caleb y pudieran discutir sobre plantas medicinales y libros.

El aire olía a hierbabuena y madera; no había olido nada más perfecto antes.

—Al fin —jadeó Manon al detenerse a su lado. Sus manos estaban sobre sus rodillas y su pecho subía y bajaba con fuerza—. Creí que mis pulmones colapsarían.

—Y te ejercitas bastante. —Lena bajó de su bicicleta y la recargó cerca de la entrada.

—Pero no tengo tan buena condición física.

Aquel día no había turistas, pero aun así el pueblo vibraba con actividad. Había varias casas en reparación y mesas en donde se recolectaban donaciones para las familias afectadas por los ataques recientes de la mujer cuervo.

—¿Crees que sepan? —murmuró Manon.

—No lo sé. —Los humanos culpaban a las brujas de las cosas más aleatorias, pero rara vez acertaban. No sabía si habían relacionado lo que vieron con alguna de ellas.

Las miradas de las personas se posaban sobre ellas como moscas atraídas hacia la luz. Algunos se veían asustados y otros estaban murmurando entre sí. Unas cuantas veces notaron a algunos caminar hacia ellas, pero parecían arrepentirse en el último momento y regresaban corriendo a sus cosas.

Se acercaron al mercado en donde estaban alineados algunos puestos de frutas y carne de granjas cercanas. Lena compró el aloe con un hombre canoso, el cual saltó cuando sus manos chocaron accidentalmente al darle el cambio, y el jengibre con una mujer de cabello negro que, desde que se acercó, se quedó mirando hacia sus zapatos y no emitió ni una palabra en todo el intercambio. Y por último consiguió los listones como un regalo de una modista que le dijo de manera críptica que recordara ese obsequio y a ella, si algo ocurría.

¿A qué se refería? Lena no tenía idea, pero no iba a rechazar cosas gratis.

En definitiva, todo el ambiente se sentía inquietante.

—Ya solo me falta la hogaza de pan y terminamos —comentó revisando la lista y dejándola caer dentro de la canasta.

—Antes de ir por eso, ¿puedes acompañarme a hacer un negocio? —pidió Manon. Su vista estaba en su teléfono y movía los pulgares con rapidez —. Si prefieres esperarme aquí también está bien, pero estoy algo nerviosa. —Sonrió con sus dientes blancos.

—¿De qué se trata este negocio?

Manon miró a su alrededor antes de tomar a Lena del brazo y susurrarle en el oído:

—Voy a comprarle un cadáver a la funeraria.

El rostro de Lena se iluminó:

—El encargado y yo nos llevamos muy bien —le confesó. Después de todo, era una de sus mejores clientas.

Manon puso los ojos en blanco.

—Lena, tienes que dejar de hacer cosas peligrosas.

Sonrió con picardía.

—Me dices eso después de pedirme que te acompañe a comprar un cadáver.

—Sí, bueno, primera y única ocasión. —Se sacudió el vestido.

La funeraria estaba al oeste del pueblo, cerca de la iglesia, entre dos florerías que competían constantemente con sus adornos hechos de rosas carmín. Lena no opinaba que las rosas fueran la mejor opción para anunciarse como flores de lamento. Tal vez los crisantemos quedaban mucho mejor, incluso las orquídeas o los claveles. A su parecer, las rosas, en especial las rojas, eran flores para expresar amor romántico. Aunque si lo pensaba bien, según algunos mitos, las rosas rojas se crearon de la sangre de Adonis y el dolor de Afrodita al perder a su amante después de ser asesinado por Ares transformado en jabalí. Supuestamente la combinación de la sangre derramada por las heridas de Adonis y las lágrimas de Afrodita

transformaron las rosas blancas a su alrededor en unas rojas, las cuales desde ese momento en adelante conservaron ese tono. Así que tal vez, de alguna forma, podrían funcionar para ambas cosas, pérdida o pasión.

El edificio de la funeraria era modesto, pequeño y de color crema. Había un servicio en curso cuando llegaron y tuvieron que pasar entre los dolientes con la cabeza agachada y dando condolencias sin hacer contacto visual con nadie.

—Bruja. —Una mujer mayor con cabello castaño rizado y corto tomó el brazo de Manon—. Devuélvelo a él también —dijo entre dientes. Sus uñas eran largas y por la expresión que hizo su amiga parecía que se las estaba enterrando en el brazo.

—¿Disculpe? —Manon trató de liberarse del agarre, pero la señora solo la atrajo más hacia ella. Sus ojos se veían irritados y llenos de venas.

—Regrésame a mi hijo —exigió escupiendo al hablar y apretó el brazo de Manon con más fuerza.

—Señora, por favor —dijo Lena—. Lamentamos mucho su pérdida, pero por favor déjenos ir.

—¡No!

Todos las miraron. Más susurros, algunos apretaron los crucifijos que llevaban en las manos.

Lena sintió su pulso acelerarse y empezó a contar los ramos con flores a su alrededor mientras trataba de controlar su respiración.

—Era un buen hombre, un dentista honrado.

—Tía, venga conmigo. Salgamos a tomar aire. —Un hombre joven con el cabello peinado hacia atrás puso una mano en la espalda de la señora.

—No hasta que me lo devuelva. —Sus ojos parecían estar por estallar y acercó su cara a Manon, tratando de intimidarla.

—Señora, lo siento, pero si no me suelta tendré que defenderme.

Lena se alarmó, no quería causar una escena.

—No sabemos a qué se refiere. Nosotras no…

—Todos lo sabemos. Todos lo hemos visto con nuestros propios ojos. La hija del recolector habló con ustedes y se lo devolvieron de la muerte.

A su mente vino la imagen de la chica de rostro redondo que las interrumpió aquella vez que salieron a cenar. La que les enseñó la fotografía de su padre y les pidió que le ayudaran.

Pero Lena no había hecho absolutamente nada, mucho menos Manon.

—Nosotras no hicimos nada —aseguró Lena.

—¡Falacias!

—Señora, voy a contar hasta tres y si no me deja ir me veré obligada a usar mi magia.

Lena se alarmó. No quería que esto se volviera más grande de lo que ya se estaba haciendo.

—Uno.

—No vas a asustarme, exijo que regreses a mi hijo también.

—Tía, por favor.

—Dos.

Todos los vellos en el cuerpo de Lena se erizaron en alerta. No sabía qué planeaba Manon, pero esperaba que no hiciera que las desterraran del pueblo. Ya estaban pasando por mucha muerte y tragedia como para agregar un altercado con ellas.

—Muy bien, todos tranquilos. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Los dolientes empezaron a replegarse hacia las paredes de la funeraria para darles paso a unos hombres de chalecos oscuros y mangas amarillas.

—Tía, es la policía —murmuró el hombre antes de tomar a la mujer de los hombros con rudeza. Finalmente sus manos la soltaron y Manon quedó libre.

—Escuchamos gritos y la multitud está obstruyendo la calle —dijo uno de los oficiales observando a la gente.

La mirada de Lena gravitó hacia una cabeza de cabello dorado y ojos de zorro. Traía un sombrero y el mismo uniforme que los demás, pero obviamente era él.

—Vámonos —le dijo a Manon.

—Pero yo quiero reportarla —dijo Manon con disgusto.

—Uno de los oficiales es un demonio que conozco, tenemos que irnos antes de que me vea. —Su corazón estaba martillando con fuerza; se agachó tratando de que no la notara.

Manon aceptó y se abrieron paso entre la gente para pasar a las oficinas de la funeraria. Una vez que cerraron la puerta tras ellas, se recargó contra la pared y suspiró.

—¿Puedes creer la actitud de esa mujer? —Manon levantó el brazo—. Rompió mi suéter. Estoy segura de que me sacó sangre. Duele mucho. —Bufó como un gato.

—Los demonios se están escondiendo en el pueblo, seguramente vienen hacia nosotras. —Lena se arrancó la piel muerta de los labios con los dientes.

—Eso pensé también —comentó su amiga—. No sabemos en cuántas casas recibieron a demonios y ni se enteraron los mortales. ¿Crees que aquella chica esté diciendo directamente que fuimos nosotras?

—No lo sé. Espero que no.

Ahora entendía por qué la gente estaba actuando de forma tan inusual

al verlas pasar. Creían que escogieron a una mortal para ayudarla mientras dejaban que los demás se hundieran.

—¿Señorita Dubois? —Manon levantó la cabeza y asintió.

—Señor Otto —saludó Lena al hombre de cabello oscuro y corto, dientes grandes y anteojos. Era muy bajito y ella tenía que agacharse un poco para verlo a la cara.

—Lena. —El hombre sonrió—. No esperaba verte hoy. Qué gusto.

—Manon, este es el señor Otto, es el encargado de la funeraria.

Su amiga se acercó y saludó de mano al hombre.

—Pasen por aquí.

Las llevó a la habitación en donde preparaban los cuerpos para velarlos. Había una chica con cabello verde lima poniéndole rubor a un joven pelirrojo.

—Iris, puedes tomarte un descanso.

La chica soltó la brocha y huyó tan rápido que Lena no logró verle la cara.

—Muy bien, señoritas, lo que tengo para ustedes hoy es este joven de veintiséis años. Sano.

Le quitó la manta que lo cubría. Tenía marcas de mordiscos en los brazos y varias heridas que se veían mal suturadas. Con las luces blanquecinas en el techo, la piel se le veía grisácea. Había una línea grande en su abdomen que no habían cerrado.

—Tiene algunos detalles, pero es de los mejores cadáveres que les puedo ofrecer, considerando las circunstancias. No van a encontrar muchos cuerpos completos en estos momentos, este sí es un verdadero hallazgo. —Se colocó unos guantes de látex de color azul—. También tiene todos sus órganos, los cuales no removimos para que usted lo pueda recibir tal cual, señorita Dubois. —Apartó la piel del abdomen como si estuviera abriendo un libro de carne.

Manon se cubrió la boca con la mano y se estremeció.

—Si gusta acercarse, notará que está completo. Si quiere inspeccionarlo usted misma, le puedo dar un par de guantes.

—No. —Manon pasó saliva—. Confío en usted.

Otto volvió a cubrir el cuerpo con la manta.

—Como usted diga, señorita.

Manon torció los labios.

—¿Y sus familiares no sospecharán nada?

—Recientemente hemos recibido muchas peticiones para cremar al difunto y entregar las cenizas. —Otto sonrió y se quitó los guantes antes de caminar hacia un bote cercano y tirarlos—. De hecho, también cremaremos

al hombre del servicio de hoy y tomaré parte de las cenizas de él para entregárselas a la familia de este joven. Nadie se va a enterar, no se preocupe. Tenemos las mejores políticas de confidencialidad. Ni se imagina la cantidad de caníbales que nos visitan desde Dublín. —Soltó una carcajada.

Manon entrecerró los ojos mientras observaba la cara del chico muerto. Había algo cocinándose tras su mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó Lena en voz baja, pero aun así el señor Otto pareció escuchar.

—¿No le gusta, señorita? Mil disculpas. Por la premura es el mejor candidato que pudimos conseguir, pero si nos da usted un mes.

—No, no es eso. —Manon negó con la cabeza—. Quiero comprar el cadáver del hombre que están velando hoy.

Le tomó unos momentos a Otto poder reaccionar.

—No le recomendaría ese cadáver, señorita. Su rostro estaba bastante desfigurado cuando lo trajeron. Hicimos lo mejor que pudimos para reconstruirlo, pero… puede ser algo impactante. Además, le falta un brazo.

—¿Entonces me lo vende a menor precio?

Lena abrió la boca estupefacta.

El señor Otto se reacomodó los anteojos y parpadeó unas cuantas veces, considerando lo que se le pedía.

—Muy bien. —Sonrió—. Podemos entregarle el cuerpo en su domicilio esta misma madrugada.

—Excelente —aceptó Manon complacida y sacó un sobre amarillo de su bolso—. Aquí tiene la cantidad que acordamos.

El señor Otto intentó convencer a Lena de comprar más dientes y ella estuvo bastante tentada a hacerlo, pero por el momento debía guardar sus ahorros para los ingredientes que pudiera necesitar para liberar a Caleb. Salieron de la diminuta funeraria temiendo ser atrapadas nuevamente por la señora, pero para su sorpresa no la vieron por ningún lado, aunque el velorio seguía.

—No puedo creer que vayas a hacer esto —le comentó Lena.

—Creo que es una buena demostración de poder.

—Pero podrías invocar entes a través de una sesión espiritista. —Lena cerró los botones de su abrigo. La temperatura parecía bajar cada vez más. Le hubiera gustado llevar una bufanda.

—Eso es muy similar a lo que puedes hacer tú. —El viento estaba haciendo que los rizos de Manon chocaran contra sus ojos.

Recorrer las calles teniendo idea de qué era lo que las personas comentaban cuando cubrían sus manos y se acercaban a los oídos de sus acompañantes era estresante, pero al mismo tiempo le daba paz el saberlo.

Entraron a la panadería y la pareja encargada las saludó como siempre. Era una pareja mayor que se había mudado desde Alemania hacía varios años. A Lena le reconfortaba saber que no hacían caso a rumores, o cuando menos eran respetuosos con sus clientes. El olor a pan recién horneado, papel y una pizca de azúcar le acariciaba la nariz.

—Una hogaza de pan, por favor —pidió Lena.

Manon se acercó a los bísquets que estaban acomodados frente a la vitrina.

Le entregaron el pan envuelto en papel y Lena lo guardó en su canasta después de pagarlo.

—Oficialmente terminamos con la lista. Somos libres. —Lena estaba avanzando hacia la salida cuando Manon la jaló del abrigo.

—¿Qué pasa?

—Finge que estás viendo estos muffins. —La arrastró a la vitrina y se agacharon para quedar casi frente a los pastelillos de pasas.

—No entiendo —dijo Lena poniendo mala cara, pero haciendo lo que su amiga le pidió.

—No mires hacia afuera.

Lena tuvo que usar todo su autocontrol para no mirar.

—Tu amigo lleva rato siguiéndonos.

—¿Qué? —Estaba ahogándose con su propia saliva.

Una rápida, muy rápida, mirada hacia afuera lo comprobó. En efecto, ahí estaba Ulf en su disfraz de policía con una libreta en la mano. Su corazón se hundió. La última vez que se vieron Ulf había actuado muy extraño y mentiría si decía que no le daba algo de miedo verlo fuera de casa.

—¿Quieres que le diga algo?

—No. Tenemos que encontrar una forma de salir sin que nos vea.

—Podemos probar con un hechizo para asustarlo. —Manon tomó dos de los muffins y se encaminó a pagarlos con Lena tras ella.

—Ya lo he intentado antes, usa muchas protecciones. —Sintió como si agua helada cayera sobre su cabeza. Esto solo podía indicar que probablemente trabajaba con brujas que le ayudaban con sus amuletos.

—Tranquila. —Manon la tomó de la mano—. Estamos juntas en esto.

Salieron de la tienda. Lena cerró los ojos con fuerza por unos segundos. Escuchó la campana de la puerta sonar.

Abrió los ojos.

La calle estaba vacía, Ulf no estaba por ningún lado.

20
Infierno, llama, infierno

Su bicicleta se había caído al suelo, así que la levantó para amarrarle la canasta y llevarle a su abuela el encargo.

Levantó la mirada y sintió un rayo de tensión en el estómago.

—¡Dioses! —exclamó sin poder controlar sus labios.

—¿Qué pasa?

A unas cinco casas de ellas, sobre el techo de una boutique, estaba Ulf con las manos en los bolsillos de su pantalón negro y una sonrisa de lado. Aún traía el uniforme de policía, pero había perdido su sombrero.

Sus manos empezaron a temblar. ¿Qué debía hacer? ¿Enfrentarlo? ¿Correr a casa? No podía dejar a Manon atrás y aprovecharse de que ella traía una bicicleta. Podía ver su aliento saliendo de su boca mientras respiraba.

Ulf alzó dos dedos y los puso frente a sus ojos antes de apuntarlos hacia a ella. Un trago de bilis subió por su garganta. El cuervo afuera del invernadero, Ulf... estaba harta de sentirse vigilada.

—Vámonos —dijo Lena al notar que el demonio no planeaba moverse.

Manon le lanzó una última mirada a Ulf y luego asintió.

Emprendieron el camino a casa en silencio, ambas con una nube de preocupación sobre su cabeza. Normalmente Manon le estaría preguntando todo tipo de cosas acerca de Ulf, pero ese día iba en silencio y con

la mirada desenfocada mientras caminaba. Había un par de espectros al lado de la carretera con el pulgar alzado, pidiendo que algún auto aceptara llevarlos. Sus ojos eran agujeros negros y sus caras, calaveras. Uno de ellos sostenía un letrero que decía «A donde sea». Lena pasó frente a ellos sin decir nada y ellos también la ignoraron.

La temperatura bajaba cada vez más y estaba dejando de sentir las manos en el manubrio de la bicicleta.

—Espera. —Manon la detuvo. Su entrecejo estaba fruncido y miraba hacia sus pies con preocupación—. Sígueme.

Empezaron a caminar hacia los árboles. Lena dejó su bicicleta junto al camino, se detuvo solo el tiempo necesario para recitar un hechizo con el fin de que nadie la robara. Manon guiaba el camino entre los árboles. Lena intentó preguntar a dónde se dirigían, pero su amiga se limitó a pedirle que guardara silencio. Bajaron una colina tomadas de las manos, ayudándose mutuamente a no resbalar. Y entonces se toparon con lo que Manon seguro había recibido en su visión.

Tres hombres con botellas de licor en las manos estaban rodeando a una chica en el suelo. Dos vestían ropa muy similar: pantalones de mezclilla y camisa de botones. El otro traía un overol de trabajo.

—Maldita bruja. —Uno le escupió a la chica en la cara—. No llores y no vayas a gritar o lo vas a empeorar.

Ella se cubrió la cabeza con las manos.

—Por favor, déjenme ir. —Su voz se quebraba—. Prometo que no le diré a nadie lo que pasó. Por favor, por favor.

—¿Qué fue lo que te dijimos? —El hombre del overol se agachó y le apretó la cara con fuerza. Las lágrimas caían de los ojos de la chica y mojaban la mano del hombre—. Te dijimos que no lloraras.

—Perdón. —Tomó aire con la boca y sus labios temblaban—. Perdón.

—Ahora lloras, pero cuando nos estaba matando esa mujer cuervo no estabas triste.

—Es una bruja que duerme con Satanás.

—Yo no hice nada, en verdad. —La chica intentó ponerse de pie con las piernas temblorosas. Su cabello castaño estaba manchado de sangre—. Yo no sé cómo regresó papá a casa, lo juro. —Volvió a estallar en llanto.

Ira.

Ira transformándose en lava que hacía que la cara de Lena se retorciera y chispas salieran de sus dedos. Podía escuchar los cascabeles de mil serpientes en sus oídos. Malditos. Malditos tres veces. Estaban acusando a una chica inocente cuyo único pecado fue pedirle ayuda para recuperar a su padre.

—Hay que quemarla —sugirió el del overol con una mirada de completa locura—. A las brujas se les quema y eso elimina las maldiciones.

—No, por favor, se los suplico. Yo no soy una bruja.

—Yo sí. —Lena salió de entre los árboles—. ¿En qué les puedo servir? —Mantuvo su voz serena pero sus huesos se sacudían queriendo enterrar sus uñas en los ojos de esos hombres. Uno de ellos estaba por acercarse, pero el del overol lo detuvo.

—Espera, con ellas no.

—Ya veo, entonces si se trata de una bruja poderosa no se meten con ella. Anotado —se burló Lena—. Eso me suena más a que se aprovechan de los débiles, ¿no?

Uno de ellos negó con la cabeza.

—Pues yo creo que sí. —Su voz era dulce, como si estuviera hablando con niños pequeños—. Yo creo que solo son unos cobardes.

—Además, su plan era ridículo. —Manon, que se había acercado, sonrió—. Para quemar a una verdadera bruja se necesita más que fuego. A ese ya no le tenemos miedo. —Chasqueó los dedos y una flama apareció sobre su mano. Los hombres dieron un salto hacia atrás.

—Vete de aquí —le indicó Lena a la chica—.

Les agradeció y corrió hacia los árboles detrás de ellas.

El hombre de overol se puso de rodillas.

—Tengo familia, por favor no me hagan daño. Yo no quería hacerlo. Ellos me obligaron, ellos idearon todo. Por favor. —Juntó ambas manos en plegaria.

Lena se acercó a él y acarició su frente con el pulgar.

—Pobrecito, tienes miedo. —Lo dijo como una afirmación.

El hombre asintió con la cabeza.

—Déjame decirte algo. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro —. El peor círculo del infierno está reservado para los traidores.

Otro chasquido de Manon y un aro de fuego los rodeó. El hombre cayó al suelo convulsionándose y gritando mientras se arañaba la cara.

Manon metió la mano a su bolso y sacó un polvo negruzco, el cual sopló a la cara de uno de ellos, quien de inmediato cayó al suelo junto a su amigo.

El último estaba sudando profusamente. Ríos de agua salada resbalaban por su frente y mojaban su ropa. Trató de huir, pero el fuego creció impidiéndole el paso.

—Las serpientes. —El del overol se arrastraba tratando de alejarse—. Quítenmelas de encima.

El hombre al que Manon atacaba estaba en el suelo con la boca abierta

y la mirada perdida.

—¿Cuáles serpientes? —preguntó el último en pie.

—Nosotras. —Lena se cubrió la cara con las manos y cuando las retiró, su rostro se había transformado, ahora tenía piel con escamas verdes y ojos amarillos.

La mirada de la estrella en su piel estaba ardiendo mientras alzaba las manos, y cientos de arañas pasaron a través del fuego caminando hacia sus víctimas.

—*Abyssus abyssum invocat* —recitó Manon.

—Por el fuego presente y el poder del viento que nos escucha. Por el poder del agua en nuestras pieles y la tierra bajo nuestros pies, yo los condeno —continuó Lena.

Manon le tomó la mano y cerró los ojos. Las arañas subían por los pantalones de los hombres y se escondían bajo su ropa. Tenían cuerpos peludos, patas largas y manchas blancas en el lomo.

—Sus bolsillos están marchitos y sus cosechas secas. Por la luna que todo lo ve y el poder de mis ancestros, estarán en soledad hasta que la muerte llegue a tomar lo que es suyo desde que nacemos.

—Hecho está —dijo Manon.

—Hecho está —repitió Lena.

Las arañas se evaporaron y el fuego se apagó, dejando a los tres hombres observándolas pasmados. El rostro de Lena volvió a la normalidad.

—Para curarse primero tienen que saber de qué están enfermos —indicó Lena—. No culpar a mujeres de pecados no cometidos.

Lena se acercó a ellos y se encogieron con verdadero terror en el rostro.

—No quiero que lloren ni griten. —Llevó su dedo índice a la boca en señal de silencio.

Se fueron de ahí sin mirar atrás. Manon lideraba el regreso mientras Lena la seguía. Se sentía completamente exhausta y drenada de energía. Su cuerpo pesaba toneladas y toneladas de cemento y su pobre alma apenas podía sostenerlo.

Manon se detuvo y Lena casi choca con su espalda.

El espectro de una mujer vestida de novia estaba frente a ellas. Su cuerpo era traslúcido y su vestido largo rozaba el suelo. Tenía el cabello recogido sobre su cabeza y un largo velo con marcas de quemaduras.

—¿Un fantasma en el día? —preguntó Manon.

—¿Puedes verla? —Las cejas de Lena casi le tocan la coronilla. Manon asintió con la cabeza. Eso significaba que era un ente con ataduras fuertes al plano terrenal. Manon tenía razón al sorprenderse de verla a esas horas,

porque aunque Lena veía espectros en todo momento, los ojos comunes solo podían ver a los fantasmas de este tipo bajo el manto del cielo nocturno, cuando las fibras entre dimensiones son más delgadas.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Lena.

—No. —Manon la detuvo—. Deja de hacer estas cosas. En especial después de toda la energía que acabas de gastar.

La novia inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Cómo te puedo ayudar?

Manon la pellizcó y Lena se quejó.

—¿Qué te pasa? —regañó a Manon mientras frotaba su costado.

—Vámonos a casa y dejemos las cosas así. Ya nos entrometimos bastante en asuntos que no nos conciernen.

Lena exhaló. Manon tenía razón. Incluso Almedha le había comentado sobre proteger su energía. La marca de la estrella le seguía doliendo como si la hubieran tallado con un cuchillo. Nunca le había ocurrido algo así y bien podría ser una señal de su cuerpo pidiéndole detenerse.

—Lo siento mucho. —Inclinó la cabeza disculpándose.

Volvieron a avanzar, y cuando Lena caminó junto al espectro, la escuchó hablar.

—Me llamaste. —Su voz sonaba lejana y rebotaba con eco.

—¿Disculpa? —preguntó Lena.

—Tú me llamaste —repitió.

Lena negó con la cabeza y la novia se esfumó sin más.

Manon le tomó la mano para jalarla y seguir caminando.

—Los muertos a los muertos —le recordó.

—Dijo que yo la llamé —comentó.

El camino ya se veía frente a ellas. Sus botas estaban cada vez más sucias y quizá no podría usar magia para limpiarlas si quería reservar energía. Gruñó internamente.

—¿Y lo hiciste?

—No. —Lena mordió el interior de sus mejillas—. No lo sé.

Tal vez el dolor en su marca tenía relación con esto. Tal vez lo había hecho sin darse cuenta, después de todo, ese día había iniciado con ella sintiéndose más fuerte que antes. Tendría que comprobarlo, pero temía lo que podría llegar a atraer. Tal vez la novia en esa ocasión tenía una energía calmada y se fue sin exigirle nada, pero si algo había aprendido es que los espectros son la versión más cruda de los humanos. Era el alma humana sin ningún tipo de adorno, sin deseos de complacer, sin deseos de encajar o de quedar bien. Y en ocasiones ella tenía que admitir que llegaba a pensar que más que a los demonios que reinan el caos, le temía a un humano ya sin

nada que perder.

—Deberíamos preguntarle a la señora Imogen cuando le contemos lo que pasó.

Lena se rascó la nuca sintiéndose incómoda. No quería contarle a su abuela lo que había pasado. Seguramente las regañaría por inmiscuirse en donde no las llamaban y arriesgar su seguridad. Nunca quería recibir regaños de su abuela, pero en ese momento en específico, con lo cansada que se sentía, prefería evitarlo.

—Tal vez después. —Tomó su bicicleta y se alegró de ver que la canasta seguía bien y los bichos no habían asaltado el pan.

—Cuanto antes mejor, Lena. Las cosas después solo se hacen más grandes. Aprovecha que quiere hablar contigo hoy.

—Está bien, está bien. —Exhaló. Recargaba su peso en la bicicleta mientras avanzaban. Sus piernas se sentían como gelatina y definitivamente no podría montarla.

—Bien. —Manon sonrió—. Esperemos no toparnos con más sorpresas de regreso a casa.

—Que la diosa te escuche —respondió Lena y siguieron por el camino de siempre.

21
Cúspide

—Tengo un plan.

Lena bajó las escaleras del cuarto del espejo y caminó hacia Caleb con decisión en la mirada.

—Te escucho. —Sonrió. En esa ocasión su camisa estaba abierta casi por completo, permitiéndole a Lena apreciar de nuevo la tinta negra de sus tatuajes. Se obligó a enfocarse y regresó su mirada hacia los ojos verdes.

—Mi abuela quiere verme más tarde en su estudio. Esto es una gran oportunidad, siempre está cerrado bajo llave y magia de sangre. —Metió las manos en los bolsillos de su abrigo. ¿Cómo era posible que ese sótano estuviera más frío que el exterior?

—¿Y qué hay de especial en ese estudio? —Caleb arqueó una ceja y se hizo el cabello hacia atrás.

—Su libro de las sombras está ahí —dijo levantando las manos—. Ahora, antes de juzgarme...

—Nunca lo haría. —Su mirada era suave y Lena sintió que simplemente se derretía. No pudo evitar que la comisura de sus labios se elevara.

Se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—No se debe ver nunca el libro de las sombras de otra bruja sin permiso. Es una gran falta de respeto. —Se encogió de hombros—. *Pero* es posible que en ese libro esté el hechizo que ella usó para atraparte aquí.

Caleb se veía intrigado y dio un paso para acercarse más hacia el cristal.

—¿Eso nos ayudaría a revertirlo? —Movió la cabeza y sus mechones rebeldes de cabello cayeron sobre sus ojos.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. Tal vez yo no sepa exactamente cómo, pero si logro tenerlo en mi mano sé que lo puedo intentar.

—¿Qué ocurriría si te descubre? Imogen no es fácil de engañar.

—Seré precavida. —Pasó su lengua por sus dientes.

Decir que le asustaba que su abuela la sorprendiera intentando robar una página de su libro de las sombras se quedaba corto. Sentía el terror más puro que pudiera existir congelándole la sangre en el pecho. No solo porque la humillaría y reprendería con el peor castigo que se le pudiera ocurrir, sino que sabría perfectamente para qué lo usaría. Tal vez en el pasado decidió encerrar a Caleb en el espejo, pero ahora podría acabar con él de una vez por todas al saber que había sido encontrado.

—¿Y si no guardó el hechizo en su libro?

—Entonces me habré arriesgado al deshonor y destierro por nada.

—Lena, ¿no hay otra opción? No podría vivir conmigo mismo si algo te sucede. —Entrecerró los ojos—. Sobre todo por culpa mía.

Lena se acercó y colocó sus manos contra las de él en el espejo.

—No hay más opciones. Ya intentamos todo. —Apretó los labios—. Prometo tener cuidado.

Se miraron unos momentos. Los ojos de Caleb bajaron por tan solo un segundo a los labios de Lena antes de volver a subir. Fue todo en un parpadeo y si Lena no hubiera estado prestando atención, el momento hubiera quedado perdido. Esto era ridículo, estaba imaginando cosas o Caleb estaba jugando con ella, como es sabido que hacen los demonios.

Aun así, no pudo evitar imitar la acción y bajar sus ojos a los labios de él también. La emoción que le recorría el cuerpo entero era completamente involuntaria.

Fue demasiado obvia, cuando sus ojos volvieron a conectar con los de él, lo vio con una expresión sorprendida antes de sonreírle.

—Te ves muy bella esta noche. —Su voz era grave y un delicioso escalofrío le acarició los hombros.

—Gracias, yo, um —empezó a balbucear. Estúpido nerviosismo, estaba rompiendo lo que sea que estuviera ocurriendo en esa nube a la que entraron —. Debo irme. —Dejó caer sus hombros en derrota. Estaba actuando como

una verdadera tonta—. Tengo que preparar algo antes de encontrarme con mi abuela.

Caleb asintió.

—¿Volverás más tarde?

—Sí, y con suerte con el hechizo en mis manos.

—Confío en que así será.

Lena caminó hacia las escaleras y puso el pie en el primer peldaño. Se detuvo al recordar algo.

—Por cierto, no me dijiste por qué sospechabas que podrías ser humano. —Entrecerró los ojos.

Caleb se mordió el labio inferior y la miró divertido.

—Debía guardar algo para que regresaras, ¿no?

Lena sonrió con las mejillas encendidas.

—Entonces me lo debes. —Aspiró una bocanada de aire—. Deséame buena fortuna. Esperemos que la diosa me bendiga.

—Creo en ti. Si alguna vez he creído en algo o en alguien, es en ti.

Lena sintió que su pecho se inflaba casi hasta reventar y con convicción renovada subió para encontrarse con Imogen.

Entró a la sala de juntas, la puerta crujió y su cuerpo entero se encogió. Dio una última mirada hacia atrás para asegurarse de que nadie estuviera cerca y, cuando vio el pasillo vacío, se deslizó al interior de la habitación.

Estaba temblando tanto que sentía como si llevara puesto un traje hecho de hielo, y no podía evitar que sus huesos se sacudieran mientras estaba ahí. Tenía los sentidos tan alerta que cualquier sonido, golpeteo, pasos en el piso de arriba o eco, por más diminuto que fuera, la sobresaltaba. No sabía si encender la luz o no. Podría producir algo de fuego con sus manos, pero con toda la magia que había usado en el día y el trabajo pendiente en el invernadero que todavía debía terminar, probablemente no lograría sostener la flama por más de unos parpadeos. Por otro lado, encontrar lo que necesitaba en la oscuridad iba a ser mucho más difícil y seguro tardaría más.

Encendió la luz y se quedó quieta en caso de que alguien entrara al notar luz escapando por debajo de la puerta. Tenía una excusa preparada para esto, diría que había visto a un espíritu entrar a la habitación y le pareció importante investigar porque los fantasmas no debían acercarse a ese lugar.

Nadie entró y entonces avanzó con cuidado.

Las sillas estaban acomodadas como siempre y todo olía a limón, naranja y sal. Muy probablemente habían hecho limpieza durante el día. El gran caldero del aquelarre, libros e ingredientes para sus conjuros importantes estaban acomodados en una vitrina al fondo. Mientras caminaba hacia ella se preguntó por qué entró con sus botas en vez de cambiarlas por unos zapatos más ligeros. Cada paso que daba le retumbaba en los oídos y la hacía rechinar los dientes.

Escuchó unos pasos en el techo y se detuvo a mirar hacia arriba. Sus manos estaban apretadas en puños a sus costados. De pronto cesaron y permitió que la tensión saliera al exhalar por la boca.

Siguió caminando, aunque sentía las piernas tiesas como la madera. La vitrina también guardaba las pociones de la casa, las cuales, después de algunos lamentables accidentes, tuvieron que ser removidas de la cocina. En varias ocasiones Lena las confundió con ingredientes de cocina y despertó con orejas de asno o con el cabello tan largo que tuvo que sacarlo por la ventana de su cuarto para no sofocarse con él. Cuando Manon recién se mudó a la casa tuvo un incidente terriblemente penoso con una poción de amor que una clienta había encargado. Berterry no hacía sus pociones agradables a la vista, y si bien, por lo regular, una poción de amor debe verse rosada y dulce, esa se veía como sopa de pollo. Y justo con eso la confundió Manon cuando la encontró en un frasco de vidrio alto. La poción estaba diseñada para que aquel que la bebiera se enamorara de la primera persona que viera, y para Manon esa persona resultó ser Imogen. Fue una semana bastante incómoda, la cual culminó en una bochornosa declaración con una caja de chocolates. Imogen y Berterry revirtieron el efecto, pero desde ese día nunca volvieron a dejar las pociones en otro lugar que no fuera la vitrina junto al gran caldero. Y justamente necesitaba una de esas pociones para la junta con su abuela.

Abrió la puerta de cristal y se detuvo unos segundos con las manos aún temblando. Pasó la mirada por los distintos frascos, algunos con etiquetas y otros no, buscando reconocer la letra de su madre. La poción que buscaba era de color púrpura y se llamaba Invierno del oso. Se preparaba con arenas de Morfeo y otros ingredientes, y estaba diseñada para hacerte dormir. Era muy efectiva, pero si se tomaba sin rebajar con agua, podría tumbar hasta un *daidarabotchi*. Estaba segura de que todavía tenían porque Anfisa la había preparado unos días atrás y siempre hacía de sobra. Encontró varias pociones similares, pero no la que necesitaba; estaba a punto de darse por vencida cuando finalmente encontró una poción para curar el mal de ojo, y justo detrás estaba la del Invierno del oso. Revisó la etiqueta con las

anotaciones de su madre y se alegró al ver que todavía faltaba un mes antes de que caducara. Excelente. Justo lo que necesitaba.

Tomó el pequeño vial, lo guardó en su bolsillo y cerró la puerta de la vitrina. La bofetada de culpa le llegó al instante. Estaba por embrujar no solo a su abuela, sino a la suma sacerdotisa. Sentía que su brújula moral estaba cada vez más rota mientras seguía cavando el pozo en el que se encontraba.

No debía pensarlo mucho, de lo contrario se retractaría, y en ese punto ya no podía hacerlo. Todo valdría la pena al final, no debía perder el enfoque de por qué estaba haciendo todo aquello. Además, su abuela no saldría herida, era un hechizo inofensivo.

Tensó los músculos de su abdomen y levantó la cabeza antes de marchar hacia la salida para encontrarse con su abuela.

—Llegas tarde. —Su abuela la recibió en su estudio con varias velas encendidas y el pan que había comprado en el pueblo ya cortado en rebanadas. El desastre que había ocurrido cuando curaron a Lena del maleficio ya había sido limpiado y los estantes estaban de pie con orgullo. Aunque con excepción de algunas cosas obvias, el aspecto de mazmorra del lugar hacía difícil poder distinguir si todo estaba limpio o no.

—Por dos minutos —respondió Lena quitándose el abrigo y colgándolo en el perchero cerca de la puerta.

—Tarde es tarde. —Su abuela se frotó los ojos con el dedo índice y el pulgar—. Estamos en la misma casa. No hay razón alguna para no estar a tiempo. —Sus manos estaban llenas de manchas y sus dedos temblaban. En su mano izquierda traía un bastón como el de la señora Frida.

El corazón de Lena se hundió. Ver a su abuela tan frágil hacía que su pecho se encogiera. La poción en su bolsillo ardía como carbón encendido.

Sabía que algún día su abuela debía partir, pero no esperaba que fuera tan pronto. Tal vez, aunque pasaran cientos de años humanos, siempre sería demasiado pronto. Su abuela era el pilar de su familia, el soporte de su clan, que ella misma construyó. Siempre se veía orgullosa y lista para lo que fuera que la vida le arrojara. Nada la intimidaba, nada la había logrado doblegar, hasta que fue vencida por aquello que nadie puede vencer: el tiempo mismo. Un poder más fuerte que el de la bruja más poderosa.

—Lo siento. —Agachó la cabeza.

—No importa ya, siéntate para que hablemos. —Lena lo hizo y su abuela le llevó pan con pasos lentos.

¿En qué momento había perdido tanto de ella misma? Su cara tenía grandes surcos que marcaban las expresiones que hacía en su juventud, y su piel se veía tan frágil y delgada como las alas de una mariposa.

—¿Tienes hambre? Aquí hay pan. Nessa me dejó varias cosas más, por si quieres. Hay jamón y queso también.

Lena aceptó el plato con la rebanada.

—Así está bien, gracias.

Los dientes de su abuela se veían desgastados y el azul de sus ojos estaba nublado. La taza de té de su abuela estaba en la mesa casi frente a Lena. Tenía marcas de labial en el borde y todavía estaba humeando. Lena metió la mano a su bolsillo y jugueteó con el vial que descansaba ahí. No podía, no podía hacerlo. Se daba asco a sí misma por planearlo y también por no poder completar la encomienda.

Desde aquella reunión en la que supo que su abuela partiría, no lo había sentido tan real como ahora. Una parte de ella estaba enterrando esta información como algo que nunca llegaría para mantenerse enfocada en rescatar a su hermana. Pero en ese momento, al verla así, la realidad caía sobre ella como un derrumbe.

—Abuela, no te vayas —dijo sin poder evitarlo. ¿Cómo iba a ondear la bandera sin un mástil firme que la sostuviera y evitara que se fuera volando?

Imogen, con expresión de duda, le preguntó.

—¿De qué hablas? No voy a ningún lado.

—No, perdón, no quise decir eso. —Pasó saliva y se reacomodó en la silla. Imogen la miró y regresó el pan a la mesa del caldero.

—Sé a lo que te refieres. —Su espalda estaba encorvada, aplastada por la edad y las dificultades—. Pero la muerte nos alcanza a todos, Lena. No importa quién seas o cuál sea tu oficio, una misma noche nos espera a todos por igual. Es lo único certero.

—Lo sé. —Se limpió los ojos con el dorso de la mano—. Es solo que nos vas a hacer falta y creo que no había caído en cuenta de lo real que es esto hasta ahora.

—No me iré por completo. Ya dejé mucho de mí aquí como para irme y desaparecer. Me quedo en tu cabello, que es del mismo color que el mío, y en tus manos, que se parecen a las mías. —Le mostró ambas manos y Lena asintió con la cabeza. Era cierto, compartían muchos rasgos físicos. Incluso Caleb lo había mencionado.

—Me quedo en tu apellido y me quedo en todo lo que te enseñé. Entonces, si el tiempo me lleva ahora es porque ya tejí aquí todo lo que debía y ya es hora de que los árboles del campo que sembré den sus propios frutos.

Lena empezó a llorar. Lágrimas calientes resbalaban por su rostro y caían en su regazo. Apretó los puños tratando de contenerse, pero se sentía como una presa que se acabara de romper. Solo lloraba y lloraba, como si eso fuera a sanar el dolor que sentía en el corazón o le quitara lo que estaba atorado en su esófago.

—Además, nos volveremos a encontrar. —Levantó la mirada hacia la luz en el techo—. En el *Summerland*. Te estaré esperando ahí lista para escuchar sobre todo lo que no te veré alcanzar.

Lena asintió con la cabeza y empezó a respirar para calmarse. Inhaló con fuerza y exhaló.

Inhaló.

Exhaló.

Inhaló.

Exhaló.

Podía con esto, tenía que dejarla ir. Debía ser fuerte porque ese valor también era algo que su abuela había dejado en ella. Cuando por fin dejó de llorar, su abuela se acercó a ella con algo en la mano.

—Toma.

Su libro de las sombras. Lena sintió que sus ojos se saldrían de su cabeza. Tenía miedo de tocarlo y que se desintegrara. Temía que al sostenerlo despertara en su cama, dándose cuenta de que estaba soñando. La poción en su bolsillo se sentía tan pesada que estaba por abrir un agujero en su ropa. No había necesitado usarla, en ninguna de las posibles rutas que había imaginado se encontraba esta posibilidad. Esta confianza en ella por parte de su familia.

—Te lo entrego a ti porque ya sabes cómo es tu madre. Es tuyo ahora.

—Pero todavía no completamos la Danza de los Tres Rostros.

Imogen empujó el libro hacia sus manos.

—Si la diosa quiere que Manon tome el aquelarre y nuestro grimorio, no me puedo oponer a ella. Pero mis hechizos son tuyos. Tómalo.

Lena lo aceptó. La culpa de lo que planeaba hacer se asentaba en sus entrañas como comida indigerible. Se sintió repentinamente enferma.

—Tal vez incluso encuentres inspiración para el reto.

Lena le dirigió una pequeña sonrisa.

—Gracias, abuela. —Abrazó el libro contra su pecho.

Esto era justo lo que necesitaba, con esto estaba cada vez más cerca de liberar a Caleb y salvar a Quinn. Quizá lograría regresar a su hermana antes de que la abuela partiera. Sí, eso debía ser uno de sus motores. Si lograba hacer esto rápido y bien, podría darles una despedida.

—Guárdalo en un lugar seguro. Si se llega a perder o a dañar

reencarnaré en una bestia salvaje y vendré a destruir todo.

Lena rio.

—Te prometo que lo cuidaré bien.

Lo guardaría en su armario, junto a los zapatos de Quinn, y pondría cientos de hechizos protectores.

—Creo que nunca te he dicho esto, pero yo no quería tener hijos. —Su abuela se sentó en una silla junto a ella—. Cuando me enteré de que tu madre estaba en mi vientre, lo sentí como un trago amargo. A pesar de que yo misma había salido en diversas ocasiones buscando la concepción, cuando por fin ocurrió, no me sentí feliz.

Lena le dio una mordida a la rebanada de pan sosteniendo el plato debajo de la barbilla para no dejar caer migajas. Sí sabía esta información porque Imogen se lo confesó abiertamente a Anfisa cuando era más joven. Esta revelación dejó a su madre marcada para toda la vida, tanto que cada vez que se desahogaba con Lena, volvía a contar esa historia.

—Decidí dar a luz a Anfisa porque el aquelarre necesitaba una heredera y mi deber siempre ha estado por encima de todo.

Lena lo sabía bien. Era uno de los puntos en los que difería de su abuela. Era una de las razones por las cuales, entre todo el amor y admiración que le tenía a Imogen, también se encontraban las cicatrices del resentimiento por lo ocurrido aquel día.

—¿Te arrepientes de tu decisión?

—En ningún momento lo he hecho. —Apretó su bastón con ambas manos.

Hizo una pausa. El caldero burbujeaba en el fondo. Podía oler el jabón de lavanda de su abuela.

—Solo hay algo que me hubiera gustado cambiar. Si pudiera volver a nacer, me gustaría desaprender tanto y aprender otro tanto más. Hay muchas cosas que quisiera que fueran diferentes. —Metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una fotografía.

Lena se ahogó.

Era una fotografía de su familia. Imogen, Anfisa, Lena y Quinn. Las cuatro estaban vestidas con trajes formales: vestidos negros y sombreros de pico. Quinn y Lena se abrazaban sonriendo a la cámara. Ambas traían el cabello acomodado en dos coletas y les faltaba un par de dientes en la sonrisa.

—Me gustaría haber podido evitar lo que ocurrió. No ha habido un solo día en el que no piense en tu hermana, en Quinn. No hay momento en el que no la extrañe.

—Podemos… —Se estaba hiperventilando—. Podemos salvarla aún.

No es tarde todavía.

Imogen negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —Se levantó de golpe y la silla azotó contra el suelo.

Imogen apretó la quijada.

—Abuela, por favor. —Suavizó la voz—. Todavía estamos a tiempo.

—Todo tiene un precio, Lena. El infierno no va a dejarla ir sin tomar algo de mayor valor.

—Pero nada vale más que la vida de mi hermana, yo estoy dispuesta a entregar lo que pidan. Incluso tomaría su lugar si eso quisieran.

—No, Lena, tu responsabilidad como la última con la mirada de la estrella es cuidar este plano. No importan las transacciones políticas que ocurran entre Manon, el aquelarre y tú. La verdadera suma sacerdotisa, la última en pie, eres tú. No tienes idea del peso que tiene ese poder y lo dañino que sería entregárselo al caos.

—Entonces todo se queda igual. —Se sentía hueca.

—Te pido perdón, Lena. Perdón por no poder cambiar las cosas. Daría toda mi magia para hacerte feliz, pero no puedo hacerlo.

Quería salir de ahí. Tenía demasiadas emociones a la vez y todas estaban en una lucha por ser la dominante. Tristeza, enojo, esperanza y perdida. Y en ese preciso instante lo único que quería era huir para encontrarse.

—¿Eso es todo? ¿Ya puedo irme? —Su mirada estaba en el suelo.

—Eso es todo —afirmó Imogen.

Lena se dio la media vuelta y se retiró, cerrando la puerta detrás de ella con fuerza.

Entró al invernadero con el libro de las sombras y algunos materiales que necesitaba para el ritual que estaba por hacer. La cara le cambió cuando se topó con una Patricia bastante sucia y el terrario de los gusanos vacío.

—Patricia —la regañó—. Ya sabes que no debes comer tanto. Te vas a volver a indigestar.

Patricia solo movió la nariz. Seguro ya comenzaba a dolerle el estómago.

Lena dejó el libro sobre la mesa sin sentirse digna de abrirlo aún. Primero iba a terminar de consagrar y activar su amuleto de protección, sobre todo si planeaba visitar al brujo de la villa de Yggdrasil.

Dibujó un pentagrama sobre la mesa de madera utilizando tiza y sacó del plato el collar que había puesto en sal hacía horas para colocarlo en el centro. Encendió un fósforo y lo utilizó para darle vida a una vela, la cual colocó junto al pentagrama. Al otro lado colocó un puñado de tierra, un pequeño plato con agua y encendió una varita de incienso para colocar al

final. De esta manera tenía a las cuatro energías universales y estaba lista para empezar. Sumergió el dije en el agua y esta empezó a brillar como si miles de luciérnagas la iluminaran.

—Te pido, elemento agua, que traigas el poder de la protección sobre mi intuición. Bríndale tu protección a mi cuerpo emocional para que no sea tocado por ninguna energía de baja vibración.

Pasó entonces el dije sobre la vela y el fuego creció para cubrirlo.

—Te pido, elemento fuego, que otorgues la fuerza de tu protección y energía a este amuleto. Bríndale esa fuerza tuya para que nada me toque y tú siempre estés conmigo.

Colocó el dije sobre la tierra y esta lo cubrió de inmediato.

—Te pido, madre tierra, que le brindes tu protección a este amuleto. Para que en todo momento cuides mi cuerpo físico y aquello que me pertenece.

Por último pasó el dije sobre el incienso haciendo tres círculos en el sentido de las manecillas del reloj.

—Te pido, elemento aire, que traigas protección sobre mi plano mental. Cuida mis pensamientos y mi conocimiento. Por favor, protege y eleva mi creatividad. Que todo el plano de mis proyectos e imaginación esté contigo en este amuleto.

Lo regresó al centro del pentáculo y sintió cómo se sacudía la representación de los elementos. La luna sobre su cabeza era la única fuente de luz en el invernadero.

Una vez que los sintió exhalar, agradeció a los elementos por su ayuda y los retiró de la mesa. Tomó una vela de color negro y la encendió para colocarla frente al dije, permitiéndole a la flama reflejarse en la plata del collar.

—Que la luz del orden y lo divino esté sobre ti y sea conmigo. —Dio un aplauso y la flama de la vela se volvió completamente blanca.

Tomó el collar y lo puso sobre la vela, haciendo que el dije fuera besado por el fuego blanco.

—Que el poder mágico de este amuleto despierte y se active ahora. Yo te despierto en nombre de la Diosa por el poder que se me ha otorgado por mi madre, la madre de mi madre y su madre antes de ella.

Las manos de Lena se iluminaron y tomó el dije entre ellas, cerrando los ojos para concentrar la energía dentro de él. Sus manos y brazos eran recorridos por pequeñas hormigas caminando bajo su piel. El dije empezó a palpitar.

—Ya está. —Sonrió y la flama de la vela se apagó. Colocó su nuevo amuleto alrededor de su cuello y sintió cómo el poder le recorría los brazos

como una caricia.

Patricia la miró.

—Creo que con esto será suficiente —le comentó.

Patricia le pidió ayuda para subir a la mesa y a Lena le pareció increíblemente conveniente que cuando estaba sola, podía ir y venir a todos lados, pero cuando estaba su bruja le pedía ayuda, como si no pudiera trepar.

—Eres una perezosa —le dijo, sin que Patricia le prestara atención. Se puso encima del libro y olfateó toda la cubierta.

—No lo robé, si es lo que vas a preguntar. —Tamborileó los dedos contra la mesa. Sus ojos estaban cansados por toda la magia que había usado en un mismo día, pero sabía que si los cerraba por tan solo un momento, se quedaría dormida y no le cumpliría a Caleb la promesa de que regresaría a visitarlo.

Patricia la miró.

—Me lo regaló. —Se encogió de hombros—. Dijo que era mío ahora. — Le dolía pensar en que era un regalo de despedida porque era evidente que eso era lo que su abuela estaba haciendo. Dejar sus últimos pendientes en orden y decir adiós antes de su partida. A pesar de tener distintas perspectivas, su abuela la había considerado digna de recibir los hechizos y conocimientos que había guardado durante décadas. Había una molesta abeja en su cerebro recordándole que iba a traicionar su confianza porque lo que estaba buscando en este libro era sacar del espejo al demonio que ella había decidido encerrar. Y no solo eso, planeaba colaborar con él y eso iba completamente en contra de las enseñanzas de Imogen. Ella no tenía idea de que le había entregado un puñal envuelto en seda, perfecto para enterrarlo en su espalda.

Patricia resopló.

—No me siento lista aún. —La yema de sus dedos rozó la cubierta—. Estoy reuniendo valor —dijo con risa nerviosa.

Patricia empujó su cabeza bajo las primeras páginas intentando abrirlo ella misma.

—No lo puedo creer. —La levantó y la erizo dio pataditas en el aire—. Hoy estás comportándote fatal. Este es un momento muy importante para mí.

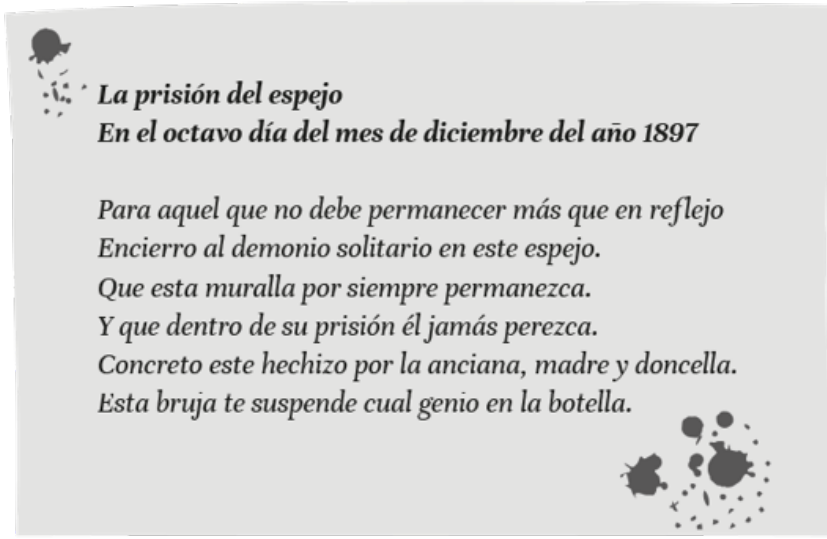
Se dio unos segundos más para prepararse mentalmente. Recibir este regalo, estas notas y este aprendizaje de la gran suma sacerdotisa que era su abuela no era algo que tomaría con ligereza. El invernadero estaba quieto, afuera podía ver las hojas de árboles mecerse, todo olía al incienso de pachuli que había encendido antes. Contó hasta tres en su cabeza antes de

reunir valor.

—Aquí voy —anunció tanto para Patricia como para ella misma. Hizo los hombros hacia atrás y finalmente abrió el libro de las sombras.

Las hojas eran de un papel grueso que no era completamente blanco. Algunas páginas tenían manchones de tinta, otras tenían ilustraciones hechas por su abuela, entre algunas páginas se había encontrado una que otra flor seca, las cuales decidió dejar en donde estaban. Había algunos hechizos en las primeras páginas con anotaciones y correcciones en tinta azul hechas por su abuela. Encontró los hechizos que Quinn había mencionado sobre cucarachas y niñas tejidas, pero había muchos más. Había pociones para curar la falta de inspiración, rituales para hacer crecer campos de girasoles y hasta un hechizo para reconstruir un corazón. Cada página que pasaba le contaba una historia y Lena estaba fascinada. Podía sentir la magia de estas palabras invitarla a probar, a crear, pero aún no encontraba lo que más necesitaba. Pasó unas cuantas páginas más, y justo a la mitad del libro, anotado con letra apresurada y torcida, estaba el hechizo del espejo.

—Aquí está —le dijo a Patricia sin levantar la mirada. Golpeó su dedo índice contra la página unas cuantas veces aún sin poder creerlo. Seguramente su abuela había hecho la anotación justo después de haber llevado a cabo el conjuro, porque la hoja estaba impregnada de manchas que solo podían ser sangre. Pasó con delicadeza una mano sobre la página, de arriba hacia abajo, con la mirada incrédula, como si estuviera frente a algo sagrado. Y así era, estas palabras eran su salvación y la de su hermana. Como estaban escritas en latín había ciertos fragmentos que no entendía del todo, pero comprendía una gran parte.



La prisión del espejo
En el octavo día del mes de diciembre del año 1897

Para aquel que no debe permanecer más que en reflejo
Encierro al demonio solitario en este espejo.
Que esta muralla por siempre permanezca.
Y que dentro de su prisión él jamás perezca.
Concreto este hechizo por la anciana, madre y doncella.
Esta bruja te suspende cual genio en la botella.

Tardó bastante en descifrarlo, no logró entender del todo las últimas líneas, pero con eso bastaba. Le llamó la atención el fragmento que decía «genio en la botella». Lena , resistiéndose a creer lo que entendió, lo volvió a leer para asegurarse de que no estaba equivocada: «genio en la botella…».

Lena había trabajado en hechizos para atrapar espíritus en frascos, pero aunque con ese tipo de conjuros se debe pedir un deseo, de cualquier forma debes liberarlo. Igual que con un genio en una lámpara.

¿Su abuela tenía pensado en algún punto dejar salir a Caleb? Podía ser un error; de hecho, era poco probable. Este hechizo era uno de los más importantes que ella había invocado, no podía dejar nada al azar, cada palabra debía tener una intención clara. Pero ¿por qué su abuela dejaría esa opción? ¿Cuál era la verdadera razón para encerrar a Caleb en vez de acabar con él desde un principio?

Su mente empezó a trabajar. Las ideas rebotaban y estallaban. Se cruzó de brazos mientras se permitía explorar las posibilidades para poder romper el hechizo. Su abuela había decretado que el espejo no podía romperse y, tomando en cuenta todos sus intentos fallidos, era más que evidente que la única que podía deshacer el conjuro era la misma Imogen. Pensó que debía tener alguna falla, una puerta que no destruyera el espejo, puesto que, en palabras de su abuela, era una muralla que al mismo tiempo que debía permanecer abierta, debía permitir que Caleb saliera…

Sus ojos cayeron sobre el *besom* que encontró en la mañana, y la idea que había estado escarbando dentro de su psique desde esa hora, finalmente

se había asentado.

—Tengo una teoría, pero es algo arriesgada. —Bajó a Patricia de la mesa—. Vamos a comentársela y veamos qué opina.

Tomó su *besom* y salió rumbo al cuarto del espejo.

22
Medias verdades y mentiras

No había estrellas en el cielo esa noche. Ni una sola. Tal vez se sentían tan exhaustas como Lena y decidieron quedarse en casa a descansar. Por el contrario, la noche estaba despierta y con vida. los búhos ululaban, el viento chocaba con los troncos de los árboles, las hojas susurraban y los grillos ya habían comenzado a cantar. Era una noche bien iluminada a pesar de que las nubes impedían ver la luna.

Desde los escalones del pórtico podía ver un camión de color negro con las puertas de descarga abiertas. Manon estaba de pie en el portón dándole la espalda a Lena. Seguramente estaba recibiendo el cadáver de la funeraria, como habían comentado unas horas atrás. Le costaba trabajo creer que Manon se atreviera a hacer un hechizo tan avanzado y arriesgado, sobre todo considerando que llevaba en el mundo de la magia mucho menos tiempo que Lena. Para bien o para mal, se podían decir muchas cosas de los mortales, pero nuncaque les faltaran agallas. De esas tenían de sobra.

Decidió escurrirse de regreso a la casa antes de que Manon entrara, no quería que la viera porque no tenía una buena excusa para estar allí y podría ser que la presionara para resentarle al supuesto enamorado que creía que tenía. Podría presentarle a Caleb, pero, dado que a él no le gustaban las mentiras, no sabía qué tan bueno sería para la actuación.

Lena ya llevaba varios años de práctica. Tomó entonces el camino largo rodeando el patio trasero para llegar.

Cuando salió por la puerta de la cocina, una figura encapuchada la esperaba sosteniendo una lámpara de gas.

—Almedha. —Apretó el libro de las sombras con fuerza contra su pecho. Patricia le gruñó colocándose frente a su bruja para protegerla.

—Qué adorable. —Le sonrió a Patricia—. ¿Puedo acariciarla?

Lena puso los ojos en blanco.

—Veo que tomaste mi consejo y te protegiste mejor. Intenté llamarte y no pude. —Sonrió.

Su boca estaba decorada con brillo labial. Esta noche traía un vistoso vestido con encajes y olanes en tonos ciruela. Su atuendo le recordaba vagamente a los vampiros. Su mano derecha, la mano que Lena había herido, estaba cubierta por un guante largo y sostenía una paleta de color verde en forma de rosa.

—Me alegra verte mejor, hermosa. —Metió la paleta a su boca—. Pero me duele que no traigas contigo el corazón de la suma sacerdotisa. Esperaba que me lo entregaras en mi siguiente visita.

—Te dije que no lo haría. —Trataba de mantener su expresión controlada y neutral, pero no le gustaba tener el libro de las sombras de su abuela frente a Almedha.

—¿Y entonces dónde está el cofre que te di? —Sacó la paleta de su boca y pudo ver su lengua manchada de verde al hablar.

Lena se quedó callada. No había pensado en la propuesta de Almedha. No lo estaba considerando, en verdad no, pero era cierto que había guardado el alhajero en vez de deshacerse de él, como debía.

—¿En tu habitación? —Se rio—. ¿Lo tienes contigo por si acaso? —No podía dar un rotundo no, y eso le pesaba. Presionó sus labios en una delgada línea. —No tienes por qué sentirte culpable, cariño. Recuerda que he estado en tu interior. —Alzó la lámpara—. Ven conmigo, te tengo otro obsequio.

Colocó la paleta dentro de su boca una vez más y caminó hacia la entrada al infierno.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó Lena.

—Tú sabes a dónde voy.

Pasó saliva. Se acercaban cada vez más a los árboles con el lazo rojo atado, era el camino que Lena no había podido atravesar, el camino que guiaba a…

—No pienso seguirte. —Bloqueó sus rodillas—. Si quieres decirme algo, hazlo aquí.

—En algún lugar leí que para saber qué camino tomar debes tener

claro a dónde quieres ir. —La miró por encima de su hombro—. ¿Sabes a dónde quieres llegar?

—Claro que lo sé. —Lena marcó su entrecejo.

—Entonces este es el camino. —Y pasó a través de los sigilos de su abuela sin problema alguno.

Sus pasos eran ligeros al caminar y parecía que las ramas volteaban la cara al verla pasar. Lena la seguía de cerca sintiendo que el contenido de su estómago iba dando saltos en su interior. ¿Cómo pudo Almedha cruzar? ¿Su abuela había quitado las protecciones? ¿Habían caído como las de su casa? Lena sintió un burbujeo de envidia, pero también un pellizco de decepción. No había logrado cruzar desde aquel día y siempre pensó que cuando lo lograra, lo haría sintiéndose la bruja más grandiosa que este plano hubiera presenciado. Creyó que sus pasos serían confiados y su barbilla estaría alzada, y que tendría todo el poder del universo en sus dedos. Sabría perfectamente cómo hacer para bajar por el lago, llegar al infierno y sacar a Quinn de ahí como Heracles a Teseo.

El bosque de ese lado de la propiedad estaba muerto y vivo a la vez. Las plantas estaban secas, pero parecían moverse y cambiar de lugar en un parpadeo. Patricia le gruñó un par de veces a unas raíces que intentaron atraparla. Había rostros en algunos troncos y manos espectrales que intentaban tomarla de los tobillos. El aire olía a azufre. Había un letrero roto clavado en una estaca: «Oh, vosotros los que entráis abandonad toda esperanza».

Ver ese letrero despertaba algo en ella, un recuerdo que buscaba emerger, algo que le daba comezón en el cerebro. La imagen frente a ella parecía estar parpadeando al día soleado en que todo ocurrió. Un recuerdo estaba tratando de tomar forma, pero aún estaba borroso, como cuando Lena intentaba recordar una canción pero no tenía suficientemente clara la melodía.

Y entonces llegó. El lago estaba ahí, frente a ellas, con ese resplandor esmeralda que venía de lo profundo.

—¿Se ve como lo recuerdas? —le preguntó y dejó la lámpara en el suelo junto a unas pequeñas piedras.

Lena trataba de respirar, pero no podía hacerlo. Sus pulmones le quemaban y su visión cambiaba entre lo que estaba viendo y el recuerdo. Cerró los ojos con fuerza, pero los abrió al instante cuando sintió que Almedha le tocó la mejilla con su mano enguantada.

—No me toques. —Se hizo hacia atrás.

—Siempre tan enojada. —Chasqueó la lengua antes de volver a atrapar la paleta entre sus labios.

Lena la ignoró y se acercó al agua. Se puso en cuclillas entre el lodo y las hojas muertas y se quedó observando. ¿Cuánto tardaría en salir algún demonio y llevarla con él? ¿Cuál era la probabilidad de que viniera uno justo ahora?

«No estoy enojada».

«Ya déjame. Ve y juega tú sola».

Lena no debería estar ahí en ese momento. No con Almedha. Ese lugar representaba el peor momento de su vida y sus recuerdos no dejaban de bailar frente a sus ojos, opacando lo que estaba frente a ella actualmente. Era algo personal, algo de ella. Y aunque siempre pensó que llegar hasta ahí era lo que necesitaba para mover la balanza, había aprendido lo suficiente como para saber que no era así. Que no estaba lista, estaba incompleta y sin un plan.

—¿Te sientes culpable? —Almedha se acomodó junto a ella también con la mirada hacia el lago. Su perfume llegaba a la nariz de Lena y se mezclaba con el olor pútrido de los alrededores.

—No tengo por qué decirte nada. —La miró esperando que sus ojos transmitieran con mayor exactitud lo que su interior estaba sintiendo—. Dime ya qué es lo que quieres conmigo. ¿Por qué simplemente no me dejas en paz? No quiero trabajar contigo, no voy a unirme a tu causa. Es mi última palabra. Déjame tranquila.

Almedha se le quedó mirando unos momentos. Apretó el dulce de la paleta con los dientes y se destruyó en su boca. La escuchaba masticar.

—La persona con quien trabajo también me lo dice. Insiste en que ya no me acerque, que ya no trate de ayudarte, que eres terca.

La imagen de Ulf llegó a ella. Cómo se atrevía a hablar de ella como si la conociera.

—Pero a ti y a mí nos ata algo más fuerte. —Besó la mejilla de Lena y ella se levantó con asco.

—Yo no tengo nada que ver contigo.

—Si digo más, mi jefe me arrancaría la cabeza. —Se encogió de hombros—. Pero déjame mostrarte mi obsequio, hermosa. —Se quitó la capucha y acomodó su cabello de algodón de azúcar. Esta vez lo había peinado en rizos marcados adornados con lazos.

Se metió entre los árboles antes de salir con un hombre amarrado por la cintura y las muñecas. Lo reconoció en automático, era el hombre del overol que había maldecido. Su mirada se veía perdida y su espíritu roto.

—Sus amigos ya no volverán a molestarnos, pero este lo guardé para ti. —Regresó hacia Lena dando saltitos, tirando de la cuerda para que el hombre la siguiera.

—¿Qué es esto?

—No pensabas dejarlo con vida después de lo que hizo, ¿o sí?

Lena arqueó las cejas.

—Yo le lancé la maldición y eso fue todo. No pienso matar a nadie.

Almedha frunció los labios.

—Pero, en tu lugar, él no tendría piedad, ¿por qué tú sí la tienes?

No tenía una respuesta. Simplemente no iba a matarlo.

—Hazlo. —Lo lanzó al suelo frente a Lena—. Extermínalo como la plaga que es.

—No. Eso me haría igual a él y yo soy mejor que eso.

Almedha puso su bota encima de la espalda del hombre y presionó hasta tenerlo pecho a tierra.

—A las cucarachas se les aplasta. —Se carcajeó al escuchar al hombre quejarse.

—Matarlo no es castigo para él, su sufrimiento terminaría en un instante. Es castigo para quienes lo rodean. Ya lo maldije y eso es suficiente, su vida estará llena de calumnias.

—Por el contrario, cariño, es un regalo para quienes lo rodean. ¿Crees que hombres como él hacen feliz a alguien? No ha de respetar ni a su propia madre. —Presionó con más fuerza el tacón de su bota—. Yo también pensaba como tú. Perdoné mucho y di mucho de mí. Hasta que llegó alguien que me arrancó todo. —Pateó al hombre en las costillas con una sonrisa.

—Almedha, esto es tortura.

—Lo que estuvo por hacerle a ella también. Lo que yo viví también lo fue. —Hizo un puchero. A pesar de sus palabras, la ligereza de su persona seguía presente. Todo lo decía con sonrisas, risitas y humor, como si fuese un juego.

Lena recordó los gritos del demonio Bak y se preguntó si ella era mejor que esto. ¿Qué derecho tenía de reclamarle algo a Almedha si ella también lo había hecho? ¿Una vida valía más que otra? Esto era peor porque se trataba de un mortal, ¿no?

—Esta escoria quita y quita sin remordimiento, entonces tú no lo tengas, linda. —Su voz estaba espolvoreada con cacao y canela—. Que si lo sabré yo. No importa cuánta magia y poder tenga. No importa cuánto me dé el caos, nunca va a ser suficiente. Nunca voy a recuperar lo que perdí y la persona que me dañó nunca pagó lo que hizo. —Se agachó y levantó al hombre tirando del cabello en su nuca. Él soltó un alarido—. Así que ahora hago lo que quiera, vivo de acuerdo con mis sensaciones y castigo a quien me plazca. —Puso al hombre de rodillas.

—Suficiente. —Cerró su mano en un puño y Almedha cayó de rodillas

también.

Una risita divertida y melódica salió de la bruja.

—Ya nos estamos divirtiendo. ¿Qué harás conmigo, dulzura?

Aunque quisiera hacer algo, estaba tan agotada que no podía usar más magia. Sus ojos se estaban cerrando.

—Nada. Solo no quiero más sangre. —La liberó.

Almedha suspiró y se puso de pie. Tomó la barbilla del hombre y pegó su frente contra la de él mientras empezaba a murmurar cantos en una lengua que Lena jamás había escuchado. Se apartó y él cayó al suelo gritando. Parecía que debajo de su piel estuviera corriendo agua, cientos de burbujas de aire crecían y se reventaban bajo su epidermis. Lena se puso en posición fetal mientras el hombre liberaba los peores gritos que había escuchado en toda su vida, gritos que no quería volver a oír nunca más. Los huesos de sus hombros se torcieron y sus costillas se abrieron perforándole la piel. Lena dio un paso hacia atrás. Los gritos del hombre le rasguñaban los tímpanos.

—Basta.

—Detenme.

No podía. No en este momento. Patricia concentró su poder para ofrecérselo a Lena, pero estaba agotada. En verdad no podía dar más de sí esa noche.

—Por favor, déjalo.

—No, hazme parar. Vamos, Lena.

El hombre miró al cielo con lágrimas escurriéndole por el rostro. Su piel se puso gris y su tamaño se fue reduciendo. En un parpadeo el hombre se había transformado en un salmón. Almedha lo levantó y soltó una carcajada. Rio y rio con una mano presionando su abdomen agotado por tanto esfuerzo.

—Míralo, se ve muy gracioso. —Lo levantó hacia el cielo y el pez se sacudía ahogándose.

—Estás verdaderamente desquiciada.

—Cuando menos yo no lancé a mi hermana al infierno.

Lena sintió como si le hubieran dado un golpe en la boca del estómago.

Almedha negó con la cabeza.

—Estaba tratando de ayudarte, pero ya no hay más tiempo. Recuerda bien esto, Lena. Eres la suma sacerdotisa y debes nutrir tu poder. Es muy tarde para el aquelarre. En unos días el jefe va a llegar con toda la fuerza del Malleus Maleficarum. Él no quiere hacerte daño y yo tampoco, pero si estorbas, serás devorada. —Abrió la boca hacia la noche y su mandíbula se

dislocó. Levantó el pescado que luchaba por su vida y lo tragó como si ella fuese una especie de animal. Los sonidos de su garganta le revolvían el estómago. Era una imagen monstruosa.

No podía seguir ahí. Su cuerpo se estaba apagando. Miró a Patricia y huyó de regreso a casa con su familiar tras ella.

23
Verosimilitud

No había cumplido su promesa a Caleb, se había quedado completamente dormida en cama con el libro de las sombras abrazado y sin siquiera quitarse los zapatos. Se levantó con dolor en todo el cuerpo. Según el reloj en la pared, había dormido alrededor de diez horas, pero seguía exhausta. El cansancio se había esparcido como una gota de tinta oscura en una hoja blanca. ¿Cómo era posible que, de un día a otro, tantas cosas hubieran cambiado? Había descubierto que en tan solo veinticuatro míseras horas se podían vivir varias vidas.

No había nadie en casa. Su madre y abuela habían partido de nuevo hacia el lago para empezar a dejar los materiales que usarían para cerrar la puerta. Nessa probablemente las había acompañado, porque no estaba por ningún lado. Manon estaba encerrada en su cuarto trabajando en su demostración para la Danza de los Tres Rostros. Lena había visto unas cuantas ideas en sus libros al despertar, pero debía adaptarlas a su estilo. La única parte del reto en la que, por su habilidad, se sentía confiada era la del dominio de la muerte. Llevaba toda la vida padeciendo ese horrible don.

Decidió aprovechar que nadie la interrumpiría ni le haría preguntas para visitar a Caleb más temprano que de costumbre, quería contarle

sobre su descubrimiento. Se puso un vestido verde que le llegaba a los tobillos y acomodó su cabello en una media coleta atada con un lazo blanco. Preparó un bolso con materiales y se fue hacia el cuarto del espejo.

Patricia se quedó afuera para vigilar como siempre lo hacía, Lena bajó con cuidado, sintiendo las piernas tan débiles como las de un venado recién nacido.

—¿Caleb? —Se acercó al espejo con pena. No le gustaba haberle fallado, sobre todo porque debía ser horrible estar encerrado y completamente solo en la oscuridad.

—Estás bien —dijo él con tanto alivio que Lena sintió su interior tan cálido como si acabara de probar galletas recién horneadas.

—Tuve una noche complicada. —Exhaló—. En verdad lamento no haber podido llegar.

Caleb negó con la cabeza.

—Lo único que me interesa es que estás a salvo. —Vio su manzana de Adán moverse—. ¿Lo conseguiste?

Lena, con las cejas arqueadas, le preguntó.

—¿No dijiste que creías en mí? —Abrió su bolso y sacó el libro—. Qué rápido perdiste la fe.

Las esquinas de los ojos de Caleb se arrugaron y la comisura de sus labios se levantó.

—Extraordinaria como siempre.

Lena se rio.

—Esta es la primera vez que tengo éxito en algo. Hasta ahora, solo me has visto fallar desastrosamente en todos los hechizos que ya intenté.

—Y te levantaste cada vez. No solo hay honor en los triunfos, sino también en la resiliencia. Seguir intentando a pesar de todas las dificultades me parece que te hace la mujer más extraordinaria. —La miró a través de sus pestañas oscuras. Caleb tendía a verla directo a los ojos cuando le decía cumplidos, pero Lena simplemente no podía sostenerle la mirada. Se rascó el cuello y abrió el libro de las sombras buscando una excusa y así librarse de combustionar.

—No intentes usar tus encantos demoniacos conmigo. —Empezó a hojear el libro—. Los dos sabemos que fue vergonzoso lo lejos que estuve de lograrlo.

Por el rabillo del ojo vio a Caleb moverse y no pudo evitar levantar la mirada. Estaba ligeramente inclinado, justo como si hubiera estado buscando sus ojos.

—¿Qué ocurre? —Lena arqueó una ceja.

—¿«Encantos demoniacos»? —Se humedeció los labios y sonrió.

—Tú entiendes. —Se mordió el interior de las mejillas—. Quise decir que no me estés adulando.

—¿Te parece que soy encantador? —Había algo más en el tono de su voz, algo como miel y motivos ocultos.

—Eres un demonio. —Se encogió de hombros—. ¿No es parte del repertorio para hacernos caer en tentación y cosas así? —Al decir «en tentación» hizo comillas con sus dedos.

—No en realidad. No podría decir que todos los demonios que he conocido tienen carisma o son particularmente buenos para asegurar tratos. —Se cruzó de brazos—. Es igual que en este plano.

Se aclaró la garganta.

—Mi error, entonces. Creí que sí tendrían habilidades de ese tipo para hacer su trabajo más fácil.

—Y si fuera así, ¿estarían funcionando? —La miró de arriba abajo.

—¿Qué? —Fue todo lo que atinó a decir sintiendo su cráneo lleno de algodón.

Caleb no se retractó.

—Si tuviera encantos demoniacos, ¿estarían funcionando contigo?

Su cara se veía tan perfecta, su expresión tan confiada que no sabía si quería acercarlo a ella o darle una bofetada. Sus ojos verdes brillaban con el fuego del infierno que llevaba dentro de él y contrastaban de forma hipnótica contra su piel bronceada.

—¿Y de qué tipo de tentaciones estamos hablando, *madame*? —Su voz sonaba deliciosa.

Estaba temblando tanto que se sentía vibrar. Su cuerpo estaba confundido. No sabía si estaba mandándole señales de que sentía frío o calor. Tal vez los dos. Apretó los dedos dentro de las botas. Tenía que tranquilizarse, esto no era real. No podía ser real. Era un demonio, ella era una bruja. Quitando los estereotipos equivocados de los mortales, las brujas no gustaban de los demonios. Eran seres torcidos que manchaban su magia. Solo aquellas dispuestas a caminar el sendero de la magia oscura se mezclaban con ellos a costa de ser rechazadas y mal vistas por sus compañeras. No sabía mucho sobre qué opinaban los demonios de las brujas, pero suponía que era algo similar.

Aun así, era sorprendente cómo podía hacerla sentir ese revoloteo en su estómago con tan solo una mirada y unas cuantas palabras. Con tan solo ser él. Había tenido citas y conocido a personas que le atraían, incluso tal vez uno o dos amores de verano. Pero nunca había experimentado algo como esto. Sentía nubes con truenos y relámpagos estallando entre sus costillas, que la asustaban, pero, al mismo, tiempo le provocaban querer sentir más.

—Disculpa si te ofendí. —Descruzó los brazos y los volvió a cruzar. Su camisa estaba arremangada y Lena se quedó observando las venas que sobresalían de los tatuajes en sus antebrazos.

«Olvida lo que dije, por favor. Claramente estuvo fuera de lugar y estaba proyectando en ti mis propios deseos. —Se frotó la frente y una expresión extraña apareció en su rostro.

¿Deseos propios…?

Lena negó con la cabeza.

—No tienes por qué disculparte.

La expresión de Caleb estaba abierta y vulnerable con un tintineo en la mirada. Siempre lo comparaba con un lobo, pero, durante unos segundos, lo vio como un cachorro. Se quedó observándola callado, esperando que ella dijera algo más. Pero ¿qué podía decir? Tenía todas las emociones enmarañadas, ninguna le hacía completo sentido. Eran una gigantesca bola de estambre llena de nudos y sin pies ni cabeza. ¿Por qué no debía disculparse? ¿Quizá porque ella había estado observando su rostro más de lo que debería, porque durante el día siempre se preguntaba qué opinaría Caleb de ciertas cosas o cuál sería su reacción ante ellas, o tal vez porque cuando Caleb charlaba con su camisa entreabierta, ella deslizaba su mirada hacia sus abdominales y esto era completamente inapropiado de su parte?

—Tu corazón otra vez está latiendo muy rápido.

Esto la sacó de sus pensamientos. Estúpido corazón. Estúpido órgano traidor, no tenía forma alguna de controlarlo.

—¿Es por mí? —Caleb ladeó ligeramente la cabeza y unos cuantos de sus mechones rebeldes le cayeron en los ojos.

Una voz en su cabeza repetía «díselo» una y otra vez, pero no sabía qué debía decir, y cada vez que abría la boca se tropezaba con su propia lengua.

—Creo que nos estamos distrayendo. —Tosió.

El semblante de Caleb decayó antes de que recobrara la compostura, luego le dirigió una sonrisa acartonada.

—Muy bien. —Exhaló—. ¿Qué es lo que dice el hechizo?

Lena lo leyó en voz alta, despacio. No confiaba mucho en su latín. Podía pronunciar los hechizos que ya había aprendido de memoria y practicado, pero era la primera vez que leía este en voz alta. Caleb la corrigió educadamente unas cuantas veces, ayudándole a decir las palabras de forma correcta. Era obvio que hablaba latín con fluidez, entre varias otras lenguas.

—Llegué a la conclusión de que mi abuela quería dejarte suspendido de forma temporal. No sé por qué. —Volvió su mirada al libro—. Con los

hechizos, las palabras que se usan son muy importantes. Entonces creo que entiendo en dónde estaba mi error. Yo intenté romper el espejo y el conjuro, pero dice que es una muralla que debe permanecer por siempre. Así que si en vez de destruirlo *abrimos una puerta*, creo que tendríamos más éxito.

—Me parece que hicimos algo similar en alguno de los tantos intentos. —Entrecerró los ojos.

—Ah, pero no desde adentro.

Caleb lució confundido.

—No estoy entendiendo.

—Dice que se va a encerrar al demonio *solitario*. —Hizo énfasis en la palabra—. Recuerda: todo está en la redacción, así las brujas podemos encontrar huecos y deshacer nuestros encantamientos de ser necesario. Si estoy contigo dentro del espejo, se rompe este requisito y podremos abrir la puerta para salir.

Caleb solo la miró con confusión en el rostro, esperando que terminara de explicar.

—Pienso utilizar la proyección astral. Recién encontré mi *besom*. Tenía tiempo que no lo veía, pero creo que la diosa quiso darme un regalo. Pienso que es un empujón divino a la dirección correcta. —Asintió con la cabeza—. Solo tendremos una oportunidad porque en ese estado tengo el poder mucho más limitado que en mi cuerpo físico, pero funcionará. —Lo haría funcionar sin importar qué.

—Tenemos un plan. —Los colmillos de Caleb se asomaron en su sonrisa—. Incluso no parece real. Debo admitir que llegué a creer que estaría aquí por toda la eternidad. Allá afuera llegarían a sonar las siete trompetas y yo seguiría aquí encerrado.

Hablaba con los labios hacia arriba y riendo, pero se notaba el peso de lo que sentía en sus hombros y en su faz. No estaba bromeando, eso era algo que le aterraba.

—Creo que debemos aprovechar para discutir los términos de nuestro trato. —Cerró el libro de las sombras y dio un paso hacia adelante. Pasó la lengua por la parte trasera de sus dientes.

Caleb asintió con la cabeza.

—Estuve meditándolo y, si puedo evitarlo, no quisiera entregar mi alma. Quiero continuar el legado de mi abuela y… pienso pelear por mantenerme como suma sacerdotisa una vez que ella avance al verano eterno. —Respiró hondo. Esto significaba vencer a Manon sin más titubeos ni dudas—. ¿Esto es aceptable para ti?

—Como te dije antes, cuando nos conocimos, creí que nuestra colaboración nos llevaría a un pacto de sangre. Creí que eso era lo que

buscabas. —Se rascó la barbilla—. Pero ya no quiero tomar tu alma. No podría. No quiero tomar nada de ti.

—Pero debes recibir algo. Si no, no podremos formalizar el pacto y la energía quedará desbalanceada. Nada debe ser gratis.

—Yo acepto que tu compromiso sea sacarme de aquí. Es todo lo que pido.

Lena asintió con la cabeza sintiéndose complacida de que Caleb aceptara no tomar su alma.

—¿Estás completamente seguro? Entiendo que ayudarme a recuperar a Quinn será complicado. No quiero que lo sientas injusto.

—Yo te daría todo lo que desearas. Robaría el fuego de los dioses solo para que encendieras una fogata. Solo tienes que pedirlo y lo haré. —Su pecho subió y bajó en un respiro—. Si existe algo más que quisiera de ti es simplemente tu atención y tu tiempo. Es todo. Yo traeré a tu hermana para ti, no tienes que buscar cómo hacer que el intercambio sea equitativo.

Ella pasó saliva. La urgente necesidad de tocarlo se volvió abrumadora. Quería poder desintegrar el espejo y poder encontrar seguridad en él. En un abrazo, en lo que fuera.

—Ya tienes mi atención. Siempre la tienes —murmuró ella.

—No me respondas con cosas que no sientes. No quiero que me mientas a mí también. —Parecía estar buscando algo en los ojos de Lena. Ella no tenía idea de si lo estaba encontrando.

—No estoy mintiendo. Pienso mucho en ti, incluso… —Se detuvo.

—¿Incluso qué?

Se pateó internamente. Estaba por humillarse por completo.

—Manon cree que estamos en una relación. —Suspiró. Entera, completa, indudablemente humillada—. En fin, es una tontería. Volvamos a nuestro tema. —Estaba por abrir de nuevo el libro de las sombras cuando Caleb la interrumpió.

—No, no, no —dijo con rapidez—. No puedes decir algo así y después dejar la conversación ahí. ¿Le hablaste de mí a tu amiga?

—Está bien, está bien. —Pasó su mano sobre su cara—. Pero quiero aclarar que fue un accidente y un malentendido. Manon quería saber qué era lo que estaba haciendo en secreto, así que me leyó la fortuna e interpretó lo que vio como que estaba enamorada de ti —explicó todo de manera tan rápida y desabridamente como pudo—. Dejé que lo pensara porque era conveniente para que no sospechara más. No sabe que eres un demonio ni nada de lo que estamos haciendo.

Caleb se veía complacido, Lena quería darse la vuelta e irse. Creyó que tendría algún comentario ingenioso o alguna broma para ella, pero solo hizo

un sonido para confirmar que entendió y se quedó observándola con esa misma y extraña expresión entre satisfacción, sospecha y al mismo tiempo algo similar a esperanza. Lena se aclaró la garganta y se sentó en el suelo para dejar descansar sus piernas. Sintió un gran alivio cuando ya no tuvo que estar sosteniendo su propio peso. Cubrió su boca cuando un bostezo se le escapó.

—¿Quieres descansar un poco más? —Caleb se sentó también.

Lena negó con la cabeza.

—En casa me regañarían si notan que estoy dormida. Si estuviera ahí, por lo menos podría decirles que estaba practicando para la Danza de los Tres Rostros.

—Puedes dormir aquí si gustas. No es el lugar más cómodo, pero al menos nadie te molestará.

—Es tentador, pero prefiero que pongamos todo en orden y después irme a dormir temprano. Hay algo más que quería contarte. —Sentía las pestañas pesadas y estaba segura de que tenía círculos oscuros bajo sus ojos —. Creo que tengo una idea de qué demonio está detrás de esto.

—Sikke.

—Ulf.

Ambos dijeron un nombre distinto al mismo tiempo.

—Espera, ¿quién? —Preguntó Caleb con las cejas levantadas—. ¿Quién es Ulf?

—Es un demonio que conozco desde hace un tiempo. Solía ayudarme a conectar con otros hijos del caos para que me ayudaran a rescatar a Quinn. Pero ningún pacto fue fructífero. Ulf reaccionó muy extraño cuando le mencioné que te estaba buscando. Incluso llegó a la entrada de mi casa y se veía casi desesperado por encontrarte, pero nunca me dijo por qué.

Lena le contó con detalle lo ocurrido con Almedha la noche anterior y las cosas que ella había compartido sobre su contratista. Trató de comentarle tantos detalles como pudo de las cosas extrañas que habían estado ocurriendo. Tal vez él, al ser un hijo del caos, podría ayudarla a terminar de conectar las piezas y a darle forma a esta teoría que aún se sentía como de barro fresco.

—El nombre Ulf no me parece familiar. —Negó con la cabeza.

—No es su nombre real, no me lo diría.

—Lo sé, pero los informantes de mi padre tenían idea de las identidades que los demonios relevantes para nosotros usaban en este plano. El nombre Ulf no estaba en ninguna lista, lo recordaría. Pasaba horas memorizándolas junto a Habari.

—¿Tal vez lo cambió?

Caleb se quedó pensando por unos momentos mientras se masajeaba las sienes.

—Dices que la demonio que trabaja para ustedes lo reconoció.

—De inmediato. Dijo que ella sabía quién era y le exigió que se fuera. —Nessa nunca había actuado así, aunque, a decir verdad, nunca la había visto intercambiar palabras con otro demonio. Por lo regular se expresaba terriblemente de ellos y no se relacionaba con el caos.

—Eso también es extraño, ¿no lo crees? —Se rascó la cabeza—. Eso significaría que este demonio está portando la imagen que usaba en el caos para que ella lo reconociera sin dificultad. ¿Cómo se ve físicamente?

—Tiene cabello rubio y liso, es muy pálido, delgado, tiene las cejas rectas, um… —No era la mejor para describir rasgos. ¿Qué detalles eran relevantes para que Caleb pudiera saber quién era? Le gustaría tener un teléfono como el de Manon para llevar fotografías con ella—. Su rostro termina en punta, sus labios son gruesos y tiene ojos oscuros y rasgados. No sé qué más te puedo decir, no tiene algo muy distintivo, como tus tatuajes.

El rostro de Caleb se ensombreció.

—Le prestaste bastante atención, por lo que veo. —Su rostro se veía tieso. Parecía molesto. Su mandíbula estaba tensa e irguió la espalda. Su rostro se contrajo.

—No tanta, en realidad. Con esta nueva forma me lo he encontrado pocas veces, cuando lo conocí se veía como un anciano.

—El hecho de que puedas describir incluso *sus labios* me hace diferir. —Bufó—. No importa. ¿Dices que cambió de forma?

Lena asintió con la cabeza e ignoró su reacción.

—Comentó que acababa de comerse a alguien y que tomó su cuerpo, pero lo más seguro es que me mintió, de lo contrario, Nessa no lo hubiera reconocido, no me sorprendería de él. —Hizo una mueca—. Aunque ella también me dijo que no me acercara a ti y que eres sumamente peligroso. Así que no sé si es algo en contra de Ulf o de los hijos del caos en general.

—La descripción no encaja con las imágenes en los reportes de inteligencia, pero no dudo que sea Sikke. Es el único que estaría buscándome para terminar el trabajo y al mismo tiempo querría tomar el poder de tu abuela para sí.

Su respiración se aceleró. Ulf fue el que asesinó a la familia de Caleb y estuvo a punto de acabar con él también. El que dejó un baño de sangre en el vestíbulo y acabó sin dificultad con el entonces Incendiario. Sikke. Lo había tenido tan cerca, habían hablado montones de veces y ahora venía tras ella y su familia.

—Si te libero del espejo, ¿crees poder acabar con él?

—Si salgo de aquí, haré todo lo que esté en mis manos para despedazarlo parte por parte. —Su mirada se encendió.

Lena sonrió. Debía confiar. Debía creer en él, en ellos, en el poder de su aquelarre.

—Bien. —Sonrió sin poder sacudirse por completo el hielo del miedo y nerviosismo—. Iré por mi *besom* y buscaré un hechizo para abrir una puerta desde adentro. Pero antes tenemos que asegurarnos de haber interpretado bien el hechizo. ¿Qué es lo que dicen estas últimas líneas? No pude traducirlas. —Puso la página del hechizo contra el espejo y Caleb entrecerró los ojos al leer.

—Dice algo sobre ofrecer el poder de sus hermanas y dejar al dragón de humo encerrado en el ataúd de cristal.

—¿Dragón de humo? —La visión de Manon volvió de golpe a su cabeza. Un gato arrastrando un carruaje repleto de huesos humanos y encima de este un dragón de humo devorando a Lena. Eso había dicho Manon y hasta ahora todo se había cumplido. Mikael debía ser ese gato, las muertes en el pueblo… solo faltaba la última parte.

Caleb no se veía perturbado o confundido en absoluto.

—Debe referirse a mi forma demoniaca. Muchos hijos del caos tenemos una. Mi padre decía que la mía parece una gárgola erguida, pero me gusta más cómo suena esto de compararla con un dragón. Sí coincido con que parece hecha de humo. —Terminó esto con una sonrisa, pero se le borró en cuanto vio el rostro de Lena—. ¿Estás bien? ¿Dije algo malo?

Silencio.

—¿Lena?

Sintió que su sangre dejó de fluir. Todo le daba vueltas. Cerró el libro de las sombras sintiéndose en trance. Tenía que ordenarse respirar de manera consciente o, de lo contrario, dejaba de hacerlo. Escuchó el libro de las sombras golpear el piso, sintió sus uñas enterrarse en las palmas de sus manos y en su mente empezó a contar desde el número cien hasta el cero.

—Respira.

Caleb colocó su mano contra el cristal del espejo.

—Inhala conmigo. —Puso su otra mano contra su pecho—. Toma aire. —Llenó su pecho. Lena lo imitó.

—Muy bien. Ahora exhala conmigo.

Soltaron el aire por la boca.

—Una vez más. Lo estás haciendo muy bien. Respira.

Después de un par de veces más se sintió mejor. Lo suficiente como para ponerse de pie.

—Tengo sed. —Fue todo lo que pudo decir.

—¿Fue algo que dije? Dime por favor cómo arreglar esto, no quise… —Un gruñido—. En verdad lo lamento. No sé qué hice, pero lo siento mucho.

Era él. El dragón de la profecía era Caleb. Todas las visiones de Manon se cumplían, no había habido una hasta ahora en la que errara. Caleb iba a acabar con su vida. Nessa se lo había advertido. Subió las escaleras y salió a la superficie para encontrarse con Patricia aferrada al brazo de un demonio de piel púrpura y caparazón de tortuga.

El demonio vio a Lena y, aún con Patricia colgando de su brazo, se abalanzó hacia a ella. Lena chasqueó los dedos lista para calcinarlo. El demonio se detuvo. Alguien lo sostenía por detrás de la cabeza.

Activó su hechizo de flamas y el demonio ardió al mismo tiempo que su cráneo explotó al ser aplastado por la mano que lo sostenía. Lo vio caer al suelo y se preparó para encarar al nuevo adversario. Se sentía mareada y estaba segura de que hiperventilaba.

Allí estaba Ulf, con el brillo de los rayos del sol en su cabello y manchas de sangre demoniaca en su piel, vistiendo una camisa blanca holgada y pantalones negros.

—Al fin nos encontramos, bruja.

Sus ojos de zorro estaban puestos en ella como los de un gato que finalmente acorraló al canario.

24
Sikke

Estaban paralizados. Los dos evaluaban qué haría el otro para proceder. Lena notó que Ulf llevaba dos collares largos de plata que le servían como protección contra brujas; uno tenía un pequeño espejo circular adherido a él. También tenía un par de brazaletes en su mano izquierda. Justo como esperaba de un demonio bien informado.

No sabía si quedarse ahí para proteger el cuarto del espejo o crear una distracción para huir a casa y pedirle ayuda a Nessa y su aquelarre.

—Sé que Caleb está ahí. Déjame pasar.

Lena no dijo nada. No le confirmaría esa información de ninguna forma. Concentró su energía y su magia y empezó a sentirla inflarse poco a poco como un globo. ¿Qué podía hacer? Su cerebro empezó a trabajar.

—Esto no les concierne a ustedes las brujas, es asunto del reino del caos. No quiero pelear contigo.

—Entonces date la vuelta y vete.

Ulf gruñó viéndose frustrado y se agachó, posando las manos en las rodillas.

—Lena, no lo hagas más difícil. No tengo tiempo para esto.

Lena dio un vistazo al interior de la diminuta bodega y vio unas gigantescas y oxidadas tijeras de jardinería. Si las tomaba rápidamente, tal vez lograría herirlo lo suficiente como para actuar.

—Muy bien —dijo Ulf y se volvió a erguir—. Pon tu precio.

Lena colocó una de sus manos tras su espalda y movió los dedos para atraer las tijeras. Las estaba manteniendo suspendidas en el aire fuera del rango de visión de Ulf. No, no era Ulf, era Sikke.

—No hay nada que puedas darme, demonio, no tienes poder sobre mí. —La mirada de la estrella empezó a quemarla una vez más. Podía sentir que algo estaba por suceder, el globo seguía inflándose.

Ulf dio unos pasos hacia ella.

—No puedo darte lo que quieres en este preciso momento, pero si me das unos días puedo conseguir la información que necesitaríamos para…

Lena llamó a las tijeras y, sujetándolas con fuerza, las enterró en el abdomen del demonio. La sangre negra salió a chorros manchando su camisa blanca como pintura oscura sobre un lienzo. Ulf se encorvó y sujetó las tijeras.

—Tomaré esto —jadeó y su expresión se retorció de dolor— como un no. —Sacó las tijeras y las arrojó lejos. Lena se quedó asombrada al ver lo que hizo, Ulf la levanto en vilo y, sin ninguna consideración, la puso en su hombro. Lena se quejó cuando su estómago chocó con fuerza contra el hueso del hombro de Ulf.

—¿Qué crees que haces?

—No me dejas más opción, bruja.

Lena empezó a moverse y a tratar de golpearlo con sus piernas. La mirada de la estrella seguía en llamas. Trató de incorporarse para jalar las cadenas del cuello del demonio. Quería arrancárselas y así usar sus hechizos libremente, o cuando menos estrangularlo si eso fallaba. Patricia se abalanzó hacia él.

—Maldita familiar con dientes de aguja. —Sacudió la pierna intentando quitársela.

Y entonces los escucharon.

Las hojas crujían bajo decenas de pasos que llegaban desde distintas direcciones. Se escuchaban claramente los lamentos y gemidos. Entonces, entre los árboles, aparecieron rostros heridos y pieles carcomidas.

Eran muertos, fantasmas que avanzaban hacia ellos rodeándolos. Sus ojos eran linternas encendidas y sus brazos estaban estirados hacia sus presas.

—Suéltame o se pondrá mucho peor.

—¿Tú estás haciendo esto? —preguntó Ulf.

—Están bajo mi control, sí.

No por completo. No en realidad. Era una habilidad que hasta ese momento conocía, no podía ser coincidencia. El espectro de esa novia lo

había dicho, y ahora esos entes se manifestaron. Solo esperaba que no la atacaran a ella.

Los fantasmas avanzaron, Ulf entró a la bodega cerrando la puerta tras él. Los pies de Lena tocaron el piso y Patricia lo volvió a morder.

Ulf sostuvo la puerta mientras los espíritus la azotaban desde afuera tratando de entrar. Era demasiado alto para la bodega, así que tenía una rodilla en el suelo.

—Diles que se detengan —pidió entre dientes.

Lena buscó en la bodega algo más para herirlo. Encontró un viejo desarmador y avanzó hacia el demonio. Si podía atravesarle el cráneo, tendría oportunidad de detenerlo, incluso matarlo. Los espíritus enojados se azotaban con más fuerza.

—Lena, por favor. —Ulf le estaba dando la espalda—. Muy bien. ¿Quieres que te ruegue? Lo haré. Lena, te suplico que los hagas detenerse.

—¿Y tú te detendrías al atacar a mi familia?

—¿De qué hablas? Yo no le he hecho nada a tu familia.

¿Por quién la tomaba? Nunca había quitado una vida, no se había atrevido hasta ahora, Quinn era el único remordimiento sobre su conciencia. Sabía que tarde o temprano tendría que cubrir de acero las fibras de su ser y estar dispuesta a hacer lo que fuera para protegerse y a los suyos. Empuñó el desarmador y su brazo avanzó con toda la fuerza que pudo reunir.

—¿Qué te sucede hoy? —Ulf la detuvo por el antebrazo—. Si no te conociera, pensaría que quieres hacerme daño.

Lena intentaba avanzar con todas sus fuerzas, pero no podía porque Ulf tenía su brazo totalmente inmovilizado. Pero la palma de su otra mano hacia la puerta y, de un puñetazo, abrió un hueco por encima de la cabeza de Ulf. Los espectrales brazos no tardaron en tomarlo del cabello y jalarlo.

—Maldición —se quejó Ulf.

Lena veía sus músculos temblar por el esfuerzo. Se preguntaba cuánto tiempo más resistía, pero también le preocupaba qué tanto podría soportar ella a las almas de los muertos; sabían que podía comunicarse con ellos, así que buscaban su ayuda para salvarse. Más que buscar, se lo exigían sin importarles si Lena podía hacerlo o no, o cuánto desgaste físico y emocional le causaran.

—Déjame hablar con Caleb, no pienso estorbarte en tus planes, solo quiero hablar con él.

Lena miró hacia la puerta y la madera volvió a explotar abriendo otro hueco, uno cerca del suelo. Un fantasma asomó la cara. Sus dientes eran amarillos y la falta de carne en las mejillas exponía el músculo y la línea de sus dientes. Su mano con uñas largas tomó la tela del pantalón de Ulf.

—No sé qué relación tienes con él. —Se quejó y cerró un ojo cuando tiraron de su cabello con fuerza—. Pero si estás de su lado, tienes que dejarme hablar con él.

—Yo no estoy del lado de nadie más que del mío. —Su frente estaba arrugada.

—Entonces déjame hablar con él y te lo compensaré. —Emitió otro quejido cuando unas uñas rasgaron su pantalón.

—Ya conozco tu verdadero nombre. —Lo amenazó. Si lograba arrancarle sus protecciones y usarlas en su contra, podría terminar con esto.

—No tienes idea de quién soy. —Se rio el demonio.

No iba a permitir que se burlara de ella.

—Patricia, apártate. —Su familiar corrió al fondo de la bodega y la mitad de la puerta estalló y se transformó en aserrín. Un espectro de cabello largo y pústulas por todo el cuerpo lo abrazó por el abdomen.

—¡Pero puedo decírtelo! —Rio nervioso, su agarre en el brazo de Lena cedió un segundo y el desarmador se acercó a su cráneo—. Totalmente. Sin ningún problema, puedo decirte quién soy. Solo por favor haz que se detengan.

—Sikke, el de la cabeza de metal —dijo Lena sin expresión.

Ulf hizo un sonido como si se estuviera ahogando.

—Créeme, bruja, si yo fuera Sikke, tus bonitos ojos grises estarían en tus manos y no en tu cabeza.

Los fantasmas lo arrastraron hacia ellos y el desarmador se acercó aún más a su cabeza.

—No quiero lastimarte, Lena, juro que no quiero herirte. Por favor, haz que se vayan.

Lo que restaba de la puerta estaba cediendo.

—Bien, está bien —gruñó Ulf—. Trabajo para la madre de Caleb. La señora Bedisa está buscándolo y llevamos años intentando encontrarlo. Listo. Ya lo dije.

—La madre de Caleb está muerta.

—Ah. —Una sonrisa—. Entonces *sí* has hablado con él.

Lena palideció.

Un suspiro.

—Por favor, no me odies —le rogó Ulf.

Ella apenas tuvo tiempo de arquear una ceja antes de que el desarmador saliera volando y Ulf quedara frente a ella. Sintió un golpe en el cuello y todo se apagó.

Percibió el peso de Patricia sobre su pecho y se quejó. Odiaba cuando la molestaba mientras dormía. Seguro quería salir de la habitación para pasear en el jardín.

—Déjame dormir —la regañó con los ojos aún cerrados y cambió de posición en su cama. Sentía mucho frío y no lograba alcanzar las mantas para cubrirse.

Las brujas estaban discutiendo, quizá era su madre peleando con su abuela o quizá le gritaba a Manon otra vez porque la Danza de los Tres Rostros era en menos de una semana.

—Si vuelves a ponerle un dedo encima, te arrastraré por mis dominios usando tus intestinos como soga. —Esa voz sonaba como la de un hombre. Pero en la casa no había hombres, desconfiaban profundamente de cualquiera que no fuera parte del aquelarre y ninguno podía entrar, a menos que fuera en verdad inevitable.

La otra voz sonaba más jovial que la primera, pero no logró distinguir lo que decía. Intentó tomar una de sus almohadas y ponerla sobre su cabeza para ahogar las voces por completo, pero tampoco podía encontrarla. Abrió los ojos y se topó con la cara de Patricia.

—¿Qué hora es? —Su voz sonaba rasposa y adormilada.

Todo olía a tabaco y eso la hacía pensar en…

Se incorporó y la cabeza le dio vueltas por haberse puesto de pie tan rápido.

Ulf estaba en el suelo con las piernas cruzadas y una pipa encendida. Tenía unos cuantos moretones cerca de los ojos y el labio roto. Una de sus manos estaba llena de sangre oscura, al igual que su ropa. Su cabello estaba hecho un desastre y parecía que le dolía respirar. Cuando sus ojos se conectaron él le sonrió y movió una mano a modo de saludo.

—Buenos días, bruja.

—¿Cómo te sientes? ¿Te duele algo? —Caleb tenía las manos contra el cristal.

La cabeza le pulsaba terriblemente, como la única noche en la que se había embriagado: una pijamada en la que bebieron el alcohol iridiscente que Manon le compró a las hadas, mientras bailaban con la música de un viejo tocadiscos. Había sido divertido, pero a la mañana siguiente se sintió justo como en ese momento, como si le estuvieran presionando la cabeza intentando hacerla más pequeña.

—*Milord*, le juro que mi golpe fue limpio.

—Hablo de la caída por las escaleras, imbécil.

Ulf soltó una carcajada antes de encorvarse con dolor.

—Ese no fue mi momento más brillante, lo admito, pero subestimé

qué tan oscuro estaba este lugar.

—¿Caí por las escaleras?

—*Caímos*. Los dos. Pero no te preocupes, me aseguré de que mi cuerpo amortiguara el impacto.

—¿Qué sucedió con los espíritus?

—Se desvanecieron en cuanto perdiste la conciencia. —Ulf parecía confuso, como si lo que estuviera diciendo fuera algo obvio. Como si eso fuera lo que tenía que pasar. ¿Era así? ¿Se suponía que eso debía ocurrir? Lena no lo sabía y prefirió quedarse callada.

»Déjame decirte, bruja, que nunca esperé que tu familiar pudiera transformarse. Creí que era solo una mascota fastidiosa.

Patricia resopló y Lena la observó de reojo. En todos los años que habían estado juntas, Patricia jamás se había transformado. Ni una sola vez. No tenía ni idea de *en qué* se transformó. Patricia gruñó levemente.

—Déjame en paz, rata asquerosa, ya probaste suficiente de mi sangre como para que te dure una vida.

—No le hables así —Lena lo regañó.

Lena lo observaba como si fuera un animal a punto de saltarle encima. Caleb se veía molesto, pero no alarmado, Patricia tampoco estaba tensa.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó sin poder quedarse en las penumbras de la duda—. ¿No es este Sikke? —Se giró hacia Caleb.

Ulf empezó a reír y se tiró al suelo.

—No, peor aún. —Caleb se pellizcó el tabique de la nariz y cerró los ojos con fuerza—. Es un niño.

Ulf emitió un suspiro ahogado.

—*Milord*, le aseguro que ya no soy ningún niño. —Se reincorporó—. Sé que así me recuerda, pero ha pasado mucho tiempo.

Caleb puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos.

—Pues desde que bajaste por esas escaleras solo te he visto actuar como un bufón. —Le dirigió una rápida mirada a Lena—. Solo he escuchado las palabras de un niño alto salir de esos *labios gruesos.* —Frunció la nariz y escupió.

Ulf frunció el entrecejo viéndose confundido y se tocó los labios con suavidad.

Lena hizo una mueca. Al parecer cuando le comentó eso a Caleb lo incomodó más de lo que pensó. En verdad no tenía sentido alguno, porque sí era algo distintivo en el rostro de Ulf, cuando menos para ella. Solo había intentado pintarle una imagen tan detallada como fuera posible.

—Era una descripción. No entiendo por qué te molestó tanto.

Las cejas de Caleb se alzaron y vio su garganta moverse al pasar

saliva. Se veía apenado.

—Lo lamento, Lena. Estuve fuera de lugar.

Ulf pasó los ojos de Lena a Caleb y de vuelta a Lena.

—¿Estuvieron hablando de mí? ¿Hay algo raro con mis labios? —Sus ojos se entrecerraron.

Lena negó con la cabeza.

—Respondiendo a tu pregunta —Caleb se aclaró la garganta—: No es Sikke. Al parecer la revolución no ha muerto y los fieles a mi padre siguen luchando. Ulf solía encargarse de limpiar nuestras armaduras cuando era pequeño.

—¿Y le vamos a creer tan fácil?

—Tiene las marcas de su juramento.

Ulf se puso de pie y se acercó a Lena mostrándole sus orejas. Nunca había notado que la parte superior se alargaba en una punta similar a las de un elfo. Había varios símbolos en el lóbulo derecho y avanzaban hasta la hélice. Estaban hechos con tinta roja y parecían una enredadera de runas y letras.

—Esto no significa nada para mí —refutó Lena impasible.

—Son los símbolos de mi madre —explicó Caleb—. En el momento en el que incumpla su juramento, la tinta se volverá verde y tendrá severas consecuencias. Muchos soldados de mi padre portaban esos símbolos en las orejas.

—¿Qué clase de consecuencias?

Ulf sonrió sin mostrar los dientes.

—Esa es información privada, bruja. ¿No te enseñaron a no ser fisgona? —chasqueó la lengua.

—¿No te enseñaron a no golpear a los demás? —Lena se cruzó de brazos—. O mejor debieron enseñarte a ser directo, así me hubieras dicho desde el inicio para qué buscabas a Caleb en vez de actuar de manera tan sospechosa.

Ulf colocó una mano en su pecho.

—¿Sospechoso *yo*? —repitió de forma dramática—. Me hieres, Lena. Yo solo debía proteger mi información y jugar mis cartas cuidadosamente, como haría cualquier líder de inteligencia en estas circunstancias. —Puso su pipa entre sus labios y exhaló una nube de humo. Lena tosió y sacudió la mano para disiparla.

—Deja de molestarla —gruñó Caleb.

Ulf suspiró.

—Lo siento, *milord*. —Dio un paso hacia atrás y se acercó al espejo.

—Pero eso nos lleva a lo más importante que quería contarle, amo

Caleb. —Se puso de rodillas y su mirada estaba en todos lados menos en el demonio frente a él—. Es sumamente difícil para mí ser quien se lo informe, sé que soy el menos indicado para darle noticias delicadas, pero henos aquí.

—Solo dilo.

—Tengo la información de quién atacó a su familia aquel día. —Se humedeció los labios. Miró hacia Caleb antes de regresar sus ojos al suelo—. Puedo confirmarle que es quien también apunta hacia las brujas, *milord*.

Una pausa.

—¿Y bien? —Caleb se veía molesto, una vena saltaba de su cuello—. Ya había concluido que es Sikke, si es lo que vas a decirme.

—No, amo. —Negó con la cabeza—. Por favor recuerde que soy solo un mensajero —dijo lentamente.

Lena no podría decir que percibía temor en su tono, pero sí se escuchaba tenso. Ulf le mostró las palmas de ambas manos levantadas.

—No puedo hacerte nada desde aquí. —Caleb hizo una mueca—. Solo habla. ¿Quién es?

—Habari, señor.

Toda expresión en el rostro de Caleb se cayó. Lena no sabía qué hacer o qué decir. Habari era el mejor amigo de Caleb, según le había contado, fue su mentor y también la mano derecha de su padre. Cada vez que Caleb le compartía un buen recuerdo, este estaba acompañado de historias y anécdotas con Habari. Viajes juntos, competencias, batallas, festines y planes. Había tanto en la vida de Caleb que había compartido de la mano de su amigo, que sabía que esto era una píldora difícil de tragar para él. Hasta donde ella estaba podía escuchar el corazón de Caleb agrietándose.

—No puede ser —protestó Caleb—. Él estaba herido de muerte, yo mismo lo vi.

Ulf asintió.

—Habari no estaba de acuerdo con que usted fuera el heredero del señor Talnarr. Consumió mil almas y con esa energía fue tras la bestia Jelle justo después del anuncio público de su sucesión, *milord*.

—No, no. —Caleb negó con la cabeza—. Él me felicitó. Le dije que no quería tomar el puesto y él dijo que me apoyaría.

—Le mintió, amo. Logró acabar con Jelle y juntando a sus propios seguidores fue tras el señor Talnarr. Yo estuve ahí. —Frunció el rostro—. Tenía trabajo de limpieza en las cocinas esa noche y escuché cuando entró Habari. Le dijo al señor Talnarr que era una emergencia, que estaban siendo atacados por sorpresa y debían trasladarse a otro lugar. Me asomé al vestíbulo para escuchar mejor. Estaba aterrado de pensar que llegarían a atacar la casa solariega y nos asesinarían a todos. Los señores estaban

todavía en sus ropas de dormir cuando… —Cerró los ojos. No terminó la oración—. El señor Talnarr casi logra vencerlo, pero al final… —Suspiró.

Lena caminó hacia Caleb. Él observaba a Ulf apretando la mandíbula.

—Aproveché que los soldados de Habari estaban distraídos tratando de sanarlo para ayudar a lady Bedisa a huir a través de los cuartos de servicio.

Todo quedó en silencio. Caleb tenía la vista agachada y Lena no podía ver su expresión. Ulf miró a Lena con duda y ella negó con la cabeza. Después de unos momentos más se puso de pie y caminó hacia ella, colocando la pipa contra sus labios nuevamente. Los dos estaban esperando algo, lo que fuera, pero no decía nada.

—¿Caleb? —Lena se paró frente al cristal.

Y entonces Caleb empezó a reír. Una pequeña carcajada que evolucionó hasta convertirse en una erupción de sentimientos.

—No puede ser. —Golpeó el espejo con fuerza. Lena se encogió ante el sonido—. Todo este tiempo he estado aquí lamentándome. Arrepintiéndome. Pensando que dejé a mi mentor morir cuando el bastardo nos había traicionado. —Otro golpe al espejo con el costado de su puño. Parecía querer salir de ahí con sus propias manos.

—Caleb, tranquilízate. —Quería tratar de ayudarlo como él lo había hecho en su ataque de pánico, pero él no reaccionaba.

—Voy a encontrarlo. —Su voz era gruesa y rasposa. Sus colmillos se veían amenazantes—. Y cuando lo haga voy a arrancarle la carne con alicates calientes y se la daré de comer a sus allegados. Voy a colgar lo que quede de él desnudo en el centro de mis dominios, para humillarlo como él humilló a mi padre. —Rugía como león hambriento y arremetía contra el cristal manchándolo de sangre.

Lena se entristeció. No podía imaginar lo que Caleb sentía ante la noticia. Su madre siempre decía que beber las aguas de la traición dejaba tu interior con agujeros que jamás sanarían y que estarían por siempre goteando.

—Vamos, Lena —dijo Ulf empujándola suavemente hacia las escaleras —. Démosle espacio por unos momentos. Estoy seguro de que él no quiere que lo veas en este estado.

Lena asintió y tomó a Patricia. Subió junto a Ulf a la superficie a esperar a que Caleb se tranquilizara un poco.

25
El corazón delator

Necesitaban un baño. Ambos. Y la camiseta de Ulf estaba completamente arruinada.

—Tenemos que movernos —dijo él.

—¿De qué hablas?

—Si nos quedamos aquí mi sangre va a atraer a más demonios. La zona está infestada. —Miró hacia los alrededores—. Si nos quedamos aquí, descubrirán a Caleb y no hay mucho que él pueda hacer desde el espejo.

—Pero ¿a dónde iremos? No podemos llegar así al pueblo. Ya piensan que estoy descuartizando mortales y resucitándolos.

—El pueblo también está lleno de hijos del caos, están disfrazados en vidas mortales. —Respondió Ulf y colocó su mano sobre su camiseta rota—. Y antes de ponernos en una situación riesgosa debo atender esta herida que me hizo mi bruja favorita. Después de Polina la Loca, por supuesto. —Le dijo con un guiño.

—¿Tu casa está muy lejos de aquí? —No sabía si vivía en donde siempre lo encontraba, cerca de la iglesia en la colina—. O donde sea que vivas. No sé si los demonios tienen casas en este plano.

—Mi departamento está en Galway, pero estaba rentando una habitación en este pueblo mientras investigaba. —Sacó de su bolsillo un teléfono

como el de Manon y empezó a mover los dedos en la pantalla—. No sé si pueda llevarte, la anciana tiene una política de no amistades.

—Usas teléfono. —Señaló Lena con sorpresa. Una parte quería recalcarle a Ulf nuevamente que no eran amigos, pero decidió dejarlo pasar.

—Por supuesto, bruja. —Sonrió a medias—. ¿Qué clase de informante sería si no tengo acceso al mundo mortal?

Sus ojos se quedaron en la pantalla unos momentos antes de suspirar, parecía decepcionado con lo que sea que vio en el portal tecnológico de los mortales.

—Bien, esto nos deja solo una opción.

—¿Cuál?

Lena lo miró y Ulf le dedicó una gran sonrisa. Una sonrisa que prometía muchos problemas.

—No, ni siquiera lo pienses. —Lena negó con la cabeza.

—Pero…

—*No.*

—Las protecciones no están activadas.

—No.

—Vi a todas tus compañeras salir de casa.

—No.

Ulf se puso una mano en la frente y se quejó de forma sobreactuada.

—No puedo creer lo que escucho. Ahora veo que Caleb no te interesa y estarías bien si lo encuentran y lo matan.

—No me vas a convencer, Ulf, ríndete. —Lena puso ambas manos en su cadera, viéndolo con fastidio.

La había convencido y estaba segura de que esta vez sí sería desterrada. Su nombre quedaría borrado del árbol genealógico del aquelarre, la transformarían en rana y viviría comiendo bichos y moscas por el resto de su vida.

—Por favor, diosa, protégeme —murmuró cuando se acomodaron bajo la ventana que daba a su habitación—. Diosa, te pido por favor que mi abuela no me descubra.

—¿Lista? —preguntó Ulf con la mirada posada en la ventana. Sus ojos sacaban chispas de emoción. Lena cargaba a Patricia con una mano y en la otra, abrazado como un escudo, llevaba su bolso con el libro de las sombras.

—En absoluto.

—Una lástima. —Pasó un brazo por debajo de sus piernas y la levantó con facilidad, apoyando su espalda en el otro brazo. Dobló ligeramente las rodillas antes de dar un gran salto. Lena cerró los ojos y sintió el pecho de Ulf vibrar de la risa. Una vez arriba, abrió la ventana y ayudó a Lena a entrar a su habitación antes de seguirla. Cerró la ventana tras él y Lena corrió para cerrar las cortinas también. Absolutamente nadie podía ver esto. Ni siquiera un espectro que pudiera estar caminando por el jardín. Nadie. Su corazón martillaba con fuerza.

—Solo dime dónde puedo asearme y estaré listo. También estaría muy agradecido si me pudieras proporcionar vendajes para mis heridas. — Juntó las palmas de sus manos en un rezo.

Lena le mostró en dónde estaba el baño y, cuando escuchó el agua cayendo de la regadera encenderse, sintió el dolor del nerviosismo y la culpa pellizcar su estómago. Dejó a Patricia cuidando la puerta de su habitación y bajó las escaleras en busca de ungüentos y vendas. Ulf comentó que Caleb le había dado algunas indicaciones para su herida, después de todo tenía conocimientos de medicina. ¿En el inframundo existían oficialmente los doctores? ¿Podías nombrarte así si lo deseabas? Lena sentía curiosidad. Entre las brujas la medicina y la sanación eran tomadas con extrema seriedad y se respetaba mucho a aquellas compañeras que se dedicaban a esas especialidades. Tal vez la salud era una de las pocas áreas dentro de la magia para la que se presentaban periódicamente pruebas y exámenes ante brujas con más experiencia.

Estaba subiendo las escaleras con los ungüentos recomendados por Caleb cuando su corazón se detuvo y sus rodillas casi se le doblan. Manon estaba en el pasillo, con el cabello peinado hacia atrás y ropa holgada para dormir. Su rostro había perdido todo rastro de vivacidad y parecía que llevaba una piedra sobre los hombros.

Manon le sonrió y enseguida se fijó en lo que Lena llevaba en las manos.

—¿Estás herida?

—Sí. —Raspó sus muelas superiores contra las inferiores—. Pero no es grave. Solo tuve un pequeño accidente con unos hechizos para la Danza.

—¿Estás segura?

Lena asintió con la cabeza.

—¿Tú cómo estás?

—Podría estar mejor. —Se frotó los ojos con las puntas de los dedos—. Pero ya casi estoy lista. Aunque mi habitación apesta. ¿Crees que pueda quedarme a dormir en la tuya hoy?

Eso le dificultaría su trabajo porque Manon podría tratar de

cuestionarla, pero al ver sus ojos ámbar apagados y su confianza adelgazada, no pudo evitar aceptar.

—Sabes que sí.

Manon le agradeció. Lena estaba por entrar a su habitación cuando su amiga volvió a hablar.

—Casi lo olvidaba, tienes un cofre de plata, ¿verdad?

Recordó con qué fin se lo dio Almedha y su estómago se hizo mil trenzas.

—Sí, lo tengo, pero no es mío. Planeaba devolverlo.

—Necesito uno para una parte del ritual con… —señaló con el pulgar hacia su habitación— nuestro amigo del funeral. No sabía dónde conseguía uno, pero esta mañana tuve una visión en la que tú me lo entregabas.

Las visiones de Manon siempre se cumplían.

—Entonces hecho está. —Sonrió. Balanceó las cosas en una mano y giró la perilla para entrar a su habitación. Su corazón estaba a punto de salírsele por la boca. Esperaba que Manon no lograra ver a Ulf al entrar.

—¿Me puedes prestar el cofre ahora?

Pasó saliva, pero su garganta seguía sintiéndose seca y llena de arena.

—Justo ahora estoy algo ocupada.

—Solo tomará un segundo.

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Los vellos de su cuerpo estaban erizados. Sintió cómo empezó a sudar.

—No puedo, Manon. —Sonrió.

Su amiga se frotó las manos.

—En verdad siento ser tan molesta e insistente, es solo que… —Había algo en su mirada. Como si algo le doliera o la asustara—. El cadáver va a seguir pudriéndose si no encanto su corazón. Hacer magia de muerte es… —Sus ojeras se marcaban más al entrecerrar los ojos—. Es lo más difícil que he tenido que experimentar. Es la primera vez que tengo que pagar con fragmentos de mi mente.

Lena no podía dejarla así, sentía cómo las fibras de su espíritu se tensaban. Pero al mismo tiempo no podía permitirle encontrarse con el demonio que estaba del otro lado de la puerta…

Abrió la boca esperando ser iluminada por alguna divinidad del reino del orden cuando de pronto sonó el teléfono de Manon.

—No puede ser, le pedí a mamá que no me llamara —dijo unas cuantas palabras en francés al ver la pantalla—. Discúlpame, Lena. Tengo que atender esto. —Y bajó las escaleras.

Lena se escurrió dentro de su cuarto, sintió el alivio bajar desde la coronilla hasta sus pies como una cascada.

—¿Seguimos con vida? —quiso saber el demonio.

Ulf se veía enteramente ridículo con el suéter rojo que Lena había encontrado para él en un golpe de buena fortuna. Durante las festividades de invierno le habían regalado en el pueblo un suéter de Navidad unas tallas más grandes que la suya. Sabía que la familia que se lo entregó tenía buenas intenciones, decidió conservarlo pensando que lo arreglaría en el futuro. Ella no celebraba Navidad, pero el suéter tenía un bonito árbol de Yule al frente, así que no le desagradó del todo. La medida no era para nada la del demonio. Las mangas le quedaban cortas, el cuello se había rasgado al ponérselo y el largo apenas y cubría su abdomen. Pero tendría que funcionar por el momento. Volvió a ponerse sus pantalones negros, aunque ahora estaban rasgados.

—Por ahora —respondió su pregunta al tiempo que lanzó a la cama la medicina y las vendas. Caminó hacia su vestidor y sacó el cofre de plata para dejarlo en el piso frente al cuarto de Manon.

Incluso con la puerta cerrada, el potente hedor le llegó a la nariz. Apretó los labios para contener el vómito y tragarlo de nuevo. Regresó a su habitación sintiendo que su estómago se movía.

—Esto no es lo que esperaba. —Ulf estaba viendo los libros en su escritorio.

—No toques los cristales —dijo Lena y pateó sus botas para quitárselas. Movió los dedos de los pies dentro de sus calcetas.

—No iba a hacerlo.

Pero sí tomó su péndulo y lo inspeccionó. Lena se quejó internamente; ahora tendría que volver a limpiarlo.

—Creí que los cuartos de las brujas eran muy distintos. Pensé que habría calderos gigantes, varitas y toda clase de objetos flotando por todas partes.

—No todo el tiempo es así. Además, yo no uso varitas en mi práctica. Cuando menos no todavía.

—¿Es magia avanzada?

—No realmente, solo que no he logrado fabricar una que me guste. —Acomodó sus botas junto al ropero. No tenía muchos zapatos, pero tenía los suficientes como para combinarlos con varias cosas. Lo único que le hacía falta reponer era su par de tacones negros. La suela estaba deshecha y llevaba casi un año posponiendo llevarlos al zapatero.

—Pero puedes comprarlas. —Escuchó cómo Ulf arrastró la silla de su escritorio por el piso y luego se desplomó sobre ella—. Estoy seguro de que he visto tiendas de varitas.

—Mi abuela prefiere que nosotras mismas las hagamos si queremos

usar una.

Utilizarlas era completamente opcional, y dependía de la práctica de cada bruja. Se usaban sobre todo para canalizar y proyectar la energía tanto de la bruja como de los elementos a su alrededor. En su familia era costumbre hacer las varitas con la madera del árbol de nacimiento de cada quien, y ellas mismas debían fabricarlas para tener una verdadera conexión con la herramienta. Hasta ahora, Lena no había quedado satisfecha con las que había creado y por ende no utilizaba una.

—Tu aquelarre siempre toma la ruta difícil.

Él abrió un tarro de plástico y el olor a cúrcuma y aceite de árbol de té la ayudó a quitarse la sensación de asco.

—Si algo te puede facilitar la existencia, ¿por qué no usarlo? —opinó Ulf.

A continuación tomó algo de bálsamo con la mano derecha y se levantó el suéter para poder aplicarlo en la herida. Lena lo vio encogerse cuando la medicina tocó su piel. La zona se veía enrojecida, fea e inflamada.

—Déjame decirte, bruja, que tienes más fuerza física de la que creí. Un mortal ya sería abono para plantas. —Abrió otro frasco con un ungüento distinto. Este se veía amarillento y cuando lo aplicó dio un pequeño salto en la silla—. *Arde* —se quejó.

Lena se acercó al escritorio y pasó la mirada por sus libros y libretas para elegir uno que tal vez pudiera decirle cómo abrir la puerta en el espejo y sacar a Caleb. Quería regresar a él con la buena noticia de que había seleccionado ya un hechizo, o cuando menos mostrarle algunas opciones.

—Creo que también esperaba ver más velas negras encendidas y telarañas en tu habitación. Ya sabes, cosas de ese estilo —comentó Ulf. Sus ojos oscuros estaban enfocados en terminar su curación.

—Si no te gusta mi habitación, te puedes ir. —Encontró un tomo con cubierta marrón que podía funcionarle.

—No dije eso. Sí me gusta. Tiene mucho *encanto.* —Remarcó la última palabra con una gran sonrisa y ojos resplandecientes—. ¿Entiendes? Encanto. Porque eres una bruja.

—Esa fue una pésima broma. —Lena puso los ojos en blanco.

Ulf soltó un suspiro ahogado.

—¿Disculpa? —le preguntó arqueando las cejas—. Eres una bruja y haces encantamientos. Si te digo que tu habitación tiene encanto hace perfecto sentido.

—Lo entendí bien, la broma es mala. —Llevó el libro a su cama y se sentó sobre el cobertor.

Ulf bufó.

—O tal vez tú no tienes sentido del humor, bruja. —Enderezó la espalda y empezó a enrollar el vendaje alrededor de su abdomen.

Lena estaba hojeando el libro mientras Ulf le hacía preguntas insensatas sobre los adornos en su habitación. Los pasos de Manon se escucharon afuera, pero pasaron de largo su habitación.

—Todo listo. —Ulf se giró en la silla, acomodando el respaldo entre sus piernas y recargando los brazos encima de este—. ¿Ya tienes alguna idea de cómo deshacer el hechizo?

Lena suspiró. ¿Por dónde empezar?

—Necesito encontrar un hechizo para abrir una puerta desde el otro lado del espejo. Pero encontrar uno que sea lo suficientemente poderoso como para neutralizar la magia de mi abuela no es sencillo.

Ulf la miró. Abrió la boca como para decir algo y después volvió a cerrarla.

—¿Crees que lo encuentres en estos libros?

—¿A qué te refieres?

Ulf apretó los labios en una línea, se veía incómodo. Había algo que quería decirle.

—Entiendo que ya probaste con algunos hechizos y nada ha funcionado. —Tomó un respiro—. ¿Desde el otro lado del espejo tendrás oportunidad de hacer varios intentos también?

Era una buena pregunta. El viaje astral era algo delicado y difícil, así que probablemente no. Ulf la miraba con atención.

—Escúpelo. Sé que quieres decirme algo —dijo ella.

—Qué impacientes son ustedes dos. Harían buena pareja —gruñó.

Lena inhaló con fuerza y sintió sus mejillas encenderse.

Era evidente que él solo estaba tratando de molestarla, pero no pudo evitar reaccionar. Fue completamente automático. Lo hizo sin siquiera pensarlo.

La expresión de Ulf cambió y se echó hacia atrás en la silla con la boca entreabierta. Parpadeó.

—¡No puede ser! —exclamó riéndose a carcajadas—. Esto definitivamente no lo tenía contemplado.

—No sé de qué hablas —dijo Lena con cara de disgusto.

—Por supuesto. —Abrazó la silla de nuevo y colocó su barbilla sobre sus brazos con una expresión satisfecha—. Pero ¿sabes? Caleb siempre ha sido muy popular con hombres y mujeres por igual. No te culparía si te parece atractivo.

—Es un demonio —aclaró Lena sin expresión.

—Pero no cualquier demonio. Es el Incendiario. —Alzó los brazos para

estirarse.

Estaba tratando de verse casual y despreocupado, como si esa charla no fuera un tema importante. ¿Por qué? ¿Qué ganaba con decirle estas cosas?

—Cuando era niño lo admiraba mucho. En cuanto llegaba a algún fuerte con su uniforme, podías notar cómo todas las miradas lo seguían.

Lena podía imaginarlo a la perfección. Caleb tenía mucho porte.

—Había una guerrera hermosa de cabello castaño de la que yo estaba completamente enamorado, pero me triplicaba la edad y era obvio que jamás iba a prestarme atención. —Sonrió y se puso la mano en el pecho como si estuviera adolorido.

»Una noche la vi llegar del brazo de Caleb y mi corazón se rompió. Eso me hizo entrar en una etapa en la que trataba de imitar su estilo de cabello y vestimenta a diario —dijo con una gran sonrisa, parecía que eran bonitos recuerdos para él.

»Me veía como un tonto. Yo no tenía el oro para costearme nada parecido a lo que él tenía, pero lo intenté. —No lograba visualizar cómo el cabello liso y rubio de Ulf iba a verse parecido al cabello castaño y revuelto de Caleb.

—Lo que sea que estés intentando hacer, no lo hagas. No importa si Caleb era popular o no. Esta es una relación de trabajo. Yo lo saco del espejo y él me ayuda a recuperar a mi hermana. Es todo. —Con cara de disgusto se disponía a regresar a su lectura cuando Ulf volvió a hablar.

—Pero no solo es atractivo. —Levantó una mano—. No era mi ídolo por eso.

Lena suspiró.

—En verdad no me interesa saber por qué admirabas tanto a Caleb.

Sí le interesaba. Estaba mintiendo. Pero no podía permitir que Ulf tuviera una idea equivocada. No había nada entre ellos. Absolutamente nada. Así que debía aplastar ese sentimiento efervescente de curiosidad.

—Pero es una buena historia.

Lena masajeó su frente.

—Si te dejo contarme, ¿olvidarás ya el tema y pasaremos a lo del hechizo?

Ulf asintió con la cabeza.

—Está bien, te escucho.

No sabía bien por qué sentía que debía permanecer molesta con Ulf. No estaba haciendo nada fastidioso en ese momento, pero suponía que ya era la costumbre entre ellos.

Sonrió.

—Tu segundo demonio favorito estaba puliendo los escudos en el cuarto de armas cuando llegó uno de mis hermanos menores a buscarme. —Lo vio empezar a contar con los dedos—. Creo que yo tenía unos ocho años, contándolos en años mortales. Mi hermano quería que le entregara mi paga de la semana para comprar la cena, pero mi jefe dijo que me pagaría hasta que terminara el trabajo. —Puso los ojos en blanco—. Era un jefe terrible, por cierto. Solía abofetearme por los errores más pequeños que te puedas imaginar. En fin, ese es otro tema.

Lo vio buscar en los bolsillos de sus pantalones hasta que encontró un cigarrillo. Probablemente había perdido su pipa de siempre en el camino. Lo colocó entre sus labios y sacó un fósforo de una delgada y diminuta cajita de madera de su bolsillo trasero.

—Era temporada de heladas en los dominios de lord Talnarr y la comida escaseaba. Muchos demonios cruzaban a este plano para alimentarse de mortales, pero a mí me daba miedo intentarlo. —Usó la suela de su zapato para encender el fósforo y acercó la flama a su cigarrillo—. Un mercante nos había ofrecido un par de papas a buen precio, pero incluso ese buen precio era todo el dinero que yo ganaba en casi un mes de trabajo. —Tomó el cigarrillo entre sus dedos índice y medio y lo apartó de su boca para liberar humo gris de su boca.

Lena hizo una mueca. Le gustaba el olor a tabaco, pero la habitación era pequeña y se asfixiaría sin algo de ventilación. Se puso de pie y se dirigió hacia la ventana para abrirla, pero asegurándose de dejar las cortinas cerradas.

—Oh, lo siento, debí preguntar. —Miró su cigarrillo e hizo los hombros hacia atrás.

Lena negó con la cabeza. Se quedó de pie junto a la ventana.

—Solo termina la historia.

Ulf pasó su lengua por el labio inferior y asintió.

—Bien, pues logramos reunir la cantidad para las papas, solo nos hacían falta las monedas que me darían ese día. Mi hermano siempre ha sido muy torpe y trató de tomar una de las lanzas que estaban acomodadas, pero todo se vino abajo. No sé cómo, pero hasta rompió un par de jarrones y las armaduras quedaron regadas por todo el piso. Estaba temblando, bruja, creo que hasta mojé mis pantalones. No sabía cuántos azotes me darían por eso, y definitivamente podíamos despedirnos de las papas. —Sonrió y volvió a poner el cigarrillo entre sus labios.

—Ulf, eso es horrible. —Sintió su pecho encogerse.

—Espera, ya llegamos a la mejor parte. En ese momento entraron Caleb y Habari. No supe si iban a dejar sus propias armaduras o si fue por el

ruido, pero ahí estaban. —Lena notó que Ulf hacía muchos ademanes al hablar. Esa era la primera vez que tenían una conversación tan larga—. Caleb pasó la mirada por toda la sala de armas y luego fijó esa mirada tan pesada que tiene, ya sabes, *esa mirada.* —Señaló hacia su ojo—. Te soy honesto, creí que iba a asesinarme, hasta puse a mi hermano detrás de mí para protegerlo. Pero no pasó nada. Mi jefe escuchó el escándalo y llegó con su látigo favorito en la mano, listo para castigarme, pero Caleb lo detuvo. Le dijo que estaba ebrio y que había sido su culpa. Y no solo salvó mi trabajo, sino que le pidió a mi jefe que me dejara ir temprano y me pagara. Él se quedó a acomodar la armería.

Lena no pudo evitar sonreír, otra vez sentía ese revoloteo dentro de su pecho.

Ulf se miró las uñas.

—Así que solo digo que, si te interesa para algo más que negocios, es un gran partido. —Esta vez sacó el humo del cigarrillo por la nariz.

—¿Por qué estás intentando emparejarme con él?

—Porque Caleb pasó por una experiencia traumática y se merece un final feliz.

—*Ulf*.

Él exhaló.

—Está bien. Seré honesto. —Se encogió de hombros—. Nos vendría bien para subir la moral a nuestros soldados. Muchos aún no están completamente seguros de regresar a la causa porque le temen a Habari. Pero si el Incendiario vuelve de la mano de la última suma sacerdotisa… —apuntó hacia ella— nadie pondrá en duda que podemos decantar las cosas a nuestro favor.

Lena iba a decir algo, pero Ulf habló primero.

—Solo dejo estas cartas sobre la mesa. Caleb gana simpatizantes, y tu aquelarre gana protección infernal, junto con todo el poder que el caos pueda ofrecerles, mientras ustedes se divierten y se ayudan mutuamente a desestresarse. —Guiñó un ojo. Lena pasó saliva mientras veía las cenizas del cigarrillo acumularse en el piso.

»Me suena a una situación en la que todos ganamos. —Ulf se humedeció los labios—. Considéralo. No tienes que hacer nada que no quieras, por supuesto. Pero si llegas a estar interesada, algo me dice que él lo estaría también. —Sus ojos de zorro se entrecerraron.

Dioses. Lena sintió que su cara se incendiaba. Cómo había llegado a tener esa conversación con Ulf, de todos los seres en el universo.

—Deberíamos… —Se aclaró la garganta porque su voz sonó demasiado aguda—. Deberíamos regresar al tema del hechizo. No tiene caso

adelantarnos por cosas que no pueden pasar sin antes sacar a Caleb del espejo. ¿Qué era lo que ibas a decirme antes de todo esto?

Ulf frotó su mentón y torció los labios. Sus orejas puntiagudas se asomaron a través de sus mechones rubios.

—Conozco a alguien que puede ayudar con el hechizo, pero es una opción arriesgada.

—¿A quién? —Era imposible imaginar que Ulf conociera a alguien con el poder suficiente.

—Es un brujo en la villa de Yggdrasil. Lo conocen como Torbjörn. Usa métodos no bien vistos, pero puede crear y deshacer cualquier embrujo.

—¿Es alguien de fiar?

—Sí, pero… —Se encogió—. Tiende a cobrar precios bastante altos y es completamente aleatorio. A veces cobra en oro, a veces en diamantes, a veces pide tus ojos y otras a tu primogénito. Todo depende de cómo se sienta ese día. Él me vendió estas joyas para protegerme de la brujería. —Apagó el cigarrillo usando el escritorio de Lena. Ella , al verlo, puso cara de disgusto.

—¿Y qué fue lo que pagaste por ellas?

—Información. Tuve que espiar a unos hijos del orden por un par de años. Ha sido de las cosas más peligrosas que he tenido que hacer, y tomemos en cuenta que yo me arriesgo a diario en mi trabajo.

Lena pasó la lengua por detrás de sus dientes. Había escuchado leyendas de aquel brujo antes, pero nadie creía que existiera. Se decía que se habían creado muchas leyendas y cuentos mortales basados en él. Era increíble pensar que vivía en una villa tan famosa y concurrida como Yggdrasil.

—¿Entonces puedes llevarme a él?

—Sí, pero no tomes a la ligera esta decisión, bruja. Debes estar preparada para hacer un sacrificio grande.

Lena llevaba años preparada.

—Estoy lista. ¿Cuándo podemos ir?

Ulf entrecerró los ojos y la observó por unos cuantos latidos. Al parecer encontró lo que buscaba en su expresión y asintió.

—Dame tres días y te llevo.

—Dos días.

Era imposible darle más tiempo con la Danza de los Tres Rostros tan cerca.

—Muy bien. Nos vemos en tres días en la bodega del bosque.

Se dieron la mano.

26
Antigüedad tardía

Lena tomó un largo baño y se exfolió con sal rosa para quitarse las malas energías. Patricia estaba sobre la cama dejando escapar pequeños ronquidos. Había tantas cosas en su mente que sentía como si su cabeza fuera un panal lleno de abejas zumbando. Se puso un camisón color menta y se quedó un rato cepillando su cabello mientras dejaba mascarilla de barro.

Caleb era el dragón de humo. El que iba a devorarla según la profecía de Manon. ¿Había otra forma de interpretarlo? Las visiones de este tipo no siempre eran literales. Tal vez debía pedirle a su amiga que le leyera la fortuna una vez más, o incluso a Berterry con su tarot. ¿Dónde podía encontrar información sobre interpretaciones de profecías?

Se recostó boca abajo en la cama con el libro en el que había encontrado unos conjuros para la Danza de los Tres Rostros. Anotó algunas cosas con tinta rosa y resaltó un par. Debía aprovechar su viaje a la villa de Yggdrasil para comprar los materiales que le hacían falta. Nunca había ido, pero la señora Ekaterina le había contado historias del lugar y le había mostrado unas cuantas fotografías. Ella lo visitaba con frecuencia para atender su tienda de adopción de familiares.

Se estaba lavando la cara para quitarse los restos de la mascarilla que se aferraban a su piel cuando escuchó que tocaron a la puerta. Patricia

siguió durmiendo enroscada en una pequeña bola y Lena se dirigió a abrir.

—¿Bajas a cenar? —le preguntó Manon, que estaba del otro lado con un camisón rosa parecido al de Lena y una bata de baño con osos de peluche. Se veía mejor, su cabello estaba peinado y las ojeras habían desaparecido. Tal vez había tomado una siesta reparadora.

—Vamos. —Lena se puso unos zapatos y salió de la habitación—. ¿Cómo va todo? —le preguntó a Manon.

—Ya terminé. Tengo todo listo para el viernes. —Manon sonrió—. ¿Tú cómo vas?

—También tengo un plan. Espero que sea suficiente. —Después de todo, iba contra una gran bruja.

—¿Acaso la mujer con la mirada de la estrella se siente intimidada por una mujer mitad mortal? —Entrelazó los brazos y le dio un pequeño empujón.

—Para nada. Pienso aplastarte —bromeó y ambas rieron.

—Gracias por el cofre, quise ir a agradecerte a tu habitación, pero me distraje con el señor frío. —Puso cara de asco.

—Veo que ya tiene nombre.

Dieron la vuelta en uno de los pasillos y el olor a especias y pan hizo que su estómago saltara con anticipación y empezara a salivar.

—En realidad sí debería elegirle uno.

—¿Uno francés por ser hijo tuyo?

Manon arrugó la nariz.

—Esa cosa no es mi hijo. Nunca tendría uno tan feo.

—Entonces un nombre extranjero. —Lena sonrió—. ¿Qué tal Hugo?

—No, no se ve como un Hugo.

—¿Qué me dices de Nikolái? Ese nombre me gusta.

Manon frunció los labios, considerándolo.

—No, creo que tampoco se ve como un Nikolái. Si le vieras la cara, dirías que no le va para nada.

Lena se quedó pensando unos momentos.

—¿Qué te parece Boris?

Manon estuvo unos momentos masticándolo y dejando que su lengua lo saboreara.

—Boris suena bastante bien.

—Entonces tenemos un ganador.

Abrieron la puerta del comedor. La comida no solo se veía deliciosa, sino hermosa. Había ensalada de manzana, tocino hervido con col, un plato de morcilla y pan. Mucho pan. Lena se sentía en el cielo.

—Bendecida sea la Diosa por este milagro de tenerte en la mesa con

nosotras, Lena —dijo Anfisa y aceptó que Nessa le sirviera una porción de carne.

A la cabeza de la mesa estaba su abuela, como siempre. Y poder decir algo así era la verdadera bendición. Nunca se había puesto a pensar en cuánto valoraba ese «como siempre», las rutinas, el tener algo constante y estable en su vida, hasta ese momento en que estaba por perderlo. El espíritu caótico de su madre era una responsabilidad con la que no quería cargar. Porque su madre no había dejado de ser «la hija eterna» y, hasta ese momento, no sabía cómo tomar el papel que le correspondía. Si no hubiera crecido con la autoridad de su abuela para guiarlas a ambas, ¿cómo hubiera sido su vida?

Imogen estaba usando un suéter oscuro y su cabello canoso caía libre sobre sus hombros. Su espalda estaba encorvada y toda ella temblaba cuando se llevaba algo a la boca.

—¿La señora Frida y Berterry no nos acompañan? —preguntó Manon mientras ambas se sentaban.

Anfisa la miró y no respondió nada. Lena sintió su rostro endurecerse ante el comportamiento de su madre.

—Cenaron temprano y están en las habitaciones para huéspedes —explicó Nessa y les sirvió tocino a ambas—. Fue un día difícil.

—Lo puedo imaginar —dijo Manon.

Nessa pausó y revisó el bolsillo de su delantal.

—Hay correo para ti. —Le entregó una carta rosa a Manon. Tenía un fuerte olor a perfume floral atalcado. Las letras manuscritas al frente del sobre eran perfectas.

Manon la tomó, sorprendida.

—¿Más admiradores? —preguntó Lena con una sonrisa.

Manon solo se encogió de hombros y abrió la carta. Traía pétalos de rosa y una fotografía de la persona que la mandaba. Ambas rieron al leer que en el poema las palabras «belleza» y «cupido» se repetían cuando menos treinta veces.

—Estamos en la mesa —señaló Anfisa sin mirarlas.

—Lo siento —se disculpó Manon y guardó la carta en su bata.

—¿Yo no recibí nada? —quiso saber Imogen. Incluso su voz sonaba apagada y quebradiza.

Nessa negó con la cabeza.

—Hoy no, señora.

—¿Esperabas una carta, abuela? —preguntó Lena atravesando una zanahoria con su tenedor.

—Cora dijo que me escribiría. Me llamó ayer al teléfono de la sala. —

Sus ojos azules se veían perdidos.

Todas se quedaron en silencio.

—¿Cora? —repitió Anfisa con cuidado—. ¿Estás segura, mamá?

—No me hables en ese tono. No soy tonta. —Imogen frunció el ceño —. Sabes perfectamente bien quién es Cora.

Lena buscó la mirada de Manon, pero ella se quedó observando su plato. Luego miró a su madre, quien tenía los labios apretados. Imogen no tenía ningún tipo de poder sobre el mundo de los muertos. Además de que el teléfono de la sala llevaba un par de meses sin funcionar.

Nessa caminó hacia ella le y puso una mano en el hombro.

—Tal vez mañana llegue la carta, señora.

Imogen asintió con la cabeza.

—Necesitamos saber si vendrá para Yule o no —continuó. Su barbilla se ensució de salsa y Nessa se apresuró a ayudarla a limpiarse—. ¿Por qué no hemos empezado a decorar? La casa se ve muy vacía este año.

—Mamá, todavía no es Yule —le aclaró Anfisa—. Falta mucho para la celebración.

Lena sintió que su garganta se cerraba.

Imogen se veía perdida, confundida, como si Anfisa estuviera hablando en otro idioma.

—Pero Cora aseguró que vendría para Yule.

Anfisa y Lena hicieron contacto visual. Todo se sentía como una liga que se estiraba y se estiraba cada vez más...

—Mamá, Cora está muerta. —La voz de Anfisa sonaba cruda, adolorida, herida.

Imogen parpadeó unas cuantas veces. Miró el comedor como si fuera la primera vez, como si estuviera despertando de un sueño y apenas cayera en cuenta de en dónde estaba. Su cara se puso roja y poco a poco se arrugó de enojo.

—Yo sé que mi hermana está muerta, no me lo tienes que decir. No estoy loca.

—Entonces no actúes como una. No digas que te llamó y que estás esperando que te escriba. Ella ya no está. —Su tono era incisivo, pero sus ojos estaban húmedos y, desde su lugar, Lena notó cómo se rasguñaba las cutículas.

—No le hables así. —Lena frunció el ceño.

Anfisa e Imogen discutían mucho, tal vez pocas veces las había visto convivir sin que hubiera roces, pero en esos momentos, con su abuela marchitándose frente a sus ojos, la situación se veía completamente desbalanceada.

La cara de Imogen seguía enrojecida. Sus hombros estaban alzados y tensos. Se veía avergonzada.

—Todo lo que hago te molesta.

Ese día, Anfisa llevaba el cabello pelirrojo atado en una coleta, sus ojos grises resaltaban con delineador negro. Lena se veía tan parecida a ella que quería levantarse e irse. Quería tomar las tijeras y cortarse partes de la cara para cambiar su apariencia por completo.

—¿Te gustaría que yo te tratara así si dejaras de ser tan fuerte?

Su madre bebió agua.

—No espero nada de ti, Lena. Yo sé lo que crié y desde pequeña has tenido el corazón completamente negro.

Manon, incómoda, se reacomodó en su asiento. Lena sentía el picor del llanto en los ojos, pero lo contuvo. Cada vez que encaraba a su madre escuchaba lo mismo: corazón oscuro, mala semilla… Almedha le había dicho lo mismo. En ese momento, pareció que el comedor se hacía cada vez más pequeño. No tenía el corazón negro, no lo tenía, no lo tenía. Cuatro vasos de cristal en la mesa, seis zanahorias en su plato, seis sillas en el comedor…

—Estar en desacuerdo contigo no la hace una mala mujer, Anfisa —intervino Nessa, colocándose tras la silla de Lena.

Anfisa hizo una mueca.

Lena miró a Imogen, quien se estaba abotonando su suéter con manos torpes. De nuevo tenía esa expresión perdida en su rostro. Lena se tragó su ira sintiendo como si un trago de gasolina estuviera bajándole por la garganta y quemándola por dentro. Respiró.

—Te ayudo —le ofreció a Imogen y se acercó para terminar de abotonarle el suéter.

Imogen le agradeció con una mirada cubierta por bruma.

—Mañana ayudaré a Nessa a decorar para Yule —le dijo. El rostro de Imogen se iluminó—. Espero que recibas tu carta pronto, abuela.

Imogen le acarició las muñecas y cuando Lena regresó a su lugar pudieron terminar de cenar en silencio.

—Veo que te estás llevando mejor con la señora Imogen —comentó Manon sirviendo palomitas acarameladas en un plato grande.

Lena trató de ordenar la respuesta en su mente para explicarle lo mejor que podía. No iba a olvidar lo que ocurrió aquel día en el lago ni las decisiones de su abuela que la habían lastimado. Parecía que esa abuela ya

no estaba, y Lena no quería torturar los fragmentos que quedaban.

—Algo así. —Lena estaba mezclando la masa para los brownies que llevaba días queriendo preparar. Esta era una receta nueva para aumentar la claridad mental y abrir caminos. Esperaba que les ayudara a ambas a aterrizar y prepararse para la Danza de los Tres Rostros. Agregó un poco más de tierra de cruces de caminos y una pizca extra de pimienta de cayena. No demasiada o los brownies tendrían un sabor extraño.

—¿Puedes ir preparando el té? —le pidió a Manon.

—¿Manzanilla o lavanda?

Lena lo consideró un momento mientras vertía la mezcla en el recipiente para hornear.

—Creo que me gustaría té de agua de luna.

Manon dudó.

—Nunca he visto en dónde lo guarda Nessa.

Lena entrecerró los ojos tratando de recordar. Metió los brownies al horno y se limpió las manos. Caminó hacia la alacena con Manon tras ella, y abrió la puerta. Había frascos con laurel, con diferentes tipos de sales y bolsas de golpes de suerte que probablemente ya estaban por caducar. Tras las tiras de ruda colgadas estaban algunas latas con diferentes tipos de té. Había uno marcado con la letra de Nessa. Sabía que ese té era una mezcla orignal, no estaba muy segura, pero creía saber cómo prepararlo. Por suerte, todavía tenían unas cuantas botellas de agua de luna.

—Aquí está. —Abrió la lata para asegurarse y la encontró completamente vacía. Incluso había un bicho muerto en el fondo.

—Qué mala suerte, siempre me hablas maravillas de ese té —dijo Manon.

Su estómago se hundió de decepción. Quería relajarse con esa bebida.

—¿Te parece bien de lavanda entonces? —le preguntó a su amiga y ella asintió.

Regresaron a la cocina con la lata de té y Manon se encargó de poner a hervir el agua.

—¿Quieres ver películas de terror? —preguntó Manon.

—¿Tienes alguna nueva?

Casi nunca utilizaban esa habitación y las películas que tenían estaban en blanco y negro.

—No hemos visto todas las de la colección de todas maneras. ¿Has visto la de *Los pájaros*?

—Esa no es una película de terror, es de suspenso.

Vio a Manon sentarse sobre la barra de la cocina. Lena estaba recargada cerca del horno mientras esperaba que los brownies estuvieran

listos.

—Claro que es de terror. ¿No te daría miedo si lo vivieras?

—Sigue siendo de suspenso. —Lena se encogió de hombros.

—El horror no siempre tiene que ser a lo grande o ser tan obvio. Todo está en las sutilezas que hacen del día a día un lugar escalofriante. —Manon mecía sus piernas mientras hablaba.

—Yo creo que esa película sí intenta hacer algo grande con esa cantidad de pájaros. —Lena sonrió.

—Sí, de acuerdo. —Manon siempre pronunciaba esas palabras con un ligero acento—. Pero igual me gusta la sutileza de transformar algo ordinario que tenemos en todas partes en algo aterrador.

Una pausa. La cocina comenzaba a oler a chocolate. Manon bajó de la barra para meter tres saquitos de lavanda dentro de la tetera. Tomó la olla con agua caliente y la sirvió con cuidado.

—Ya casi es el día —dijo Manon. Lena lo sabía bien. Su destino en ese momento era incierto. ¿Quién era ella si le quitaban el camino?

—No me siento del todo confiada para la prueba de magia lunar, pero creo que tengo buena oportunidad con las otras dos áreas.

—Me parece que esa prueba es en la única que me siento segura. Por aquello de la intuición y clarividencia. —Manon sacó las tazas de los gabinetes.

—Creo que lo que estás preparando con la magia de muerte va a dejar a todo el aquelarre sin palabras.

El simple hecho de atreverse a manejar ese tipo de práctica ya era algo impresionante. Lena temía que no tuviera oportunidad contra Manon, ¿qué ocurriría si perdía?

Se quedaron calladas de nuevo. Manon acomodó todo en una charola de madera.

—Ya no sé si quiero seguir con esto.

Lena se sorprendió tanto que su cerebro la latigueó. Manon le estaba dando la espalda. No pensó que ella sería quien comenzara a arrepentirse de esto. Después de todo, ella había dicho que quería demostrar de qué era capaz.

—Yo también estoy nerviosa, no te voy a mentir. Pero has estado trabajando muy duro para esto. Estamos muy cerca del evento.

Manon se giró y dejó ver la tensión en su rostro.

—Tal vez hay cosas en las que los mortales no deben meterse.

Lena se cruzó de brazos.

—Manon, tú no eres una mortal.

—Mitad mortal. Es casi lo mismo.

Negó con la cabeza.

—Vales lo mismo que cualquiera de nosotras. Tienes tanto derecho a esto como yo. Incluso mi abuela lo vio en su visión.

—Eso es lo que más me pesa. —Manon se mordió el labio inferior—. Todo lo que estoy haciendo es porque lo veo en premoniciones. Uso más mi tercer ojo que mis ojos terrenales. Me sentía frustrada por lo que ocurrió con Mikael y estaba furiosa contigo porque no valoras las bendiciones que tienes y…

Casi nunca veía a Manon molesta. Pocas veces discutían. Quería permitirle desahogarse todo lo que necesitara. Cualquiera que viviera de forma tan estricta como ella tenía que llegar a un punto de quiebre.

—Tuve la visión y, como siempre, debía cumplirse. —Un respiro—. Ahora estoy asustada: para empezar, el cadáver en mi habitación me da asco y, como si fuera poco, mi madre no deja de llamar exigiendo que regrese a casa.

Lena liberó un sonido de sorpresa. No quería que se fuera. Se sentía responsable por este problema. Si desde el inicio hubiera cumplido con sus responsabilidades, tal vez Manon no hubiera recibido esa visión. Tal vez ella pudo evitarlo. Se acercó a su amiga y la envolvió en un abrazo.

—¿Cuánto de lo que hago es mi decisión? Estoy atrapada por el destino.

Lena respiró. En alguna ocasión sintió algo similar con su mirada de la estrella y encontró unas palabras que la hicieron sentirse mejor.

—Los astros predisponen, pero no obligan. —Acarició los rizos de su cabeza—. No somos títeres de lo divino ni víctimas del caos. Tenemos libre albedrío.

Manon se aferró a ella.

—No sé siquiera si eso existe. Todo lo que he visto al final ha sucedido.

—¿Y qué importa? —Lena sonrió—. ¿Qué importa si recibes visiones? ¿Qué importa si el río te quiere empujar en cierta dirección? Es hora de que seamos la roca. Ambas.

Manon se apartó de ella y la observó. Lena siguió sonriéndole.

—Yo propongo que de ahora en adelante tomemos tus visiones como sugerencias y punto. —Lo pensó unos momentos—. Excepto algo que parezca una verdadera profecía importante, si ves que voy a matar a mi padre y desposar a mi madre espero que me lo digas. —Se carcajeó pensando en el oráculo de Delfos y Layo.

Manon arrugó la nariz.

—¡Qué asco! ¿Por qué dices esas cosas?

Lena seguía riendo, complacida por haber distraído a su amiga de ese surco de tristeza.

—Yo no lo inventé. Mándale tu queja a Sófocles.

—Si te encuentras con su fantasma, por favor dile que venga conmigo.

—Yo le paso el mensaje.

Cuando los brownies estuvieron listos, Lena los sacó del horno y dibujó una runa sobre ellos antes de cortarlos.

Manon tomó uno y lo mordió.

—Tu mejor creación hasta ahora. Se van a vender mucho.

Lena también tomó uno para probarlo. El sabor a pimienta pasaba desapercibido y lo único que se distinguía era el delicioso chocolate con un toque de café.

Pusieron el postre en la charola y Manon cargó todo con cuidado hacia la pequeña sala de televisión.

—Gracias por todo, Lena —dijo Manon en el camino—. Eres una buena amiga.

—Agradéceme haciendo tu mejor esfuerzo en la Danza de los Tres Rostros.

—Hecho está.

Se había quedado dormida sin darse cuenta. Su cabeza estaba recargada en el hombro de Manon, quien dormía profundamente con los labios entreabiertos. La televisión bañaba la habitación de luz azulada y blancuzca. En la pantalla había una mujer asustada en una regadera mientras una figura misteriosa trataba de apuñalarla. Lena bajó el volumen para que el ruido de la música y los gritos no despertaran a Manon, ella merecía descansar después del tipo de magia que había estado practicando. Así que salió tratando de no hacer ruido y subió a su habitación por un abrigo. No quería dejar pasar la noche sin visitar a Caleb.

El olor del tabaco todavía estaba impregnado por todas partes, incluso en su cabello, a pesar de haberlo lavado varias veces.

—¿Vienes conmigo? —le preguntó a Patricia mientras se ponía unas calcetas largas. Patricia soltó un pequeño gruñido.

»Lo siento, pero no. No te puedo llevar porque debo preparar todo para el viaje de mañana. —Ató las agujetas de sus botas. Su abrigo café era gigantesco y la cubría como una manta. Se enredó una bufanda gris y se encaminó al bosque seguida por su familiar que caminaba refunfuñando tras

ella.

Cuando llegó a la bodega, bajó las escaleras con mucho cuidado. No estaba segura de haber dejado pasar tiempo suficiente. Cuando Anfisa tenía sus episodios, normalmente necesitaba un par de días para reponerse, por otro lado, Manon prefería que la acompañaran y la distrajeran cuando estaba afligida. No sabía cómo era Caleb en estas situaciones, pero esperaba no molestarlo con su presencia.

—Creí que no volverías.

Caleb apareció en el espejo en cuanto las antorchas se encendieron. Estaba sentado con el rostro compungido y los hombros encorvados.

—Lamento mucho haber reaccionado de forma tan indecorosa e inapropiada. Me siento muy avergonzado.

Una descarga de dolor se disparó hacia el corazón de Lena al verlo así. Le gustaría saber qué decir, qué hacer, qué tipo de pegamento usar reparar las desgarradas fibras de su corazón.

—No tienes por qué disculparte.

—Estoy en desacuerdo, pero te agradezco la intención.

Por un rato se sentaron en silencio. Ella quería acercarse y ponerle una mano en su espalda para hacerle saber que estaba ahí, pero no era posible. Pensó en todo el tiempo que Caleb había estado lidiando con voces en su cabeza diciéndole que abandonó a los suyos y dejó morir a su mejor amigo, cuando en realidad fue lo mejor. Huir lo salvó. Lena se acercó para pasar los dedos por encima del cristal, justo sobre su frente.

—Odio sentirme como una liebre que se dejó atrapar por un águila. No debí ser tan ingenuo, ni tan confiado.

Lena no estaba segura de si esto lo decía para sí mismo o para ella. Su frente estaba recargada en el espejo.

—Estás siendo muy injusto contigo mismo —respondió con voz suave —. Dices que él llevaba siglos trabajando con tu padre. Es normal que aceptemos como miembros de nuestro clan a quienes ya pertenecían a él desde antes que nosotros. Si tu padre nunca desconfió de él, ¿por qué tú sí?

—No puedo evitar pensar que lo hizo por los rumores sobre mí.

—Eso no lo sabemos.

—Pero si lo hizo fue porque no me consideró digno, se me ocurre que esa fue la razón principal. A Habari nunca le gustaron los mortales.

No había magia que pudiera ayudarlo a sanar de esto. No existía tal cosa. En los asuntos que pertenecen al tiempo y sus planes no interviene ni la divinidad misma. Así que Lena se quedó ahí, sintiéndose inútil.

—Hay una parte de mi vida de la que no tengo recuerdos —dijo Caleb en un susurro. Los oídos de Lena vibraron—. Mis primeros recuerdos son de

varios doctores a mi alrededor, agujas y lancetas para pinchar mi carne. —Se rascó el antebrazo. Se veía incómodo.

—Estabas enfermo. —La intención era preguntar, pero terminó sonando como una afirmación.

—En definitiva. Pero no sé de qué. —Se encogió de hombros—. Recuerdo que pasé largas noches con fiebre y píldoras que debía tomar cada cierto tiempo, pero nadie me decía para qué eran. Incluso pasé semanas enteras durmiendo, tratando de recuperarme, pero ¿recuperándome de qué?

—¿No se lo preguntaste a tus padres?

—Sí, y eso es lo más extraño de todo. Lo hice varias veces y la respuesta siempre cambiaba. Eran pequeñas inconsistencias, pero estaban ahí. —Pasó una de sus manos por su frente—. Primero me explicaron que me contagié del mal del cancerbero. Eso fue lo que creí por años, pero en una reunión escuché a mi padre comentar que me había rasguñado una harpía y fue la infección lo que casi me mata. —Los dedos de su mano derecha tamborilearon sobre la comisura de sus labios y Lena se reacomodó dentro de su abrigo.

»Son padecimientos similares, pero el tratamiento es diferente y, tomando en cuenta que eso me robó mis primeros diez años de vida, esperaría que recordaran bien de qué enfermé.

Tal vez no habían puesto suficiente atención. Tal vez tenían tantos sirvientes y enfermeros que no fueron ellos quienes estuvieron al pendiente de Caleb durante su recuperación y por eso se confundían con el tema. Pero decirle algo así sonaba brusco y malintencionado, así que prefirió no decirlo.

—Ninguna de las enfermedades explica por qué no me acuerdo de nada antes de los últimos años de recuperación. —Exhaló—. Hablarlo con mis padres no me llevó a nada. Me busqué en los registros, pero se hicieron las anotaciones sobre mí hasta que cumplí la edad suficiente para participar en campaña. Cuando los rumores empezaron, solo confirmaron que algo muy inusual me ocurrió.

La pregunta de qué fue lo que ocurrió seguía flotando en el ambiente y despertó la curiosidad de Lena. Las enfermedades que mencionaba Caleb no tenían significado alguno para ella. No sabía cuál era el mal del cancerbero o qué tan grave era la infección por rasguño de arpía. Existían muchas enfermedades que venían del inframundo, pero nunca imaginó que dentro del mismo reino del caos los demonios también enfermaran.

—Pero eso no significa que los rumores sean verdad. —Lena inclinó la cabeza ligeramente, su voz se escuchaba como si quisiera contarle un secreto a Caleb. Tal vez era un poco al revés, quizá su inconsciente trataba de dejarle entender al demonio que lo que estaba compartiendo estaba a salvo

con ella y no lo repetiría.

»¿Tal vez solo querían insultarte? —Lena habló con tanto cuidado como pudo.

Caleb rio con amargura.

—Quisiera creerlo. Pero hice algunos experimentos y el resultado fue peor de lo que pensé.

Lena no se atrevió a preguntar, y Caleb tampoco dijo más. El ambiente se sentía tenso, con palabras pendientes.

—¿Qué ocurrió? —Se rindió.

La expresión de Caleb decayó. La observó por unos instantes antes de bajar la mirada. La luz de las antorchas iluminaba la cicatriz sobre su ceja, que resaltaba pálida sobre su piel bronceada.

—Si salgo de aquí, posiblemente te muestre. —Había veneno y asco de sí mismo—. A pesar de todo, poseo forma demoniaca y por eso pude recibir el poder del Incendiario. —Se frotó los ojos.

Las entrañas de Lena se retorcieron en cuanto mencionó su forma demoniaca. El dragón de humo volvió a su mente.

—Quisiera poder ayudarte —le dijo con la palma de su mano presionada contra el espejo—. Quisiera tener un hechizo para darte respuestas.

Caleb posó su mano contra la de ella. Sus dedos eran largos y sobrepasaban los suyos. Odiaba esto. No podía soportar ver la tristeza manchando su rostro y embotando su mirada.

—Quédate conmigo. —Sus ojos buscaron los de ella.

Había hilos jalándola en todas las direcciones. Quinn, su abuela, la prueba contra Manon, el hechizo que le hacía falta, los demonios de los que le advirtió Almedha, Habari, el dragón de humo, sus sentimientos hacia Caleb. Tenía tanto por resolver que se sentía bloqueada. Su mente quería apagarse y permitirle acurrucarse sin pensar en nada.

—Aquí estaré.

Se quedaron callados. Lena se cubrió la boca para apagar un bostezo. Sus ojos se estaban cerrando cuando Caleb volvió a hablar.

—¿Cómo crees que reaccione tu familia?

Los ojos de Lena se sentían tan pesados que prefirió dejarlos descansar. Era como si su cabeza estuviera llena de plomo.

—A mi madre probablemente le dará un aneurisma.

—¿Se preocupa mucho por ti?

—Solo es fatalista. Todo es una gran catástrofe para ella.

—Pero eso puede ser porque teme que te ocurra algo malo.

Lena abrió los ojos.

—Tal vez.

Caleb asintió con la cabeza.

—¿Cómo es Quinn?

Observó cómo poco a poco en sus labios se iba formando una sonrisa. Le vino a la mente una Quinn radiante, con el cabello negro y pecas en el rostro, bailando en la celebración de Samhain.

—Es como el sol.

Y así era. Energía cálida y fuerte. El complemento que tomaba la palabra cuando Lena se sentía tímida de pequeña, que la abrazaba en las noches cuando los espectros no la dejaban dormir.

—Sé que estará muy feliz de volver a verte.

O tal vez no. Tal vez la odiaba por lo que hizo.

—No sé qué pasó ese día y no tienes que contármelo si no lo deseas, pero…

—Gracias por entender —lo interrumpió. Caleb cerró la boca de inmediato.

Lena sintió un tirón en el pecho. Sus músculos se tensaron y resistió el deseo de abrazar sus piernas y esconder el rostro entre sus rodillas. Él solo asintió con la cabeza, no la presionó.

—Es mejor que me vaya a descansar. —Se puso de pie—. Es posible que no nos veamos en un par de días.

—¿Conseguiste un hechizo?

—Sí, al parecer es de una fuente confiable.

Ulf la llevaría a hacer el trueque por él, pero era información que no era necesaria para Caleb en este momento.

—Por favor, ten cuidado.

Lo tendría. Aunque no podía garantizar que regresaría tal cual se fue.

27
Claridad mental

Al poner la cabeza en la almohada, sintió las chispas del hechizo cosquillearle la cabeza, se preguntaba qué le mostraría. Era la primera vez que preparaba esa receta y no podía evitar sentir curiosidad.

En sus sueños estaba sentada en una silla miniatura, dentro de una madriguera rodeada de conejos blancos. Llevaba un vestido color celeste y guantes. Había música tranquila flotando en el ambiente pero nadie bailaba.

Uno de los conejos dio pequeños saltitos hacia unas escaleras cubiertas de pasto y subió poco a poco. Lena quería saber hacia dónde se dirigía, así que lo siguió y también empezó a subir escalón por escalón hasta que llegó a la superficie.

Se cubrió la cara de los rayos amarillentos del sol y vio los alrededores. El conejo no se veía por ningún lado, solo había pastos verdes y árboles frondosos.

—*No quiero hacer nada, Quinn.*

Escuchó una voz más adelante e hizo un gesto de preocupación.

—*Déjame en paz.*

—*Pero estás triste.*

Lena siguió las voces sabiendo bien a quiénes pertenecían.

—*Ve y juega tú sola.*

Vio a dos niñas. Una de cabello anaranjado usando un vestido lila tejido y otra de cabello negro con vestido blanco. Sabía a dónde iba con esas imágenes, y todo lo que quería era despertar.

Quinn marchó hacia los árboles que tenían el lazo rojo atado en el tronco, de los cuales siempre habían recibido advertencias.

—¡Espérame! —Se vio a sí misma corriendo tras su hermana.

Lena las siguió con los pies descalzos.

Vio a Quinn caminar con seguridad y escalar los troncos grandes que había en el camino. Dieron algunas vueltas a la derecha y otras a la izquierda. Su hermana recogió una rama del piso y la alzó hacia el cielo.

—Escojo esta varita para ayudarme en mi trabajo. —Quinn recitó lo que acababan de ver en clase. Apuntó la rama hacia Lena con las dos manos —. Fuego, limpia esta varita para mi magia.

Lena se la quitó de la mano y la tiró al suelo.

—Esto es peligroso, regresemos.

—Regresa tú si quieres.

El escenario en el sueño cambió y las hermanas ya estaban frente al lago que estaba escondido en el bosque. El agua tenía un lindo color aguamarina y la luz que reflejaba del sol hacía que todo brillara como diminutas estrellas. Si no supieran que se trataba de una de las puertas al infierno que existían en este plano, hubieran querido meterse a nadar.

—No me lo imaginaba tan bello —comentó Quinn con admiración.

Su abuela salía de casa tres veces al año para renovar los sigilos que tenía colocados alrededor de aquel lugar y que nadie pudiera salir. Nunca les permitía acompañarla, y Lena se imaginaba que Imogen visitaba un lugar horrible, con monstruos rondando y olor a comida en mal estado. Pero, frente a ellas, la imagen era completamente opuesta.

—Te apuesto a que no te atreves a meter un pie —la retó Quinn.

—Tú tampoco te atreves. —Su ser del pasado se cruzó de brazos.

El estómago de la Lena mayor se estaba comiendo a sí mismo. Ya sabía bien lo que seguía y no quería verlo. Si tan solo el pasado pudiera transmutarse, Lena daría cualquier cosa por cambiar lo que ocurrió.

Mientras la veía acercarse a la orilla quiso decirle que se detuviera, que no lo decía en serio. Pero se quedó callada. El lago estaba enmarcado por piedras con runas y sigilos colocados por su abuela. Podía verlas frente a ellas cubiertas de símbolos marcados con tinta negra. Quinn pasó por encima; Lena tenía la vista fija en sus zapatos rojos.

—Te dije que sí me atrevería. —Quinn se puso las manos en la cintura y levantó la nariz.

—Yo también. —Lena frunció el ceño y caminó con decisión hasta

quedar junto a su hermana.

Se quedaron observando el lago unos momentos. Imogen alguna vez les contó que había empezado a vivir en la zona justamente por eso. Así podría estar al pendiente de la puerta y al mismo tiempo aprovechar su energía y poder, sin mencionar el acceso que tendría a las plantas mágicas que solo crecían alrededor de las puertas infernales.

—¡Un demonio!

Quinn la tomó por los hombros y Lena gritó y dio un salto.

Su hermana empezó a reír a carcajadas.

—Hubieras visto tu cara. —Puso sus manos en su abdomen mientras seguía riendo.

—No te burles de mí. —Lena frunció los labios.

—Es que saltas de forma graciosa cuando te asustas. —Quinn se limpió las lágrimas.

—No me asusté. —Sus mejillas se enrojecieron.

—Claro que sí. —Quinn sonrió y presionó la nariz de Lena con su dedo índice—. Yo te vi.

—Que no. —Lena se hizo hacia atrás.

—Que sí.

—Que no. —Sus manos se doblaron en puños.

—Pero no tiene nada de malo asustarse.

Lena frunció el ceño. Estaba vibrando de enojo. Todo el día se había sentido mal. Había sido el peor día de su vida y Quinn lo estaba empeorando.

—Ya déjame en paz.

La empujó.

Todo se veía lento, desenfocado, escuchaba su corazón en sus oídos. Quinn tenía los ojos abiertos con terror puro, perdió el balance y cayó directamente al lago.

De pronto, unas manos salieron del agua y jalaron a su hermana. Otras sujetaron el tobillo de Lena. Lo único que podía escuchar eran los gritos de su hermana.

—¡Quinn! —Estiró su mano tratando de alcanzarla mientras esta trataba de mantenerse a flote—. ¡Toma mi mano!

Sus dedos se tocaron justo cuando su abuela llegó y jaló a Lena por la cintura.

Cuando despertó, se dio cuenta de que había pateado todas las sábanas y almohadas. Se sentó en la cama y se quedó mirando hacia la nada. No esperaba que eso fuera lo que le mostrara el hechizo. Había hecho todo lo posible por evitar recordar ese día. No lo olvidaba, no, pero aun así

trataba de enterrar cuantos detalles pudiera. Era difícil ver cara a cara aquello que más la hería porque todas sus emociones llegaban de golpe. Lo había reprimido tanto que ahora que estaba libre en su cabeza sentía que la angustia casi la devoraba. Su tristeza nunca se expresaba como una tranquila corriente de agua fluyendo, no, era una inundación que amenazaba con ahogarla.

Se puso de pie rehusándose a caer. Vio el reloj que tenía en la pared y se dio cuenta de que eran las dos de la mañana. Quiso salir a caminar y tomar aire, así que se puso de nuevo sus botas y salió de la habitación.

Estaba sentada en el pórtico viendo el cielo cuando escuchó la puerta de la entrada abrirse. Su collar de protección se calentó y de nuevo sintió un cosquilleo en el cerebro, como si todavía hubiera algo enterrado adentro buscando salir.

—Si eres un fantasma, vete. Estoy ocupada —le dijo a quien quiera que estuviera detrás de ella.

—Deberías estar durmiendo. —Reconocería esa voz en donde fuera. Se giró para ver a Nessa en su ropa de dormir y su cabello rubio suelto.

—Tuve una pesadilla.

—¿Otra vez? —Nessa se veía preocupada.

Lena suspiró.

—Sí, pero fue mi culpa. Hice un hechizo de claridad mental y eso solo me llevó a recordar el día del accidente.

—Ven conmigo a la cocina, te daré algo para que te relajes y puedas dormir.

Lena quería decirle que no quería beber más té o lo que sea que fuera a darle. Había comido mucho antes de dormir y todavía sentía su estómago digiriendo todo. Pero decidió quedarse callada y seguirla. Era mejor que estar sola en ese momento. No tenía hambre, pero sí quería compañía, así que fue tras ella.

Se sentó en la mesa de la cocina con pesadez y vio a Nessa preparar algo en la estufa. La vio entrar a la alacena y después regresar.

—Toma. —Le sirvió una taza de té justo como creyó que lo haría. Lena reconoció el aroma y el color rosado.

—¿Qué es esto?

Nessa la miró extrañada.

—Té de agua de luna.

Lena parpadeó.

—¿Ocurre algo?

Su mente estaba en movimiento. Había visto la lata, estaba completamente segura de que era esa porque no guardaba té en ninguna otra

parte. No solo tenía la etiqueta escrita por Nessa, sino que los otros contenedores tenían hojas e infusiones.

—Nada. —Lena sonrió y negó con la cabeza.

Acercó la taza a sus labios y fingió beberlo. Nessa se relajó.

—Delicioso como siempre —mintió, y Nessa volvió a la cocina para limpiar todo—. ¿Compras estas hojas muy seguido?

—No, es una mezcla especial. Rinde mucho.

Nessa regresó y se sentó frente a ella. Algo andaba mal. Las cosas se sentían desencajadas y su amuleto de protección casi le estaba quemando la piel bajo su camisón.

—¿Y la guardas en la alacena? —Pasó saliva.

—¿Por qué tantas preguntas? —Nessa entrecerró los ojos.

El corazón de Lena se azotaba contra su tórax. Algo andaba mal, pero no sabía exactamente qué.

—Por nada. —Se encogió de hombros—. Solo por curiosidad.

Nessa la observó unos momentos. No parpadeaba, no se movía. Solo la observaba.

—Sabes que todos los tés se guardan en la alacena.

Los ojos de Lena pasaron de su taza a Nessa y de vuelta a su taza.

—Cené mucho, entonces creo que ya no puedo con nada más. —Empujó la taza lejos de ella.

Nessa se inclinó hacia ella ligeramente.

—¿Estás segura de que estás bien?

Debía respirar. Debía mantener su expresión neutral. Seguro había una explicación para esto. Era Nessa. Siempre había estado para su familia y el aquelarre. Siempre la había reconfortado. Le había vendado las heridas desde pequeña, escuchado cuando se sentía mal, aconsejado cuando se sentía perdida. Nessa siempre había estado ahí.

Algo en ese pensamiento la hacía sentirse enferma. Pero no podía sospechar de su propia familia. Ella era parte de su hogar, se había ganado la confianza de su abuela.

No. Esto era catastrófico. Se estaba volviendo igual que su madre: sospechaba de todos sin fundamento alguno.

—¿Estás segura de que no te duele nada? —Intentó poner su mano sobre la frente de Lena y ella se hizo hacia atrás.

—Estoy bien. Perfectamente. Solo me sigo sintiendo extraña por el hechizo. Es la primera vez que lo pruebo.

La demonio puso uno de sus mechones rubios detrás de su oreja.

—Te ves pálida.

Lena pasó su lengua por los dientes.

—Creo que es un efecto secundario. —Se puso de pie temblorosa. Quería regresar a su habitación con Patricia.

—Antes de que te vayas quisiera preguntarte algo. —Nessa también se puso de pie.

—Dime —tartamudeó Lena.

—No has vuelto a hablar con el demonio que vimos en el portón la otra vez ¿o sí?

Lena negó con la cabeza.

—Tampoco has visto otra vez a Caleb. —Alzó una ceja—. ¿O sí?

Lena volvió a negarlo.

—Ya me había olvidado por completo de él.

Nessa se cruzó de brazos.

—Muy bien.

Lena regresó a su cuarto caminando despacio para no levantar ningún tipo de sospecha, pero mientras más se acercaba a su habitación su paso se aceleró, y finalmente entró corriendo y cerró la puerta con llave tras ella.

Patricia se sorprendió y gritó desde la cama. Lena puso protecciones extra en la puerta.

«Es una tontería», se dijo a sí misma. Esto no tenía sentido alguno, no podía ser. Era una verdadera y genuina estupidez. ¿Cómo podía sospechar de Nessa? ¿Qué podría querer hacerle la demonio que siempre la había cuidado?

Tonterías. El cansancio le estaba revolviendo las ideas. Seguro algo había salido mal con el hechizo y por eso estaba sacando conjeturas equivocadas. Al día siguiente todo estaría como siempre, todo estaría bien.

Sin embargo, por más que se repetía esto, mientras se reacomodaba en su cama y repasaba el hecho, no podía evitar pensar que la lata donde supuestamente estaba el té no tenía nada adentro y Nessa le había mentido en su cara. ¿Por qué? ¿Para qué? No lo sabía. Pero ahora, definitivamente, tendría problemas para conciliar el sueño.

28
La villa de Yggdrasil

Llegó al punto de encuentro con Ulf con un vestido negro de encaje y sus botas de siempre. Había acomodado su cabello en dos trenzas y traía su pañuelo de la suerte amarrado en la cabeza.

Era temprano y el sol apenas estaba saliendo. Ulf ya estaba esperándola, vestía un suéter holgado de rayas negras y blancas, además de unos pantalones de mezclilla holgados. Fumaba su pipa como de costumbre.

—Mi abuela dice que utilizar ropa rota da mala imagen —dijo Lena apuntando hacia los pantalones desgastados. Sabía que era intencional, veía a los mortales usarlos todo el tiempo. Pero le gustaba fastidiarlo.

—Por suerte tu abuela no está aquí. —Ulf le dirigió una media sonrisa—. Aunque creo que le preocuparía más lo que está haciendo su nieta que mi sentido de la moda. —Guiñó el ojo derecho.

Lena torció la boca. Un punto para él.

—¿Lista? —le preguntó.

—Lista. —Asintió.

Ulf la observó.

—No me digas que piensas ir en eso. —Apuntó la escoba en la mano derecha de Lena. La había adornado con un lazo rojo, estaba emocionada por usarla otra vez.

—Es lo suficientemente resistente como para llevarnos a los dos. —Sonrió orgullosa. Ella misma la había fabricado con ayuda de Berterry, se deslizaba de maravilla en los aires. Como cuchillo sobre suave mantequilla.

—No, de ninguna manera. —Se hizo hacia atrás, como si la escoba lo fuera a morder.

—¿De qué hablas? ¿Cómo planeas llegar entonces?

La villa de Yggdrasil estaba bastante lejos y debían ahorrar todo el tiempo posible.

—Estacioné mi motocicleta en el pueblo.

—En ella el viaje nos tomaría cuando menos tres días —refutó.

—No pienso subirme a esa cosa. Es peligroso.

Lena puso los ojos en blanco.

—¿No has escuchado lo que dicen los mortales? Volar es la forma más segura de viajar.

Ulf torció la cara.

—En *avión*, Lena. Las estadísticas de seguridad de estas cosas han de ser terribles.

—No seas un bebé. Es lo más rápido. Llegaremos en pocas horas. —Lena sonrió.

Ulf arrugó la nariz.

—No pienso subirme a esa cosa.

—Bien, entonces iré sola. —Lena montó su escoba y empezó a levitar cerca del suelo.

—Espera. —Ulf alzó ambas manos—. ¿Segura que no quieres intentar con mi motocicleta? Puedo ir bastante rápido. Conseguí un casco extra solo para ti.

—Sonrió.

—Nos vemos después, Ulf.

Ulf gruñó y se rascó la cabeza.

—*Está bien*.

—Buena decisión, sube. —Ulf la abrazó por la espalda de inmediato, Lena sintió que sus costillas se romperían. —No puedo respirar—. Se quejó.

—Lo siento. —Aflojó su agarre.

Lena miró por encima de su hombro.

—No me digas que te da miedo volar.

—Claro que no.

Así que Lena se elevó por encima de los árboles. Ulf gritó, se movió y se volvió a abrazar de Lena con fuerza. La escoba se sacudió.

—Bien, lo admito, bruja. Me aterra volar. ¿Contenta?

Lena sonrió.

—Tranquilo, estás en manos de una experta. Solo no te muevas mucho o me vas a hacer perder el equilibrio.

—Seré una estatua.

Lena asintió, tomó aire, se inclinó hacia enfrente y avanzó en su escoba tan rápido como pudo. El aire le golpeaba la cara y hacía que todo lo que estaba abajo se viera más pequeño. Arriba en el cielo no envidiaba en absoluto a aquellos atados a la gravedad, volar era adrenalina pura.

—Por todos los infiernos. —Ulf se quejó—. ¿Tienes que dar tantas vueltas?

El aire le golpeó la sonrisa. Trataba de mantenerse tan lejos del suelo como pudiera para evitar ser vista por los mortales. Un ligero escalofrío le recorría la piel. Casi chocan con una formación de patos. Dos veces. Pero todo iba bien.

Descendieron conforme se acercaron a la villa, Ulf casi la estrangula cuando intentó abrazarse a su cuello.

—Presta atención, creo que estamos por llegar —le pidió Lena.

—Bajar es la peor parte. —Lo escuchó decir. Ulf se asomó por encima del hombro de Lena—. ¡Ahí! ¡Es ahí!

Señaló un lugar entre las montañas. Lena asintió y voló hacia allá.

—Voy a vomitar —confesó Ulf una vez que sus pies tocaron el suelo. Se puso en cuclillas y se cubrió la boca con una mano. Su piel se veía ligeramente verde en ese momento. Lena buscó en su bolso y sacó una botella de agua. Ulf la aceptó y la bebió completa.

—No estuvo tan mal. Llegamos rápido —dijo Lena.

Ulf se tomó unos momentos más antes de ponerse de pie. Alzó la barbilla tratando de recuperar algo de dignidad.

—Cada vez descubro más cosas desagradables de ti, bruja.

—Lo mismo digo. —Lena se encogió de hombros.

La entrada era un marco de metal con tiras anaranjadas cayendo como una cortina. Desde el cielo no había visto nada, parecía un campo vacío. Había alguna especie de encanto sobre ese lugar. Le tomó unos segundos prepararse mentalmente antes de cruzar la cortina con Ulf tras ella.

Era completamente distinto a cualquier cosa que hubiera visto antes. El cielo estaba oscuro a pesar de que era de día. Lo más extraño era que parecía pintado con acuarelas. Se veía negro como tinta, con estrellas dibujadas en color blanco y una luna bastante falsa. Era increíble.

La pequeña villa estaba bañada de luz cálida por las linternas de papel que flotaban por todas partes. Las había de todos los colores. Blancas, azules, rosas. Era como estar en un festival. Había música de flautas y tambores, pero no podía ver ningún instrumento tocando.

—Bienvenida a la villa de Yggdrasil —dijo Ulf.

Lo primero que notó fue el delicioso aroma a pollo frito que venía de un restaurante a su izquierda. Afuera había una chica con un menú en la mano invitándola a pasar. El techo de madera tenía varios focos amarillos colgando y un letrero gigantesco de color rojo.

—Comeremos después —le indicó Ulf poniéndole una mano en el hombro—. La choza del brujo está hasta el final de la villa.

Lena suspiró con decepción y siguieron caminando. Parecía una villa meramente comercial, todos los puestos que se había topado eran tiendas o restaurantes. La fuente arrojaba agua lila y varios árboles, en vez de hojas, tenían motas de colores.

Cientos de personas adornaban las calles. Algunas brujas usaban sombreros formales, también distinguió unos cuantos demonios. Todo se veía vivo y despierto.

—¡Acérquense! ¡Acérquense! —gritó un hombre con sombrero de paja y ropa negra frente a un árbol de cerezos.

Un grupo de personas empezó a reunirse. A Lena le ganó la curiosidad.

—Vamos a ver —tomó a Ulf por la manga de su suéter y lo jaló hacia la multitud.

La gente estaba murmurando con intriga. En la diminuta mesa frente al hombre había varias hojas de papel de colores. Tomó una y empezó a doblarlo en diferentes direcciones con dedos diestros hasta que alzó una grulla de origami.

—Si haces los dobleces correctos, incluso aquello que se ve ordinario puede transformarse por completo —empezó a decir aún con la grulla en la mano—. De un simple trozo de papel, ahora tenemos un ave.

La grulla empezó a moverse y el hombre la soltó para dejarla volar con sus alas de papel. Daba vueltas sobre la cabeza de su creador y todos empezaron a aplaudir. El hombre tomó después una hoja verde y la dobló hasta formar una mariposa. La lanzó al viento y empezó a aletear con vida propia. El hombre juntó las palmas de su mano y, cuando las abrió, montones de grullas y mariposas salieron y comenzaron a revolotear a su alrededor.

Las exclamaciones de sorpresa inundaron el ambiente. Lena aplaudió impresionada. Era una técnica que no conocía. No dejaba de sonreír.

—Les agradezco a todos. Bendecidos sean. —El hombre hizo una reverencia—. Pueden llevar esto a sus casas por tan solo una moneda dorada.

Algunas personas se acercaron, sobre todo los niños. El hombre tenía una canasta en la que se le depositaba el dinero. Lena caminó hacia él

sintiéndose ligera y animada.

—¿Acepta dinero mortal? —preguntó. Ulf metió la mano a uno de sus bolsillos y sacó una moneda.

—Yo invito. —Puso la moneda en la cesta.

—Oh, no, por favor —se resistió Lena.

—Insisto. —Guiñó un ojo—. En compensación por el viaje gratis.

Lena sonrió y aceptó. El hombre le entregó una grulla color menta y ella la guardó en su bolso.

—Gracias, Ulf. Me encanta. Patricia va a amar esto.

—Iug —se quejó Ulf—. Si lo va a usar esa bestia sedienta de sangre, mejor la devolvemos.

La bruja le golpeó el hombro con fuerza.

Pasaron frente a un carrito de brochetas y el olor fue demasiado tentador como para resistirse.

—¿Qué son? —indagó Lena asomándose al mostrador.

—¿Qué cosa? —preguntó la chica que atendía el puesto. Lena apuntó hacia la brocheta colorida entre las de carne y pollo.

—Es dango de recuerdos, señorita. —Cuando vio la cara de confusión de Lena, continuó—: Evocan momentos especiales de la vida de la persona que los ingiere.

—Deme dos —pidió Lena casi brillando. Era una increíble idea para su propia práctica.

Regresó con Ulf y le entregó uno de los pinchos.

—Dime a qué sabe.

Ulf lo aceptó y lo terminó casi de un solo bocado. Sus cejas se alzaron.

—Sabe a ganar un concurso de deletreo escolar. Sabe a flores y a abrazos de felicitación.

Lena comió el suyo y su rostro se iluminó.

—Este sabe a patinar sobre hielo con amigos en el invierno.

Qué creación tan más maravillosa. Se pondría a investigar sobre esto al volver a casa.

—Sé que hay mucho por ver, pero nos estamos distrayendo —comentó Ulf. Caminaron sobre un puente de piedra y un diminuto río pasó por debajo de ellos.

Unas chicas en vestidos lindos pasaron junto a Ulf y lo saludaron.

—Buenas noches, señoritas. —Él hizo una leve reverencia y ellas rieron con coquetería antes de seguir caminando.

—Menos mal que tú sí estás enfocado. —Lena arqueó una ceja.

Ulf sonrió avergonzado.

—Lo siento, a veces me dejo llevar.

Pasaron por un *stand* de juegos de dardos en donde un hombre ebrio intentaba ganar un peluche de cisne. La música de las flautas los seguía en todo momento.

Lena se encontró con una tienda de materiales mágicos y aprovechó para entrar a dar un vistazo y comprar los ingredientes que le hacían falta para su presentación. Ulf decidió quedarse afuera a participar en una partida de cartas callejera.

Los estantes de la tienda estaban repletos de velas de diferentes colores para distintos propósitos. Había algunas velas de miel y otras para invocar a los espíritus. Lena dudó, pero al final decidió tomar una de esas. No sabía cómo activar su nuevo poder ni mucho menos cómo controlarlo, así que consideró prudente prepararse. En otras estanterías había cientos de muñecos vudú y varias opciones de calderos. Lena sacó la lista que había preparado y se acercó a la dependienta para que le ayudara a conseguir lo que necesitaba.

Cuando salió con todo en una bolsa de tela, Ulf estaba conversando con un chico de rostro lindo y anteojos. Tenía la mano sobre su hombro, luego le pasó un mechón castaño detrás de la oreja.

Lena se aclaró la garganta y Ulf se apartó de inmediato para correr a su lado.

—¿Más distracciones?

Él se encogió de hombros mientras empezaban a caminar.

—¿Qué puedo decir? Hay que disfrutar de todos los frutos del edén.

Lena puso los ojos en blanco, entonces notó todos los anillos y collares de oro que traía.

—¿Qué es todo eso?

—Los gané. Esos tontos contra los que jugué no tenían ninguna oportunidad.

—¡Maldito demonio! —Escucharon la voz de un hombre retumbar a lo lejos—. ¡Hizo trampa!

—Es mejor que apresuremos el paso, no queremos causar una escena. —Rio nervioso, tomó la mano de Lena y corrieron.

—No puedo creer que hicieras trampa.

Dieron la vuelta en un callejón y la parte concurrida de la villa quedó atrás. Esta zona aún tenía algunas linternas, pero se veía mucho más oscura. Había algunos negocios clausurados y varios basureros. La música ya no se escuchaba.

—No es trampa, solo es mi propia interpretación de las reglas del juego. Son cosas distintas.

—¡Eso es hacer trampa!

—Yo lo llamaría ser astuto. —Ulf sonrió satisfecho—. Además —se inclinó hacia ella—darnos prisa funcionó porque ya llegamos a la casa de Torbjörn. Al final, todo resultó bien.

Lena miró a su alrededor buscando.

—Está detrás de ti.

Se dio la vuelta. A unos metros había una choza pequeña construida con madera vieja y roída. Hormigas de preocupación subían y bajaban por sus fibras. Ulf metió las manos a sus bolsillos.

—Estaré aquí afuera si me necesitas.

—¿No vienes conmigo? —Sus cejas casi tocan su coronilla.

—Son sesiones personales. Sin excepción —negó Ulf.

Lena estaba nerviosa. Más que nerviosa. La posibilidad de que este brujo le pidiera entregar uno de sus ojos, que sacrificara su vida entera trabajando para él o que hiciera encargos turbios y peligrosos estaba latente. Pensó en no entrar, en darse la vuelta y regresar a la calidez y el bullicio. Pero no podía. No tenía otra opción.

—¿Cómo sabemos que está en casa? —preguntó antes de limpiarse el sudor de las manos con su vestido.

—Siempre está —respondió Ulf.

Muy bien. Lena podía hacer esto. Estaba lista. Estaba dispuesta a bajar hasta el inframundo por su hermana, nada podía ser peor. ¿Qué pasaría si pedía dinero? Traía todos sus ahorros en su bolso, pero quizá no sería suficiente. ¿De dónde obtendría más en poco tiempo? ¿Ulf podría ayudarla o el pago tenía que ser exclusivo de ella?

Seguía sudando. Caminó unos cuantos pasos y no lograba apaciguar sus latidos. Notó a los alrededores a varias personas mendigando. Había una mujer hecha de cera blanca utilizando una capa rasgada con capucha. Su rostro y manos se veían como si se hubiera estado derritiendo, pero la cera se había enfriado al final. Su nariz se estaba deshaciendo y de su rostro colgaban gotas de lo que alguna vez fue su extraña piel. Se acercó a Lena con un ligero cojeo. Esta escuchaba sus quejidos y su respiración pesada.

—Unas monedas, por favor. —Tomó la manga del vestido de Lena. Sus labios no se podían separar mucho al hablar—. Por favor, ayúdeme. Perdí todo. —Sus ojos grises miraban a Lena suplicándole.

Lena de inmediato buscó en su bolso algo de dinero.

—No, dame las monedas a mí. —Un hombre caminó hacia ellas en cuatro patas. Su espalda estaba torcida de forma antinatural. Tenía marcas de quemaduras por todas partes y su espalda exhibía restos de lo que alguna vez fueron impactantes alas.

—Atrás, suéltenla. —Ulf apartó las manos de la mujer de cera y siguió

caminando con un brazo alrededor de Lena.

—Ya conociste a algunos clientes satisfechos —dijo Ulf. Lena se sorprendió y su rostro giró para darle un vistazo más a las criaturas que acababan de acercarse a ella.

—¿Son clientes? —Su labio inferior tembló.

Ulf asintió con la cabeza y se encogió de hombros.

—La gente piensa que los condenados solo están en el infierno.

Se acercaron más y notó a otras personas penando alrededor. Una anciana en particular llamó su atención. Estaba sentada repitiendo una y otra vez una receta médica. Se mecía hacia adelante y hacia atrás.

—¿Debo tocar? —le preguntó a Ulf observando la puerta frente a sus ojos.

—Solo tienes que pasar.

Y así lo hizo.

Era ligeramente más grande en el interior, pero no demasiado. Había libros apilados en torres altas y cajas de cartón abiertas. No veía una cama ni una cocina, solo una mesa con dos sillas encontradas y una bola de cristal en el centro. Todo estaba cubierto con humo de incienso que serpenteaba por el aire.

No veía a nadie.

Siguiendo su intuición, avanzó hacia la mesa y se sentó en una de las sillas.

Aún nada.

La bola de cristal tintineaba llamando su atención, Lena se acercó para observarla de cerca. Nunca la había utilizado, pero sabía que Manon siempre llevaba una cuando tenía sesiones con mortales. No sabía si era para efecto visual o si en verdad tenían un propósito. Cuando levantó la mirada, casi se cae de la silla al ver a una persona sentada frente a ella. Llevaba una túnica negra y guantes largos. No podía verle la cara porque estaba cubierta por una máscara blanca y redonda. Los labios de la máscara estaban pintados con labial rojo e insinuaban una sonrisa con hoyuelos. Las cejas negras habían sido delineadas con un pincel muy delgado y dos círculos rosados simulaban las mejillas. Sus oscuros ojos rasgados también estaban dibujados, Lena se preguntó si la persona detrás podía ver. Reconocía ese estilo de máscara de la cultura japonesa, pero jamás había visto una en persona. El brujo tenía otra cabeza unida a la suya por la parte superior del cráneo, cuya máscara invertida dejaba al descubierto unos ojos azules que seguían a Lena atentos a cada movimiento.

—¿A qué debo el honor de la visita de la suma sacerdotisa? —Su voz era aguda y estaba amortiguada por la máscara.

Lena se reacomodó en su asiento.

—Estoy en busca de un hechizo. —Mantuvo su voz firme. Entrelazó las manos encima de la mesa para disimular cuánto estaba temblando.

—Por supuesto. ¿En qué le puedo servir?

Los ojos azules se movieron de Lena a la bola de cristal.

—Pregúntale por su abuela. Pregúntale eso. —Una segunda voz femenina y aguda se escuchó salir de la segunda cabeza.

—Disculpe a mi hermana, es un poco imprudente.

—No se preocupe. Mi abuela está bien, dentro de lo que cabe. De hecho, el conjuro que busco es para uno de sus hechizos.

—Ya veo. —Torbjörn estiró su mano enguantada—. ¿Me permite verlo?

Lena sacó de su bolso el trozo de papel con el hechizo y se lo entregó. El brujo lo acercó a sus ojos dibujados.

—Déjame ver a mí también —demandó la voz de su hermana y Torbjörn alzó el papel. Los ojos azules se movían sobre las letras y Lena se sorprendió al notar que podía leer al revés.

—Quisiera saber si existe un hechizo que pueda abrir una puerta desde adentro del espejo que se menciona. —Rozó sus muelas superiores contra las inferiores y movió sus manos hacia su regazo.

Torbjörn asintió con la cabeza.

—Confío en que podremos darle lo que necesita.

—Pero tiene un precio, dile nuestro precio. —Los ojos azules la miraron atentos.

La incertidumbre bajó por el esófago de Lena y cayó directo en su estómago.

—Usted necesita un conjuro para abrir cerraduras, también se conocen como hechizos de desbloqueo.

—¿Y me puede garantizar que funcionará? He intentado con todo tipo de hechizos.

—Mi magia es infalible, venerable sacerdotisa. Usted no es la primera bruja con un predicamento de esta índole a la que asisto, y ciertamente no será la última. —Los dedos de Torbjörn tamborileaban sobre la mesa.

Cualquier rayo de esperanza que producían esas palabras era aplacado por el miedo a lo que fueran a pedir a cambio.

—El precio, dile del precio —insistió la hermana.

—Estoy dispuesta a hacer el intercambio —informó la bruja.

Torbjörn se puso de pie y caminó hacia una de las cajas del fondo. Era gigantesco. La otra cabeza casi tocaba el techo. Unos quejidos se escucharon desde el piso de madera cuando el brujo empezó a caminar. ¿Almas en pena?

Lena no percibía ningún fantasma cerca.

—Disculpe el escándalo, sacerdotisa. —Pisó con fuerza varias veces con el pie derecho. Si pudiera verle la cara, seguro estaría retorcida de furia.

Las voces callaron y el brujo se agachó para hurgar en una de las cajas. Regresó a la mesa con un pergamino y una brocha, extendió el papel y Lena se sorprendió al ver su nombre completo al inicio de todo. Lo leyó rápidamente. Era un contrato.

—Dice que estoy obligada a cumplir con mi parte de la negociación, pero no dice en qué consiste. —Se humedeció los labios y observó los ojos de la máscara del brujo.

—Podemos acordarlo al final. —Inclinó un poco la cabeza.

Lena se negó y dijo:

—No firmaré hasta saber con qué debo pagar.

Torbjörn se enderezó. Sus manos se apretaron en puños sobre la mesa.

— Es perfectamente entendible.

—Dile lo que queremos, dile. —La voz de la hermana sonaba casi hambrienta.

Torbjörn tomó de vuelta el pergamino y con el pincel hizo unas anotaciones con tinta negra. Después lo deslizo de nuevo hacia Lena y ella lo tomó con ambas manos.

Poco a poco, sintió cómo la sangre bajaba hasta sus pies, su expresiòn decaía al leer las palabras escritas en el pergamino. Esto era lo peor que podía pasar. Ni siquiera había considerado esta posibilidad. Sabía que tendría que pagar un precio alto, pero nunca se imaginó que sería eso.

—No es negociable —indicó el brujo y volvió a acercarle el pincel—. Necesito sus iniciales y firma clara en donde está la equis.

—Pero cómo voy a…

—Tendrá un periodo de gracia de treinta días después de realizado el conjuro para cumplir con su parte del acuerdo, por lo que, si ordena sus compromisos y pendientes no debería tener ningún problema para pagar.

—Un mes. —Lena sentía que se hundía en la silla. Esto la estaba haciendo sentir como si el mundo mismo la estuviera aplastando.

—¿Cuál es su decisión?

Lena se quedó callada leyendo una y otra vez las palabras frente a ella, deseando con todas sus fuerzas que cambiaran, que se movieran, que dijeran algo distinto. Pero por más que trataba de manifestarlo, no sucedía. El pergamino seguía diciendo exactamente lo mismo.

Ya había llegado hasta ahí. No podía retractarse ahora. Debía ser fuerte, valiente y encarar la situación. Ella se había metido en ese problema aquel día del lago y ella misma iba a salir de ahí.

—Acepto.

Levantó el pincel y plasmó su firma sobre el papel.

Torbjörn asintió con la cabeza y volvió a enrollar el pergamino.

—Le agradezco infinitamente su apoyo, sacerdotisa.

La hermana gritó de felicidad.

El brujo se puso de pie y caminó hacia una cajonera, de donde extrajo una caja de madera.

—Venga conmigo, por favor.

Lena se puso de pie y se acercó. Le dolía el cuello por lo mucho que tenía que estirarlo para ver hacia los ojos de la máscara.

—Elija uno, por favor. —Abrió la caja y encontró varios marcadores de diferentes colores. Lena señaló uno de color rojo.

—Tómelo, es suyo para dibujar la puerta que necesita.

Lena lo guardó en su bolso con cuidado.

—Debe usar su sangre para activarla, así que no olvide llevar una daga u objeto afilado cuando cruce. Recuerde que, según el hechizo que me mostró, solo se abre la puerta desde *adentro* del espejo. De lo contrario, no funcionará.

Lena asintió. Su estómago rugía y le quemaba el esófago.

—Solo puede usarse una vez. —Alzó el dedo índice—. Así que hágalo bien.

—¿No debo decir ningunas palabras?

Torbjörn levantó la mano y la acercó a lo que parecía ser su oído, la máscara cubría bastante. Hurgó unos segundos dentro de su cabeza y, al final, sacó poco a poco un gusano negro.

Lena puso cara de asco. Torbjörn lo sostuvo con dos dedos. El gusano se movía y se retorcía.

—Un gusano auditivo —explicó él y lo acercó hacia la oreja de Lena. El gusano se deslizó dentro de su oído y ella cerró los ojos con fuerza al sentirlo abrirse camino a través de su tímpano. Dolía. Era una sensación horrible.

—Las palabras para el conjuro están ahora dentro de su mente, estimada clienta.

Lena abrió los ojos y se concentró, tratando de pensar en el hechizo. En blanco. No venía nada a ella.

—No es verdad, no tengo el hechizo —reclamó.

—Por favor, no se desespere. Cuando llegue el momento en que lo necesite, vendrá a usted y, cuando haya terminado, el gusano se marchará.

Lena entendió el procedimiento. Le daba escalofríos pensar que había un gusano dentro de su cabeza.

—¿Esto es todo? —preguntó.

—Así es. Le agradezco mucho haber elegido mis servicios. Espero que podamos volver a trabajar juntos. —Hizo una reverencia.

Ella pensó en darle las gracias también, pero el precio que pagaría por lo que le entregó sería más que suficiente. No podía evitar creer que fue hecho con dolo. La hermana se veía demasiado complacida por el pago pactado.

Salió de la choza con ojeras marcadas y sintiéndose completamente sacudida por lo que acababa de aceptar.

Ulf estaba fumando y caminando de un lado a otro; lucía alterado.

—¿Cómo te fue?

—Lo tengo —respondió Lena.

El rostro de Ulf se iluminó con una gigantesca sonrisa.

—Lo lograste. —Se acercó y parecía que iba a abrazarla, pero se retractó—. ¡Lo lograste! —volvió a decir.

—Todavía no puedo creerlo. —Lena exhaló—. Pero ya estamos más cerca.

Ulf la observó con sus ojos perspicaces. Su sonrisa se borró poco a poco.

—¿Cuál fue el pago?

Lena esquivó su mirada.

—¿Lena? ¿Qué te pidió?

—No es nada. Lo importante es que ya tenemos el hechizo y podemos volver a casa.

—No esperarás que me quede sin saber.

—Deja de ser tan molesto —dijo con ira—. No quiero hablar de eso y es todo. No te incumbe. Volvamos a casa.

Frunció el ceño de regreso a la parte concurrida de la villa, siguiendo el camino de linternas.

29
Hojas secas

La escoba apenas descendía y Ulf ya había dado un salto para bajar. Se acostó en el pasto boca abajo.

—Amo esto. Amo el suelo firme y seguro. —Frotó su cara contra la tierra.

—Estás actuando como un payaso. —Lena se sacudió unas libélulas del cabello y se reacomodó el pañuelo. El cielo estaba lleno de nubes que amenazaban con llover. El ambiente ya estaba impregnado con olor a humedad.

—¿Vas a darle la buena noticia? —Ulf movió la cabeza apuntando hacia las escaleras que subían a la nada.

Sus pensamientos corrían a toda velocidad. La emoción hacía que sus adentros estuvieran mezclados como en una licuadora. Lo tenía. Por fin tenía el hechizo. Estaba en su mente y en su bolso listo para usarse en cuanto trajera su besom con ella y pudieran empezar.

Subió las escaleras y la puerta se materializó para dejarla pasar.

—¿Vienes conmigo?

Ulf negó con la cabeza.

—Dejaré que tengan su momento a solas. —Subió y bajó las cejas varias veces.

—No hay nada entre Caleb y yo.

—Pero tal vez eso pueda cambiar con algo de privacidad. —Sonrió.

Extrañamente se sentía agradecida con él. Estaba acostumbrada a sentirse culpable por cualquier sentimiento positivo o momento de recreación que pudiera tener y que no involucrara su compromiso con su hermana, pero se sentía culpable por lo que acababa de pactar. Recibir una actitud como la de Ulf en ese preciso momento, una sonrisa, le estaba brindando aire fresco a sus pulmones.

No se lo diría, claro. Seguro se le subiría la cabeza.

—¿A dónde irás?

Los truenos estaban comenzando a retumbar y Ulf miró al cielo.

—Debo recoger mi motocicleta.

—¿Regresarás a tu departamento en la ciudad? —preguntó Lena.

—No te preocupes, bruja, no vas a tener tiempo de extrañarme. Aún tengo que supervisar a Caleb. —Sus ojos se entrecerraron con esa chispa casi infantil que siempre tenía—. Pero debo encontrarme con lady Bedisa para informarle de la situación.

Lena sintió un pequeño tirón de curiosidad ante la mención de la madre de Caleb. ¿Cómo se vería en persona? ¿Estaría de acuerdo con que Caleb le ayudara a recuperar a Quinn? Y de pronto se preguntó si se caerían bien.

—Que tengas buena suerte —le dijo.

—Lo mismo para ti.

Hizo una exagerada reverencia y desapareció entre los árboles.

—Suena a un lugar que me gustaría visitar. —La comisura de los labios de Caleb estaba alzada.

—Yo quiero volver para conocer todo lo que hay. —Se masajeó las sienes—. Aunque espero que no haya quedado vetada por ir con Ulf. Al parecer, estafó a algunas personas.

Caleb puso los ojos en blanco.

—Como dije, es un bufón.

Lena rio.

—Pero con buenas intenciones, cuando menos. —Se encogió de hombros.

—No sé en qué está pensando mi madre. —Se cruzó de brazos—. Aunque cuando menos ha probado ser útil.

Lena tenía que admitir que Ulf en verdad sí era un recurso valioso. Cada vez que tenían una dificultad, él encontraba la manera de darle la vuelta o tenía la información necesaria para afrontarla.

—¿Dices que a esa villa solo se puede llegar volando?

Lena salió de sus pensamientos.

—No, solo me pareció la forma más rápida de llegar. —Entrecerró los

ojos—. ¿Por qué? ¿A ti también te daría miedo?

Caleb se rascó la mejilla.

—Volar no me asusta. Nadar, por otra parte… —Hizo una mueca.

—¿No sabes nadar? —Lena alzó las cejas.

—Sé nadar, solo que no me gusta la idea de la profundidad.

—Creo que eso sería bucear.

—Podría estar en un navío sin tocar el agua y la idea de la profundidad igual me pondría nervioso.

Eso tenía sentido. En el mar había todo tipo de criaturas extrañas. Lena no sabía siquiera si Cthulhu estaba ahí o no, y tampoco quería averiguarlo.

—Yo no sé nadar, al menos no muy bien —confesó ella.

—Yo puedo enseñarte —le propuso Caleb con amabilidad—. Si te parece bien, claro.

Lena inclinó la cabeza.

—Pero acabas de decir que no te gusta nadar.

Caleb rio, su rostro parecía sonrojado.

—Puedo hacer excepciones en casos especiales.

Lena asintió. Se sentía cómoda charlando con él de cosas que vendrían después, hacía que todo pareciera un hecho. Como si no hubiera un ápice de duda de que lograría sacarlo del espejo.

—He estado pensando y… —Atrapó su labio inferior entre sus dientes —. Hay algo que quiero contarte.

—Te escucho —respondió él.

Su pecho se sentía acalambrado y sus manos atrapaban y soltaban la tela de la falda de su vestido. «Díselo, hazlo», decía su voz interior.

—Compartiste conmigo cosas muy importantes sobre ti y sobre tu vida, y me siento mal por no hacer lo mismo. —Sus ojos estaban mirando hacia cualquier parte, menos hacia Caleb.

—Tú también has compartido cosas sobre tu vida conmigo. —Su voz sonaba suave, como un bálsamo en una herida.

—Pero no sobre… —Pausó—. No te he contado sobre Quinn. —Sus ojos finalmente se atrevieron a buscar los de él.

—Sabes que no tienes que hacerlo si no te sientes lista.

Ella exhaló.

—Quiero hacerlo, pero me da miedo que tu opinión de mí cambie después de contarte.

—¿Por algo que ocurrió cuando eras una niña? —Frunció el entrecejo.

Lena asintió.

—Puedes contarme lo que sea, Lena —dijo gentilmente—. Creo que un

hijo del caos es el menos indicado para juzgarte. —Sonrió.

Sus palabras eran como un té caliente en un día lluvioso. Sentía que se derretía. Miró con atención al demonio frente a ella, con sus ojos verdes, su cicatriz, su cabello castaño y su sonrisa. Era su compañero en este viaje, su cómplice hasta cierto punto. Y Lena por fin tuvo que admitir que sí sentía algo por él.

Tenía sentimientos por Caleb. Sentimientos profundos y efervescentes que aleteaban dentro de su pecho. Sentía algo por él y quería compartir con él lo bueno y lo malo, lo admirable y lo atroz, para que pudiera entender lo que había en su interior y decidiera si él también sentía algo por ella a pesar de los matices de gris en su persona.

Quería platicarle sobre aquel día. Quería hacerlo con todas sus fuerzas porque no sabía cuándo tendría otra oportunidad.

Así que abrió la boca y finalmente le contó.

La casa estaba rugiendo en actividad. El aquelarre entero había llegado para ayudar con la Danza de los Tres Rostros. Ekaterina estaba en la cocina preparando lo que servirían, Berterry armaba la hoguera, la señora Luda decoraba todo con velas y flores, y Mildred arreglaba las mesas largas en el jardín del patio trasero.

Lena y Manon no podían comer nada durante ese día. Solo se les permitía beber agua para mantener su cuerpo limpio. Se dieron un baño con limón para las energías y ambas permanecieron en sus respectivas habitaciones esperando la hora del evento. Si su estómago no se sintiera como volcán preparándose para hacer erupción, tendría bastante hambre, pero dado que sus adentros se estaban retorciendo y amarrándose en nudos cada vez más pequeños, no podría comer, aunque quisiera.

Decidió dejarse el cabello suelto con distintos amuletos entrelazados aquí y allá. Se puso ropa formal: un vestido negro largo de mangas amponas y su sombrero de punta. Estaba sentada en su habitación con las piernas cruzadas sobre un pentagrama. Debía estar meditando, quizá Manon también lo estaría haciendo para prepararse mentalmente para la noche. Lena no lo conseguía, no solo porque estaba pensando en montones de escenarios en donde perdía y era la vergüenza de su familia, sino también porque al admitir que sentía algo por Caleb liberó una cascada de distracción. Su mente regresaba a él, a sus palabras, a las miradas, a las promesas.

Gruñó frustrada y se pellizcó la cara varias veces. Debía enfocarse, debía pensar en lo que estaba por venir. Patricia caminó hacia ella y golpeó su nariz contra la rodilla de Lena. Ella le acarició la frente con el dedo índice.

—No quiero defraudar a nadie —le explicó a Patricia. Su familiar le respondió con un resoplido.

No quería defraudar a su abuela, que deseaba a una Hanavan al frente del aquelarre; a la diosa, que la había bendecido con la mirada de la estrella; a su madre, que no podría soportar que Manon ganara el desafío; a Patricia, que siempre estaba ahí… A Caleb, que había dicho que si creía en algo era en ella. Se rascó la frente con intención de herirse.

—Voy a hacer algo de provecho —le dijo a Patricia y tomó su besom para practicar su proyección astral y despejar su mente mientras esperaba. Patricia se quejó, incluso mordió su vestido para impedirle que lo hiciera, pero Lena no iba a dejarse disuadir.

Se recostó en el suelo con su besom y respiró lenta y profundamente. Hacía años que no lo intentaba, pero durante su entrenamiento lo había conseguido en múltiples ocasiones, así que esperaba que su cuerpo y espíritu recordaran cómo hacerlo. Siguiendo las instrucciones de Berterry, declaró su intención de viajar en otro plano. Cerró los ojos. No podía moverse en absoluto y, sin importar lo que escuchara, debía permanecer quieta o no funcionaría. Debía visualizarse a sí misma separándose poco a poco de su cuerpo mientras seguía con sus respiraciones. Iba a salir de su cuerpo, estaba por hacerlo, iba a conseguirlo. Poco a poco, sintió que los músculos de sus ojos se contraían y que su cuerpo se volvía como si estuviera hecho de plomo. Por unos momentos, no pasó absolutamente nada. Escuchaba el reloj de la pared y su propia respiración.

Empezó a ver una luz blanca tras sus párpados, un cosquilleo recorrió todo su cuerpo, desde la punta de los pies, avanzando por sus piernas y por su abdomen hasta llegar a su cabeza. Abrió los ojos y se incorporó.

Todo se veía normal. Se puso de pie con dificultad a pesar de que se sentía ligera, casi como si estuviera hecha del mismo viento. Volteó para ver si lo había conseguido y se topó con su propio cuerpo recostado con los ojos cerrados. El besom seguía apretado fuertemente entre sus manos. Sonrió al darse cuenta de que lo había conseguido. Patricia estaba junto a ella en su forma real. Estaba hecha de luz azulada. Una luz tenue, suave, que no le lastimaba la vista, pero iluminaba su alrededor cual vela. Tenía una figura humanoide pequeña y traslúcida. Su rostro no tenía facciones, excepto por un par de ojos grandes que brillaban como linternas, similares a los de los espectros. Lena asintió con la cabeza y Patricia lo hizo también. Era especial

poder encontrarse de esta manera.

Debía probar su control de esta habilidad porque solo tenía una oportunidad para realizar el conjuro en el espejo. Lena dio un salto y al caer atravesó el suelo hasta el piso de abajo. Traspasó unas cuantas paredes y se encontró en el pasillo de la entrada. Patricia llegó a su lado de inmediato. Su madre caminó cerca de ella con varias ramas secas y se siguió de largo. No advirtió su presencia.

Hasta ahora todo iba bien. No se había topado con ningún espectro ni criatura del plano astral, pero aun así se sentía intranquila. No le gustaba la posibilidad de toparse con el señor sin un ojo en ese estado. Caminó unos cuantos pasos más, debía hacer una última prueba antes de regresar: tenía que intentar volverse una manifestación sólida, una proyección fiel de su cuerpo fuera de este. Ello la volvería visible, sí, pero si lo conseguía podría hacer sin problema el conjuro al otro lado del espejo.

Estaba tratando de concentrarse en esto cuando vio a Nessa salir de la cocina rumbo al patio trasero. Su cabello estaba sujetado en una coleta rubia y alta, traía una falda negra hasta los tobillos y un suéter de cuello de tortuga.

Lena sintió una punzada. La noche del té todavía seguía en su mente. La culpa la invadió, compitiendo contra la preocupación por ser la emoción dominante. ¿Cómo podía estar sospechando de Nessa? Era familia. ¿Por qué razón querría hacerle daño? Si bien era una demonio, y eso siempre había incomodado a ciertas brujas del aquelarre, también era cierto que buscaba reformarse, seguir el camino del orden.

Pensó en darse la vuelta y regresar a su habitación para seguir con su experimento cuando se le ocurrió una idea. Podía ir a la habitación de Nessa y revisar entre sus cosas para eliminar cualquier sospecha.

Frunció el ceño. ¿En qué clase de persona se estaba convirtiendo? No podía llegar a ese extremo de violar la privacidad de una persona tan querida para ella. Sin embargo, la acidez de la preocupación no se iba por completo, así que decidió obedecer a su instinto y caminó hacia la habitación de Nessa. Patricia flotaba tras ella sin hacer preguntas, solo vigilaba los alrededores en caso de que un ente malicioso tratara de acercarse.

Le gustaba la sensación de caminar sin cansarse y avanzar rápido y con suavidad. Casi como si tuviera la gracia de las hadas. Llegó a uno de los extremos más viejos de la casa, en donde había una segunda sala que jamás utilizaban y en donde guardaban las cunas que Lena y Quinn usaron de pequeñas. La habitación de Nessa era una puerta delgada con una perilla plateada.

Se quedó unos momentos observándola y contemplando lo que estaba por hacer. Contó despacio de sesenta hacia atrás y, cuando terminó de contar, se armó de valor y atravesó la puerta.

El papel tapiz era beige con estampado de hojas. La cama estaba pegada a una de las paredes y había un crucifijo de madera justo encima de ella clavado en la pared. Había un calendario en la pared y la puerta del armario estaba abierta, con un vestido colgado a la vista. Un baúl de madera llamó su atención y se acercó. Se puso de rodillas frente a él y concentró toda su energía en sus manos para poder abrirlo. Lo logró con un rechinido y sus ojos cayeron sobre lo que había en su interior.

No había nada extraño. Algunos suéteres y guantes; papeles con números de contacto de emergencia, como bomberos y hospitales; libros viejos, una Biblia. No parecía haber nada importante dentro. Debajo de todo encontró un maletín azul oscuro y lo abrió también. Adentro había billetes mortales y algunos recibos. No veía absolutamente nada fuera de lo normal. Estaba por cerrar el maletín e irse, avergonzada por atreverse a sospechar, cuando notó una pequeña bolsa de plástico dentro del maletín. La tomó e inspeccionó el contenido.

Eran hierbas. Lena entrecerró los ojos tratando de recordar de qué tipo eran. Eran pequeñas ramas de color anaranjado con hojas rojizas. Poco a poco la respuesta vino a ella. Estas eran hojas de Geist. Estaba casi por soltarlas, pero consiguió centrarse y con movimientos torpes regresó todo a la bolsa y cerró el maletín.

No podía creerlo. No había ninguna razón para que Nessa tuviera hojas de Geist en casa. Se usaban en la magia oscura; la única ocasión en que las vio fue en una de sus lecciones, antes de que Anfisa se deshiciera de ellas. Si se consumían en té, la mente de la persona se alteraba, podía confundirse, eliminar recuerdos, incluso dejar vulnerable el espacio más sagrado que cualquiera en este plano pudiera tener. No quería hacer conjeturas, pero el color del té de hojas de Geist era igual que el de agua de luna que Nessa le preparaba desde hacía años. No quería pensarlo, no quería llegar a esa conclusión, pero si había estado usándolo en Lena, ¿cuántos años llevaba embrujándola? ¿Por qué? ¿Con qué propósito?

Cerró el baúl y salió de la habitación atravesando la puerta. Debía haber otra razón por la cual Nessa tenía esas hierbas. ¿Protección? No, no la necesitaba. Tenía su fuerza, si le preocupaba su seguridad, podía encontrar una alternativa, algo como la joyería que usaba Ulf. No, esto era intencional, era para alguien y, después de lo ocurrido la otra noche, no podía evitar pensar que era para ella.

Subió las escaleras y empezó a sentirse debilitada. Su proyección se

empezaba a disipar. Patricia la empujó para que se mantuviera en movimiento. Si no lograba regresar a su cuerpo antes de perder su proyección, su alma quedaría perdida, suspendida como humo entre las diferentes dimensiones.

Unas manos salieron de las paredes tratando de atraparla. Lena logró esquivarlas hasta que finalmente un brazo de esqueleto la capturó. Sus pies comenzaban a desintegrarse y el brazo no cedía en su agarre. Patricia tomó el hueso de la muñeca y lo jaló hasta que lo rompió y Lena pudo escapar. Al final del pasillo, cerca del cuarto de Manon, escucharon unas risas. Miró al frente y se horrorizó al ver una cabeza gigantesca atrapada entre el techo y el piso. Era una cabeza de rana con piel grisácea. Tenía los ojos saltones y estaba cubierta de baba. No podía ver el resto del cuerpo, era como si una rana gigante hubiera decidido asomarse a la casa y el resto de su cuerpo no hubiera logrado entrar. Abrió la boca y su lengua se desenrolló, y se dirigió hacia Lena. Logró pegarse a su abdomen y, cuando Lena la tocó también, sus manos se adhirieron a ella. Estaba peleando con todas sus fuerzas para liberarse, pero la lengua del monstruo poco a poco iba retrocediendo y acercándola a su gigantesca garganta.

Uno de sus pies había desaparecido ya y no podía hacer magia si no lograba entrar en ese punto corpóreo que necesitaba. Las risas se hacían más fuertes conforme se acercaba más y más a la boca de esa gigantesca cabeza. Patricia corrió hacia la garganta de la rana y se lanzó al interior. La lengua soltó a Lena y ella atravesó la puerta hacia su habitación con el poco de sí que quedaba. Avanzó hacia su cuerpo y se recostó sobre él. Tenía que enfocarse en volver a recuperar el control de sus extremidades. Poco a poco, volvió a sentir los pies, las manos, la piel. Sus ojos estaban cerrados y todo estaba bañado en oscuridad. Respiró profundo. Su alma volvió a su cuerpo despacio.

Despertó y se incorporó de inmediato. El pequeño cuerpo de erizo de Patricia estaba tirado junto a ella. Sus ojos estaban cerrados.

El corazón de Lena se detuvo. No podía ser así como se despidiera de su familiar. Levantó el pequeño cuerpo en su mano, se sentía como una muñeca de trapo. No estaba respirando, no tenía fuerza. Solo estaba quieta.

—Por favor, por favor, por favor —pidió acariciando la frente de la pequeña erizo—. Regresa, tienes que regresar.

Nada.

Las lágrimas resbalaron de pronto por sus mejillas. Fue su culpa: Patricia estaba muerta. Primero fue su hermana y ahora era su compañera. Todo lo que tocaba se marchitaba, todo por su misma incompetencia. Si fuera más fuerte podría haber soportado más tiempo en el plano astral,

podría haber logrado proyectar su cuerpo de forma sólida y así hacer magia para salvarse de los horrores de aquel plano.

Todo en su vida se complicaba por no ser suficiente, por ser inepta, por no lograr llenar los zapatos que su abuela planeaba dejarle.

Y ahora Patricia, su querida familiar, había pagado el precio de esto. Había estado dispuesta a entregarse por salvar a alguien que no lo merecía, y había dado la vida por su bruja.

Colocó a Patricia en su cama. Sus ojos estaban cerrados y Lena casi podía fingir que tan solo estaba durmiendo.

—Por favor, te lo suplico —volvió a decir, con su mano sobre el cuerpo de la erizo—. Regresa a mí.

Exhaló.

De repente oyó un respiro. La erizo estaba de vuelta. Dio un pequeño brinco y empezó a soltar todo tipo de gritos y chillidos.

El corazón de Lena obstruyó su garganta.

—Estás bien —dijo en un susurro.

Patricia estaba furiosa y le lanzaba todo tipo de regaños. Pero a Lena no le importaba, estaba sonriendo por verla viva, entera, a su lado. Empezó a reír con alivio y esto solo hizo enojar más a Patricia.

—Estoy feliz de que estés de vuelta. —Le acarició la frente, Patricia mordió su dedo y Lena se quejó.

—La próxima vez me aseguraré de llegar completa a la proyección, lo prometo.

Patricia se relajó en cuanto la escuchó decir esto y Lena aprovechó para acariciarla de nuevo, lo cual su familiar le permitió.

30
La Danza de los Tres Rostros

Las brujas estaban bailando frente a la hoguera y la música endulzaba el aire.

Habían invitado a aquelarres vecinos a la celebración, Lena descubrió muchos rostros de brujos desconocidos entre los danzantes. Un grupo de músicos tocaba la mandolina, la flauta y el violín. Había una bruja especialmente enérgica que bailaba mientras tocaba el pandero.

El festín escaba acomodado en una mesa alargada. Pescado, carne, papas y costillas de cerdo. La señora Berterry ya estaba ebria con una copa de vino y bailaba frente al fuego.

Su madre, su abuela y la señora Frida estaban sentadas en unas sillas de madera. Su abuela traía un chal sobre sus hombros y espalda, y sostenía una taza humeante en las manos. Sus ojos azules se posaron en los de su nieta y agitó la mano derecha en un pequeño saludo.

Había brujas con coronas de flores y brujos con cuernos de antílope en la cabeza. Algunas preferían portar diademas con simbología de las tres lunas. Las antorchas rodeaban todo el jardín.

—¡Lena! —Manon llegó a saludarla. Sus mejillas estaban sonrosadas y Lena se preguntó si había bebido. Traía también un sombrero de punta y un vestido negro que le llegaba por encima de las rodillas.

—¡Bendecida Danza de los Tres Rostros! —le dijo con una sonrisa.

—Bendecida danza para ti también.

Manon la tomó por el brazo y juntas caminaron hacia las bebidas.

—No imaginé que fueran a hacer esto tan grande — comentó Lena.

—Todos están muy emocionados. Es la primera vez que nuestro aquelarre permite una tradición nueva.

—No tan nueva, en realidad. —Lena se encogió de hombros.

Después de todo, era algo que existía desde hacía tiempo, pero los aquelarres modernos se estaban readaptando para escoger a la nueva suma sacerdotisa.

—Como sea. —Manon tomó un par de copas y las llenó de vino tinto. Le ofreció una a Lena—. Está encantado —le explicó y alzó la suya—. Por una competencia justa y una amistad larga.

Chocaron sus copas y bebieron. Sabía amargo, pero la magia les provocó chispas en la lengua.

Vio a algunas brujas acercarse a su abuela y entregarle obsequios que Anfisa no tardaba en acomodar detrás de ellas en una mesa.

—Vamos a bailar —sugirió Manon, y ambas corrieron frente a la hoguera. Todos los brujos presentes, mayores y jóvenes, se tomaron de la mano en un gran círculo alrededor de la hoguera esperando que iniciara la siguiente canción.

Los músicos tocaron una melodía animada y los gritos de emoción empezaron. Todos tomados de la mano giraron alrededor de la fogata, dando pequeños saltos y cantando lo que sabían de la canción. Lena reía sintiendo la música en sus huesos.

La noche es de aquellos que no le temen a la magia.
Hijos de la diosa, levantaos para danzar bajo la luna.
Los que no temen caminar con Hécate
y aquellos que invocan a los elementos
están invitados a bailar libres frente al fuego.

La melodía despertaba algo dentro de ella. Cuando todos se soltaron, siguieron danzando con giros y sonrisas. Lena alzó las manos y dio saltos frente al fuego.

Algunos brujos tomaban tierra y la pasaban sobre su piel. Todos estaban riendo en completa euforia.

Un chico encendió un sahumerio y abanicó el humo hacia los

bailarines con una pluma.

El tambor marcaba el ritmo y Lena tomó las manos de Manon para que pudieran bailar juntas.

—¡Por la nueva suma sacerdotisa! —exclamó alguien.

Y todos exclamaron en acuerdo.

Lena se cansó de bailar y decidió acercarse de nuevo a las bebidas por algo de agua. Estaba jadeando, pero tenía una enorme sonrisa en el rostro. Se sirvió agua y se la terminó en un par de tragos, derramándola por su barbilla. Sintió una mirada, era Nessa observándola con atención desde la entrada de la cocina.

Una punzada le recorrió el abdomen. No sabía si comentarle algo a su familia en ese momento o esperar a que terminara el evento.

La música se detuvo y su madre se levantó de su asiento.

—Por favor, escúchenme un momento —dijo Anfisa y los invitados comenzaron a reunirse frente a ella—. Estamos por iniciar la ceremonia, pero antes quiero agradecerles su presencia y compañía.

Anfisa ayudó a Imogen a ponerse de pie. Su cabello plateado estaba recogido y traía un vestido muy holgado.

—Bendecidos sean todos, hermanos míos. Gracias por despedir conmigo el ayer y por recibir con nosotras una nueva promesa para el mañana —habló Imogen.

Los invitados respondieron con sus bendiciones y se sentaron en diferentes puntos del pasto. Todo estaba listo, era momento del reto. Finalmente, la Danza de los Tres Rostros había empezado. Pasó saliva y caminó junto a Manon para poder empezar.

La primera etapa de la danza estaba dedicada a Selene, a la luna, así que ambas pusieron sus ofrendas al centro. Lena entregó varios collares de plata y Manon, una piedra de luna.

Se alejaron de sus ofrendas y se dieron la mano.

—Buena fortuna, Lena.

—Buena fortuna para ti, Manon. —Lena guiñó el ojo.

Los músicos volvieron a tocar sus flautas y violines mientras las amigas se enfrentaban.

Manon empezó con la lectura de tarot. Había comprado un mazo especialmente bello con detalles plateados y pidió a alguien de entre los invitados que se acercara. Mildred se ofreció como voluntaria y Manon

revolvió las cartas. Todos observaban la lectura con respeto y en silencio. Una vez que terminaron, Manon guardó su mazo dentro de un saquito oscuro.

Al finalizar los aplausos, llegó el turno de Lena. Sabía que no era su área más fuerte, así que preparó una demostración muy simple. Colocó un plato con sal y algunos cuarzos adentro. Alzó todo hacia la luna y empezó a invocarla para que besara con su magia lo que le ofrecía. La sal empezó a brillar como si estuviera hecha de polvo de diamantes y Lena sacó los cristales. Estaban hirviendo en su mano, le regaló uno a Manon en señal de buenas intenciones, conservó uno para ella y el otro lo colocó en las ofrendas.

Más aplausos.

La segunda parte pertenecía a Hécate y era sobre magia práctica. Lena sentía mucha curiosidad por ver lo que su amiga presentaría. Manon y Berterry se acercaron con un jarrón gigantesco hacia el centro de todo. Ella cerró los ojos y empezó a murmurar.

—*Allez*! —dijo en francés y el agua de la fuente se levantó.

Manon movió las manos y el agua comenzó a enredarse en un pequeño torbellino. Con otro movimiento, se transformó en una esfera suspendida en los aires. Acercó sus dedos y, mientras los movía, empezó a cambiar otra vez hasta que finalmente adquirió la forma de un pez dorado nadando en el aire.

Lena ahogó un suspiro. Lo que Manon había creado era en verdad hermoso. El pez flotó por encima de los invitados y del aquelarre. Movió sus aletas hacia el rostro de Lena y ella no pudo evitar tratar de tocarlo con la punta de los dedos.

Manon lo llamó de vuelta y con otro movimiento el pez volvió a ser parte de la fuente.

Las exclamaciones de sorpresa, las felicitaciones y los silbidos de emoción retumbaban en los oídos de Lena. Manon se movió para permitirle el paso y Lena se acercó al centro con una charola. Se preguntó si lo que eligió para su demostración era lo suficientemente bueno. Tal vez debió pensar en algo más llamativo, algo con más diente, más empuje.

Se plantó con fuerza y levantó la cabeza con orgullo.

—Les presento el algodón de azúcar de ensueño. —Había unos cuantos conos con algodón celeste frente a ella—. Al comerlo, vendrá a ustedes el sabor de aquello que más anhelan de su niñez. —Acercó la charola a las brujas de su aquelarre.

—No sé si tengo suficiente para todos los invitados, pero junto a la mesa de comida hay más algodón. Preparé bastante.

Varios brujos se pusieron de pie y fueron por un cono de algodón de azúcar.

Sentía burbujas de nerviosismo bajo la piel. Tal vez había sido una idea tonta, incluso pueril; se había inspirado en lo que encontró en la villa de Yggdrasil y le pareció que sería buena idea, pero quizá estaba completamente equivocada y era algo ridículo.

Sin embargo, al ver cómo se iluminaban los rostros de quienes probaban su creación, recordó que esto era lo que más amaba hacer. Era una bruja de cocina. Adoraba hacer postres, preparar recetas y crear magia con eso. Era algo que le encantaba y no iba a avergonzarse por ello. Si no era suficiente para ganar este desafío, entonces no estaba calificada para el rol.

—Sabe a convertirse en princesa de las hadas. —Manon sonrió—. Es increíble.

Lena sintió su rostro transformarse mientras una sonrisa empujaba sus labios hacia arriba. Eso. Justo eso era lo que hacía que su trabajo valiera la pena.

—Sabe a tocar estrellas con las manos —dijo Berterry.

—Sabe a pintar todo el día en mi habitación —declaró su madre.

Lena sintió un pequeño pellizco en el pecho al recordar que su madre en algún momento había pensado en dedicarse al arte y quería asentarse en el mundo humano mientras estudiaba. Imogen no se lo permitió, así que Anfisa tuvo que abandonar ese sueño por completo.

Los invitados rieron con emoción jovial al recordar aquello que deseaban cuando eran pequeños, cuando la vida era más simple y cuando su alma podía mostrarse tal cual sin temer al mundo. Los aplausos resonaron y Lena hizo una pequeña reverencia.

Habían llegado a la fase final y ambas se notaban nerviosas. Lena intentaría probar el poder que acababa de descubrir, pero temía no poder controlarlo. Sabía que Manon haría una demostración con magia de muerte, había visto a la señora Frida hablando con ella en el descanso.

Lena bebió un poco más de vino deseando que las nubes que comenzaban a formarse en su mente le ayudaran a quitarse el miedo.

Vio a Nessa salir de la casa con una bolsa oscura y gigantesca. Sabía bien qué había ahí. Era el cadáver, Boris, sobre el que Manon iba a trabajar. Hicieron contacto visual y Lena de inmediato regresó a su copa.

Los músicos cambiaron a una melodía distinta, más tranquila, mientras descendían todos juntos a la oscuridad del inframundo para la representación de Perséfone.

De nuevo fueron llamadas al centro del jardín para la parte final del reto, y Lena sentía los hombros bastante tensos.

Quien inauguraría la parte final del desafío sería Manon. Sobre un pentáculo, estaba Boris completamente desnudo, excepto por un trozo de tela gris amarrado en su cintura para cubrir su intimidad. Tenía cabello negro muy corto y asimétrico, como si Manon se lo hubiera recortado sin cuidado alguno. Tal vez así lo había hecho. Su piel se veía amarillenta y enferma. Había una herida vertical en su pecho cerrada con hilo negro. Probablemente de cuando Manon le extirpó el corazón. Su brazo derecho estaba incompleto, su carne terminaba a pocos centímetros del codo. Y justo como el señor Otto les dijo aquel día en la morgue, su rostro estaba desfigurado. El lado izquierdo estaba cubierto de mordidas y grapas que mantenían la piel unida. Su nariz presentaba una herida roja en el tabique, el ojo estaba destruido por completo.

Manon encendió velas alrededor de Boris y se sentó con sus herramientas para empezar el trabajo. Todos estaban en silencio, pocos a lo largo de la historia se habían atrevido a resucitar a los muertos de esa forma. La señora Frida era la única de pie.

Manon sumergió el dedo índice en una copa que tenía junto a ella. Con el espeso y rojo líquido dibujó un triángulo invertido en la frente de Boris con una línea atravesada y una pequeña serpiente. A continuación, trazó una línea horizontal en el pecho y otra desde la punta de sus dedos hasta el corazón. Por último, dos más de los pies al pecho.

Levantó hacia el cielo la caja de plata de Almedha que Lena le entregó y después la regresó a su lado.

—Polvo y cenizas. Carne, huesos y sangre que no fluyen más, yo te llamo bajo el manto oscuro del cielo. —Estaba de rodillas ante al cadáver, con su mano sobre la frente del cadáver.

»Sigue mi voz y regresa a este cuerpo que dejaste atrás. —Alzó unas monedas de plata y las puso en el pecho de Boris—. Le ofrezco a la muerte un pago para que te permita volver con los que tenemos aliento y latidos.

Cerró los ojos y puso ambas palmas sobre el abdomen del cadáver.

—Ven a mí. Despierta y levántate, que yo, tu ama, te lo ordeno.

Se mantuvo unos momentos así, con los ojos cerrados, el viento le movía el cabello. Lena podía sentir el poder acumulándose, era la primera vez que presenciaba ese tipo de ritual. Jamás hubiera imaginado que su mejor amiga probaría magia de muerte, mucho menos frente a su abuela. La señora Frida era muy respetada y poseía muchos años de experiencia en esa área, pero jamás creyó que una bruja tan joven intentaría algo tan complicado. ¿Funcionaría? ¿Estaría por contemplar una resucitación?

Manon abrió los ojos y le hizo una señal a la señora Luda, quien, con ayuda de Berterry, le llevó un costal casi del tamaño de su cuerpo. Entre las

tres lo abrieron y dejaron caer la tierra sobre el cadáver. Las brujas se retiraron mientras Manon terminaba de cubrir y acomodar la tierra sobre Boris.

Se puso de pie. Todo estaba en silencio. El aire olía a fuego y madera. La música seguía sonando en una balada.

—Te ordeno que te levantes ahora. —Extendió las palmas hacia la tumba que acababa de crear.

El patio estaba quieto.

Manon arrugó la frente y sus ojos conectaron con los de Lena antes de buscar los de Frida.

—Tu ama te ordena que te levantes ahora. —Apretó la mandíbula, su respiración se exaltó.

—Te ordeno —dijo más lento— que te levantes ahora.

Se escucharon murmullos entre los invitados. Su abuela observaba todo con mirada cansada; las arrugas alrededor de sus ojos se notaban más pronunciadas, apretaba su bastón con fuerza. Sus ojos nublados estaban clavados en algún punto del suelo.

Pausa. Los músicos dejaron de tocar y Lena se mordió el interior de las mejillas. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía ayudarla? Manon se veía perdida. Quería ofrecerle su poder y apoyo para intentar de nuevo el ritual. Este tipo de magia era difícil para una sola bruja, en especial una sin experiencia en el área, pero tal vez si ambas unían su poder lograrían conseguirlo.

Pero no podían ayudarse, hacerlo anulaba el propósito por completo. Y ahora estaba forzada a observar el predicamento de su amiga.

—Lo lamento mucho, Manon. —La señora Luda se acercó y le tocó el hombro. Su amiga se encogió con los ojos cerrados.

Lena sintió que la apuñalaban varias veces en el estómago, el aire de sus pulmones escapó dejándola sin nada. No. No era justo. Manon había sacrificado días de trabajo, había dado partes de sí para preparar el cadáver, había dormido con el hedor de la muerte y encantado un corazón para que todo resultara como lo esperaba.

Lena se acercó a su amiga y la abrazó. Manon la apretó con fuerza.

—Esto no significa nada —le dijo Lena—. Eres la bruja más increíble que existe.

—Muéstrales de qué estás hecha. —Le dio unas palmadas en la espalda—. Haz que les explote la cabeza.

Lena sonrió.

Manon dio unos pasos hacia atrás.

Los ojos de todos se posaron sobre ella. Algunos aún estaban murmurando. Sintió que sus piernas estaban débiles, ¿qué pasaría si ella

tampoco lograba completar su prueba? Echó los hombros hacia atrás y trató de obligar a sus piernas a relajarse para poder desanclarlas. Era el momento. Cerró los ojos y empezó a enfocar su poder. No sabía qué hacer, la última vez no había dicho nada. Trató de visualizarse como una linterna en una habitación oscura. Intentó imaginar que estaba cubierta de luz brillante y que era un faro ayudando a los barcos a encontrar el camino en medio de la neblina.

Su marca empezó a arderle. Estaba funcionando. Ya había aprendido que cuando la mirada de la estrella le ardía como si se cortara con una navaja, algo iba a suceder.

Se escucharon pasos en el bosque y algunas cabezas giraron para ver de qué se trataba.

Lena escuchó un suspiro ahogado por parte de algunos de los invitados.

Una mujer vestida con una bata de hospital salió con pasos lentos. Su cabello estaba recogido y sus brazos eran muy delgados. Sus ojos brillaban como la luna misma. Tras ella apareció un hombre en un traje formal con un ramo de flores. Los dos avanzaron despacio hacia Lena. Imogen se veía muy intrigada, tal vez incluso impresionada, y ella no pudo evitar sentir la calidez del orgullo al haber logrado finalmente demostrarle sus habilidades a su abuela, de haber conseguido sorprenderla.

Poco a poco se abrieron paso hacia Lena, cuando estaban por llegar, se escuchó un quejido.

Su corazón se detuvo y un escalofrío le erizó la piel. Manon se tensó. De la tierra se levantó el cadáver que Manon había preparado. Boris se incorporó como una verdadera pesadilla y emitió unos alaridos tan desgarradores que obligaron a Lena a cubrirse los oídos y cerrar los ojos.

Su concentración se rompió, la marca de la estrella dejó de doler y los espectros desaparecieron.

Boris intentó avanzar hacia los invitados y algunos comenzaron a gritar de terror. Se veía como un verdadero monstruo, con movimientos tiesos e ira en su único ojo. El miedo de los invitados pareció empeorar cuando Boris enloqueció.

—Te ordeno que te detengas. —Manon se plantó frente a él con la caja de plata en la mano—. Yo poseo tu corazón. Soy tu ama y te ordeno que pares.

El monstruo se enfureció y con su brazo izquierdo la lanzó lejos. Lena vio a su amiga caer a pocos centímetros de la hoguera y corrió a ayudarla. Manon se reincorporó y empujó a Lena detrás de ella.

—Es mi creación —le dijo, al tiempo que el monstruo la tomaba del

cuello y la alzaba. Manon trató de apartarlo rasguñando su muñeca. Sus pies dejaron de tocar el suelo y sus ojos se pusieron en blanco.

—Suficiente. —Su abuela se puso de pie y con un movimiento de su mano el monstruo cayó al suelo.

Caminó con la señora Frida hacia ellas y juntas trataron de someter al monstruo. La señora Frida le hundió el bastón en el centro del pecho e Imogen extendió las manos sobre él. Boris comenzó a retorcerse, sacó espuma de la boca y finalmente se quedó quieto.

Imogen perdió el equilibrio, Berterry la ayudó a mantenerse en pie. Se veía terrible. Sin mencionar que tosía sangre.

—Llévenla a su cuarto —pidió Anfisa, Berterry y la señora Luda se la llevaron. Las corrientes de aire se intensificaron tanto que casi tiraron a Lena; el suelo, por su lado, vibró de nuevo.

Los invitados recogieron sus cosas y se retiraron con prisa. Anfisa buscó agua para apagar la hoguera. Los platos con comida cayeron al suelo quebrándose en miles de pedazos. Manon estaba en el piso con las piernas contra su pecho y el rostro oculto entre sus rodillas.

La Danza de los Tres Rostros no llegó a su fin.

31
Todo aquello que hemos construido

La casa de nuevo se sacudía, prometía derrumbarse. Manon se había encerrado en su habitación, no quería hablar con nadie. Su madre lloraba en la sala mientras las otras brujas del aquelarre trataban de sanar a Imogen. Patricia gritaba y Lena empacaba un bolso con todo lo que necesitaba para sacar a Caleb del espejo de una vez. Era ahora o nunca. Debía aprovechar que la magia se encontraba debilitada y que la energía estaba confundida y en movimiento.

—Tiene que ser hoy —le explicó a Patricia.

Su familiar no estaba de acuerdo, sentía oscuridad rondando la casa. Tenía que aprovechar esa oportunidad. No podía bajar por las escaleras porque su madre se daría cuenta de que iba a salir y no se lo permitiría. Sin embargo, había otra manera.

Abrió la ventana y llamó a su escoba. Una vez que la tuvo en sus manos, la montó. Patricia se metió en su bolso y salieron juntas volando hacia el bosque. El viento hizo que su sombrero saliera volando. Lena intentó alcanzarlo, pero al hacerlo casi se cayó de su escoba.

Lo vio mecerse de regreso hacia su casa. Torció la boca, pero debía dejarlo ir.

Mantenía la vista sobre los árboles esperando reconocer la zona, cuando la sorpresa la invadió. El hechizo sobre la bodega ya había caído. Lena descendió y, cuando sus pies tocaron el piso, la bodega seguía ahí, completamente expuesta, visible para cualquiera.

Sacó a Patricia de su bolso y entró al cuarto del espejo.

Caleb parecía estarla esperando cuando bajó las escaleras.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó él. El espejo vibraba con fuerza.

—La salud de mi abuela empeoró. —No lo miraba a los ojos, estaba dibujando un pentagrama en el suelo y acomodando los materiales—. Si no te saco ahora, creo que el espejo se romperá.

Eso significaría que Caleb jamás podría salir. El espejo era la única vía para llegar a él. El sótano iba a colapsar, le caía tierra sobre la cabeza y no sabía cuánto soportarían esas viejas escaleras.

Caleb no dijo nada, solo la observó. Era su única oportunidad. Debía lograr proyectar su cuerpo del otro lado. Era momento de demostrar su valor no solo como bruja, sino como la posible suma sacerdotisa que tomaría el lugar de su abuela en esta tierra. La última con la mirada de la estrella. Era momento de lograrlo.

Se recostó sobre el pentagrama con el besom entre sus manos, el marcador mágico que le había entregado Torbjörn y una daga. Era el momento, toda su preparación, su búsqueda, culminaba aquí. Cerró los ojos y se concentró en salir de su cuerpo.

Todo la había guiado a ese momento: desde que intentó contactar a demonios poderosos hasta el momento en el que vio a Caleb en el invernadero. Conseguiría rescatar a su hermana antes de que todo se derrumbara. Podía sentir que los escombros caían sobre ella. Poco a poco vio la luz blanca y finalmente se reincorporó en el plano astral. Tenía el marcador y la daga en sus manos.

Caminó frente al espejo, sabía que Caleb no podía verla. Solo estaba de pie observando el cuerpo dormido con el rostro tenso y preocupación en sus ojos verdes.

Lena dio un paso hacia adelante.

Y cruzó al otro lado del espejo.

Quería gritar, quería estallar en risas. No podía creerlo. Lo había logrado. Había logrado cruzar. Estaba cerca.

Todo estaba cubierto de nieve y, así como Lena veía a Caleb a través de un espejo, él la veía a ella. Del otro lado había un espejo exactamente igual, de pie sobre la nieve de esa gran nada.

Concentró su energía, le pidió a la diosa su ayuda, a sus ancestros su apoyo y al universo que le permitiera lograrlo.

—Lena. —Caleb tenía las cejas arqueadas y se veía en verdad impresionado.

—Puedes verme. —Lena sonrió.

Caleb le devolvió la sonrisa y asintió con la cabeza.

—No hay tiempo que perder. —Lena se acercó al espejo y dibujó una puerta con el marcador rojo. Las líneas no estaban del todo rectas, pero funcionarían. Se quedó un momento evaluando su trabajo. Ninguna línea había quedado abierta. Perfecto.

Tomó la daga y se encogió de dolor cuando pasó el filo a lo largo de su mano. Puso su sangre en el espejo presionando la mano contra el cristal. Tal cual le prometió Torbjörn, las palabras estaban en la punta de su lengua.

—*Dissere portas. Dissere portas. Dissere portas*. —Sabía que debía decirlo tres veces—. *Sigillum rumpere*.

La puerta que había dibujado comenzó a brillar con luz roja.

—Está funcionando —dijo Caleb.

—*Dissere portas, sigillum rumpere* —seguía cantando Lena.

Afuera del espejo, la vibración del piso hizo que el bolso de Lena cayera dentro del pentagrama.

«No».

Lena lo sintió de inmediato. El círculo había sido invadido y su fuerza se estaba debilitando. La luz roja se apagaba, la puerta no terminaba de formarse.

—No, no, no.

Quitó la mano del espejo.

—¿Qué sucede? —Caleb la miraba preocupado.

—Tengo que arreglar el pentagrama, de lo contrario no puedo proyectar el poder suficiente fuera de mi cuerpo.

—¿Puedes cruzar de vuelta?

Lena asintió. Arreglar el pentagrama le quitaría segundos vitales. Tenía que hacer esto lo más rápido posible. Caminó hacia el cristal para regresar a su cuerpo.

No pudo hacerlo.

Intentó de nuevo. Nada. Estaba atrapada.

—No puede ser. —Lena dio unos pasos hacia atrás.

Caleb lo entendió sin que tuviera que decírselo. Podía verlo en su mirada, podía verlo en su cuerpo.

Ambos estaban atrapados adentro.

—Tiene que haber una forma, este no es tu cuerpo —dijo Caleb—. ¿No hay forma de que esta versión de ti desaparezca simplemente y despiertes del otro lado?

—Si no regreso a mi cuerpo, dejaré de existir.

La manzana de Adán de Caleb se movió al pasar saliva. Ambos se miraron por un momento. Los dos pensaron en todas las posibilidades. En qué podrían hacer y cómo podrían hacerlo.

—¿Qué falta para poder abrir la puerta? —preguntó Caleb—. Si el hechizo puede salvar solo a uno, prefiero que salves tu vida.

—No importa cuántas personas crucen. —Lena exhaló—. Lo que me falta es poder. La conexión con mi cuerpo se debilitó y no puedo usar toda mi magia.

Hizo una pausa. Podía escuchar la respiración de Caleb. Su rostro estaba torcido en una mueca. Parecía estar librando una batalla interna. Se acercó hacia ella con los labios apretados en una línea de preocupación. Sostuvo las manos de Lena entre las suyas y ella no pudo detenerse a pensar cuánto había deseado esto, finalmente él dijo:

—Si lo que falta es poder, toma el mío.

Fue como si todo se hubiera apagado. Como si acabara de sumergir la cabeza en una tina mientras tomaba un baño. Todo se escuchaba lejos. Nada se sentía real. Tal vez dormía, tal vez estaba teniendo una pesadilla.

Lo que Caleb estaba ofreciéndole era precisamente lo que habían acordado no hacer. Un pacto de sangre. Un trato en el que sus espíritus quedarían entrelazados y ellos estarían conectados para siempre. Al menos hasta que Lena muriera y Caleb tomara su alma.

—Sé que no es lo que querías. No quiero hacerte daño, no quiero tomar tu alma.

«Pero no hay otra opción», resonó entre ellos. En verdad no había otra solución, era entregar su alma o perderse por completo. Lo dudó por un segundo que pareció eterno.

—Acepto —dijo al final y sintió que Caleb apretaba sus manos con más fuerza.

La soltó para caminar hacia la daga que Lena había abandonado sobre la nieve. Abrió una herida en su mano izquierda y la sangre oscura empezó a fluir.

Lena sentía que la preocupación y el nerviosismo le mordían las entrañas. Caleb volvió con ella.

—Dame tu mano, por favor.

Lena lo hizo y Caleb la tomó con suavidad. Como si estuviera pidiéndole disculpas. Juntaron sus palmas y su sangre se mezcló. Todo seguía sintiéndose completamente irreal.

—Yo, Caleb el Incendiario, honraré este pacto de sangre que nos ata aquí y ahora para ayudarnos a cumplir nuestros objetivos. —En su rostro se

veía arrepentimiento y dolor. Sus ojos reflejaron una profunda tristeza.

—Yo, Lena Hanavan, honraré este pacto de sangre que nos ata aquí. —Hizo una pausa.

—Y ahora —le recordó Caleb con una sonrisa.

—Y ahora —repitió Lena—. Para ayudarnos a cumplir nuestros objetivos.

El poder y la energía se concentraron y provocaron que la sangre hirviera como trozos de carbón encendido.

—Te entrego mi poder y mi servicio.

—Te entrego mi poder y… —Volvió a hacer una pausa para tomar valor—. Te entrego mi poder y mi alma.

—Mi fuerza es tuya. Traeré de regreso a Quinn Hanavan al plano de los mortales.

—Mi fuerza es tuya y te entregaré mi alma al momento de mi muerte.

—Lo juro con sangre.

—Hecho está.

Caleb le sonrió y Lena no pudo evitar sonreírle también. Al mezclar la sangre de ambos en sus manos sintió que electricidad pura la recorrió desde la mano, pasando por la muñeca, hasta su brazo. No veía nada, solo luz. Tenía la sensación de que esa luz saldría por sus ojos.

Ella jamás había experimentado tal poder. No tenía comparación. Sentía que podía volar, que podía cortar montañas por la mitad, que podía cargar el mundo en sus hombros. Percibió algo sobre su clavícula, como si estuvieran tratando de perforar su pecho con un picahielo. Su vista se recuperó y vio a Caleb envuelto en llamas esmeralda.

Finalmente, todo se detuvo. El pacto estaba hecho.

—¿Cómo te sientes? —Caleb acarició sus nudillos con el pulgar.

—Como si tuviera sangre de dragón recorriendo mis venas.

Y así era. Era la sangre del dragón de humo. Lena se sentía como si flotara. Como si el alcohol que había bebido durante la celebración se hubiera asentado. Caleb estaba frente a ella, se veía complacido y con los ojos adormilados. Se preguntaba si él se sentía ebrio también.

Le encantaba su rostro. Por fin admitió abiertamente que le encantaba. Amaba sus ojos, la cicatriz sobre su ojo derecho, sus brazos, sus tatuajes, su expresión. Todo.

Caleb dio unos pasos hacia ella. Tomó su mejilla con una de sus manos y Lena no podía respirar.

—Estoy intentando contenerme, pero en verdad quiero besarte en este momento. —La mirada de Caleb estaba posada sobre sus labios antes de reconectar con sus ojos, como si le pidiera permiso.

Lena asintió y Caleb deslizó su mano desde su mejilla hasta su nuca, sosteniéndola con fuerza, pero sin dolor.

—Dilo —pidió Caleb, su voz grave hacía que sintiera espinas de adrenalina—. Dime que quieres que te bese —repitió. Sus ojos brillaban con fuego infernal—. Pídeme que lo haga.

Una araña de emoción estremeció la espalda de Lena. Nunca había sonado tanto como un demonio como en ese momento. Con esa cercanía, pudo distinguir ligeras salpicaduras de dorado en los ojos verdes de Caleb.

—Bésame. —Ella se humedeció los labios—. Por favor, bésame.

La acercó a él y juntó su frente con la suya. Olía a sándalo y almizcle. Podía sentir su aliento contra sus labios. La anticipación iba a acabarla.

—Por favor —volvió a decir ella, y Caleb la besó.

Ella lo besó de vuelta, atrapando la tela de su camisa entre sus dedos. Un hormigueo le recorría el cuerpo. El beso terminó, pero no se separaron, Lena se paró en las puntas de sus pies para volver a presionar sus labios contra los de él. Caleb la besó con avidez y, cuando Lena finalmente se apartó, la tomó por la cintura y volvió a acercarla a él. Lena se derritió y él la besó con más fuerza. Cuando Lena separó los labios, sintió la lengua de Caleb deslizarse al interior de su boca. Ella empezó a temblar y pasó sus manos por la espalda de él.

Escuchó un ruido del otro lado del espejo que la hizo saltar lejos de él.

—Tenemos que apresurarnos. —Lena se aclaró la garganta tratando de recuperarse. Caleb también se veía agitado.

—Retomaremos más tarde —respondió él y tomó la mano de Lena para depositar un último beso en sus nudillos.

Ella se acercó de nuevo al cristal y, con el vigor renovado, volvió a pasar el marcador por las líneas que ya había pautado. No había logrado completar el hechizo, así que no había perdido su única oportunidad.

Otra vez puso su palma contra el espejo y repitió las palabras del hechizo. La luz roja se manifestó. El cristal en esa zona se fue haciendo más delgado hasta que no quedó nada.

Escuchó a Caleb inhalar con fuerza.

—Cruza —le dijo Lena—. Antes de que se cierre.

Caleb se negó:

—Hazlo tú primero, no quiero que te quedes encerrada en mi lugar.

—Confía en mí —le repitió Lena—. Debo mantener la puerta abierta. Yo estaré detrás de ti.

Caleb lo dudó, el corazón le latía con fuerza. Tuvo que agacharse al cruzar, pero al fin estaba del otro lado con una expresión de incredulidad.

Lena cruzó también y juntos vieron cómo la puerta quedaba sellada de

nuevo.

Lo habían logrado, Caleb había salido del espejo.

32
Como es arriba, es abajo

La bodega estaba destruida. Ni siquiera las escaleras que llevaban a ella quedaron en pie.

Lena y Caleb se quedaron unos momentos observando los escombros sin poder terminar de comprender lo que acababa de ocurrir.

—Lo logramos —anunció Lena en un susurro.

—Lo lograste —corrigió Caleb.

Tomó su mano y entrelazaron los dedos. Lena sintió otra punzada dolorosa en el pecho y con su mano libre lo frotó. Percibía claramente la piel herida, pero no tenía idea de por qué. Haciendo una mueca, miró los botones de su vestido.

—¿Todo en orden? —preguntó Caleb, con la voz cargada de preocupación.

—Siento algo extraño en la piel. Tal vez me lastimé en el otro lado.

Caleb parpadeó antes de que su expresión cambiara al entender lo que sucedía. Sus manos se movieron hacia su camisa y la desabotonaron con dedos diestros.

—Es tu marca. —Sobre el pecho de Caleb apareció un nuevo tatuaje en tinta roja. Reconoció las líneas y curvas como el símbolo de trisquel—. Ambos compartimos ahora este tatuaje que nos recuerda nuestro pacto.

Lena desabrochó los primeros botones de su vestido y confirmó lo que decía Caleb. Justo sobre su clavícula, a unos centímetros de su cuello, estaba su tatuaje. Había quedado marcado por el caos.

Caleb se acercó a ella y Lena se obligó a responder al instante. Habían pasado tanto tiempo separados por la barrera de cristal que poder tenerlo por fin a su lado mantenía sus sentidos agudizados.

—Si gustas, puedo prepararte algo para mitigar el dolor —ofreció.

—No es para tanto —se rehusó Lena.

Caleb asintió mientras ella volvía a abrochar su vestido. Su mirada le entorpeció los dedos por los nervios. De cierta manera, era la primera vez que se veían y no sabía bien qué hacer, cómo reaccionar o cómo callar sus latidos. Seguramente él podía escucharlos a la perfección.

—Lena.

¿Quién le había dado el derecho de pronunciar su nombre de esa forma? Así, con profunda reverencia, como si se tratara de algo valioso. Nunca había dejado que alguien la afectara de esa forma. Se sentía tonta e inmadura, como si lo hubiera estado esperando toda la vida y esas reacciones fueran solo para él.

Caleb la tomó del hombro y ella finalmente lo miró. ¿Qué pasaría ahora? ¿Cuál era el siguiente paso? ¿Qué debían decirse?

Su voz interna gritaba y su corazón le martillaba los oídos. Quería que le hablara sobre sus sentimientos, quería saber qué sentía. Quería decir cualquier cosa, pero sus labios permanecían inmóviles. Él abrió la boca y volvió a cerrarla al instante. Se acercó a ella y atrapó un mechón pelirrojo entre sus dedos. Lena tenía miedo de respirar y que la burbuja se rompiera. Se quedó completamente quieta.

—Amo Caleb. —Ulf salió de entre los árboles usando una sudadera oscura y pantalones deportivos. Su rostro estaba manchado de sangre y tenía el cabello revuelto.

—¿Qué sucedió? —le preguntó Lena al ver su estado. Algo andaba mal, podía sentirlo en los huesos. Su collar de protección vibraba, quizá era la magia del lugar en estado de alerta.

Ulf la miró, le costaba respirar.

—Habla, Ulf —exigió Caleb—. ¿Qué es lo que está pasando?

—El aquelarre. —Pasó saliva—. Los demonios están intentando tomar la propiedad de las brujas.

En cuanto esas palabras salieron de los labios del demonio, Lena reaccionó. Sus piernas se estaban moviendo antes de que terminara de registrar lo que acababa de decirles. Su estómago se contrajo mientras corría a casa tan rápido como le era posible. No. No podía ser. Finalmente se había

cumplido la amenaza que les habían enviado. No estaban preparadas para un ataque, su abuela no lo resistiría.

Todo se veía borroso, el bosque era un revoltijo de colores que no lograba distinguir hasta que salió de ahí y se paró frente a la casa, con Patricia a su lado.

Todo estaba mal. Lo que había cenado se elevaba por su esófago amenazando con salir por su boca.

Almedha estaba de pie con su capa azul, un par de pantalones negros y botas. Traía su cabello rosa recogido hacia atrás. Su pose era relajada y observaba todo con una expresión de aburrimiento mientras sostenía su varita. Tras ella había decenas de demonios de pie, con rostros horribles y garras afiladas. A Lena se le congeló la sangre en el pecho.

En la puerta del pórtico se encontraban las brujas de su aquelarre, todas vestidas de negro, con los atuendos que habían utilizado para la Danza de los Tres Rostros. Se preguntó si no habrían dormido nada por cuidar la salud de su abuela. Podía escuchar vagamente a Berterry maldiciendo a su nieta, insultándola, gritándole con todas las fuerzas de sus pulmones. Pero ninguna de sus palabras lograba que Almedha cambiara su expresión.

—¡Ven acá! —Anfisa le gritó a Lena desde la puerta, haciendo un ademán.

Almedha también volteó para mirar a Lena y levantó la mano para saludarla con una enorme sonrisa, como si estuvieran en medio de un festejo de Samhain.

Lena avanzó hacia su familia, incluso Manon estaba ahí con una expresión seria y la mirada desenfocada. Probablemente estaba consultando sus visiones en busca de una forma de acabar con esa pesadilla.

Su intuición la pellizcaba, sabía que faltaba alguien. Sabía que, si la casa corría peligro, quien debía protegerlas no estaba ahí.

—¿Dónde está Nessa? —preguntó Lena.

—Nadie la ha visto —murmuró la señora Luda—. Desapareció en cuanto la señora Imogen empeoró.

Su lengua se sentía pesada y sabía a cenizas. El viento soplaba fuerte y el cristal de las ventanas se quejaba por la brusquedad.

Todo estaba en silencio. Las brujas observaban a los invasores sin decir nada, estaban listas para lo que fuera que pudiera ocurrir.

Una cabeza rubia se abrió paso entre los demonios y caminó hasta quedar a unos metros de ellas en el pórtico.

Lena estaba tan furiosa que podía sentir lágrimas de frustración. ¿Cómo podían haber ignorado algo tan importante?

—Buenas noches a todas —las saludó Nessa con su voz queda. Como si

nada estuviera ocurriendo. Lena quería enterrarle las uñas en los ojos y arrancárselos.

—Cómo te atreves —escupió Anfisa. Su cuerpo se encorvó como animal a punto de atacar.

Mildred murmuraba con las manos juntas y los ojos cerrados detrás de ellas. En un inicio, Lena creyó que le estaba rogando a la diosa por su ayuda, pero pronto se dio cuenta de que intentaba activar un círculo de protección alrededor de la casa.

Había tensión y electricidad en el aire; Lena se mordió la lengua hasta que probó su propia sangre.

—No veo nada. No puedo canalizar una visión —le dijo Manon al oído. Lena se mordió la lengua con más fuerza.

—Sé que deben estar muy confundidas, pero deben saber que quiero evitar hacerles daño. —Nessa miró a Lena a los ojos.

—¿Más del que nos has hecho ya? —rugió Anfisa.

Nessa exhaló.

—Es algo complejo. Si me permiten acercarme a la señora Imogen, todo esto terminará rápido.

La señora Luda pisó con fuerza y una fuerza invisible empujó a Nessa unos cuantos pasos hacia atrás.

—Sé que la señora Frida la está atendiendo en su habitación. Tan solo permítanme pasar, por favor. No quiero hacer esto más difícil.

Las brujas se tomaron de la mano haciendo una cadena frente a la puerta de la casa.

—Nunca —fue todo lo que dijo su madre.

Nessa hizo una pausa, miró a las brujas y después a los demonios. Enderezó los hombros y empezó a marchar hacia el pórtico. Lena bajó las escaleras rápidamente y plantó frente a ella. Sus ojos no se retractaron, no iba a ceder. Su abuela las había protegido por años y ahora ellas la iban a proteger.

—Intenté por todos los medios que no te involucraras, pero te sigues comportando como una niña —le reprochó Nessa.

—¿Cómo podías dormir por las noches sabiendo lo que planeaban hacernos? —fue todo lo que le respondió.

—Apártate, Lena. —Los ojos de la demonio se afilaron.

—No. —Apretó la mandíbula.

—No pienso repetirlo.

—Y yo no pienso moverme.

Se miraron unos instantes y Nessa avanzó.

En un parpadeo, Caleb apareció frente a ella y golpeó el pecho de

Nessa con tal fuerza que salió disparada por los aires hasta que su cráneo azotó contra el metal del portón.

Lena escuchó un suspiro ahogado tras ella.

—¿Estás bien? —le preguntó Caleb y Lena asintió.

Se giró hacia Nessa al tiempo que ella se levantó y se limpió la sangre de la boca.

—Gracias por traerlo, Lena. Ahora puedo atar dos cabos sueltos en un solo día —musitó Nessa.

—Tu lucha es conmigo —gruñó Caleb.

El entrecejo de Lena se marcó con más fuerza. ¿De qué estaba hablando? ¿Cómo se conocían?

Nessa caminó hacia él con pasos pausados. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—Es hora de darle el poder del Incendiario a alguien que sí sepa usarlo —le hablaba con serenidad y un toque de condescendencia. Como si estuviera charlando con un niño pequeño—. Sabes que no quieres esta carga, Caleb. Sabes que no es para ti. Déjame quitarte esta responsabilidad que nunca pediste.

Lena tensó el rostro. Se identificaba a la perfección con eso y lo odiaba. Odiaba que Nessa le dijera a Caleb que no era digno del poder que se le entregó. Patricia gimoteaba a su lado.

Los dedos de Caleb se engarrotaron y se abalanzó contra Nessa. Buscó enterrarle sus uñas en el abdomen, pero ella lo esquivó con facilidad e intentó patear la mandíbula de Caleb antes de que él atrapara su tobillo y tratara de romperle la pierna.

—¿Qué fue lo que hiciste? —le preguntó Anfisa a su hija mientras ambas veían a los demonios pelear frente a ellas.

—Mamá…

—Sacaste al dragón de humo. ¿Tienes idea de lo que acabas de hacer?

Manon clavó la mirada en Anfisa al escuchar sobre el dragón de su profecía. Lena estaba por abogar cuando la tierra empezó a temblar. La casa se mecía con fuerza, parecía que iba a derrumbarse. Por las ventanas se veían las luces encenderse y apagarse. Patricia gimoteaba asustada. Algo estaba por suceder.

—No. —Nessa esquivó otro ataque de Caleb y corrió hacia el frente de la casa. Las brujas no abandonaban su posición, mantenían las protecciones intactas.

—Déjenme pasar. —Su voz había cambiado. Ahora se escuchaba desafinada, grave y aguda al mismo tiempo, como si varios demonios estuvieran hablando con una misma garganta—. Déjenme pasar o les

arrancaré la piel a todas y la devoraré.

Nessa intentaba perforar una barrera invisible, poco a poco, lo logró y, antes de que Caleb lograra arrastrarla de regreso, Lena caminó hacia ella tratando de llenar sus pulmones de valentía y temple. Quería respuestas, quería quitarle la máscara a Nessa, quería ver quién era realmente la persona que había estado conspirando contra ellas y con la que habían estado viviendo todo ese tiempo.

Puso la palma de la mano contra la frente de la demonio, cuya piel se volvió maleable, Lena la sintió burbujear y derretirse. Nessa comenzó a gritar con fuerza, algunos trozos de su carne desprendían humo mientras caían al pasto. Nessa retrocedió tocándose la piel herida. Su rostro había quedado completamente deshecho. Era tan solo un montón de ampollas, carne expuesta y hueso.

Almedha avanzó para ayudarla al tiempo que la casa volvía a retorcerse. Todas las brujas voltearon para observar.

—Es hora —dijo Berterry, y las demás asintieron.

Ulf salió del bosque con una expresión preocupada y corrió hacia Caleb, tratando de evitar que siguiera a Nessa.

—¡Suéltame! —Caleb apartó el brazo de Ulf y siguió al acecho.

—Amo, es mejor que nos vayamos. Todavía no se recupera por completo.

Una parte de la casa se derrumbó junto con el invernadero. Se oyó un gran estruendo y el polvo voló por el aire. Todo encajaba. Las brujas sabían que Imogen estaba muriendo. A Lena le pesaba el pecho como si hubiera bebido litros y litros de cemento puro. Su abuela estaba por partir. Nessa quería llegar a ella para devorar su poder antes de que muriera.

Nessa se movió de nuevo, pero su cuerpo se contorsionaba formando ángulos extraños mientras su piel cambiaba y se movía al tiempo que soltaba gemidos y jadeos. Poco a poco su imagen transmutó: su tamaño aumentó y su cabello se volvió más corto, a la altura de sus hombros; la forma de su cara se volvió ligeramente más cuadrada y su espalda creció. Era como presenciar la transformación de un licántropo. Y en un parpadeo, frente a todos, se encontraba un hombre. Se veía como Nessa, pero no por completo. Tenía barba rubia y cejas gruesas. Lena pensaría que podría ser el padre de Nessa si no la hubiera visto transformarse frente a sus ojos. Su ropa quedó desgarrada.

Caleb liberó un sonido parecido a un aullido, como si se hubiera convertido en una verdadera bestia, y corrió hacia el hombre para tomar su cabeza y sin piedad lanzarlo contra el piso y arrastrar su cara por el suelo. El hombre se incorporó y le plantó un par de golpes en el abdomen.

—No puedes ganarme —afirmó el hombre riendo—. ¿Cómo podrías contra mí si yo fui quien te enseñó a pelear?

El estómago de Lena se contrajo. Habari. Era Habari. El demonio que había traicionado a la familia de Caleb. Por eso quería encontrarlo, por eso había reconocido a Ulf aquella noche, nunca había tenido la intención de proteger a Lena o a las brujas del aquelarre. Quería protegerse a sí mismo.

Habari miró a Lena y entrecerró los ojos, evaluándola.

—Ya veo —fue todo lo que dijo antes de volver a abalanzarse contra Caleb. Lo tomó del cuello y lo sometió contra el piso intentando estrangularlo.

Caleb rasguñaba sus brazos tratando de transformar su piel en retazos de tela. Su aliento estaba atrapado en su garganta. Ulf tomó los hombros de Habari y lo lanzó hacia atrás.

—Si tuviste que hacer un pacto de sangre para estar a mi nivel, entonces no eres merecedor del poder del Incendiario —lo increpó Habari caminando hacia ellos de nuevo.

Caleb rio con veneno.

—Si tuviste que matar a mi familia para conseguir este poder, entonces tú tampoco.

Habari bufó.

—No estás listo para asumir el cargo, Caleb. Eres tan solo un niño.

La casa se meció una vez más y otra parte colapsó. Habari giró hacia las brujas con el rostro cargado de ira.

—Yo haré un verdadero cambio en el reino del caos. Esto no es personal, es mera política. —Volteó hacia Anfisa—. La señora Imogen iba a morir de todos modos. ¿Por qué dejar que el poder de su alma se desperdicie cuando puede servir para un propósito mucho mayor?

La cabeza de Lena zumbaba. Una vez más, ese cosquilleo que le decía que había algo que debía recordar volvía a ella. Algún asunto que había olvidado y que ahora estaba frente a ella, solo debía unir las piezas en su cabeza.

Su respiración se detuvo.

El hombre rubio en el lago. El día en el que Quinn cayó, en el que Lena cometió el peor error de su vida, él estaba ahí. Él estaba en la puerta al infierno aquella vez.

—Tú estabas ahí el día del accidente —sentenció Lena con temblor en el labio inferior.

Habari pellizcó el tabique de su nariz y cerró los ojos con fuerza.

—Veo que el té ha perdido su efecto.

—¿Qué le hiciste a Quinn? —gruñó Lena—. ¿En dónde está?

Habari hizo una mueca al tiempo que la tierra volvió a retumbar.

—Almedha —llamó Habari—. Necesito que me ayudes a limpiar el camino.

Almedha asintió y caminó hacia la casa. Alzó su varita con una mano y comenzó a recitar un contrahechizo para tumbar las protecciones que el aquelarre mantenía. Berterry se molestó y bajó las escaleras del pórtico.

—Escúchame bien, Almedha…

Su nieta movió la varita. Los ojos de Berterry se pusieron en blanco y sus manos quedaron pegadas contra su cuerpo. Intentó dar algunos pasos fuera del círculo de protección y, cuando quedó frente a frente con su nieta, ella le sonrió.

—Qué impertinente eres. —Le enterró un cuchillo de trabajo en el abdomen. Berterry cayó. Todo pareció detenerse.

En ese momento, los demonios corrieron hacia la casa con la ira del infierno. Caleb y Ulf estaban deshaciéndose de todos los que podían. Lena vio horrorizada cómo algunos se abalanzaron sobre el cuerpo de Berterry y le arrancaron los brazos para comérselos. Uno le dio un mordisco a su cabeza, como si fuera una manzana.

—Toda esa habladuría de creer en el reino del orden y mírate —le dijo Anfisa a Habari desde la puerta.

Los demonios chocaban contra el campo de fuerza de las protecciones. Lena esperaba que resistieran.

—Esto no es personal —respondió él—. Nunca lo ha sido. Es mera política—. Se encogió de hombros—. Yo planeo mantener el orden en el reino del caos y no hay nada que el orden ame más que la estructura.

Uno de los demonios logró perforar las protecciones, Anfisa lo lanzó lejos con un hechizo. Todo se veía lento, extraño, como una pesadilla en la que ella estaba sumergida en miel traslúcida y desde donde podía ver todo, pero sus movimientos eran lentos. Caleb le desprendió la cabeza a un demonio frente a Lena y Ulf le arrancó un trozo de cara a otro con los dientes. Otro demonio logró jalar a Klaudine fuera de la protección y montones se fueron sobre ella, haciéndola pedazos. Lena se quería cubrir los oídos para que todos los gritos desaparecieran. Estaban acabando con ellas. Eran demasiados.

Manon hizo un movimiento con la mano y unas plantas atraparon los pies de Almedha.

Lena debía concentrarse. Se repitió lo mismo que aquel día que estaba buscando a Caleb. Antes de comenzar todo este camino.

Ella era fuerte.

Ella no era débil. No lo era.

Ella era fuerza, poder, huracán y terremoto.

Era fuerza, poder, huracán y terremoto.

Fuerza, poder, huracán y terremoto.

La marca de la estrella quemaba y la casa dejó de sacudirse. Podía escuchar los truenos retumbar y la tierra asentarse mientras alzaba las manos. Si ellos tenían un ejército, ella podía crear otro más. Uno que no pudiera morir. Uno que no tuviera nada que perder.

Y los muertos salieron de la tierra y de los árboles en huesos y putrefacción. Los espectros y los cadáveres caminaban sin miedo alguno hacia los condenados.

—Así que este es el poder de la nueva suma sacerdotisa. —Habari se veía sorprendido—. Llamar a los muertos.

—No es lo único que tengo —amenazó Lena y chasqueó los dedos.

Habari se arqueó hacia atrás de forma antinatural mientras Lena lo empujaba hasta lograr romperle la espalda.

La señora Frida salió de la casa con su bastón y, al azotarlo contra el piso, los muertos que Lena había llamado cobraron más fuerza y más velocidad. No le sorprendió, pues la magia de muerte era su especialidad. Y entonces su abuela salió de la casa también, tenía puesto su vestido negro favorito y su cabello plateado acomodado en una trenza. Su mirada era decidida. Bajó las escaleras del pórtico y se colocó justo frente a la casa. Incluso en su estado, irradiaba tanta fuerza, tanto poder puro, que ningún demonio podía tocarla.

Volteó hacia Lena y Anfisa.

—Vengan conmigo y no teman. —Alzó una de sus manos en invitación —. ¿Quién puede atreverse a dañarnos si estamos juntas?

La tormenta hacía que el bosque entero retumbara y el cielo parpadeara con luz blanca.

—¡Lena, no! —advirtió Caleb.

Pero ella bajó los escalones con la cabeza alta y tomó la mano derecha de su abuela. Su madre tomó la izquierda. Nuevamente anciana, madre y doncella conectadas.

—¡Fuera de mi casa! —clamó Imogen y los demonios se encendieron en llamas blancas. Los que todavía podían moverse empezaron a retroceder, mientras otros soltaban alaridos en el suelo.

Almedha levantó su varita, pero Habari le puso la mano en el hombro y negó con la cabeza.

—Vete —le dijo, y Almedha les lanzó una última mirada antes de salir corriendo.

El viento le revolvía el cabello a Lena mientras veía cómo poco a poco

los que se habían atrevido a invadir su hogar iban cayendo.

Habari miró a las brujas y después a Caleb.

—Ya nos habíamos encontrado antes —habló Imogen, mirando con ira a Habari.

—Mi señora, debo reconocer que no soy rival alguno para usted. —Su forma cambió de nuevo a una que parecía hecha de humo con cabeza de serpiente y brazos largos con garras. Su forma demoniaca.

—Justo como te recuerdo —declaró ella.

Caleb corrió y su forma cambió también. Frente a los ojos de Lena se encontraba el dragón de humo tratando de destrozar a la serpiente. Los demonios chocaron con fuerza.

—Lena —la llamó su abuela—. No me necesitas. Recuerda que yo soy parte de ti. Tienes toda mi magia contigo. —Dirigió la mirada a Anfisa—. Ambas la tienen.

Caminó hacia los demonios y pareció como si los cielos la obedecieran, pues un rayo cayó sobre la serpiente de humo. Imogen aprovechó para tomar uno de sus ojos con la mano y arrancarlo. La serpiente soltó un alarido. Se incorporó y, antes de que el dragón pudiera atacar de nuevo, la serpiente se deslizó con increíble velocidad y desapareció.

Todo quedó quieto.

Ninguno de los demonios que habían acompañado a Habari quedó en pie. Habían logrado defender lo que quedaba de la casa y del aquelarre.

Lena estaba recuperándose mientras los muertos desaparecían poco a poco.

—Te estaré observando —le dijo Imogen a su nieta—. Hazme sentir orgullosa.

Y cuando el último espectro se fue, Imogen lo hizo también.

Anfisa se derrumbó entre llanto y gritos. Lena parpadeó sintiéndose confundida. Su abuela había portado ojos humanos en vida pero se había marchado como un espectro.

—La suma sacerdotisa ha partido al Summerland —anunció la señora Frida—. Su cuerpo está descansando en su habitación.

No. No podía ser. No podía haberlas dejado ya. Era demasiado pronto. No sabían aún qué pasaría con el cargo de suma sacerdotisa, ella todavía tenía mucho que aprender. Se había marchado con su sabiduría, con sus secretos y con las respuestas que podría darle y que seguramente Lena necesitaba.

Tocó sus mejillas al notarlas húmedas y se dio cuenta de que estaba llorando, pero se sentía demasiado adormecida como para reaccionar.

—Lo siento mucho. —Escuchó la voz de Caleb junto a ella.

—No —exclamó su madre y se puso entre Caleb y ella—. No la toques.

—Mamá, está bien —dijo Lena en un hilo de voz. Estaba demasiado exhausta como para lidiar con Anfisa en ese momento.

—No sabes lo que dices —la reprendió Anfisa con los ojos abiertos llenos de ira pura, la vena de su frente saltaba por la presión y tenía los dientes apretados—. Tu abuela lo encerró porque tuvo una visión. Este demonio tomará el trono infernal y traerá desgracias a todos los reinos. Si él asciende, este plano quedará hecho cenizas. Va a traer una era de oscuridad y muerte para todos.

Caleb se veía completamente pasmado. No sabía cómo reaccionar.

—Debe ser un error.

—Tu abuela no cometía errores. Lo encerró porque no sabía si matarlo resultaría peor, así que decidió dejarlo suspendido —volteó para observarla con los ojos rojos.

—Y tú lo sacaste y le diste tu poder.

—Mi señor —llamó Ulf a Caleb. Su cabello rubio estaba manchado de lodo—. Debemos irnos ya. Lady Bedisa lo está esperando.

Lena caminó hacia Caleb. Sus huesos y espíritu estaban adoloridos.

—¿Puedes quedarte un poco más? —le pidió—. Debemos revisar la visión de mi abuela.

Caleb lucía conflictuado. Sus ojos verdes se entrecerraron y se humedeció los labios.

—Lena, debo ir con mi madre. Los seguidores de nuestra causa llevan más de un siglo esperando.

Lena arrugó la frente.

—Pero es posible que esa causa traiga cosas terribles a este plano.

Él abrió la boca antes de rascarse la ceja, justo encima de su cicatriz.

—¿No es importante para ti?

—No es eso —explicó Caleb. Su expresión era afligida—. Pero no puedes ser tan injusta conmigo, esta es mi lucha. Es el legado de mi padre.

—No puedes enterarte de algo tan terrible y marcharte sin mirar atrás. Teníamos un trato. —Su voz iba subiendo poco a poco.

—Y lo seguimos teniendo. —Caleb intentó tomarle la mano, pero ella se apartó—. Solo que debo regresar. Esto es más grande que yo.

—Si te vas de aquí ahora mismo, no quiero que regreses jamás —le advirtió Lena, con más lágrimas.

—Lena, por favor, estás siendo muy injusta.

Ella no dijo nada.

—Mi señor —repitió Ulf.

Caleb cerró los ojos y se encogió de hombros. Respiró profundo antes

de exhalar.

—Esto no cambia nada. Aún pienso cumplir con mi parte del trato.

Y se marchó sin mirar atrás.

Epílogo

—Te están esperando —le dijo su madre con voz suave y dulce. Los rizos de su cabello verduzco estaban libres y había algo de maquillaje sobre su piel bronceada.

Caleb exhaló y trató de reacomodarse la armadura oscura. Había pasado años sin tener que usar una y su cuerpo se había desacostumbrado al peso, sin mencionar lo incómodas que eran.

—Te ves tan apuesto. —Su madre se limpió una lágrima que amenazaba con caer por su rostro y arruinar su maquillaje—. Tu padre estaría muy orgulloso.

—Trataré de que así sea. —Puso una mano sobre el hombro de Bedisa.

Ella llevaba un vestido rojo con mangas y cuello alto.

—Puedes abrir la puerta —le pidió Caleb al mayordomo y este asintió.

Del otro lado había un grupo de diez demonios claves para su causa. Esta era una reunión de negocios bastante importante. La ocasión perfecta para demostrar que estaba vivo y había regresado.

—Y aquí está el hombre de la noche. —Ulf se puso de pie y caminó a su lado—. Caballeros, es un honor para mí poder presentarles a Caleb el Incendiario.

Los demonios se levantaron de sus sillas en señal de respeto. Caleb inclinó la cabeza.

—Llegamos a pensar que había desertado —comentó uno de los demonios.

—No creímos que volveríamos a verlo.

Caleb sonrió y se acercó a la cabecera de la mesa con pasos firmes y la frente en alto.

—Les agradezco infinitamente a todos que hayan sido fieles a la causa de mi padre, incluso después de la tragedia. —Una de sus manos estaba ceñida sobre la espada decorativa que llevaba junto a la armadura—. Les aseguro que no ha sido en vano.

—Propongo un brindis por nuestro Incendiario. —Ulf alzó su copa de cristal. Esa noche iba vestido de gala con su traje militar negro, medallas y guantes.

—Por el Incendiario —repitieron los demonios alzando sus copas también.

Su madre le sonrió desde el otro lado de la mesa junto a una demonio que reconocía como una de sus mejores amigas.

Caleb dejó que el vino bajara por su garganta. No podía disfrutar del momento. Mucho menos sabiendo que ella no quería volver a verlo. Su bruja. Su salvadora. La que estaba atada a él.

Tenía que demostrarle que la visión de Imogen no era cierta, que lo que decía su profecía no era correcto. Él iba a rehacerlo todo, iba a caminar sobre los pasos de su padre e incluso iba a superar todos sus planes. Iba a encontrar a la hermana de su bruja y a traerla de regreso para demostrarle que su palabra valía, que su juramento no había sido solo palabras. Que podía recargarse en él en la salud y en la enfermedad.

Se sentó al mismo tiempo que todos los demás. La conversación y las risas eran ruido de fondo. Por suerte, Ulf estaba tomando las riendas de la situación con su carisma y facilidad para conseguir contactos.

Uno de los demonios, con un desagradable traje amarillo, lo tomó del hombro.

—¿Cuál es el plan, Incendiario? —Rio con su copa en la mano.

—Voy a quemarlo todo —respondió Caleb y la cena continuó.

Agradecimientos

Hay tantas personas a las que les debo este libro que en verdad no sabría por dónde iniciar. En primer lugar, quiero agradecerle a mi hermana Renata por jamás dejarme ceder, sin importar qué tan difícil parecía ponerse el camino. Gracias por mantenerme aterrizada y por todas las ideas con las que me ayudaste para esta entrega.

Por supuesto, también quiero darle las gracias a mi querida Clau, la mejor amiga que alguien pudiera pedir. Gracias por todo tu apoyo, por tus palabras de aliento y por acompañarme en cada paso de este proyecto. ¿Qué sería de mí sin nuestras noches llorando juntas por terminar nuestras novelas?

Asimismo, quiero agradecerle a mi editora, Montse Flores, por la paciencia que me tuvo, por su guía y por cómo me ayudó a centrarme para finalmente escribir y terminar este libro. Bien lo dijo mi hermana, yo llevaba años posponiendo este trabajo y fue hasta que llegó mi editora dorada que lo pude terminar. Estoy emocionada por seguir creando cosas juntas.

Agradezco a todos mis amigos de la sociedad de las pesadillas: Gera, Andie y Pato, y a quienes no son parte de la sociedad, como Ingrid, Cecie, Carlos y Beto, por apoyarme, creer en mí y acompañarme en este viaje.

Sobre todo, quiero agradecerles a mis lectores y a mi Ejército Raibelde por no dejar de creer en mí. Porque sin ustedes, que me cobijan en el frío y me comparten su paraguas cuando llueve, no tendría este libro en mis manos.

Por último, agradezco a Hécate, al igual que a Lena, por compartir conmigo un poco de su magia.

Me faltaron muchos nombres por mencionar, pero ustedes saben quiénes son. Gracias a todos por brindarme el honor de estar en su vida. Los quiero.

Acerca del autor

Raiza Revelles es una de las youtubers mexicanas más exitosas, que desde 2019 se ha enfocado en producir videos y contenido paranormal. Después de leer por primera vez *El principito*, se volvió fanática de la lectura, sobre todo de las historias de ciencia ficción y de fantasía.

Cuando comenzó el fenómeno booktuber, fue una de las primeras en México en compartir las reseñas de los libros que la apasionaban.

© 2022, Raiza Revelles

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / SNKHDS
Ilustración de portada: SNKHDS
Lettering de portada: David López
Fotografía de la autora: Lucero Ardila
Diseño de interiores: Guadalupe González

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9519-0

Primera edición impresa en México: noviembre de 2022
ISBN: 978-607-07-9477-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

Hecho en México

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE